

Serie *American Wolf* 2

DULCE Y TRAVIESA... PERFECTA PARA MÍ

MY DEAR

Wolf

KELLY DREAMS

∞

Lectulandia

Cuando Odin Peters despertó con el más delicioso aroma femenino presente en las sábanas de su cama y su piel, supo que había encontrado a su compañera, el problema era que dicha mujer se había esfumado y no tenía la menor idea de quién podía ser. Pero ese no sería un impedimento, nada se interpondría entre un lobo y su compañera, ni una banda de asesinos que buscaba hacerse un abrigo con su piel, ni esa resposdona mujer dispuesta a hacer cualquier cosa para perderle de vista.

Leah Álvarez era la orgullosa propietaria de una agencia inmobiliaria, se tomaba su trabajo muy en serio y cuidaba de los detalles al milímetro, así que encontrarse con la puerta de una de sus recientes adquisiciones forzada, con la alarma desconectada y un pobre perro herido, era más de lo que su tierno corazón podía soportar. Poco podía imaginar que su gesto de buena voluntad pondría a prueba su cordura y removería su pasado.

Lectulandia

Kelly Dreams

My Dear Wolf

Dulce y Traviesa... perfecta para mí

American Wolf - 3

ePub r1.0

Titivillus 31.10.2017

Título original: *My Dear Wolf*
Kelly Dreams, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para **Elena Sánchez, Ana García y Brianne Miller.**

Tres personas que he tenido la gran fortuna de encontrar en mi camino y que ya forman parte de mi vida. Sois únicas, no cambiéis nunca.

Para mi **Vero**, quién siempre está ahí con una palabra amable, con su apoyo incondicional y su amistad. Tú vales mucho, no lo olvides.

A **Elizabeth Bowman**, mi hermana del alma, por haber llegado a mi vida de forma inesperada y quedarse en ella para siempre. Eres una de las mejores personas que he conocido y estoy orgullosa de llamarte amiga.

Y para mis **Facebookeras**, mi grupo de psicóticas y lobas favoritas, que hacéis mis días inolvidables y esta profesión más satisfactoria que nunca. Gracias por estar ahí, por ser como sois y darme tanto cariño. Os quiero.

PRÓLOGO

Estaba acostada, en pelotas, al lado de un tío que le doblaba en tamaño y que utilizaba sus tetas a modo de almohada.

Mierda, mierda, mierda y monumental mierda.

Leah no se atrevió a mover un solo músculo, si no supiera que el contener la respiración no la llevaría a un menos que agradable caso de asfixia, también la habría retenido.

Por favor que no se despierte. Por favor que no se despierte. Por favor que no se despierte.

Aprisionó el labio inferior entre los dientes mientras su cerebro se esforzaba en encontrar la manera de librarse de aquel grandísimo desastre, uno cuyo duro muslo se había introducido entre sus piernas y se mantenía pegado a su tierno sexo.

Sigue respirando, Leah, sigue respirando.

CAPÍTULO 1

—No he metido la pata, he metido las cuatro.

De pie delante de la ventana con unas amplias vistas de la ciudad, Odin era inconsciente de su desnudez o sencillamente le importaba más bien poco. Su mente era un amasijo de imágenes, de palabras y suspiros, de roces y caricias que habían tenido lugar en su campo de juegos favorito; la cama.

Oh sí. Se lamió los labios. Recordaba su sabor pues lo tenía grabado en la lengua, su aroma estaba impreso en su piel, una marca ineludible que hablaba de una conexión más allá de lo natural, la que se daba una única vez en la vida de un lobo; una compañera.

¿A dónde se había ido? ¿Por qué no estaba a su lado? ¿Por qué no la había retenido en su cama? Por qué, por qué, por qué. Muchas incógnitas y una única respuesta segura; se había emparejado y no tenía la menor idea de con quién.

Ocho meses atrás se había reído de lo lindo con su amigo y socio, Luke Evans, por la situación en la que se había encontrado. El alfa de Manhattan había presidido el cónclave anual de los clanes con una bonita mujer del brazo, todos habían hecho apuestas sobre el tiempo que le llevaría darle caza y emparejarse con ella. Shane era una humana interesante, una que resultó ser mucho más de lo que parecía, teniendo una pasada y estrecha relación con el fallecido gemelo de Quinn, su beta.

Ambos habían asistido a la inauguración del Las Vegas Imperian, el nuevo hotel-casino que poseía en la ciudad del pecado y que debería haber estado listo a finales del año pasado. Un inesperado retraso los había llevado a posponer la inauguración hasta ahora, pero prefería que todo estuviese al milímetro a tener después que lidiar con los problemas. Recordaba perfectamente haber hablado con ellos durante la fiesta e intercambiar opiniones con Luke, su socio en aquella empresa. Los alfas de las regiones colindantes a la suya habían asistido también. Jeremy había venido con su nueva compañera, Cleo, Santana con su inseparable y embarazada Isabel y Brian había aparecido para variar, con Savage, su beta, quien lo mantenía a raya y evitaba que el joven lobo se metiese debajo de más faldas de las que ya se metía.

Sí, recordaba perfectamente la noche anterior, recordaba haber charlado con sus amigos, intercambiar algunos comentarios con Santana sobre la nueva situación en la que se habían visto envueltos hacía ya más de medio año, beber y coquetear con las lobas disponibles... pero, ¿por qué no la recordaba a ella? ¿Cómo era posible que no fuese consciente de haberla encontrado?

Volvió a mirar las sábanas revueltas, levantó el mentón y olisqueó el aire; sexo y ese delicioso y embriagante aroma femenino que lo hacía salivar y arrancaba un aullido de lo más profundo de su garganta. Gruñó y se pasó la mano por el breve pelo rubio con gesto desesperado. Su lobo se removía en su interior con el mismo

nerviosismo que habitaba en sí mismo, uno que no traspasaba la coraza de fría seguridad que lo caracterizaba.

—Esto no tiene sentido —musitó para sí, intentando encontrar una explicación a todo aquello.

Contempló la habitación, una de las nuevas *suites* de *Las Vegas Imperian*, una que a partir de ese momento reservaría para sí mismo y para la mujer con quién la había inaugurado.

—¿Quién eres, pequeña? —giró una vez más sobre sí mismo y contempló la visión de la ciudad a través del cristal.

Ahí fuera, en algún lugar, había una mujer que le pertenecía, una hembra hecha a su medida, una pequeña loba que haría su existencia menos solitaria y también mucho más peligrosa. No eran buenos tiempos para emparejarse, no con la inesperada amenaza que había surgido del pasado y que ponía en peligro a todos los implicados.

—Mierda —masculló pasándose las manos por el rostro al tiempo que su lobo gimoteaba una vez más en su interior.

La bestia también sentía su pérdida, su naturaleza animal la necesitaba tanto como él. Esa desconocida necesidad de la que había escuchado hablar empezaba a burbujear en sus venas, la necesidad de verla, de tocarla, de probar su piel, de aspirar su aroma... La necesitaba. Necesitaba a su compañera.

«¿Dónde estás?».

La buscó a través de aquel nuevo vínculo que burbujeaba en su mente, uno que solo les pertenecía a los dos y que ponía de manifiesto que la había reclamado, pero no obtuvo respuesta alguna. El silencio y la soledad inundaban el precario enlace asustándolo como nunca nada lo había hecho en la vida; esa ausencia de conexión solo podía venir con la distancia o la muerte.

—No —declaró en voz alta. Ella estaba allí fuera, en algún sitio y tan viva como lo estaba él ahora mismo.

Alzó la mirada hacia el oscuro horizonte —ni siquiera había amanecido—, y se lamió los labios como si ya pudiese saborear la libertad que le ofrecían el desierto y las montañas. Anhelaba sentir la tierra bajo sus poderosas patas, el viento acariciándole el pelo y su aullido resonando en los confines del *Red Rock Canyon*. Pero eso tendría que esperar hasta que la encontrase y pusiese bajo su mismo techo, en un lugar dónde pudiera verla, controlarla y saberla a salvo, viva.

Le dio la espalda a la ventana y contempló una vez más la habitación, su ropa estaba desperdigada por el suelo marcando un sendero que venía desde el salón. Consideró la posibilidad de mutar y atravesar el hotel en forma lobuna, pero lo desechó mientras recogía cada una de las prendas y se las ponía. Ya tendría tiempo después para asearse y ponerse ropa limpia, ahora la urgencia era otra; encontrarla.

Ropa interior, zapatos, calcetines, pantalón, camisa, chaleco... las prendas salían del dormitorio y acababan en la puerta de entrada. Un par de copas yacían

abandonadas sobre la baja mesa de cristal junto con su corbata y una botella de fino champán medio vacía ahogándose dentro de la cubitera, pero lo que captó su fino olfato no tenía nada que ver con el aroma del alcohol y sí con otro que su lobo reconoció al instante. Sobresaliendo de entre los cojines del sofá había un breve pañuelo azul oscuro, uno que olía indudablemente a ella.

Lo atrapó entre los dedos y lo acercó a la nariz para aspirar su aroma. Sí, no había equivocación, todo su cuerpo despertó al momento, la boca se le llenó de saliva y el deseo prendió fuego en sus venas. El lobo se revolvió en su interior asomando ya a su mirada y no pudo evitar curvar los labios en una perezosa y predatoria sonrisa.

—Ya te tengo, compañera.

Era hora de cazar y la presa era demasiado jugosa para dejarla escapar.

El complejo hotelero poseía la típica resaca *post festiva*, el silencio y la ausencia de gente que encontró por los pasillos y las zonas comunes eran un indicativo de que los asistentes a la inauguración estaban descansando. Su lobo tomó el control desde el mismo momento en que captó su aroma, la bestia se irguió con el mando y optó por cedérselo, él mismo sentía la necesidad de adoptar forma lupina, de recurrir a la naturaleza salvaje a la que era afin.

En las mentes de ambas encarnaciones solo había una idea, una necesidad, encontrar a su compañera, la mujer que habían poseído y que se había atrevido a abandonarles sin más.

Trotó a través de la recepción amparado en las sombras, tras el mostrador principal se encontraba uno de sus empleados de guardia, el cual parecía más interesado en lo que quiera que estuviese viendo en la pantalla del ordenador que en quién transitase por el hotel. El lobo resopló, sacudió la cola y continuó hacia la puerta, que se abrió al instante debido a los sensores de movimiento.

El cálido aire de la noche en Spring Valley lo recibió al instante, se lamió la nariz palpando los sabores nocturnos, identificándolos y descartando aquellos que no necesitaba y se esforzó en concentrarse en aquel que realmente le interesaba; el de su mujer. Se relamió, agudizó la vista y escaneó sus alrededores antes de emprender la carrera. El olor era tenue, pero estaba allí y, como buen rastreador, no iba a perderlo.

CAPÍTULO 2

Odin había sido consciente de que le observaban, su lobo sabía que le estaban siguiendo la pista y, si bien al menos dos de ellos eran congéneres suyos, no pertenecían a su clan. Su olor intentaba ser enmascarado bajo penetrantes perfumes y también por la contaminación de los tubos de escape de las motos pilotadas por los al menos tres humanos que los flanqueaban. Al principio habían actuado con cautela, pero ahora ya no tenían interés en pasar desapercibidos, prueba de ello eran los disparos que habían resonado en la silenciosa noche, uno de los cuales lo había alcanzado, hiriéndole y cabreándole al mismo tiempo.

Corrió sin descanso, luchando con la punzada que sentía en el costado y con los horribles aguijonazos de dolor que le atravesaban una de sus patas traseras. El aroma de la sangre penetraba su fino olfato ensombreciendo aún más su humor.

¿Cómo había podido caer en una trampa semejante?

No era un cachorro, por dios. Era un lobo adulto con responsabilidades, uno de los más importantes empresarios del territorio de Nevada, un alfa con un jodido clan del que preocuparse y, sin embargo, ahí estaba, atravesando Spring Valley a toda velocidad, dejando atrás los núcleos urbanos y dirigiéndose hacia la zona desértica del área de conservación natural Red Rock Canyon en un intento de darles esquinazo. Los hijos de puta lo habían cogido con la guardia baja, emboscándole, atacándole con armas de fuego totalmente dispuestos a hacerse con su pellejo.

Al menos ella estaba a salvo.

Tenía que estarlo.

Se había marchado antes de que saliese el sol, abandonándole, una falta imperdonable desde el punto de vista de su lobo y que ahora se convertía en un profundo alivio para ambos.

No lo era, sin embargo, el que hubiese permitido que lo cogiesen desprevenido y le metieran un tiro. Tenía que haberse dado de cuenta que lo seguían, pero en lugar de ello, se había obnubilado hasta el punto de olvidarse de su propia seguridad.

Esto es lo que pasa cuando te emparejas, pierdes el norte por completo.

Y él lo había perdido, había sido descuidado al seguir a esa mujer y obnubilarse con su aroma y su dulce presencia olvidándose de su propia seguridad.

La lluvia decidió contribuir con una de las tormentas estacionales típicas de la estación opacando los sonidos de la noche, toda esa agua era una bendición a la hora de hacer que sus perseguidores le perdiesen el rastro y le diesen algo de ventaja. Ignoraba de quién se trataba, los lobos que lo perseguían no pertenecían a su región, el que además colaborasen abiertamente con los motoristas humanos, era algo por demás extraño. Algo le decía que ese inesperado ataque tenía que ver con lo que había ocurrido siete meses atrás en el territorio de Jeremy.

Su agudo oído captó algo, imprimió más rapidez a sus pasos y aulló de dolor cuando una ráfaga caliente le rozó la cabeza provocándole una momentánea pérdida de visión.

Tropezó, cayó y volvió a levantarse como un rayo, tenía que ponerse a cubierto, dar esquinazo a esos malditos y emboscarlos para hacerles pedazos.

Comprobó con rapidez sus alrededores, afortunadamente conocía la ciudad como la palma de su mano y eso le ayudaría a la hora de dar esquinazo a sus perseguidores. El rugido de las motos parecía estar cada vez más cerca, tenía que obligarles a abandonar sus vehículos y seguir a pie, necesitaba que perdiesen la ventaja que tenían y la única manera de hacerlo era desmontándolos.

Resbaló y se deslizó hacia un lado en sus prisas por doblar hacia una zona escarpada del recorrido. Sus poderosas patas lo impulsaron en una frenética carrera que dejaba de lado el dolor y la inequívoca pérdida de sangre. Subió aferrándose con las uñas de las patas, saltó sintiendo el suelo ceder antes de buscar un nuevo asidero e impulsarse. Los motoristas tendrían que abandonar los vehículos y seguir a pie, eso le dejaba tan solo a dos miembros de su especie persiguiendo su culo peludo.

—¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido?

Pasos, voces airadas.

—Está herido, no podrá escapar.

Los sonidos se filtraban a través de la lluvia, un aullido que pronto se convirtió en un gruñido y una rabiosa voz colándose a través del vínculo mental general que permitía la comunicación entre lobos de distintas manadas.

«Corre, perrito, corre. Eso hará mucho más divertido el darte caza y destriparte».

Su lobo gruñó, pero suprimió cualquier tipo de respuesta. Había algo en ese tono de voz que le revolvía las tripas, una viciosa maldad que emanaba de sus palabras. Permaneció agazapado, olfateó el aire intentando discernir a qué pertenecía cada aroma, de reconocer alguno u obtener alguna pista, pero la lluvia le dificultaba la tarea.

Le latía la cabeza, sacudió el pelaje y se lamió el hocico saboreando su propia sangre, el dolor le recorría todo el cuerpo obligándole a apretar la mandíbula para no gemir.

«Quinn... necesito... ayuda».

Envió el mensaje por el canal telepático privado que compartía con su beta esperando que no estuviese tan lejos o tan débil como para que no pudiese comunicarse.

«¿Odin? ¿Qué ocurre?».

La respuesta fue inmediata, la sorpresa y la preocupación envolvían las palabras del joven lobo.

«Tengo una partida de caza sobre mi peludo culo. Te conseguido desmontar a tres corredores de motociclismo, pero quedan dos y esos tienen tantos dientes como yo».

Y esos dos se estaban encaminando a su posición. Agudizó el oído y esperó, los

humanos escupían insultos y rezongaban antes de recuperar sus vehículos y optar por un nuevo camino, pero las dos bestias se dirigían hacia él.

«¡No me jodas! ¿Dónde estás?».

Se agazapó y esperó, su lobo estaba deseoso de sangre, quería venganza por lo que le habían hecho y solo encontraba una manera de conseguirla; matando a aquellos que se habían atrevido a amenazar su supremacía. Era un alfa y nadie que lo desafiase saldría impune.

«*Son lobos. Renegados. En las inmediaciones del camping de Red Rock. Salí tras ella y me encontraron, así que tuve que dirigirlos en sentido contrario*».

«¿Ella?».

No tuvo tiempo de decir nada más pues un borrón de pelo negro se lanzó sobre él haciendo que su lobo gruñese y respondiese con toda su fuerza, dispuesto a hacer pedazos a aquellos que se atrevían a amenazarle.

CAPÍTULO 3

Leah abandonó la solitaria carretera para desviarse hacia la derecha y enfilarse a través de la asfaltada entrada. Flanqueada por ralos árboles y agónicos arbustos que teñían de verde la arenosa tierra de los jardines, condujo hacia el bajo edificio que se mimetizaba con el ambiente estéril de esa parte de la región. Esa mañana incluso el cielo parecía dispuesto a contribuir a la deprimente escena con un apagado azul surcado de difuminadas nubes.

Aparcó en un lateral, en uno de los espacios vacíos en el saturado y pequeño aparcamiento y vaciló como siempre hacía con las manos todavía en el volante. El ronroneo del motor le recordó que mantenía el vehículo en marcha, como si necesitase de una excusa para obligarse a abandonar el lugar y darle la espalda al pasado; algo que nunca podría hacer.

Giró la llave del contacto y silenció el coche, recogió el bolso del asiento del copiloto y se bajó. Los tacones de sus *Alexandre Birman* marcaban su firme paso mientras esquivaba los charcos de la tormenta que había arreciado por la noche y saltaba a la acera que llevaba al edificio de color arenisca. Ni siquiera las estéticas franjas verdes que lo cruzaban lo hacían más atractivo, por el contrario, lo dotaban de una extraña mimetización con el entorno, especialmente con las ralas palmeras que flanqueaban la entrada principal.

Se detuvo en seco, su mirada fija de nuevo en el enorme cartel en fondo blanco y letras verdes que daba nombre al *Montevista Hospital* y presidía la entrada principal.

Esta era la tercera visita que hacía en los últimos seis meses. Había tenido que reducir drásticamente sus paradas por el hospital para evitar hacer lo que le pedía el alma y no el cerebro, para desoír los sabios consejos de los médicos los cuales entendía y veía que eran correctos. Cada vez que traspasaba esas puertas, cada vez que se enfrentaba a su presencia en esa estéril habitación o a la mirada perdida o fija en ella sin verla realmente, deseaba zarandearla, gritarle que no podía más, que necesitaba de vuelta y arrancarla de ese lugar.

Pero no podía hacerlo. No podía dedicarle el tiempo, los cuidados y, sobre todo, no podía devolverle aquello que había perdido. No era tan fuerte para afrontar sus episodios de desesperación y dolor, no era lo suficiente para impedir que se hiciese daño a sí misma o peor aún, que se lo hiciese a ambas cuando no miraba.

Dawn estaba sumida en su propio mundo, atrapada en una pesadilla interminable de la que ni siquiera los médicos habían sido capaces de arrancarla en los casi dos años que llevaba internada, una medida que no le había quedado más remedio que adoptar tras su última crisis.

Se lamió los labios, echó un nuevo vistazo a su alrededor en un intento por aferrarse al presente y tomó una profunda bocanada de aire antes de traspasar las

puertas de cristal y enfrentarse ella misma a su propio infierno y al pasado.

El interior seguía el mismo patrón del exterior, el color crema coloreaba las paredes haciendo contraste con el oscuro suelo de madera y la única franja de color verde que dividía el monocromático tono a la mitad. Un par de abstractos cuadros y unas plantas sobre el mostrador de la recepción eran el suplemento que intentaba dotar de armonía e invitante relajación para cualquiera que traspasase sus puertas. La pulcritud era sin duda el sello de calidad del hospital, el aroma del desinfectante perfumaba el aire y hacía que arrugase la nariz. Detestaba los aromas fuertes como aquel.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

Una de las dos recepcionistas levantó su respingona nariz y la recibió con gesto cálido y educado, sus ojos marrones se encontraron con los suyos.

—Soy Leah Álvarez —informó acercándose al mostrador, metió la mano en el bolso y extrajo de ella su identificación—. Vengo a ver a Dawn Álvarez, mi hermana.

La mujer asintió comprensiva, cogió su identificación y procedió a comprobar la información en el ordenador.

—En estos momentos los pacientes del ala sur están en el jardín disfrutando del aire libre, ¿quiere que la acompañe?

Negó con la cabeza, conocía ese lugar como la palma de su mano.

—No hace falta, gracias —aceptó, recuperó su identificación y cogió la tarjeta que le tendía la mujer—. Lo que sí, dígame al Dr. Lorenzo que estoy aquí y que no me irá sin hablar antes con él. Solo dele mi nombre, sabrá quién soy.

La recepcionista acusó la sorpresa ante su tono, pero se limitó a asentir antes de señalarle, innecesariamente, el camino a seguir.

Carlos Lorenzo era el médico a cargo de su hermana, un cabrón hijo de puta demasiado pagado de sí mismo pero excelente psiquiatra, solo por eso lo soportaba. Él había sido quien le había hecho ver que necesitaba espaciar sus visitas, no deseaba que dejase de venir, pero sí que lo hiciese con un mayor intervalo, al menos durante esos últimos seis meses.

«No es Dawn quién me preocupa, señorita Álvarez, es usted. Su hermana vive sumergida en su mundo, pero usted parece perder un poco de conexión con el suyo cada vez que entra en estas instalaciones».

Le hubiese gustado rebatirle, decirle que no era así o que se metiese en sus propios asuntos, pero no podía ignorar la verdad cuando la tenía delante por muy dolorosa que fuera. Sacudió la cabeza para deshacerse de sus pensamientos y continuó por el pasillo, estaba allí para ver a Dawn y no se marcharía hasta hacerlo, así esta visita supusiese perder otro pedacito de su alma.

Cada vez que entraba allí para verla, el pasado volvía con fuerza a su mente, hacía que recordase, como si hubiese ocurrido ayer, el momento en que toda su vida se fue a la mierda.

Llevaba ese día grabado a fuego en la mente y en el corazón, si cerraba los ojos

todavía podía ver a alguien interrumpiendo la clase para hablar con el profesor, escucharle mencionar su apellido y pedirle que saliese un momento al pasillo dónde le comunicó que sus padres y su hermana habían sufrido un accidente.

Recordaba la carrera desde la facultad al hospital, abalanzarse sobre el mostrador de urgencias y pronunciar sus nombres solo para que alguien, que luego supo era un agente de policía, se acercase a ella y le diese las condolencias por la muerte de sus padres en un desafortunado accidente y le hiciese una serie de preguntas que nunca llegó a contestar.

Alguien había entrado en casa, habían matado a sus padres para luego prender fuego a la casa. A su hermana la habían encontrado en la parte de atrás de la casa, con graves quemaduras y heridas que corroboraban un posible asalto.

Ni siquiera hoy sabía cómo o de dónde había sacado las fuerzas para enfrentarse a todo lo que vino después, a un funeral y a un posterior entierro mientras la única familia que le quedaba se debatía entre la vida y la muerte en una cama de hospital. Les dio el último adiós a sus padres solo para permanecer después, día tras día, durante varios meses, detrás de un cristal rogando que su hermana no la dejase sola.

Si bien superó aquella crisis, Dawn nunca volvió a ser la misma, le cambió el carácter, pasó de ser una chica vivaz y despreocupada a convertirse en una persona introvertida y asustadiza, la habitual verborrea mutó en silencio y con el silencio llegaron las pesadillas, las alucinaciones, los gritos en plena noche y después durante el día.

«Quieren matarnos, Leah, quieren erradicar a todos los supervivientes. No desean que nadie recuerde esa noche, que sepan lo que pasó realmente. Yo estaba allí, esa noche yo estaba allí... y había tanta sangre. Fue horrible. Mamá y papá sabían que era peligroso, teníamos que pasar desapercibidas, pero ellos nos descubrieron. Son bestias... están sedientas de sangre... eran lobos... lobos sedientos de sangre».

Complots, asesinatos, bestias con apariencia humana... los argumentos eran cada vez más rocambolescos y su actitud más arisca y peligrosa, tanto que estuvo a punto de costarles la vida a ambas un años después, cuando la despertó en plena noche, envuelta en humo y con las llamas lamiendo ya las paredes de la cocina, diciéndole que las habían encontrado y que si sabían que estaban vivas las matarían.

«No les dejes acercarse a ti. Si ves a alguno, huye. No esperes. No preguntes. Te matarán, Leah, de la misma forma que hicieron con papá y mamá. No querrán testigos, los lobos te matarán. ¡Nos matarán a las dos!».

Había perdido la cabeza, su mente se había trastornado por completo y todo lo que pudo hacer fue encontrarle ayuda, una que había esperado obtuviese dentro de esas paredes.

Respiró profundamente haciendo a un lado los recuerdos y salió al jardín. Como siempre, el ambiente resultaba tenso e incómodo. Las miradas vacías, los inesperados gritos, voces infantiles en cuerpos de adulto se mezclaban con las batas blancas de las

enfermeras y cuidadoras componiendo un cuadro difícil de olvidar.

La buscó con la mirada y no tardó mucho en dar con ella. Siempre que salía al jardín podía encontrarla en el mismo lugar; un banco alejado bajo la sombra del único árbol que había. Con la mirada perdida en el horizonte y un aire de melancolía a su alrededor, su hermana vivía en el mundo sin formar parte de él.

—Hola cariño —la saludó con ternura—, siento no haber podido venir antes a verte.

La chica ni siquiera se inmutó, era como si no reconociese su presencia.

—Dawn —extendió la mano hasta posarla sobre las suyas cruzadas sobre el regazo—. Mírame, cielo. Soy Leah.

Pero ella siguió perdida en el horizonte haciendo que se sintiese más sola que nunca.

—Dawny, ¿puedes mirarme, por favor? —insistió intentando que no le temblase la voz—. En estos momentos me vendría bien que me mirases, que dijese algo, cualquier cosa...

La ausencia de respuesta convirtió, una vez más, su visita en un monólogo.

—¿Sabes? He cometido muchos errores a lo largo de la vida, probablemente creas que el que estés aquí sea uno de ellos, pero... yo te quiero, te quiero tanto que me aterra la idea de perderte —continuó intentando buscar su mirada—. Solo nos tenemos la una a la otra, somos toda la familia que nos queda.

—Hummm.

El inesperado sonido la sobresaltó, su hermana se encogió, empujándose y apartándose de su contacto como si de repente la lastimase.

—Dawn, cariño...

La vio fruncir la nariz, sus ojos turquesa, más verdes que los suyos que tiraban al azul, abriéndose de par en par para luego sacudir la cabeza en una aterrada negativa.

—No —escuchó su voz por primera vez en mucho tiempo—. No... no... tú no... ya no eres familia... —sus ojos la traspasaron con la intensidad que había en su mirada—, ya no eres familia... eres de ellos... hueles como ellos... y te matarán, te encontrarán y te matarán como mataron a papá y mamá.

La crudeza en sus palabras la dejó clavada en el sitio, su hermana se giró por completo y se acercó a ella sin alzar la voz, hablando siempre en un tono bajo y silencioso.

—No dejes que te atrape, Leah, no dejes que se acerque de nuevo a ti —extendió la mano y la clavó en su brazo con una fuerza inusitada—, no pueden encontrarnos, no puedes dejar que nos encuentren...

Sus dedos se hincaron con más fuerza en su brazo haciendo que respingase de dolor.

—Dawn, para, me haces daño...

Su mirada se clavó en la suya, sus dedos se aflojaron, pero no la soltó.

—Papá y mamá lo sabían —musitó incluso en voz más baja—, sabían que nos

buscaban. Intentaron impedirlo, pero ya era demasiado tarde... los lobos los mataron, esas bestias los despedazaron.

Se soltó de su mano y sacudió la cabeza.

—Dawn, ¡basta! —insistió levantándose de golpe—. Lo de papá y mamá fue una tragedia, pero no los mataron los lobos.

En realidad, a día de hoy, todo lo que existía del suceso ocurrido tres años atrás eran incógnitas. La policía había supuesto que se trataba de un robo o un posible ajuste de cuentas, pero nunca se había conseguido dar con los responsables.

Los ojos de su hermana se oscurecieron y esa pérdida de identidad volvió de nuevo a cubrir su rostro.

—No pueden encontrarnos, no pueden encontrarnos, no pueden encontrarnos...

La frase se repitió una y otra vez como un mantra, de sus labios ya no salía otra cosa.

—Dawn...

Ya no la escuchaba, había vuelto a sumirse en su propio mundo y sus labios se movían solos perdiendo poco a poco el habla hasta que solo articuló las palabras sin que emergiese un solo sonido de ellos.

No pudo soportarlo, las lágrimas hicieron acto de presencia y optó por levantarse y huir. Ella no estaba mejorando, al contrario, su mente parecía haberse fragmentado incluso más.

—Maldito lugar y malditos médicos —musitó volviéndose una última vez para ver a su hermana en la misma posición que cuando llegó.

La humedad le empapó las mejillas trayendo consigo el horror y la rabia, se las secó y se recompuso rápidamente antes de dar por terminada su visita en la consulta del médico.

No sabía lo qué, pero tenía que hacer algo, cualquier cosa para recuperar a la Dawn que recordaba, a la hermana mayor que la había cuidado y protegido de niñas.

CAPÍTULO 4

La única manera que Leah conocía para sacarse los nubarrones de encima y dejar de pensar era sumergirse en el trabajo. Y ahora necesitaba dejar de elucubrar, centrar su mente y poner en orden sus pensamientos para encontrar una solución a los problemas que la aquejaban.

No era de las personas que dejase las soluciones al azar, pero en estos momentos tampoco sabía qué otra cosa podía hacer.

Su pequeña empresa en el Art District ocupaba la mayor parte de su tiempo cuando no estaba como ahora, en el coche, visitando las propiedades a cargo de su agencia inmobiliaria.

En esta ocasión se trataba de una casa para remodelar, una casa de planta baja y corrida que venía con una buena parcela de terreno. El rancho procedía de una herencia la cual se había quedado el banco, ya que el anterior propietario carecía de herederos. La propiedad había salido a subasta y la había adquirido uno de los clientes más importantes de la firma; ese hombre compraba propiedades que luego remodelaba y ponía de nuevo en venta. Pero esta, según le había informado su asistente, era un capricho personal.

Abandonó la carretera principal y tomó el primer desvío a la derecha, tal y como le indicaba el GPS. La ubicación no podía encontrarse más lejos de la civilización, pero ese era el precio que tenía que pagar para disfrutar de unas vistas así.

En circunstancias normales habría enviado a su socio o a alguno de sus empleados, pero necesitaba esto, necesitaba volcarse en el trabajo y dejar de pensar en todas las estupideces cometidas el fin de semana.

Redujo la velocidad y enfiló el estrecho camino que llevaba a la edificación principal, la cual, a primera vista, estaba en muchas mejores condiciones de lo que había esperado. La piedra que revestía la casa estaba en buenas condiciones y, si bien era palpable la necesidad de una buena jardinería, el lugar tenía sus posibilidades.

—Un perfecto retiro vacacional —murmuró apagando el motor. Cruzó las manos sobre el volante y contempló la edificación y los alrededores desde el interior del coche—. Tendría que haberme traído las botas.

Chasqueó la lengua, cogió la carpeta con los papeles que había sobre el asiento del copiloto y descendió del coche.

Sin duda su atuendo no era el mejor para visitar un rancho. El ceñido traje de falda y chaqueta la estaba asfixiando, por no hablar que los mega tacones de sus adorados zapatos amenazaban con hundirse sin remedio en la arenosa tierra.

—Piensa en positivo, piensa en positivo, piensa en positivo —murmuró unas cuantas veces para sí, aquel era un mantra que pocas veces le funcionaba, pero, ella seguía intentándolo—. Cuando entregues el maldito rancho a su nuevo propietario,

podrías comprarte esos preciosos zapatos de *Chia Mihara*.

Los zapatos eran su único vicio, uno que solo podía permitirse muy de vez en cuando, pero esta era sin duda una de esas ocasiones especiales. Respiró profundamente, contó mentalmente hasta diez y caminó decidida hacia la puerta de la casa. A medida que avanzaba no podía evitar hacer muecas y gestos al ver el estado de las ventanas y la suciedad incrustada en sus cristales.

—Compadezco al equipo de limpieza que tenga que encargarse de esto —farfulló y se frotó por enésima y enloquecedora vez la curva entre el cuello y el hombro. No sabía ni cómo ni cuándo se había hecho daño, pero tenía una herida y le picaba horrores. Hizo una nueva mueca al ver un arbusto que estaba más muerto que su cactus y continuó hacia los tres largos escalones que llevaban al porche cubierto que presidía la entrada.

Desde luego la propiedad estaba situada de tal manera que siempre recibía la luz del sol, desde que salía hasta que se ponía y, al mismo tiempo, le llegaba el aire fresco de las lejanas montañas que formaban el espacio de conservación Red Rock Canyon.

Buscó en el interior del portafolios las llaves del lugar solo para percatarse de que la puerta estaba abierta; forzada en realidad.

—No, no, no, no —gimoteó en voz baja olvidándose de su propio malestar—. ¡No me jodas!

Dio un paso atrás y miró a su alrededor, buscando indicios de presencia de algún tipo.

¿Habrían entrado en la casa? ¿Habría todavía gente dentro? ¿Y por qué narices no había saltado la jodida alarma?

—Mierda —masculló debatiéndose entre dar media vuelta y volver a su coche o empujar la puerta y echar un breve vistazo en su interior—. Mierda, mierda, mierda, mierda.

¿Por qué tenía que pasar eso precisamente hoy? ¿Por qué no habían podido entrar en la casa la semana siguiente, cuando ya estaría de vacaciones? Dejó escapar un profundo resoplido y, sujetando con fuerza la llave en la mano a modo de arma, empujó lentamente la puerta.

Tal y como especificaba el expediente del banco, la casa se había vendido sin muebles. Madera desde los suelos al techo, una amplia chimenea de piedra y grandes ventanales, un espacio amplio y diáfano con aspecto rústico. Buscó el interruptor de la luz a pesar de que no necesitaba de más claridad, sus dedos chocaron con él, pero al accionarlo no se encendió nada.

—Estos suelos van a necesitar un pulido sí o sí —rumió incapaz de dejar a un lado su deformación profesional. Sus ojos ya evaluaban la estancia y las posibilidades que ofrecían en cuanto a reformas y decoración.

Avanzó con sigilo, estirando el cuello de modo que pudiese ver lo que había al otro lado de las paredes.

—Polvo por todos lados, algo de humedad, pero no hay pintadas ni destrozos a la vista —evaluó con apenas un susurro.

Más allá del área principal, la habitación ofrecía distintas salidas. Unas puertas francesas daban a lo que parecía una estancia más pequeña en la que colgaba una enorme y horrible lámpara, otra conducía a un corredor y la última, abierta de par en par, comunicaba a otra zona más de la casa.

—Y ahora es cuando el asesino de una mala peli de serie B aparece por esa puerta con un hacha en la mano y la estúpida universitaria corre hacia él en vez de salir por patas.

Sí. Su sentido del humor era absurdo e inoportuno. Algo que, según su padre, había heredado de él.

El pensar en el hombre que la había cuidado y querido, le provocó una punzada en el pecho. Automáticamente su mente voló a esa mañana y a Dawn y las lágrimas amenazaron con echarle a perder el maquillaje.

Sacudió enérgicamente la cabeza y echó un nuevo vistazo alrededor barajando sus posibilidades.

—A la mierda... —masculló y optó por hacer lo más estúpido—. ¿Hola? ¿Hay alguien en casa? Soy la agente inmobiliaria y esta propiedad acaba de ser comprada al banco.

Bien. Ahora si le disparaban, podrían poner en su lápida que había muerto por su propia estupidez.

Agudizó el oído intentando escuchar alguna respuesta, pasos, ruidos, cualquier cosa, pero todo lo que percibía eran los sonidos típicos de una casa vieja.

—Parece que no hay nadie —suspiró y echó de nuevo un vistazo a la puerta—. Estupendo. Pues pienso cargárselo a los del seguro. Y hablando del seguro, ¿dónde narices tienen el sistema de alarma?

Una rápida investigación a través de la sala y de vuelta al vestidor le mostró el panel con los cables de fuera, como si los hubiesen arrancado de cuajo.

—Oh, esto les va a encantar —resopló. Giró sobre sus tacones y se dispuso a investigar el resto de la casa.

Todo lo que encontró fue suciedad, polvo, algo de humedad junto a una ventana mal cerrada y una cocina a medio amueblar. El edificio era mucho más extenso por dentro de lo que parecía a simple vista, pero estaba muy bien distribuido.

—Las tuberías siguen en su sitio, no hay cables arrancados, la grifería no la han tocado... —sacudió la cabeza mirando a su alrededor—. ¿Para qué narices entra alguien en una casa, se carga la alarma si no es para robar todo lo que le pueda ser de utilidad?

Como en todos lados, había gente que se divertía haciendo estas cosas solo por el hecho de hacer daño, pero, aun así, el que no hubiese ni siquiera una pintada, latas de cerveza tiradas o algo, era sumamente extraño.

Con un suspiro, dejó a un lado el portafolios y sacó el teléfono dispuesta a

ponerse en contacto con los responsables del sistema de seguridad, apenas había encontrado el número en su lista de contactos cuando algo en el suelo le llamó la atención.

Justo a su izquierda había una mancha oscura en la que no había reparado y, si miraba un poco más allá, podía ver que no era la única.

Arrugó la nariz y se agachó para comprobar si se trataba de un efecto provocado por las sombras o era algo más.

—Esto parece... —Sus dedos tocaron la mancha solo para encontrarla húmeda—. ¿Qué demonios...?

El color empezó a abandonarle el rostro cuando atrajo los dedos a la luz y vio un inequívoco color rojo tiñéndolos.

—*Madrecita Trinidad* —escupió en castellano al tiempo que se levantaba de golpe y daba un traspies—. Esto es sangre.

Y el rastro parecía seguir a través de la única puerta a través de la que no había entrado. No lo pensó dos veces, empujó la puerta por completo y comprobó que lo que empezaban como manchas o gotitas se convertían a lo largo del corredor en un rastro ineludible.

—¿Hola? —llamó mirando a su alrededor, su mirada puesta en el suelo, en ese marcado sendero ensangrentado—. ¿Hay alguien? ¿Está herido?

Si tuviesen que darle a alguien el Oscar a la más temeraria e irreflexiva, se lo llevaría ella. Era un defecto congénito que la llevaba a meterse siempre dónde nadie la llamaba y terminar con el agua hasta el cuello. Pero, era algo superior a ella, si había alguien que necesitase ayuda y estaba cerca para poder brindársela, ahí iba de cabeza.

Siguió el rastro a través de la parte más profunda del edificio utilizando ahora la pantalla del móvil a modo de linterna en los tramos más oscuros. Bajo la mortecina luz, el rastro de sangre parecía más vibrante, fresco incluso y desaparecía tras la puerta entreabierta de una habitación a la izquierda.

—¿Hola? —murmuró antes de atreverse a empujar la puerta y echar un vistazo al interior—. ¿Necesitas...? ¡Santa Madre!

Las palabras murieron en su boca, el aliento se le quedó atascado en los pulmones y, durante un agónico momento, fue incapaz de respirar. Allí, tirado en el suelo de la habitación, en medio de un charco de sangre, encontró el perro más grande que había visto en su vida.

—Oh, por todos los santos —gimió lanzándose corriendo hacia el animal—. Dime que no estás muerto.

Su carrera se vio súbitamente interrumpida por un agónico gruñido, unos ojos amarillos y una fila de dientes en una enorme cabeza que, a duras penas podía mantener erguida.

—Ya, cariño, no te haré daño —musitó, bajando el tono de voz y agachándose ella misma para no parecer una amenaza—. Oh, pobre bebé, ¿quién te ha hecho esto?

El animal siguió gruñendo, mostrándole esa enorme fila de afilados dientes mientras luchaba por volver a ponerse en pie.

—No, no, quédate quieto —extendió las manos haciendo que él gruñese con más ímpetu—. Está bien, está bien, lo sé. Estás herido y no te fíes de mí.

El can volvió a caer, incapaz de ponerse en pie, de su garganta ahora escapó solo un quejido y no pudo soportarlo más. Las lágrimas emergieron inmediatamente de sus ojos y se le formó un nudo en el pecho que apenas la dejaba respirar.

—Malditos bastardos —masculló prácticamente gateando hasta él—. Mira lo que te han hecho.

Él se limitó a mirarla con esos ojos, clavándolos en los suyos, casi como si pudiese mirar más allá de su alma y entonces gimió, intentando moverse de nuevo.

—No, no, no —posó las manos sobre su pelaje sin pensar siquiera en la locura que estaba cometiendo—, no te muevas —suplicó sintiendo ya las lágrimas deslizándose por sus mejillas y presentes en su voz—. Quédate quieto, por favor, solo quédate así.

No podría soportarlo, no podía soportar ver sufrir así a una persona, menos aún a un animal.

—Te buscaré ayuda, saldrás de esta, ya lo verás —prometió entre sollozos mientras se sacaba la chaqueta del traje y dudaba sobre qué parte del maltrecho animal presionar—. Vas a salir de esta, pequeño, te lo prometo.

Buscó con manos temblorosas el móvil que había dejado caer en algún momento tras entrar en la habitación y buscó rápidamente el número que necesita.

—¿Santiago? Necesito tu ayuda —proclamó con un quejido—. No, no... yo estoy bien, pero él se muere. Ayúdame, Santiago. Ayúdame.

CAPÍTULO 5

—Houston, tenemos un problema.

—¿Solo uno? —rumió Brian—. Eso sería un completo milagro.

—Odin lleva desaparecido desde anoche y no soy capaz de contactar con él o rastrearlo.

Las palabras de Quinn captaron la inmediata atención de los presentes. Después de la llamada de auxilio de su alfa la noche anterior, todo se había vuelto una pesadilla.

—¿Cómo que no eres capaz de contactar con él? —Jeremy, el alfa de Nebraska, había acudido a la inauguración del hotel al igual que los jefes de otras regiones. El policía había venido con su nueva compañera.

—Quizá no quiera ser encontrado —sugirió Brian, el más joven de los jefes presentes, con gesto despreocupado. El chico era un juerguista nato, demasiado joven para su cargo, todavía en proceso de aprendizaje—, ya me entiendes...

—Informó sobre lobos renegados —les informó, arrancando varios juramentos a los presentes—. En algún punto hacia el sur.

—¿Lobos renegados? —comentó Santana—. ¿Sabemos si tienen que ver con los sucesos de hace seis meses?

Negó con la cabeza.

—Odin no me dio más detalles al respecto —siseó—. Lo mantuve en el radar, pero hubo un momento en el que lo perdí y he sido incapaz de dar con él o comunicarme. No responde a nuestro vínculo de manada.

Aquello no era bueno.

Un lobo nacía con un vínculo especial que lo unía a su manada, en el caso del alfa, ese vínculo era intenso y fuerte, capaz de llegar a comunicarse a varios kilómetros de distancia. A lo largo de su vida podía forjar o romper otros vínculos; con su compañera, con su beta, sus hijos, pero el vínculo de manada siempre permanecía.

Él había forjado un enlace propio con Odin como su beta, una vía de comunicación privada que le mantenía al tanto de los pasos de su jefe, o al menos lo había hecho hasta algún momento de la madrugada. Y la ausencia de comunicación, de presencia a través de ese enlace, no traía consigo nada bueno.

—No siento su presencia.

Sus palabras cayeron en medio del silencio con fuerza atronadora.

—¿Estás sugiriendo qué está...?

—No.

Luke Evans interrumpió la conclusión del joven Brian. El alfa de Manhattan poseía un estrecho vínculo con su alfa, uno que iba más allá de la amistad.

—Odin no es un lobo que se deje vencer, así como así —aceptó Santana con ese fuerte acento tejano—. No, tiene que haberle pasado algo para que no se haya reportado de nuevo.

—¿Qué ocurrió? ¿Dónde estaba? —insistió Luke mirándole a los ojos.

—Yo lo vi en la fiesta hasta poco después de las doce —comentó Brian frotándose la barbilla—. Estaba hablando con dos de mis inversores...

—Sí, pero eso se terminó cuando *ella* se cruzó en su camino.

Santana enarcó una ceja con visible interés.

—¿Ella?

Hizo una mueca y señaló por encima de su hombro.

—Ese es el motivo por el que os he reunido aquí —les informó. Había reunido a los cabecillas de las regiones colindantes y avisado también a Evans debido a su cercanía con Odin—. Es parte del vídeo de seguridad del hotel, de un poco después de las doce...

Sin esperar un segundo más, se giró y tecleó un par de comandos en el ordenador hasta reproducir parte de la grabación.

La algarabía de la noche anterior emergió a través de los altavoces, risas, murmullos de conversaciones y la suave música ambiental resonaba de fondo mientras la pantalla reproducía la grabación. Los primeros minutos mostraban a Odin moviéndose a través de la sala, charlando animadamente con los invitados, ejerciendo de anfitrión, coqueteando con alguna mujer solo para continuar con sus negocios.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —preguntó Jeremy inclinándose para repasar las imágenes que aparecían.

—A ella —declaró señalando una zona de la pantalla dónde una mujer aparecía hablando de espaldas con un grupo de invitados.

La imagen se congeló durante un segundo para luego volver a ponerse en marcha, dos mujeres una morena y otra pelirroja charlaban animadamente en un pequeño grupo, una de ellas se giró y pareció cruzar la mirada con alguien, sonriendo y dedicando un gesto coqueto. Unos momentos después, Odin aparecía en la escena, dándole la espalda a la cámara. No podía verse bien a la mujer con la que ahora hablaba, la única que había permanecido en un segundo plano al lado de la coqueta morena. Estaba demasiado lejos de la cámara y tampoco podía apreciarse bien su voz, intentó agudizar el oído y sacudió la cabeza.

—Retrocede unos segundos y aumenta el volumen —pidió Jeremy indicando la cámara, en el circuito de cuatro que mostraba el ordenador, que le interesaba—. Aquí, amplía la imagen.

—¿Quién es?

—Todavía no lo sé —había verdadero fastidio en la voz—. Pero es *ella*.

Al decir eso, Luke, Jeremy y Santana lo miraron, entonces volvieron a prestar atención a la pantalla.

—Mierda —murmuró Luke.

El mayor de los lobos se pasó la mano por el pelo.

—Así que la ha encontrado —comentó con un silbido—. Bueno, eso iba a pasar antes o después...

—Ahórranos la función porno —soltó Brian dándole la espalda a la pantalla—. Si ha encontrado a su churri, lo más seguro es que esté disfrutando ahora mismo del deporte lupino nacional; el sexo.

Gruñó, no pudo evitarlo. Aquello era serio.

—Haciendo un resumen de lo que han grabado las cámaras, la chica abandonó el hotel unas horas antes que él —explicó brevemente—. Odin dejó el Imperia un poco antes de las cuatro de la mañana y una hora y pico después, fue cuando se comunicó conmigo pidiendo ayuda. Estaba siendo perseguido por unos renegados y dijo también algo de unos motoristas.

—Esto se pone más jodido por momentos —resopló Santana—. ¿La ha reclamado? ¿Dónde está esa mujer? Si la ha reclamado y algo le pasa a ella...

—No lo creo, por lo poco que pude entender, ella está a salvo.

—Hay que encontrarla —murmuró Jeremy parando la imagen de la mujer—. De un modo u otro, quizá pueda arrojar un poco de luz a todo esto.

—¿Loba o humana?

—Sea lo que sea, si Odin la ha marcado no lo estará pasando demasiado bien lejos de él —resopló Luke, quién sabía aquello por experiencia propia.

—¿Tenemos algún nombre? —preguntó Jeremy metido por completo en su papel de policía—. ¿Algún apellido? ¿Algo que nos sirva para localizarla?

—Si ha estado en la recepción tiene que estar en la lista de invitados —le informó—, he empezado a contrastar los nombres con la información que tenemos, pero me llevará un tiempo.

Jeremy asintió.

—Cuando tengas un nombre, llámame —declaró el alfa—. Veré que puedo encontrar, si está ahí fuera, daremos con él.

Asintió, sabía que lo harían. Solo esperaba que lo encontrasen con vida para así poder matarlo él mismo.

—¿Necesitas ayuda por aquí? —sugirió Luke.

Negó con la cabeza.

—No —negó—. Me las apañaré. Si empiezas a mover tu peludo culo por el hotel, la gente empezará a hacerse preguntas.

Y lo último que necesitaba ahora era alertar al clan de que su alfa había desaparecido, posiblemente, siguiendo las faldas de su compañera.

El lobo asintió, le palmeó el hombro y señaló el ordenador.

—Encuétrala —declaró señalando a la mujer de la imagen, entonces se giró hacia Mike Santana, quién ya lo esperaba para salir—. ¿Listo para estirar un poco las patas?

—Pensé que nunca lo dirías.

Con aquello, los lobos abandonaron la habitación dejándole solo con Brian.

—No entiendo cómo un lobo puede sucumbir de esa manera ante una mujer...

—No es una mujer cualquiera.

El joven alfa se limitó a sacudir la cabeza.

—No, es una compañera —chasqueó la lengua—, el infierno en la tierra para cualquier lobo.

Sí, uno que ahora era incluso más peligroso después de lo que había ocurrido unos meses antes en Nebraska.

—Si los lobos de los que habló Odin tienen que ver con lo ocurrido seis meses atrás, será más que un infierno.

Dos supervivientes del desaparecido clan Daratriz, habían estado dispuestos a acabar con la vida de Mikel Santana, el alfa de la región del centro suroeste del país y con la recién emparejada compañera de Jeremy.

Los jóvenes lobos habían sido engañados, los habían manipulado y hecho creer que las pérdidas que habían sufrido durante la aciaga noche en la que todo su clan fue masacrado, eran promovidas por la codicia y la falta de humanidad de los alfas de las regiones colindantes.

Esa noche se habían perdido muchas vidas, la manada había sido reducida a cenizas y los pocos supervivientes se habían desperdigado acogidos y adoptados por los clanes de otras regiones.

Ahora, alguien se estaba aprovechando del dolor y el odio generado esa noche, dirigiendo a los supervivientes hacia una venganza equivocada, una venganza que podía costarles muy cara.

—¿Tenéis alguna pista sobre los refugiados que se acogieron en vuestra manada?

La manada liderada por el alfa de Nevada era una de las regiones más grandes de Norteamérica, sus dominios se extendían a través de toda la región montañosa del este y comprendían a varios clanes que dependían del liderazgo de Odin. Si bien Quinn no había sido un crío durante aquella época, sabía que, en las agónicas horas finales de aquella noche, los jefes de manada de las distintas regiones limítrofes se habían unido para acoger a los lobos que se habían librado de aquella matanza.

—De los diez supervivientes que fueron acogidos esa noche, sabemos que dos de ellos están muertos y que los otros cinco han sido acogidos por los distintos clanes —contestó, compartiendo la información que les competía a todos—. Según Odin, nuestro clan acogió en su seno a dos, pero localizarles está resultando igual que buscar una aguja en un pajar.

Las dos jóvenes vidas que se habían perdido en el incidente de la clínica veterinaria de la compañera de Jeremy, habían sido un precio demasiado alto a pagar. El localizar a los demás se había convertido en algo prioritario, no podían permitir que quién quiera que estuviese detrás de aquello, contaminase más vidas.

—Y todavía habría una pareja de gemelos y una quinceañera comentó, —pero nadie sabe qué fue de ellos. Ninguno de los alfa que estuvieron allí esa noche puede

recordar con claridad si los vio o si alguno los acogió en su manada, solo sabemos de su existencia porque el príncipe los recuerda...

Velkan había hablado de ellos durante la última reunión. Como era usual en él, sus explicaciones habían sido parcas y prácticamente inexistentes, pero la seguridad con la que declaró la existencia de esos tres supervivientes, era suficiente para que todos confiaran en su palabra y los añadiesen a la lista.

—Si necesitas ayuda para dar con esa aguja...

Hizo una mueca. Costaba creer que un hombre que era de su misma edad, era el cabeza de un clan.

—Hemos hecho un barrido de los registros de hace diez años, de los nacimientos y adopciones dentro del clan y hay un par de posibilidades, una de las cuales podría haber cruzado hacia tu región.

El joven asintió.

—Pásame la información que tengas y veré qué puedo hacer.

Sonrió para sí. Brian podía ser todavía joven, pero se tomaba muy en serio su papel como alfa.

—Lo haré —aceptó, entonces señaló la pantalla—, pero antes, tengo que descubrir quién es ella y dónde demonios está Odin.

CAPÍTULO 6

Si alguien quería saber cómo era el infierno deberían preguntarle. Estaba seguro que allí era dónde se encontraba, en ningún otro sitio podía hacer tanto calor.

El dolor le robaba el pensamiento, le impedía pensar con claridad así que ni siquiera lo intentó. Tampoco es que tuviese fuerzas para ello. Le dolía todo el cuerpo, no había un solo lugar que no pareciese estar haciéndose añicos y, a pesar de ello, existían también esos pequeños momentos de paz, casi de alivio en el que una lejana voz y un cálido toque, lo instaban a permanecer dónde pudiese escucharla.

No sabía quién era, pero de algún modo lo hacía sentirse bien, hacía que desease quedarse cerca y seguir disfrutando de sus caricias.

Ella se convirtió en su ancla en medio de aquella abrasadora tormenta, le daba fuerzas para seguir nadando cuando todo lo que deseaba era dejarse ir. Por ella decidió seguir luchando y dar la espalda a la oscuridad que lo llamaba, al olvido que le ofrecía llevarse de una vez y para siempre el abrasador calor.

Quizá debiese odiarla por obligarle a seguir padeciendo, gritarle que no tenía fuerzas y que lo dejase ir, pero su voz alejaba el calor, le brindaba consuelo y fue incapaz de alejarse.

Leah sabía que después de hoy podría pedir una habitación contigua a la de su hermana y se la darían sin tener que hacer mucho esfuerzo. Solo tenían que verla arrastrar el enorme cuerpo peludo del perro a través de la casa y reparar en el rastro de sangre que iba dejando tras de sí para ponerle la camisa de fuerza.

Se detuvo a recuperar el aliento, se pasó la mano por la frente, manchándosela y comprobó que su peludo amigo seguía respirando.

—Pesas una tonelada, amiguito —resopló sin dejar de comprobar el estado del animal.

Poniéndose en pie, cogió de nuevo los bordes de la manta que había sacado del maletero del coche y volvió a tirar con todas sus fuerzas para arrastrar ese enorme ejemplar hacia la entrada de la casa. Todavía no sabía cómo iba a meterlo en la parte de atrás del coche, pero no iba a dejarle allí.

Había llamado a Santiago, un viejo amigo de su padre que había ejercido la veterinaria antes de jubilarse, el hombre vivía ahora cómodamente en un rancho a las afueras y le había dicho que le llevase al pobre «perrito». Quizá debía haberle advertido que el perrito en cuestión pesaba una tonelada y era casi tan grande como un poni.

El hombre estaba acostumbrado a que dejase caer en la puerta de su casa todo tipo de animales heridos. Desde que era una niña había sentido una comunión especial

con los seres menos afortunados, sus padres a menudo habían bromeado con echarla a ella de casa para que pudiesen entrar sus buenas obras y Dawn siempre la había ayudado a ocultarlos cuando no le dejaban tenerlos en el interior.

Un débil gruñido la arrancó de sus pensamientos prestándole de nuevo toda su atención.

—Lo sé, peluche, lo sé —se acuclilló ante la enorme cabeza, deslizando los dedos por su pelaje, acariciándole la oreja y susurrándole palabras de calma—. Sé que duele, pero te vas a poner bien.

La respuesta del can fue deslizar la lengua a través de sus fauces y lamerle los dedos antes de cerrar los ojos otra vez.

Se mordió el labio inferior ahogando un sollozo, se obligó a sonreírle mientras le hablaba dulcemente y volvió a arrastrarle hacia la puerta.

Estaba sudando, el corazón le latía acelerado por el esfuerzo y todavía le quedaba lo más difícil, meter a ese chico grande en la parte de atrás del coche. ¿Cómo demonios iba a hacerlo? Pesaba demasiado como para que lo cogiese en brazos y él sería incapaz, en su actual estado, de hacer el camino hasta el vehículo y meterse dentro.

Arrastró la manta unos últimos pasos hasta sacarle al porche, se limpió el sudor de la cara y se enderezó llevándose las manos a los riñones.

—De acuerdo —reflexionó en voz alta—. Si acerco el coche hasta aquí, quizá pueda arrastrarte hasta el borde y meterte desde el maletero.

Le echó un último vistazo, le susurró un par de palabras y salió disparada hacia el coche. Saltó dentro, lo puso en marcha y llevó a cabo su plan. Apenas había terminado de colocarlo cuando vio por el espejo retrovisor como el can intentaba levantarse, fallándole las fuerzas solo para luchar una vez más hasta conseguir ponerse de pie.

—¡No! —jadeó, apagó el motor y saltó—. No, no, no... tranquilo, pequeño. No voy a irme sin ti. Espera, déjame ayudarte...

El pobrecillo gimoteó dejándose caer una vez más, estaba agotado, pero no quería ser dejado atrás.

—Shh —lo acarició suavemente—, tranquilo. Vamos a conseguirte ayuda, ¿de acuerdo?

Esos bonitos ojos amarillos la miraron desde el suelo y parecían rogarle.

«No te vayas».

Parpadeó, entonces sacudió la cabeza.

—Tenemos que irnos —le informó—. Voy a abrir la parte de atrás y te ayudaré a entrar, ¿de acuerdo?

Él se limitó a seguirle con la mirada mientras se movía como si quisiera asegurarse de que cumplía con su palabra.

No podía irse, no podía dejar que se fuera, quería que se quedase con él. No quería quedarse allí solo en ese ardiente desierto. El calor era insoportable, las imágenes empezaban a resultar borrosas y le costaba respirar, la oscuridad amenazaba con llevársele, pero no iba a ceder, mientras ella estuviese allí y con él, aguantaría lo que hiciese falta. No entendía el porqué, no sabía por qué era tan importante, solo sabía que tenía que quedarse a su lado, que era importante y eso era lo que haría.

«*Mía*».

Saboreó la palabra y se aferró a ella con las pocas fuerzas que le quedaban. La convirtió en su mantra, en su fortaleza y eso le permitió arrastrarse y medio incorporarse para ayudarla a trasladarle dentro de ese automóvil.

—Eso es. Buen chico. Ahora vamos a ir a ver al doctor.

«*Mía*».

Ella era suya. Mientras estuviese a su lado el infierno en el que estaba sumergido no sería tan duro y podría soportar cualquier cosa.

—Solo aguanta un poco más pequeño, todo saldrá bien.

Sí. Aguantaría. Haría lo que fuese por ella y solo por ella.

CAPÍTULO 7

Empezaba a estar cansado de toda esa mierda, de esas persecuciones sin honor, de ver cómo esos estúpidos humanos se tomaban las incursiones como meros juegos. Ni siquiera estaba seguro de por qué los habían reclutado, no tenían nada que ver con su venganza, nada que reclamar a los culpables de toda la muerte y destrucción que se había generado y dónde había ardidado toda su vida.

Se acercó a la ventana y la abrió necesitando respirar, la ciudad lo sofocaba, prefería con mucho las montañas en las que había nacido, pero no podía darse el lujo de volver hasta que vengase sus muertes.

Las risas y el olor del tabaco negro llegaron hasta él procedente de la habitación adyacente. Esos imbéciles estaban celebrando el último golpe, habían emboscado al alfa de Nevada y lo habían perseguido con esas infernales máquinas y armas. La falta de honor, la diversión y el placer que encontraban en la persecución, en descargar la munición de sus pistolas y rifles sobre los suyos, lo enfermaban. Eso no era administrar justicia, era una cacería y no estaba dispuesto en participar de ello.

«No participaré en sus enfermizos juegos, no soy un asesino ni un ejecutor. Mi cometido nada tiene que ver con la sed de sangre que tienen tus nuevos reclutas».

A él no le había preocupado en demasía quién se afiliaba mientras lo hiciese bajo sus directrices, su objetivo era solo uno: derribar a todos los que habían participado de la masacre. No le preocupaba haber perdido ya a dos de los suyos, dos jóvenes que, al igual que él, solo habían buscado venganza por lo que les había sido robado esa noche.

«Toda guerra conlleva sacrificios».

Su justificación no era suficiente, sencillamente no era la vía correcta. Su primera directriz era buscar a los supervivientes y traerlos de nuevo al seno de la familia, hacer justicia por todo el dolor y la muerte que había quedado enraizada para siempre en las tierras de la manada. Por eso se había aliado con él, para descubrir la verdad y ver si todavía podía conservar un poco de esperanza, pero esto...

—¡En plena carrera! ¡Un tiro limpio que lo sacó de su estúpida carrera!

Las risas y los clamores se elevaron vitoreando las palabras de uno de los motoristas. Podía notar el olor de la cerveza mezclándose con el del tabaco, enviciando el aire, las risas y los graves tonos de las distintas voces eran como lijas en sus oídos. Apestaban a decadencia, a sangre y una locura que provocaba que tuviese ganas de vomitar.

—Ha sido una suerte que apareciera detrás de esa perra —comentó otro, su voz chillona—, aunque no me importaría que lo hubiese hecho después. Me hubiese gustado enseñarle a esa amante de engendros lo que es realmente un hombre.

—Esas perras me dan asco, ¿cómo pueden entregarse así a esos animales?

Engendros. Animales. Bestias. Para ellos su pueblo no era más que escoria, la manera en que hablaban de las mujeres y su falta de respeto le revolvía el estómago.

Él no estaba interesado en hembras, solo las utilizaba para atraer a los compañeros a sus trampas. Esa noche, ni siquiera habían estado tras el culo de Peters, sino tras el de Santana, el alfa se les había escapado meses atrás llevándose la vida de dos lobos inocentes con él y que había asistido, junto con otros miembros importantes de la raza, a la inauguración del Las Vegas Imperian.

Apretó los dientes y notó el gruñido emerger por su garganta.

—Oh, yo estuve a punto de dispararle al engendro cuando se lanzó a por ese maldito perro —se rio un cuarto y se oyeron al momento el choque del cristal de las botellas y nuevas carcajadas—. Tenías que ver cómo se esforzaba por ascender por los peñascos...

Se obligó a apretar los dientes y permanecer calmado.

No le gustaban las masacres, si había que luchar, debía hacerse con honor y eso fue lo que hizo al seguirlo a través de la escarpada subida, lanzándose su garganta, derribándolo y alejándolo al mismo tiempo de los imbéciles con sus ruedas y las armas de fuego.

«*Lucha con honor, maldito y muere por tus pecados*».

La pelea había sido encarnizada, las marcas y heridas todavía por sanar en su cuerpo lo demostraban. El alfa había sido un contrincante digno de mención, incluso herido y desangrándose, había dado todo lo que tenía para mantenerle a raya y alejarles, no le cabía duda, de la hembra que debía pertenecerle.

—Teníamos que haber salido en su busca, ¡esa estúpida bestia me lo arrebató! —siseó el único miembro de los presentes que compartía su naturaleza—. Maldito engendro, ¡tenía que haberlo matado y hecho una alfombra con su pellejo!

El viejo lobo poseía su favor, había estado casi tanto tiempo como él a su lado, pero la diferencia entre ambos era más que abismal. Carlos era brutal, vicioso y atacaba a traición.

«*No hay honor o gloria en la muerte, Rumati, solo en la vida*».

Cerró los ojos y se aferró con fuerza a esas palabras, las únicas que lo sostenían incluso ahora, después de tanto tiempo, en la solitaria tarea que había adquirido aquella noche.

—Es un cobarde, huyó porque sabía que no podía ganar —se jactó uno de ellos—. Si tenemos suerte se habrá desangrado y estará muerto en alguna esquina.

—¿Y si sigue vivo?

Una ronca y maliciosa risa hizo eco en la sala.

—Oh, eso es lo que deseo —aseguró Carlos con malvada diversión—. Lo quiero vivo. Quiero ser yo el que le arranque la piel mientras grita, serán mis dientes los que se hundan en su cuello y lo rompa como se quiebra una ramita. Ese maldito lobo es mío...

El viejo lobo era vicioso, disfrutaba infringiendo dolor y tortura, algo que iba

completamente en contra de sus códigos. Ambos habían tenido sus encontronazos a lo largo de los años, pero últimamente estos se hacían más crudos e intensos al punto de que antes o después, uno de los dos acabaría con la vida del otro. El maldito había dejado entrever esa sangrienta alma metiéndose en medio de su pelea, echándolo a un lado y desgarrando con sus dientes al alfa; un ataque a traición. La sangre había manado a borbotones de la nueva herida, empapando la piel blanca del can, pero ello no evitó que el lobo blanco se vengara yendo a la yugular, clavándole los dientes y desgarrando la piel solo para volver a atacar con un rápido movimiento, arrancando un alarido de su contrincante, al desgarrarle la oreja.

Sus ojos se habían encontrado entonces y había visto la muerte en los ojos del alfa, allí solo había una bestia, su parte humana había desaparecido por completo y estaba dispuesto a matar.

Había sido incapaz de moverse, su compañero aullando y sangrando por todo el lugar y el enorme lobo blanco le concedió un indulto al dar media vuelta y huir en medio de la oscuridad.

Esa noche podría haberlos matado a ambos y, sin embargo, decidió perdonarles la vida.

—La paciencia es la madre de todas las virtudes —añadió con voz grave, llena de una furia roja y sangrienta que hizo que se le erizase el pelo—, y traerá como premio una nueva piel para mi colección.

Sacudió la cabeza ante el tono de su voz y la determinación que escuchó en ella.

—La oscuridad se está cerniendo sobre todos nosotros —musitó inclinándose hacia la ventana, alzando el rostro para recibir el aire de la noche—. ¿Cuándo hemos perdido de vista el verdadero objetivo de esta misión?

Su principal cometido era encontrar a los supervivientes, los miembros de la manada que esa noche se salvaron de la masacre y fueron arrancados del seno del clan por sus propios asesinos. Oh, sí, deseaba venganza, pero quería venganza sobre los autores de la matanza y para ello necesitaba conocer la verdad, necesitaba saber si ella había sobrevivido.

Fuego, gritos, un dolor agónico recorriendo su cuerpo, cada vez que cerraba los ojos volvía a revivir aquella aciaga noche ocurrida diez años atrás, la rabia emergía con los crudos recuerdos perturbando su paz. Se la habían quitado de los brazos, su hermana Cala había muerto por protegerles a todos ellos y él no pudo cumplir con la sencilla tarea de ponerles a salvo, ni siquiera a la chiquilla que estaba destinada a ser suya.

No era usual que los lobos encontrasen a sus compañeras a una edad tan temprana, pero él lo sabía, sabía que esa delicada e inocente criatura era suya, los doce años que los separaban lo había llevado a esperar a que alcanzase la mayoría de edad y poder reclamarla entonces con todos los derechos. Había jurado protegerla con su vida, pero se la habían arrebatado dejándolo herido y desangrándose en el suelo esperando la muerte, escuchando sus gritos. No supo cuánto tiempo estuvo allí, qué

hizo para llegar a los matorrales o quién lo llevó hasta allí. Todo lo que sabía era que cuando despertó, su familia había muerto, ella y otros chicos habían desaparecido y los pocos supervivientes adultos que quedaban, se perdieron en la noche.

Alguien les había traicionado, habían entrado en la aldea arrasando con todo lo que encontraban a su paso. Habían matado a gente inocente, personas que no hacían daño a nadie y que habían decidido vivir en la tranquilidad de la naturaleza.

Aspiró con fuerza y dejó que el aire se escapase lentamente, abrió los ojos y contempló la ciudad en la que habían recalado los últimos meses, una dónde el pecado y el juego se unían para dar vida a la perversión.

Habían llegado a la ciudad un par de meses atrás siguiendo órdenes. Los alfas de América habían empezado a movilizarse justo después de lo ocurrido en Nebraska, las patrullas se habían instalado en las fronteras y había dado comienzo una búsqueda interna que, todo indicaba, estaba dirigida a encontrar a los supervivientes que habían ocultado en sus respectivas manadas.

«Están vivos. Los han introducido en el seno de sus respectivos clanes y les han lavado el cerebro para que olviden quienes fueron una vez. Tenemos que rescatarlos, Rumati, tenemos que recuperar lo que nos robaron y hacer pagar a los culpables por masacrar nuestro pueblo».

Una nueva carcajada, seguida por el sonido de cristales rompiéndose, lo sacó de sus cavilaciones. Eran demasiado ruidosos para él y sus lealtades tan dudosas como su honor.

Tomó una última bocanada de aire y le dio la espalda a la ventana mientras atravesaba el salón de la casa franca en la que se reunían a la espera de nuevas órdenes. Había llegado la hora de enfrentarse a él y seguir su propio camino.

Si estás ahí fuera, te encontraré, prietenã.

CAPÍTULO 8

—Leah, ¿te das cuenta de que has metido un enorme lobo siberiano en tu coche?

La pregunta del doctor Santiago llegó casi dos horas después en la cocina de su rancho. Había operado al pobre animal, extrayéndole un par de balas, cosiéndole algunas heridas de desgarros y cortes para finalmente administrarle antibiótico y un sedante que lo ayudase a dormir.

—Todo lo que sé es que ese pobrecito necesitaba ayuda.

El hombre chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Sí, desde luego que sí —aceptó con gesto pensativo—. ¿Tienes idea de quién es...? Quiero decir... ¿Dónde lo encontraste?

Dejó la taza de café que estaba degustando sobre la mesa y resopló.

—Estaba tendido en el suelo de una habitación del rancho Omega, el que está en Los Mares, cerca de Cálico y que ha salido a subasta —respondió—. Tengo un cliente que está interesado en él... aunque no sé si ahora seguirá estándolo. Alguien forzó la puerta y arrancó la alarma de cuajo, por no mencionar que ahora también hay un enorme rastro de sangre tiñendo el suelo. Diablos, tengo que volver con un equipo de limpieza y arreglarlo. Para todo lo demás llamaré a los del seguro.

El veterinario se la quedó mirando como si no entendiese ni una sola palabra de todo lo que estaba barbotando.

—Han sido unos días de locos —concluyó con un mohín—, lo de hoy no ha sido más que la guinda del pastel.

—Ya veo, ya.

Dejó escapar un profundo suspiro, cruzó las manos sobre la mesa y miró más allá de la puerta.

—¿Se recuperará?

El afable hombre asintió.

—Ha perdido mucha sangre, pero es un... lobo fuerte —aseguró echando un vistazo a través de la puerta abierta, en dirección a la sala de operaciones que había habilitado en uno de los cuartos—. Necesitará mucho descanso, una dieta rica en proteínas y carne fresca, pero se recuperará.

Un peso que ni siquiera sabía que le estaba oprimiendo el pecho la abandonó tras sus palabras.

—Me alegra saberlo.

El hombre la miró fijamente, había algo en su mirada que no terminaba de descifrar.

—¿Qué piensas hacer con él?

Hizo una mueca. Eso era algo en lo que no se había parado a pensar hasta ese momento.

—Había pensado en dejarlo aquí hasta que se restablezca...

—No se quedará. —La respuesta fue tan brusca como irónica o, al menos, así se lo pareció.

—Pero, no puedo llevármelo al piso, Santiago. No me dejarán meterlo allí y ya has visto lo que pesa...

El veterinario levantó la mano, interrumpiéndola.

—Déjame decirlo de otro modo, no se va a quedar *aquí* sin ti —explicó, ampliando su respuesta—. Tú misma dijiste que empezó a levantarse cuando te vio subir al coche. No está tan fuerte como para vagar por ahí por sí mismo y, viendo que te ha... adoptado, he de suponer que eso es lo que haría; seguirte.

Echó un vistazo hacia la puerta que llevaba a la pequeña clínica dónde descansaba el animal y se rascó inadvertidamente la herida que tenía en el hombro.

—Pero no puedo llevármelo a casa... —insistió y señaló una vez más lo obvio—. No podría bajarlo del coche yo sola, ¡pesa una tonelada!

El hombre rio ante su cara de desesperación.

—Sé lo que pesa, querida, te ayudé a sacarlo del coche y meterlo en la mesa de operaciones —le recordó con divertida ironía—. Así que, tendrás que quedarte aquí con él al menos dos o tres días. Tendréis el rancho para vosotros solos, me has cogido en casa por los pelos —miró el reloj—. En tres horas tengo que estar en el aeropuerto. Estaré fuera toda la semana.

—¿Quéééé?

Abrió la boca y empezó a sacudir la cabeza.

—No, no, no... —jadeó—. Santiago no puedes hacerme esto. Yo no sé nada de medicina veterinaria. ¿Y si empeora? ¿Y si se le saltan los puntos? ¿Y si vuelve a sangrar? O peor aún, ¿y si se me muere?

La sola idea de que le pasase algo a ese pobre animal la acongojaba.

—Si le pasa algo yo... yo no sé...

Las lágrimas empezaron a picarle en los ojos, el pecho se le comprimó y hubiese empezado a hiperventilar de un momento a otro si no se hubiese calmado.

—No se va a morir —la tranquilizó posando la mano sobre la suya con gesto paternal—. Si algo sé sobre... este tipo de... lupinos... es, que una vez que adoptan a alguien, no lo abandonan.

Se mordió el labio inferior y negó con la cabeza.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza. Mírame, llorando por un perro abandonado y del que no sabemos si tiene dueño.

—Es un lobo, querida.

—Peor me lo pones —suspiró—. ¿Se habrá escapado de alguna reserva? ¿Tenemos lobos en Red Rock Canyon?

—Más de los que te imaginas —murmuró al tiempo que se ponía de pie—. Siempre has tenido un corazón blando para con los animales, no iba a ser distinto con él.

Hizo una mueca.

—Ya no tengo diez años.

—¿Tengo que recordarte el drama que montaste cuando encontraste a un gato atropellado el año pasado?

Rodeó la mesa y se detuvo a su lado, posando ahora la mano sobre su hombro.

—Ha sido un día duro, tú también necesitas descansar.

Sacudió la cabeza una vez más.

—No puedo —suspiró—. Tengo trabajo pendiente. Se suponía que tenía que enseñar una casa esta tarde a las cuatro y...

—Cáncélalo.

Sacudió la cabeza.

—No puedo hacer eso.

—Eres tu propia jefa, tienes empleados, aprende a delegar, Leah.

Abrió la boca solo para volver a cerrarla. ¿A quién quería engañar? No podía volver a la oficina, aún no sabía cómo no se había matado en sus prisas por llegar al rancho. Se había pasado gran parte del trayecto mirando por el retrovisor, girándose de vez en cuando sin dejar de parlotear a su nuevo amigo.

—Iba a cogerte vacaciones la semana que viene.

—Perfecto, adelántalas —aceptó el hombre sin más—. Te dejaré una nota con las dosis de las medicinas que tienes que administrarle y las horas de las tomas. Puedes quedarte en el cuarto de invitados, si quieres.

Suspiró, se pasó las manos por el pelo y se lo mesó. Ya no podía más, todas sus fuerzas se habían agotado a lo largo de la mañana. Se limitó a asentir en respuesta a su sugerencia.

—Gracias, doc.

Chasqueó la lengua.

—No tienes nada que agradecerme, querida.

Suspiró y miró a su alrededor, toda la cocina estaba impoluta, los cacharros recogidos, ni una sola moto de polvo a la vista.

—Y, ¿a dónde te vas con tanta prisa? —se interesó. Santiago era un hombre afable, cariñoso, incluso, pero no le había conocido una afición precisamente por viajar.

—A Nebraska —le informó con sencillez—. Una vez al mes nos reunimos unos cuantos compañeros para ponernos al día, somos... viejos compañeros de facultad.

—Nebraska —repitió e hizo una mueca—. ¿No había ningún lugar más lejos?

El veterinario le apretó el hombro y sonrió.

—Te quedas en tu casa —la invitó sin más—. Utiliza todo lo que necesites y cuida de nuestro paciente.

Resopló e hizo un puchero. No se había sentido tan perdida desde la muerte de sus padres.

—¿Puedo llamarte si la cosa se complica?

Él asintió con la misma calidez de siempre.

—Puedes llamarme para todo lo que tenga que ver con medicina veterinaria.

Asintió y finalmente se tomó lo que le quedaba del café.

—En ese caso... que tengas buen viaje.

Su voz lo sacó del incómodo duermevela en el que estaba sumergido. El dolor no era ahora más que una sorda molestia, una que estaba ahí pero soportable. El calor había remitido, si bien no había desaparecido del todo, era más aceptable. Abrió los ojos solo para volver a cerrarlos, la luz le molestaba y ese olor... ¿qué era ese olor? Luchó por volver a abrir los ojos y contempló lo que veía desde su posición. ¿Dónde estaba? ¿Por qué estaba allí? ¿Y dónde estaba ella?

Gimoteó, fue incapaz de hacer otra cosa, le costaba incluso levantar la cabeza.

Entonces volvió a escuchar su voz, orientó las orejas y cerró los ojos disfrutando del bálsamo que suponía esa retahíla de palabras que oía a lo lejos.

—... lo sé, lo sé, pero para eso te pago, ¿no?

Golpes contra el suelo, cadencia de pasos, unos zapatos de mujer. Tacones, ella se estaba paseando sobre tacones y resonaban contra lo que debía ser un suelo de madera.

—No lo sé. En principio un par de días, más si veo que los necesito —continuó con esa suave voz—. No, solo adelanto mis vacaciones, David. Además, Anita era quién tenía que encargarse desde el principio de esas ventas. Dile que mueva el culo a la oficina y que se haga cargo de mis citas de hoy.

Seguía caminando, posiblemente paseándose de un lado a otro. Estaba ligeramente irritada, podía notarlo en su voz, en la manera en que modulaba las frases y su irritación lo molestaba. No quería que estuviese enfadada, no quería notarla preocupada, quería que estuviese a su lado, sentir sus manos de nuevo sobre su piel porque ella era... ¿qué?

En el lugar dónde sabía que tenía que haber una palabra importante solo había oscuridad. La ausencia de ese conocimiento lo llevó a abrir de nuevo los ojos e intentar levantar la cabeza.

¿Quién era ella? ¿Por qué era tan importante para él? ¿Por qué la necesitaba de esa manera?

—No... todo está bien. Solo haz lo que te he dicho y envía un equipo de limpieza al rancho Omega —reclamó sin dejar de moverse de un lado a otro—, y que alguien arregle la jodida puerta. Sí. Ya he hablado con los de la empresa de seguridad y van a encargarse de arreglar el destrozo. No puedo, tengo cosas que hacer, alguien de quién ocuparme. Sí, el mejor amante del mundo y le gusta lamer.

Hubo un resoplido y de nuevo el sonido de pasos.

—Demonios, que manía de querer saberlo todo —la escuchó ahora más cerca, sus pasos encaminándose en su dirección—. Que se queden con las ganas.

Su aroma lo golpeó incluso antes de ella apareciese a través de la puerta abierta y se le acercase.

—Hola peluche —su dulce voz, unida a la caricia de sus dedos sobre el pelo de su cabeza casi lo hizo gemir de placer—. ¿Ya te has despertado? ¿Cómo te encuentras?

Estiró el hocico contra su mano y sacó la lengua queriendo tocarla, saborearla y, sobre todo, queriendo decirle que estaba bien, que siempre estaría bien mientras le acariciase de esa manera.

«*No te vayas*».

Abrió los ojos y la miró, ella se había agachado para poder quedar a la misma altura que él.

—Quién te ha hecho esto, ¿eh? —susurró como si temiese asustarle—. ¿Quién ha podido ser tan hijo de puta como para dispararte y lastimarte de esta manera?

«*Sigue acariciándome*».

Movió la cabeza buscando su mano. Quería más de ella, necesitaba más.

—Sí, sí —la escuchó reír y sintió que su risa lo aliviaba incluso más—. Está bien, pequeño, ahora estás a salvo. No dejaré que nadie te haga daño.

«*Mía*».

—Eres un chico muy bueno y jodidamente grande —comentó deslizando la mirada sobre él—. Demasiado grande para ser un lobo y, además, pareces bastante domesticado. ¿Te has escapado de casa, chico? ¿Te han abandonado?

La vio componer una mueca, entonces deslizó los dedos por sus orejas y no pudo evitar gemir.

—Ay dios, ¿te he hecho daño?

Se apartó tan rápido que su pérdida le dolió más que cualquier daño físico. Intentó incorporarse, seguirla, pero entonces sus manos volvieron estar allí, sobre él y fue como estar en el cielo.

—Lo siento, peluche, lo siento —murmuraba con ternura—. No puedes levantarte todavía. Has perdido mucha sangre, tienes que descansar.

«*No te vayas*».

No quería que se fuera, no quería que lo dejase allí, sin ella se sentía solo y no quería estar solo.

«*¡No te vayas!*».

Ella se sobresaltó, empezó a mirar a su alrededor como si buscase algo, entonces frunció el ceño y lo miró de nuevo.

—¿Has escuchado eso?

Entonces chasqueó la lengua y se rio.

—No, claro que no —negó con la cabeza—. Esto es por la falta de sueño y por toda esta mierda que nos ha caído encima. Ay, Leah, Santiago tiene razón, deberías descansar un rato antes de que sigas escuchando voces.

«*Leah*». Un nombre. Su nombre. El de esa hembra. Suya.

Volvió a empujar el hocico contra su mano llamando su atención.

—Tú también tienes que descansar —le dijo—. Tienes que dormir para reponer fuerzas. Querrás volver a casa, ¿verdad?

Casa. Volver a casa. ¿Tenía una casa? No. No iba a ir a ningún sitio. Quería quedarse con ella. Leah era su casa. No iría a ningún lugar si no estaba ella en él.

—Aunque primero tendremos que averiguar dónde vives —continuó con ese peculiar monólogo—. Si al menos tuvieses una placa... Ni siquiera sé cómo te llamas.

«*Me llamo...*».

Su mente se quedó en blanco una vez más, la información perdida en una profunda oscuridad que empezaba a resultar asfixiante.

Su nombre. ¿Cuál era su nombre?

No podía recordarlo.

—¿Cuál es tu nombre, cariño? —preguntó con dulzura.

«*No lo sé*».

—Tendríamos que ponerte uno, aunque sea de forma provisional —continuó ajena a sus propios procedimientos mentales—. No puedo seguir llamándote peluche...

¿Cuál era su nombre? ¿Por qué no podía recordarlo?

En realidad, empezó a darse cuenta con visible angustia, no podía recordar ni su nombre ni quién era, su mente era una laguna oscura dónde lo único que tenía importancia y lo único que sabía a ciencia cierta era que Leah era suya.

—Veamos —continuó agachándose hasta quedarse a la altura de sus ojos—. ¿Cómo podría llamarte?

«*Mío*».

La palabra surgió sola, con tanta certeza como que Leah le pertenecía. Algo extraño pues él era un lobo y ella...

—Pareces un peluche, pero tu mirada y tu tamaño dice otra cosa, hablan de quién eres realmente, un alma salvaje y libre. ¿Qué te parece «*Mr. Boots*»?

¿*Señor Botas*? Leah quería llamarle *Señor Botas*.

Apretó el hocico contra su mano y le dedicó un pequeño lametón.

—Sí, te gusta, ¿eh? —sonrió acariciándole—. Pues serás *Mr. Boots*, entonces. Al menos, hasta que descubramos quién eres en realidad.

Esa era sin duda una pregunta para la que él también desearía tener respuesta, pues no es que el nombre elegido fuese muy apetecible, aunque le gustaría cualquier cosa que ella le llamase.

CAPÍTULO 9

Quinn cerró el coche y se quedó mirando sus alrededores, inspiró profundamente y olfateó el aire en busca de alguna pista que pudiese serle de utilidad. Su lobo estaba nervioso, le picaba la piel y se sentía inquieto, casi podría jurar que estaría mucho más cómodo en su forma canina y con la nariz pegada al suelo, husmeando alrededor de todo el lugar.

—¿Dónde demonios te has metido?

Su nerviosismo aumentaba con cada nuevo minuto que pasaba sin rastro de su alfa. Odin había desaparecido de la faz de la tierra, su vínculo estaba mudo, como cortado y no era capaz de localizarlo.

Se obligó a mantener sus nervios bajo control, de nada servía que perdiese la cabeza, lo que necesitaba era rastrear a ese maldito culo peludo blanco y rogar por que estuviese vivo.

Desde que Christian había muerto, se había sentido irremediamente solo, como si le hubiesen arrancando una parte de sí mismo. Odin era el único que tuvo el temple suficiente para darle una patada en el culo y ponerlo a trabajar. Lo obligó a hacer a un lado el dolor y concentrarse en el presente y en la vida que tenía por delante, una penitencia que se había impuesto a sí mismo para intentar seguir avanzando.

«*Odin*».

Pronunció su nombre mentalmente, sondeando a través del vínculo que se había establecido entre ellos y, una vez más, volvió a sentir ese sordo vacío, a percibir tan solo una lejana presencia; eso era lo único que evitaba que se volviese loco por completo.

Se obligó a relajarse, a aflojar los músculos y dejar de apretar la mandíbula. Odiaba sentirse así, fuera de control, tan desesperado como un lobezno perdido sin su manada. No había venido hasta allí para ponerse a filosofar o desesperar aún más, había venido en busca de la mujer que, posiblemente, podría darle alguna explicación de lo ocurrido la noche anterior.

Leah Álvarez era la mujer que había atraído la atención de su jefe y, si tenía que hacer caso de la última comunicación de Odin, también era su recién encontrada compañera. Propietaria de una de las más prósperas inmobiliarias del estado, había asistido a la inauguración como uno de tantos invitados con los que solían tener negocios. De hecho, su inmobiliaria llevaba la compra del rancho del que se había enamorado su jefe, uno cuyas escrituras esperaba poder firmar esa misma semana. Harto de la vida en la ciudad, había querido buscar un lugar para sí mismo y dónde dar rienda suelta a su naturaleza salvaje, algo que todos ellos necesitaban antes o después.

Una invitación fortuita, una mujer con la que posiblemente Odin nunca se hubiese

cruzado a pesar de trabajar con ella, un giro del destino que había traído a la vida de su alfa a la única para él; su pareja. Y que, posiblemente, podría estar corriendo peligro inmediato, a juzgar por lo que había pasado en las últimas horas.

Oteó una vez más el aire y gruñó, no había rastro del paso de Odin por allí, pero quizá pudiese descubrir a través de ella dónde diablos estaba el alfa de Nevada.

Abrió la puerta y escuchó el sonido de la campanilla anclada a la parte superior. El ambiente del lugar era distendido, había un par de mujeres tras sendos escritorios y un hombre al teléfono al fondo de la habitación con la camisa más estridente que había visto en su vida.

—¿... y has hablado con los de la empresa de seguridad? No les va a hacer ni pizca de gracia lo que ha pasado —escuchó de refilón—. Bueno, pues mejor. ¿Vas a pasarte después? No me digas, ¿te has conseguido a alguien mejor que esa cáscara de huevo con el que solías salir? Espero que al menos este sepa qué hacer...

El hombre resopló, miró el teléfono poniendo los ojos en blanco y chasqueó la lengua.

—Genial, me ha colgado.

—¿Va a volver? —preguntó una de las dos mujeres que estaban en sus escritorios.

—No —respondió guardando el teléfono—. Ha decidido que empieza hoy sus vacaciones. Anita, te toca cubrir la agenda de esta tarde.

—Valeeee —aceptó la otra mujer, cuya apariencia y tono de voz casaban perfectamente con su nombre delatando su procedencia—. Todo sea por la paz mundial.

Viendo que la campanilla de la puerta no había sido lo suficiente contundente, carraspeó para hacer saber su presencia.

—Buenas tardes.

Las expresiones de consternación y sorpresa que pasearon por los rostros de las dos mujeres resultó casi cómica. La compañera de la hispana, menuda, con el pelo recogido en una coleta y unas modernas gafas que le daban un aspecto de lo más chic, se levantó de golpe.

—Buenas tardes —se adelantó entonces el hombre de la camisa estridente—. ¿Podemos ayudarle en algo?

Educado y sobrio, con un aire de profesionalidad que contrastaba extrepitosamente con su indumentaria. Para que luego te fiases de las apariencias.

—Estoy buscando a Leah Álvarez —anunció, mirando a cada uno de los presentes.

—La jefa no está...

—La señorita Álvarez acaba de iniciar sus vacaciones —se adelantó de nuevo él, tras haber fulminado a la empleada—. Temo que no vendrá por la oficina en los próximos quince días. Si puedo ayudarle yo...

—Se trata de algo... personal —declaró sonriendo interiormente ante la obvia lealtad que esgrimía para con la chica—. Y que atañe a mi jefe.

Aquello captó la atención del empleado.

—Tiene una compra abierta a través de su inmobiliaria de una propiedad y se niega a hablar de los pormenores con nadie que no sea la agente que ha estado gestionando la compra.

—¿Y de qué propiedad estamos hablando?

—El rancho Omega, en Los Mares Ln.

Como uno, los tres empleados protagonizaron una reacción que pasaba de la sorpresa, al horror y terminaba en profundo nerviosismo.

—Ah, sí, por supuesto, la propiedad de la subasta —aseguró el hombre—. Sí, Leah ha visitado esta misma mañana el edificio para comprobar que todo estaba en orden.

Enarcó una ceja. Podía oler su nerviosismo.

—¿No había dicho que la señorita Álvarez estaba de vacaciones?

Un ligero sonrojo le cubrió las mejillas, pero se recuperó de inmediato.

—Lo está —respondió con firmeza.

¿Qué no le estaban contando? Su lobo se revolvió nervioso, no le gustaba que le ocultasen cosas.

—¿Hay algún problema con la propiedad?

—No, ninguno en absoluto.

Demasiado sospechoso. Pero se estaba alejando del verdadero motivo de su visita. Ella no estaba allí, solo estaban presentes esos tres humanos pero había un aroma a mayores, algo floral y femenino que no encajaba con los empalagosos perfumes de las dos empleadas.

—¿La señorita Álvarez se ha pasado por la oficina durante la mañana?

Una de las mujeres asintió y señaló un cuarto al otro lado de la sala.

—Sí, estuvo aquí unos minutos para recoger las llaves y la documentación que necesitaba —comentó voluntariamente la muchacha.

La mujer se soltó sin darse cuenta, cosa que molestó al hombre quién se adelantó y se hizo cargo, una vez más, de dirigir la conversación.

—Si me deja una tarjeta, le diré que le llame tan pronto pueda —ofreció, sin decidirse a darle más información.

Se llevó la mano al interior de la chaqueta y sacó una tarjeta con los datos del hotel. Al haberse convertido en el beta del alfa se había acostumbrado a llevar los negocios de Odin, por lo que llevaba con él la documentación que siempre podía necesitar.

—Que me llame hoy mismo.

Al menos ahora sabía que la chica había venido a trabajar esa mañana, lo que quería decir que, fuese lo que fuese que hubiese ocurrido la noche anterior, ella había estado a salvo.

La pregunta ahora era, ¿dónde estaba ahora esa mujer? Y, ¿estaba con Odin?

Si Leah había estado esa mañana en el rancho, ese sería un buen lugar dónde

empezar a buscar. Si la encontraba, quizá podría comprender dónde demonios se había metido Odin.

—Se lo comunicaré a la mayor brevedad posible —declaró el hombre satisfecho con haber llegado a un consenso.

Asintió, le dedicó un guiño a la mujer que le había brindado la información, haciendo que se sonrojara y salió por la puerta.

—¿Dónde demonios te has metido, Odin?

Su teléfono empezó a sonar entonces, echó la mano al interior de la americana y respondió.

—Dime.

La voz de Jeremy atravesó la línea.

—Leah Álvarez, 28 años. Natural de Nevada. Actualmente es la propietaria de una exitosa inmobiliaria en el Art District —empezó a enumerar la ficha de la chica—. Vive en un edificio de planta baja en Fellow Ship Ave, en Kensington, la casa es propiedad suya. La compró hace dos años. Ah, también tiene una hermana, pero está ingresada en el Montevista Hospital.

Frunció el ceño.

—¿Ese no es el sanatorio mental?

—Sí —aseguró el joven alfa de Nebraska—. Al parecer la chica fue víctima de un asalto en el que murieron sus progenitores y el hogar familiar quedó reducido a cenizas. Su hermana, Leah, se hizo cargo de ella durante su convalecencia en el hospital, pero hay reportes de varios episodios psicóticos, el último de ellos dio como resultado un incendio en el piso de alquiler que ambas compartían y poco después la chica acabó ingresada en el Montevista.

Aquello sí era una novedad.

—¿Los incendios fueron provocados?

La respuesta no se hizo esperar.

—El informe del primer suceso no fue concluyente —le informó—. Han apuntado a un asalto o posible ajuste de cuentas. En la casa solo estaba la hija mayor, Dawn Álvarez, la cual fue encontrada en la parte de atrás de la casa. El segundo, los peritos dijeron que el incendio, posiblemente se habría iniciado en los hornillos de la cocina. Por suerte no hubo más que daños materiales y el seguro, después de un buen litigio, se hizo cargo. Una mala combustión, al parecer, sería la causa probable.

Así que la compañera de Odin tenía una hermana y estaba internada en un hospital psiquiátrico.

—El registro de visitas de la clínica Montevista figura que Leah visitó a su hermana esta mañana —concluyó Jeremy.

Arrugó la nariz, aquello no concordaba con lo que le habían dicho en la inmobiliaria, pero dado el recelo presente en sus voces, no le sorprendía.

—¿Sobre qué hora?

—A primera hora de la mañana.

Y eso debía haber sido justo antes de ir al rancho.

—De acuerdo —le agradeció—. Me acercaré a la clínica antes de ir al rancho, a ver si encontramos al menos el rastro de mi peludo jefe.

—Mantenme informado —pidió—. Si Odin no da señales de vida antes de que acabe el día, tendré que dar parte de su desaparición a Velkan.

Sí, justo lo que necesitaban, avisar a su psicótica alteza.

—Intentaremos dar con él antes de eso.

Dicho aquello apagó el teléfono y suspiró.

—Este va a ser un jodidamente largo día.

CAPÍTULO 10

Había pocas cosas que le sorprendieran, pero el ver a esa deliciosa hembra humana moviendo las caderas al tiempo que cantaba la canción que sonaba por la radio lo dejaba atónito. En honor a la verdad, no podía decir con seguridad si había algo que le sorprendiese más, pues no lo recordaba, pero sin duda, el que se estuviese poniendo cachondo al ver ese culo moviéndose de un lado a otro, era preocupante.

Analícemos la situación:

Ella es humana.

No es de mi raza.

¡Y me están entrando unas ganas locas de lamerla como a un helado!

No, algo iba mal en su cerebro y, al mismo tiempo, ese mismo algo le decía que aquello era perfectamente normal. El que prácticamente le colgase la lengua de la boca y babease como un cachorro al ver ese despliegue de sensualidad, no era algo extraño.

Si tan solo pudiese recordar...

La canción llegó al estribillo y la escuchó musitar la letra al mismo tiempo que levantaba los brazos y se balanceaba al compás de la extraña melodía.

«¿Quién te amaba como solía hacer?». «Nadie, nadie, nadie».

Extraña. Sip. Pero tenía ritmo y, le gustaba. Casi podía imaginarse a sí mismo detrás de ella, rodeándola con los brazos, moviéndose al mismo ritmo, disfrutando con las caricias de su cuerpo y...

¿Rodearla con los brazos? ¿Moverse al mismo ritmo?

Sí, podía verse a sí mismo en forma humana, podía sentir esa humanidad dentro de sí mismo, pero... ahora le resultaba lejana. La medicina que le había administrado el hombre de bata blanca lo mantenía medio adormecido, había conseguido que se fuese el dolor, pero a cambio le había nublado aún más la mente.

Se lamió la nariz y emitió un bajo gemido. Deseaba volver a sentir sus manos sobre el pelo, su rostro cerca del suyo... sus... ¿besos? Sí, quería también sus besos, quería lamerla y acariciar esa piel, sentir su calor... en forma humana.

Cerró los ojos y suspiró.

Nada de aquello parecía tener sentido y, sin embargo, lo tenía.

«Dime... ¿quién te ama? ¿Quién te ama?».

Gimoteó de nuevo y se revolvió en la cama en el que lo habían dejado, el movimiento debió de llamar su atención pues se giró como un resorte y acudió rauda a su lado.

—¿Te duele, pequeño?

Arrodillada frente a él, su mano acariciándole la cabeza, aprovechó su cercanía para pegarle un lametón en la cara. Dios, sabía de manera deliciosa, pero no era

suficiente. Quería más. Quería abrazarla.

—Puaj... lo siento... pero es que... babas —se echó a reír antes de inclinarse de nuevo y depositar un beso sobre su morro—. ¿Quieres agua? El doc me dijo que podías beber.

«*Te quiero a ti*».

La idea surgió sola, se formó en su mente, con un tono que sabía pertenecía a su propia voz, pero fue como el resonar de un eco, como si algo no estuviese bien.

Quería hablarle, quería que Leah le escuchase, pero no entendía el motivo de por qué no era así.

Volvió a sacar la lengua y le lamió los dedos. Esperaba que ella entendiese que esa era su forma de darle las gracias, de pedirle que se quedase a su lado.

«*Quédate conmigo, Leah*».

Su nombre le producía ternura, calor y traía consigo un significado que iba más allá del entendimiento.

—Mira, voy a traerte un poco de agua —continuó ella con su monólogo—. Y después, voy a ver cómo me las ingenio para acampar aquí, ¿vale?

Gruñó, un bajo y ronco sonido que emergió de su garganta a modo de confirmación.

Ella parpadeó, hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—Te juro que por momentos siento como si me entendieses.

«*Te entiendo*».

No comprendía el motivo, ni de dónde venía esa habilidad, pero la entendía muy bien. El problema era que ella no parecía tener la misma habilidad para con él.

—No te muevas de aquí, *Mr. Boots* —pidió pronunciando ese nombre que le había dado—. Vuelvo enseguida.

Mr. Boots. Si pudiese sonreír, lo haría. Un nombre absurdo, pero le gustaba porque se lo había dado ella y, en cierto modo, eso era importante.

La escuchó moverse por la casa, el sonido de un grifo, el del agua vertiéndose en un recipiente, una baja maldición y finalmente sus pasos la llevaron de nuevo al punto de partida.

—Agua fresca —canturreó dejándola cerca de su cama, lo suficiente para que pudiese levantar la cabeza y beber si tenía sed.

Se relamió, el olor del agua le atraía lo suficiente como para querer probarla, pero sus fuerzas no parecían muy dispuestas a colaborar. Con bastante esfuerzo, levantó la cabeza, cambió su peso ahogando un quejido y probó a dar unos cuantos lametones antes de dejarse caer de nuevo en su camastro.

—La dejaré aquí por si luego quieres más.

Volvió a levantarse, esas largas piernas desnudas eran espectaculares y endiabladamente largas. Mientras él dormía se había aseado y cambiado de ropa, su aroma había cambiado a un cítrico, pero el suyo propio seguía allí, dulce y delicioso. Cuando volvió a verle llevaba una camiseta, pantalones cortos y una chaqueta

demasiado grande para su cuerpo, el pelo húmedo le caía en cascada por la espalda y su rostro estaba ahora libre de maquillaje. Parecía incluso más joven que cuando la vio por primera vez en la casa, si es que esa había sido la primera vez, pero era igual de bonita y apetitosa a sus ojos.

La radio volvió a cambiar y comenzó una nueva canción la cual no hizo sino convertir la siguiente escena que se desarrolló ante sus ojos en algo realmente irónico. Por debajo del sonido de la música escuchó golpes, juramentos y unos cuantos resoplidos antes del inequívoco movimiento de algo pesado siendo arrastrado. Se incorporó a duras penas, luchando con el dolor, pero sucumbiendo a la curiosidad, levantó la cabeza en dirección a la puerta y, de ser posible, habría abierto los ojos desmesuradamente y enarcado las cejas al ver a su hembra arrastrando un colchón.

El gruñido emergió involuntariamente de su garganta, una mezcla entre gruñido y resoplido que podría equivaler a su pregunta mental.

«¿Qué estás haciendo?».

Ella asomó la cabeza por un lado del pesado objeto, estaba sonrojada y respiraba con visible esfuerzo.

—No te preocupes, todo va bien —declaró al tiempo que hacía un esfuerzo para tirar del colchón al interior de la habitación—. Pesa un poquito más de lo que esperaba, pero lo tengo controlado. Solo necesiiiiiiiiiii...

Cerró los ojos por inercia, apretó los párpados y se encogió al escuchar el *plof* que acompañó al grito femenino cuando el colchón y ella cayeron hacia delante.

—Joder.

El jadeo femenino lo obligó a abrir los ojos una vez más. Su humana estaba ahora tirada sobre el colchón, espatarrada cuan larga era y con esa bonita mata de pelo rojo desperdigado.

—Bueno, con razón pesas —continuó hablando para sí misma—, no he notado ni el suelo.

Una serie de ladridos emergieron de su garganta, no podía evitarlo, en su propia mente podía escucharse reír, un sonido muy humano. Al parecer, a esa extraña parte de él le parecía realmente cómico todo aquel asunto.

El sonido trajo consigo la inmediata atención de la chica y la vio culebrear sobre el colchón, intentando darse la vuelta solo para quejarse cuando pisó su propio pelo con una mano y cayó de nuevo de lado.

—No pasa nada, *Mr. Boots*, solo ha sido un accidente, estoy bien —rezongaba intentando incorporarse, pero al final optó por gatear hacia él—. Que esto quede entre tú y yo, ¿vale? Menos mal que no hay nadie de dos piernas que haya visto mi actuación estelar.

La suave mano le acarició la cabeza y cerró los ojos disfrutando de la sensación. La diversión todavía burbujeaba en sus venas, como lo hacía el dolor que parecía dispuesto a emerger de nuevo.

—Parece que ya te va bajando la fiebre —murmuró posando la palma sobre su hocico—, tienes la nariz fría y húmeda.

Empujó contra su mano, haciendo que esta resbalase por su cabeza.

«Sí, *que gusto*».

Palmeándole la cabeza, volvió a levantarse y señaló el colchón con el pulgar.

—Voy a terminar con esto —informó—. Tú acuéstate y duerme un poco. Por suerte tengo el portátil en el coche, así que, aprovecharé para terminar un par de asuntos pendientes antes de la hora de comer.

Dicho aquello dio media vuelta y salió por la puerta una vez más, dejando tras de sí ese delicioso aroma que lo hacía salivar.

«*Mía*».

Sí. Ella era suya, de un modo irracional y profundo, sabía que ella era toda suya.

CAPÍTULO 11

Si había algo que detestaba hasta el mejor de los rastreadores era la lluvia. Cualquier huella fresca quedaba inutilizada después de un buen chaparrón y, para su mala suerte, la noche anterior había caído un buen chaparrón.

Cuando bajó del coche, Quinn no pudo evitar hacer una mueca. La humedad perlaba el aire y convertía un caluroso día de mayo en algo sofocante. Él prefería los inviernos e incluso los otoños de Nevada que el asfixiante verano.

El hospital estaba situado a las afueras de la ciudad en un lugar agradable y pintoresco. El edificio de planta baja y feo color amarillento no hacía gran cosa por atraer su atención, pero bueno, bien mirado, el hecho de que fuese una clínica de salud mental no era precisamente material para un catálogo de destinos turísticos.

Olfateó el aire y frunció el ceño, era imposible discernir ningún olor más allá del de la tierra mojada. Y con todo, había algo que lo impelía a seguir adelante, su lobo estaba nervioso y eso incidía directamente en su parte humana. Enderezó los hombros, hizo crujir el cuello y echó a andar hacia la entrada principal.

Empujó la puerta y penetró en el cálido y acogedor interior, el olor del antiséptico le picaba en la nariz y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para captar algo que pudiese serle de utilidad. Discernir un aroma en concreto en aquel lugar prometía ser como buscar una aguja en un pajar. A decir verdad, ni siquiera estaba seguro de por qué había venido hasta aquí, el informe de Jeremy había sido lo bastante exhaustivo como para suponer que no le serviría de mucho visitar a la hermana de Leah.

—Buenos días, ¿puedo ayudarle?

Una coqueta y cuarentona mujer le dedicó su mejor sonrisa desde detrás del mostrador de recepción. El perfume que llevaba prácticamente ocultaba cualquier olor y lo llevó a estornudar; diablos, odiaba los aromas tan fuertes.

—Buenos días —se acercó al mostrador—. Espero no venir fuera de las horas de visita. Acabo de llegar a la ciudad y, puesto que me quedaba de camino, no pude evitar hacer un alto para visitar a una vieja amiga de la familia.

Las pestañas de la empleada se agitaron como dos abanicos en una obvia muestra de coqueteo. Tenía que admitir que no estaba nada mal en su madurez. Si bien no era el tipo de mujeres que solían gustarle, podía apreciar la sensualidad en esta hembra.

—La hora de visitas termina a la una y media, así que todavía está a tiempo —declaró con una genuina sonrisa, llevó las manos al teclado y lo miró—. ¿A quién viene a ver?

Se inclinó sobre el mostrador con gesto indolente, sabiendo que su cercanía atraía la atención de esta fémina. Dejó que su lobo tomase el mando, su voz se volvió más sensual y atrayente.

—Dawn Álvarez —pronunció su nombre—. Su hermana Leah me pidió que me

pasase, considera que mi presencia podría serle beneficiosa.

La mujer asintió e hizo volar los dedos sobre el teclado mientras miraba la pantalla.

—Sí, la señorita Álvarez ha estado aquí a primera hora de la mañana —declaró la mujer—, pero me temo que las visitas para la paciente se han suspendido hasta nuevo aviso.

Frunció el ceño y se inclinó sobre el mostrador un poco más, hablándole en confidencia.

—¿A qué se debe eso?

La mujer se lamió los labios y vaciló.

—No se me permite dar información sobre los pacientes a no ser que sea familiar, señor...

—Reig, Quinn Reig —ronroneó—. Y, por supuesto, entiendo el protocolo, pero... He hecho un largo camino desde Atlanta para verla. Mi madre está deseosa de saber cómo está la pequeña Dawn, su madre y ella eran muy amigas y, después de lo ocurrido... Una verdadera tragedia.

La historia surgió de sus labios con total naturalidad, su preocupación bailando incluso en sus ojos. Odin siempre decía que deberían darle un Oscar a la mejor interpretación.

La vacilación de la empleada se hizo más acuciante, vio cómo se lamió una vez más los labios y miraba de un lado a otro.

—Podría meterme en un problema si le dejas pasar...

Extendió la mano por encima del mostrador y le acarició la mejilla con los dedos. Una caricia sutil, pero con carácter muy sexual.

—Cinco minutos —pidió con voz ronca—, podrá acompañarme si así se siente más tranquila.

La sugerencia pareció inclinar un poco la balanza hacia su lado.

—Habitación 102, por ese pasillo, segunda puerta a la derecha —murmuró en voz baja, como si temiese que la escuchase alguien—. Tiene solo cinco minutos.

Sonrió y asintió.

—Serán suficientes, se lo prometo.

La dejó con una nueva caricia que le arrancó un suspiro y se movió con cauto sigilo en la dirección que le había indicado. La decoración del interior del edificio se volvía más agradable, colores claros, cuadros alegres, por momentos era difícil pensar que estabas en un sanatorio mental y, en otros, con solo oler el desinfectante, eras incapaz de evitarlo.

Algunas de las puertas de las habitaciones estaban abiertas, la hora de visita estaba en pleno auge y su presencia no parecía levantar sospecha alguna. Recorrió la distancia que lo separaba, no sabía si se debía al lugar o a toda la gente que había allí reunida pero su lobo estaba cada vez más inquieto, le picaba la piel y los aromas empezaron a confundirse obligándole a detenerse unos momentos para concentrarse.

—Será mejor hacer una visita rápida y marcharse —murmuró para sí.

La puerta de la habitación que buscaba estaba cerrada, llamó suavemente y giró el pomo para descubrir que cedía.

—¿Señorita Álvarez?

Las palabras apenas salieron de su boca cuando su lobo levantó las orejas repentinamente atento. El aroma del desinfectante se perdía en el interior de la habitación y el de las flores frescas que había en un jarrón se hacía más y más presente junto con el natural de la mujer.

«Lilas».

Sentada de espaldas a él en el borde de la cama, con una cascada de pelo rojo cayéndole por la espalda y una menuda figura envuelta en una bata blanca, la fragilidad y la vulnerabilidad que emanaba de ella lo atrajeron como un imán. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo se encontró a los pies de la cama, contemplando absorto su perfil, salivando por su aroma mientras su lobo aullaba de dicha.

Lo último que podía haber imaginado en su vida estaba sucediendo allí, en esa anodina y pequeña habitación de un hospital mental. La mujer que estaba sentada en la cama, con la mirada perdida a través de la ventana, era su compañera.

CAPÍTULO 12

No podía respirar. No podía hablar. Ni siquiera se atrevía a moverse.

Era ella. La única. Su compañera.

Su lobo estaba extasiado, revolviéndose en su interior, reclamándola como suya, gritándole para que se moviera, para que la tocara, para que hundiese la nariz en esa mata de pelo rojizo y aspirara profundamente su olor.

—¿Nadie le ha dicho que es de muy mala educación quedarse mirando a alguien con la boca abierta?

La inesperada pregunta con tono de censura le provocó un escalofrío de placer. Su sexo se endureció al momento y la boca se le llenó de saliva. Su voz era dulce, un poco ronca, pero malditamente *sexy*.

Entonces ella se giró, su rostro pálido y salpicado de pecas se encontró con el suyo y unos ojos verde mar se abrieron desmesuradamente al verle. Los rosados labios se abrieron unos instantes como si quisiesen pronunciar palabras que no daban emergido de su garganta. Pero no salieron palabras, sino un abrupto jadeo que la llevó a levantarse de golpe y dar un paso atrás, el miedo cubriendo ahora unos ojos que inicialmente estaban repletos de sorpresa.

—Eres uno de ellos... no... no te acerques... por favor... no te... no te acerques.

El miedo en su voz fue como un bofetón en pleno rostro. Su lobo gimió de dolor al verse rechazado, pero su parte humana, la que todavía conservaba un poco de raciocinio, analizó sus palabras.

—¿Uno de ellos?

Ella se lamió los labios, su retirada cortada por la pared. Estaba temblando y sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas.

—No me hagas daño, por favor —musitó al tiempo que intentaba mimetizarse con la pared—. Nadie me ha creído, piensan que estoy loca... Nadie sabrá jamás que fuisteis vosotros, que erais de la manada...

¿Manada? Su admisión lo golpeó de nuevo.

—¿Cómo sabes...?

Entrecerró los ojos y aspiró profundamente, captando su aroma, grabándose el fuego en el alma y sorprendiéndose al mismo tiempo al haber pasado algo tan importante por alto.

—Eres una loba.

Su admisión la llevó a taparse los oídos, a negar con la cabeza.

—No es verdad, no lo soy, no soy nada, nada en absoluto —insistió resbalando hacia el suelo, con las manos cubriéndose las orejas—. Todo fue una pesadilla, nada fue real. Leah no lo recuerda y así debe ser. Ella no ha visto nada, no recuerda nada, nada en absoluto.

Verla así, encogida de miedo, aterrorizada, tan vulnerable y con los ojos anegados en lágrimas lo cortó por dentro. Esa criatura, su loba, era un animalillo herido, uno cuyo espíritu había retrocedido hasta el punto de que apenas era capaz de captar su esencia lupina. Pero estaba allí, no había forma de equivocarse, su lobo la sentía, su olor la delataba; era una de los suyos.

—Dejadnos en paz, dejadnos en paz, dejadnos en paz.

Aquel se convirtió en su nuevo mantra, uno que no dejaba de repetir una y otra vez mientras se acunaba hacia delante y hacia atrás hecha un ovillo.

¿Qué le habían hecho? ¿Qué la había llevado a ese estado? Una furia roja y ciega empezó a emerger en su interior, su lobo aulló pidiendo venganza, dispuesto a destrozar a los culpables de lo que le habían hecho a su compañera.

—Está bien, dulzura, nadie te hará daño —prometió acercándose muy lentamente —, nadie jamás volverá a hacerte daño.

Pero no parecía escucharle, seguía meciéndose hacia delante y atrás sin dejar de murmurar lo mismo.

—Dawn —pronunció su nombre, saboreándolo, sabiendo que ahora era suyo para decirlo con ternura, con pasión y quizá, algún día, lo haría con amor.

La mujer se encogió más sobre sí misma y eso irritó a su lobo, que gruñó a través de su garganta.

El canino sonido hizo que la chica se quedase quieta y levantase la mirada, un gemido igual de lupino, respondiendo a su llamada, reconociéndole como un miembro de su especie.

Entrecerró los ojos y la contempló en silencio, estudiándola.

—Está bien, lobita, solo quería llamar tu atención —murmuró dejando que el lobo acariciase su voz.

Esos bonitos y celosos ojos lo miraron por debajo de unas pestañas mojadas, el temor y la incertidumbre estaban presentes en ellos, pero también había algo más, un sutil reconocimiento.

Su lobo gruñó satisfecho, alzó las orejas y la miró a través de sus propios ojos, contemplándola con la misma intensidad que su parte humana. Se relamió y supo, que, de estar en forma lupina, se estaría lamiendo la nariz, dispuesto a restregarse contra ella, a mostrarle lo feliz que estaba de haberla encontrado y que ahora estaba segura a su lado.

Extendió la mano con la palma hacia arriba y esperó paciente.

Podía ver la dualidad en su mirada y sentirla en su cuerpo. Era como si la parte humana se hubiese hecho cargo de todo relegando al lobo, como si tuviese miedo de su propia bestia y hubiese decidido anularla. Sin embargo, ahora que se habían encontrado, que sus bestias se habían reconocido, la loba en su interior empezaba a desperezarse, a levantar las orejas con gesto curioso y olfatear el aire en busca de confirmación.

Amigo o enemigo.

—Está bien, Dawn, tómate tu tiempo —le dijo sin apartar la mano, pero sin acercarla más a ella—. Tómate el tiempo que necesites, lobita.

Agachó la cabeza y murmuró algo que sonó como a «no soy una loba» antes de apretarse de nuevo contra la pared.

—Eres mi loba —repuso él, manteniendo ese tono tranquilo, suave, manteniendo a su lobo a raya—, y yo soy el tuyo. ¿Alguna vez tuviste una mascota peluda? Puedes pensar en mí de ese modo.

Ella levantó la mirada una vez más, encontrándose con sus ojos.

—Tú no eres una mascota y no eres peludo —repuso en voz muy baja, casi un susurro.

Se rio, no pudo evitarlo. El hacerla hablar, el escuchar su voz, era una pequeña victoria en aquellos momentos.

Por lo general, en su raza los compañeros se reconocían el uno al otro. La atracción era inmediata, el reconocimiento se llevaba impreso en los huesos y se aceptaba libremente, como algo impuesto por el destino. Solían ser ellos, los machos, los que reclamaban a sus hembras, pero en su mundo, ellas sabían a qué atenerse, sabían qué esperar, algo que, como había visto en los extraños casos de emparejamiento entre lobo y humano, no sucedía igual.

Bryony, Shane y Cleo eran prueba de ello. Ellas eran compañeras humanas de lobos alfa, las tres habían ignorado por completo la existencia de su mundo y se habían visto obligadas, al igual que sus compañeros, a pasar por un proceso de adaptación. Cada emparejamiento era distinto. Ya fuese por el rango dentro de la manada, por la simbiosis que hubiese entre la parte humana y la lupina, nunca sabían con qué intensidad iba a golpearle el proceso de vinculación hasta que te encontrabas con él.

Ahora, él empezaba a darse cuenta de ello de primera mano.

—Eso es que todavía no me has visto el abrigo, pelirroja —aseguró haciendo bailar los dedos de la mano que seguía extendida hacia ella—. ¿Me dejas tocarte?

Miró su mano y entonces sacudió la cabeza con fuerza.

—¿Quieres tocarme tú a mí?

Giró la mano de modo que dejó la palma hacia abajo. Ella entrecerró esos bonitos ojos, miró su mano y luego a él.

—¿Psicología inversa?

La pregunta lo sorprendió y, una vez más, se echó a reír.

—De acuerdo, me ha tocado una compañera inteligente y astuta.

Sus labios se fruncieron.

—No soy la compañera de nadie —declaró abrazándose de nuevo a sí misma—. No quiero un compañero. No necesito un compañero. Los lobos hacen daño. Son malos. Mataron a mamá y a papá.

Y ahí estaba de nuevo esa inestabilidad, el aire infantil que asomaba de vez en cuando al recordar un trauma vivido y no superado.

—Yo no te haré daño, no soy malo —declaró como si hablase con una niña en vez de con una mujer adulta—. Puedes tocarme para averiguarlo.

Ella lo miró de nuevo, miró su mano y se giró de lado, apoyándose contra la pared, juntando las rodillas casi con el mentón.

—No quiero tocarte —rezongó.

Su lobo contestó por sí mismo con un nuevo gruñido al que ella respondió de nuevo sobresaltándose y mirándole.

—No hagas eso.

—¿Por qué? —Optó por sentarse también en el suelo, cruzó las piernas y mantuvo las manos sobre las rodillas.

El que hubiese decidido tomar asiento frente a ella pareció sorprenderla igualmente, su mirada voló a través de la habitación.

—Me duele —musitó llevándose la mano al pecho—. Me duele aquí cuando lo haces.

Se acarició el pedazo de piel expuesta entre la bata abierta y bajó de nuevo la cabeza, su pelo ocultándole la cara como una cascada de fuego.

—¿Quieres que deje de dolerte?

Esa dulce naricita se elevó lentamente, se apartó el pelo tras la oreja y lo miró con abierto recelo.

—No puedes evitar que duela —declaró como si estuviese convencida de ello—. Nadie puede. Ni siquiera tú. El pasado duele siempre y no hay forma de calmar ese dolor.

—Lo hay, pero requiere tiempo —aseguró pensando en su propio hermano—. No desaparecerá, pero sí que dolerá menos y será más fácil seguir adelante.

Bajó de nuevo la mirada y se estudió las manos, entonces estudió las de él.

—¿Has venido a matarme?

La sola pregunta hizo que su lobo gruñese amenazante. La idea de que ella se plantease tal cosa los ponía a ambos de muy mal humor y hacía que sintiesen una enorme pena por la criatura que tenían ante ellos.

—No, dulzura —le sostuvo la mirada, deseando que viese en ella todo lo que su presencia había despertado en él—, jamás te haré daño de ninguna forma. Eres... importante para mí. Eres mi compañera, mi pareja.

Aquella afirmación la llevó a componer una mueca.

—Ellos hicieron daño a sus compañeras, las mataron y no les importó.

Tal afirmación lo hizo fruncir el ceño.

—No, pequeña, un lobo nunca haría daño a su compañera —aseguró con firmeza—. Antes moriría que hierla.

Ella asintió, pero parecía perdida de nuevo.

—Ellos murieron... pero primero mataron... el fuego lo consumió todo —masculló y cerró los ojos con fuerza—. Nosotras morimos dos veces. Nuestros padres murieron dos veces. Ahora... ahora solo me queda Leah y tengo que protegerla...

pero él la encontró y ella no sabe... no recuerda.

¿De qué estaba hablando? Sus respuestas eran como un galimatías y, al mismo tiempo, había algo que parecía tener sentido a pesar de no tenerlo.

—¿Quién la encontró, Dawn?

Sus ojos se clavaron de nuevo en los de él.

—Olía a él —musitó y sus ojos empezaron a llenarse de nuevo de lágrimas—, olía mucho a él. Leah no lo sabe, pero no la dejará ir. Es suya, es suya y le hará daño... sé que le hará daño como ellos se lo hicieron a las compañeras... No quiero, yo no quiero un compañero... no quiero que me mate.

La admisión entre sollozos fue como un golpe en el pecho, su lobo aulló al mismo tiempo y sus sollozos aumentaron de intensidad.

—No me riñas...

—Dulzura, no te estoy riñendo, me duele verte así —aseguró y por dios que no había sentido jamás un dolor igual—. Déjame tocarte, Dawn. Ven a mí.

Su voz había bajado una octava, su lobo palpable en cada palabra, dominante e insistente.

—¡Me harás daño! —lloró incluso más fuerte—. Todos me han hecho daño.

Su lobo volvió a gruñir, una protesta y una orden y al momento siguiente, esa dulce y pequeña mujer saltó a sus brazos, permitiéndole abrazarla por primera vez, tenerla cerca y consolarla.

—No me hagas daño, no me hagas daño, no me hagas daño —la letanía quedó ahogada contra la tela de su chaqueta, los delgados brazos rodeándole la cintura mientras se encogía en su regazo, buscando su calor y protección al tiempo que su loba arañaba la superficie inquieta, buscando acercarse a quién era, recuperar su identidad.

Enterró el rostro en su cuello, entre su pelo y aspiró profundamente, saboreando su aroma, la sensación de tener ese menudo cuerpo entre sus manos. Por dios, estaba tan delgada, era tan frágil. Su lobo aulló angustiado, su compañera estaba perdida en sí misma, dónde debería haber una unidad, estaba prácticamente dividida y no tenía la menor idea de qué podía hacer para traerla de vuelta.

—Nunca te haré daño, Dawn —pronunció su nombre, abrazándola con suavidad, permitiéndole aprender su aroma, entender que él estaba allí para protegerla y no para dañarla—, jamás.

La muchacha se acurrucó más cerca, su pequeño cuerpo temblando mientras los sollozos abandonaban su cuerpo dejándola exhausta. No estaba seguro del tiempo que permanecieron así, pero tampoco le importaba, todo lo que quería era sostenerla, mantenerla a salvo.

«*Mi compañera. Mía*».

Su lobo se hizo eco de sus propios pensamientos. Los únicos que tenían cabida en el turbulento remolino de emociones que se daban en su interior. Su sentencia estaba entre sus brazos, la única que acataría y cumpliría hasta el fin de sus días.

—¿Por qué... por qué no me duele?

La pregunta surgió de los temblorosos labios femeninos, el llanto había remitido y ahora solo quedaba entre ellos un cómodo silencio.

—Te dije que no te dolería.

Levantó la mirada, roja por las lágrimas, las mejillas hinchadas y sonrojadas.

—Pero eres un lobo —declaró como si eso lo explicase todo.

Mantuvo las manos quietas alrededor de ella a pesar de lo mucho que le gustaría limpiarle las lágrimas. Todavía estaba nerviosa, podía sentirlo, notarlo en la forma en que temblaba.

—Sí —aceptó y expuso lo obvio—. Tu compañero.

—Pero... —sus palabras se extinguieron. Entonces sacudió de nuevo la cabeza—. Los compañeros... hacen daño. Ellos les hicieron daño a todos, los mataron.

De nuevo esa extraña respuesta.

—¿A quién hicieron daño?

Su respuesta no se hizo de rogar.

—A mi manada —murmuró en apenas un susurro—. Ellos eran compañeros e hicieron daño a mamá y a papá... y a todos...

¿Manada? Un ligero escalofrío se filtró a través de su columna cuando una peregrina idea empezó a cruzar su mente.

—¿Cuál era tu manada, Dawn? —intentó sonar tranquilo y no tan ansioso como se sentía.

Sus ojos se mantuvieron sobre los suyos, entonces ladeó la cabeza.

—¿Cuál es tu nombre? Sabes el mío, pero... no... no te conozco —declaró nuevamente lúcida—. No recuerdo que nos hayan presentado antes...

Negó con la cabeza.

—No, esta es la primera vez que nos vemos —aseguró—. Me llamo Quinn, Quinn Reig.

Se lamió los labios y gesticuló su nombre.

—Quinn —repitió ahora en voz alta, entonces sacó una mano de entre sus cuerpos y se la tendió—. Yo soy Dawn.

Le sonrió, no pudo evitarlo y correspondió a su saludo.

—Lo sé, dulzura.

Lo miró de reojo.

—¿De verdad eres mi compañero?

Una pregunta inusual, aunque dadas las circunstancias, nada parecía ser realmente normal en esa conversación.

—Lo soy, lobita.

Su ceño se hizo más profundo, arrugó la nariz y levantó la mirada.

—¿Y no vas a hacerme daño? —Aquello parecía ser algo importante para ella.

—Jamás —aceptó apretando suavemente su mano.

Su gesto se volvió pensativo, entonces asintió.

—Te creo —resolvió ella, entonces se levantó, abandonando su regazo y le tendió la mano—. Y Leah te creerá si se lo dices tú. A mí... a mí no me cree. Ella no recuerda a la manada, no lo dice, pero piensa que yo inicié el incendio, que yo quemé la casa... pero no fue así. Eso no fue lo que ocurrió.

Una vez en pie, ella dio un paso atrás, como si acabase de darse cuenta todavía ahora de su presencia.

—Tienes que encontrarla —pidió avanzando de nuevo hacia él—. Tienes que buscar a Leah e impedir que ellos la encuentren. Ella no olía a ellos... pero sé que están ahí fuera y si la encuentran, la matarán como hicieron con todos los demás...

Entrecerró los ojos y la miró. Su lobo la sondeó, buscando en su voz algún rastro de alucinación o locura, pero sus palabras eran demasiado coherentes, demasiado lúcidas.

—Si su compañero está con ella, nadie le hará daño —le aseguró—. Dices que le oliste en ella.

Asintió.

—Era como tú... pero distinto... era... como ellos.

Frunció el ceño ante sus palabras.

—¿Quiénes son ellos, dulzura? —insistió, aunque no estaba seguro de que la respuesta sirviese de mucho. Pero era incapaz de quitarse las sospechas que habían traído consigo sus palabras—. ¿Quiénes son esos... lobos malos?

—Los que entraron esa noche en el poblado, los que quemaron las casas y mataron a toda la manada —insistió como si fuese algo que él debía saber ya—. Eran compañeros... mataron a sus compañeras... y olían... olían distinto... como... como olía Leah.

Un estremecimiento se deslizó por su columna.

—Dawn —se atrevió a tocarle el rostro, a sostenerle la cara para que lo mirase y dejó que fuese su lobo quién hiciese la pregunta—. La manada, ¿cuál es el nombre de la manada?

Parpadeó varias veces, se lamió los labios y murmuró.

—Daratriz.

CAPÍTULO 13

—Píllate quince días de vacaciones y verás cómo el teléfono no deja de sonar — masculló Leah rechazando la llamada y apagando a su vez el teléfono.

Estaba agotada, no recordaba haber estado tan cansada en toda su vida. El sándwich que se había preparado parecía burlarse de ella desde el plato en el que descansaba, su peludo acompañante había conciliado el sueño por fin, su fuerte respiración la avisaba de su profundo sueño.

Dejó el ordenador a un lado y se levantó, le dolía la espalda al haber estado inclinada sobre la pantalla en una posición menos que cómoda para trabajar. Sabía que estaba sobrerreaccionando con todo aquel asunto, prueba de ello era que hubiese arrastrado el colchón hasta la clínica para estar disponible para él.

—Si fueses de la especie humana, amiguito, sin duda serías el candidato perfecto a novio.

No pudo evitar sonreír para sí, lo cierto era que se llevaba mucho mejor con los animales que con los seres humanos, el que acabase de pegarle dos gritos a su socio era prueba de ello.

Suspiró. Cogió el bocadillo abandonado, le dio un mordisco y bostezó. Estaba realmente cansada, los acontecimientos de las últimas horas le estaban pasando factura. Si bien la ducha con la que se había indultado le había servido para despejarse, no había sido suficiente. De hecho, la ducha había traído recuerdos de la noche anterior, imágenes que fueron emergiendo de su mente y haciéndola consciente de lo mucho que había disfrutado con un completo desconocido.

Recordaba cómo el chorro de agua de la ducha había impactado contra su piel, él la había empujado al interior del cubículo, siguiéndola entre besos y caricias que la calentaban con tanta efectividad como el agua. Su cuerpo se había relajado contra el de él, dejándose hacer, disfrutando de los mimos y de la erótica caricia de sus manos enjabonadas. Sus dedos le moldearon los pechos, acariciándole los pezones, ejerciendo un suave masaje para pasar después sobre sus costillas en dirección al estómago y bajo vientre. Sus caricias eran suaves pero excitantes, todo su cuerpo reaccionó a las mismas instándola a rozarse con la dura erección que empujaba ya contra su redondo culo. Suspiró y echó la cabeza hacia atrás, apoyándose en su hombro, retorciéndose bajo sus atenciones y gimiendo cuando los largos y masculinos dedos entraron en contacto con su tierno sexo y gritando cuando el primero de los orgasmos la atravesó sin previo aviso.

Se mordió el labio inferior y apretó los muslos al sentir la humedad manando de su sexo, era increíble cómo tan solo su recuerdo la encendía, especialmente cuando ni siquiera sabía su nombre.

—Ay dios, ¿cómo he podido terminar en la cama con él?

Dejó el trozo de sándwich que le quedaba en el plato y volvió a su improvisada cama dónde se dejó caer cuan larga era. Giró la cabeza y miró a su tranquilo paciente, quién seguía durmiendo a pierna suelta.

—Parece que ambos hemos tenido una noche bastante movida, ¿eh, peluche? — se giró y quedó boca abajo—. Aunque la tuya ha sido, con diferencia, mucho peor que la mía.

Un nuevo bostezo le recordó que aquel era tan buen momento como otro para echarse una siesta, después de todo, ya no era posible que su día fuese a peor, ¿no?

No podía dormir. Sabía instintivamente que el sol ya se había puesto, pero era incapaz de conciliar el sueño. Algo se lo impedía, algo que vivía profundamente y en su interior, que era importante y debía recordar, pero, ¿el qué?

Levantó la cabeza y la miró. Leah dormía plácidamente en medio de un lío de sábanas. Aspiró profundamente y se relamió al captar su aroma. Se le hacía la boca agua por acariciarla, por tocar toda esa suave piel y...

«Cuerpos sudorosos entrelazados, toda esa cremosa piel resbalando contra la suya mientras la aferraba por las nalgas y se hundía profundamente en ella.»

«Ven a mí, compañera, córrete para mí».

Y allí estaban de nuevo esas imágenes, sensaciones y, ¿recuerdos? que enardecían sus sentidos y hacían que desease abandonar esa piel y repetir esa dulce tortura.

Se lamió el hocico, algo burbujeó en su interior y tuvo ganas de aullar, de gritar y reclamar de nuevo a esa hembra que le pertenecía. El dolor de sus heridas parecía infinitamente menor bajo el dolor que le provocaba el no poder tocarla de nuevo de la manera que deseaba.

«Mía».

Esa mujer era suya y la deseaba. La necesitaba. No era suficiente con estar en la misma habitación, quería más. Quería de nuevo esa cremosa piel contra la suya, revolcarse en ella y llevar su aroma, así como ella llevaría el suyo.

Actuó sin pensar, guiado por algo primitivo, un instinto que iba más allá de todo raciocinio y abandonó su cama para ir a la de ella. La olfateó, se relamió una vez más, pero no era suficiente, necesitaba un tipo de contacto distinto, como el que habitaba en su memoria.

«Compañera».

La palabra se repetía una y otra vez en su cabeza de manera insistente, ahogando todo lo demás y haciendo que su cuerpo doliese incluso más.

—Te... te necesito.

Las palabras se hicieron eco en la solitaria sala ocupada únicamente por ellos dos, un sonido claro, gutural que emergió de su propia garganta. Su perspectiva había cambiado, su visión era distinta y pronto descubrió que no era lo único. La necesidad de tocarla lo llevó a extender el brazo, uno cubierto de piel y vello dorado, los dedos

indudablemente humanos se hundieron lentamente en el pelo femenino dándole una sensación totalmente distinta. Sintió una punzada de dolor en el costado, bajó la mirada y encontró un apretado vendaje a su alrededor, cubriendo un amplio apósito. Su piel estaba marcada por contusiones frescas y viejas cicatrices, una piel que ya no contenía pelo sino la desnuda suavidad de la carne humana.

Lo que debió haber sido sorpresa apareció como tranquila aceptación, el dolor de las heridas lo hizo gemir con cada pequeño movimiento, pero no le importó. Deseaba esto, deseaba estar cerca de ella, sentir su piel, su calor y, con ello en mente, se tumbó con ella, acercándose a ese suave y tibio cuerpo. Apoyó la cabeza a la par que la suya, mirándola en su sueño, deslizó la mano sobre la suave piel desnuda que quedaba a la vista entre la subida camiseta y las bragas que se había puesto para dormir y creyó morir ante el suave tacto que encontró.

Ella se revolvió en su sueño, farfulló alguna cosa ininteligible y se acercó a él buscando una posición cómoda. La sensación de piel con piel despertó su hambre y también aplacó la cruda necesidad que lo había estado torturando, se permitió cerrar los ojos y saborear el momento, deslizó el brazo sobre su cintura y se acercó cuidadosamente hacia ella notando todavía el tirón de su herida con cada movimiento.

Necesitaba sanar, intrínsecamente sabía que necesitaba estar completamente recuperado para ella, para cuidarla, para protegerla de... ellos.

Nuevas imágenes se filtraron en su mente y ya no le cupo la menor duda de que se trataba de recuerdos. Su necesidad de encontrarla y, entonces, la seguridad de que le estaban siguiendo, una carrera desenfrenada para alejarlos de ella...

—Tenía que ponerte a salvo —musitó para sí, sabiendo que esa era su primera directriz y la más importante—, no puedo permitir que lleguen a ti. Eres mía...

Su compañera. La persona más importante en su vida, más incluso que su... ¿manada?

—Quinn. —El nombre acudió a su boca sin demasiado esfuerzo. Un nombre que tenía un significado, uno importante para él—. Quinn... él... él es... mi... ¿mi qué?

Las respuestas estaban allí, casi podía tocarlas con la mano, pero el sordo dolor que habitaba en su cuerpo empezó a nublarle de nuevo la mente, relegando a un lado sus pensamientos. Estaba cansado, apenas sí podía mantener los ojos abiertos así que mucho menos pensar.

Mañana. Mañana buscaré las respuestas.

Se acurrucó un poco más contra ella, aspiró su aroma y suspiró al sentir cómo hacía lo mismo, pegándose todavía más a él, obsequiándole con su calor.

—Leah... Mi Leah.

Suspiró profundamente y dejó que el sueño lo arrastrase a ese lugar dónde podría empezar a curarse, uno que conocía a la perfección y, que, sin embargo, tampoco era capaz de explicar. Había muchas cosas que todavía no comprendía, que su mente no podía recordar, cosas como su propio nombre.

CAPÍTULO 14

Dawn era incapaz de dejar de mirarle, había algo en ese hombre que resultaba hipnótico y hacía que deseara acercarse a él. Su tranquilidad, contribuía a su propia tranquilidad, no juzgaba, no exigía, se conformaba con estar en la misma habitación, mirándola, intercambiando breves caricias y eso hacía que se sintiese cada vez más inclinada a acercarse a él. Era un pensamiento irracional, especialmente dada su actual relación con los hombres, la cual se limitaba al frío contacto de los médicos de la clínica. Pero Quinn no tenía nada que ver con el doctor que la trataba y la miraba como si fuese una pobre niña loca, él no la miraba de esa manera, ni siquiera la miraba como Leah. En sus ojos no había pena, no había lástima, solo aceptación y dulzura, algo realmente ajeno para ella.

Durante todo el tiempo que llevaba encerrada entre esas cuatro paredes había aprendido a aislarse, a sumergirse en sí misma e ignorar lo que había a su alrededor, era un mecanismo de defensa, uno que había visto funcionaba con las enfermeras y los médicos que la pinchaban y la trataban como a una muñeca sin cerebro.

Ellos no sabían que lo que había visto era real, creían que había sido un robo, que alguien había entrado en su casa para robar, pero no fue así, nada de lo que pensaban se acercaba mínimamente a la realidad. La verdad era mucho más oscura, más sangrienta e increíble para muchos, empezando por su hermana.

Pero Quinn no le permitía evadirse, su mirada penetrante la mantenía alerta, esos bajos gruñidos lupinos despertaban en ella una respuesta inmediata y hacían que estuviese pendiente de su presencia.

«*Soy tu compañero*».

La palabra significaba más de lo que había esperado. La implicación que traía consigo era algo que había añorado de niña, con lo que había soñado, pero después las cosas habían cambiado y mostrar interés por su propia gente resultaba peligroso. Sus padres de acogida le habían inculcado la necesidad de dejar atrás su pasado, de olvidar lo que era y abrazar su naturaleza humana relegando la lupina y eso es lo que había hecho hasta este día. Se había obligado a olvidar quién era para protegerse y proteger a su hermana pequeña; Leah había sido prácticamente un bebé cuando habían perdido a su primera familia, ella no recordaba sus orígenes y por ello tenía que protegerla todavía más.

—Leah —pronunció su nombre en voz alta.

Pero le había fallado. Cuando vino a verla esa mañana había captado algo distinto en ella, su olor había estado mezclado con algo más y lo supo al momento; la habían encontrado, había sido reclamada y no tenía la menor idea de lo que le había pasado realmente.

—Leah está a salvo, dulzura —le dijo Quinn como si le hubiese leído la mente—.

Su compañero está con ella y la protegerá. Odin no permitirá que nadie le haga daño.

Parpadeó alejando los vagos pensamientos y lo miró. Se había sentado en una silla cercana y le había dedicado su tiempo.

—No lo entenderá, Quinn, ella no lo sabe, no recuerda... era un bebé... y luego sencillamente lo olvidó.

Él estiró la mano y cogió la suya.

—Confía en mí, Dawn —le pidió enlazando sus dedos, acariciándoselos con suavidad—. Todo irá bien, te lo juro.

Se lamió los labios y miró a su alrededor. Ojalá ella fuese tan optimista.

—Quiero irme a casa —musitó, sabiendo que eso es lo que más deseaba, salir de allí—. Leah me dijo que me llevaría a casa, pero ese médico no se lo va a permitir. No quiere que me marche, piensa que soy peligrosa.

Se mordió el labio inferior recordando aquella otra tarde, la misma en la que las pesadillas dominaron su juicio, en la que el pasado se encontró con el presente y algo fue mal. Las cortinas de la cocina habían empezado a arder, el detector de humo había empezado a pitar, pero no pudo hacer nada. La mirada de Leah cuando la vio, sus lágrimas... su hermana no solía llorar... se la veía tan impotente y ella misma era incapaz de encontrar las palabras que borrasen esa tristeza de sus ojos.

El doctor Lorenzo pensaba que la trágica muerte de sus padres la había afectado, que la había vuelto loca y el episodio del incendio en el piso de Leah era producto de un episodio psicótico de algún tipo. Su mutismo, el déficit de atención y su peculiar ausencia, reforzaban esa opinión.

—No me dejará salir —sacudió la cabeza—, y Leah quizá no me quiera ahora en su casa.

Después de todo, ¿quién iba a quererla con todo el equipaje que traía consigo?

—Yo te quiero en la mía —la atajó Quinn.

Miro a su compañero y arrugó la nariz.

—Pero tú no eres familiar, no te dejarán sacarme...

Se inclinó hacia delante.

—Eres mía, Dawn —declaró seguro—. Tú y yo formamos una familia. Somos uno para el otro.

Como compañeros lo eran. Si lo que sabía al respecto era verdad, y no tenía por qué dudar de ello después de todo lo que estaba pasando, desde ahora serían el uno para el otro porque eso era lo que los hacía compañeros.

—Quiero irme de aquí —aseguró—, pero si lo hago, ellos me encontrarán y buscarán a Leah.

La curiosidad surcó las palabras de su compañero.

—¿Quiénes son ellos, Dawn?

Se lamió los labios. Recordar era difícil, sobre todo con todos esos recuerdos ahogados por los medicamentos.

—Yo no provoqué el incendio que quemó nuestra casa —aseguró con fervor—.

Creen que no los escucho, que no sé lo que piensan, pero lo hice y creían que fui yo. Pero no fue así, ni siquiera fue un asalto, no hubo robo, entraron para matar. Papá no quería que nos encontrasen, me obligó a esconderme, a salir por la parte de atrás de la casa, buscar a Leah y marcharme con ella... pero no me dejaron hacerlo. No me dejaron salir.

—¿Quiénes?

Sus ojos buscaron los de su compañero.

—Lobos —murmuró rogando que la creyese—. Eran lobos. Lo juro.

Empezó a temblar, esperaba que la llamase loca, que pusiese en duda su cordura, pero en vez de eso le tendió la mano.

—No tienes que convencerme, lo sé.

Se tranquilizó. Le creía, al contrario que su hermana o los médicos, él la trataba con normalidad, sin hablarle como si estuviese loca o fuese tonta y creía en sus palabras.

—No quiero que hagan daño a Leah.

Ese había sido siempre su mayor temor, incluso en medio de su pérdida mente, sabía que adoraba a su hermana y debía protegerla.

—No les dejaremos.

Le miró sin poder evitar preguntarse si lo decía en serio. Sonaba tan confiado y sincero. No, no le mentaría. Los compañeros no se mentían entre ellos, era una norma establecida. Se cuidaban, se protegían y cuidaban el uno del otro.

—Las horas de visita se han acabado.

La voz de la enfermera que se aproximaba por el pasillo la sorprendió. La comprensión de sus palabras la golpeó y empezó a negar con la cabeza.

—No —negó y miró a Quinn—. No te vayas todavía. Por favor, no te vayas.

Sin pensar en ello acortó la distancia con él y se echó a sus brazos, sujetándole.

—No te vayas, no quiero quedarme sola —suplicó—. No me dejes sola otra vez.

Se inclinó sobre ella, engulléndola con su cuerpo y posó la frente contra la suya.

—No voy a dejarte —aseguró—. Acabo de encontrarte y no te vas a librar de mí tan fácilmente.

Tembló en sus brazos, sabiendo que eso no impediría que la enfermera lo echase.

—Harán que te marches, siempre lo hacen —musitó, aferrándose a él—. No quiero. No quiero, Quinn. No quiero.

—Shh —la calmó, acariciándole el pelo, besándola en la oreja—. Cálmate. Voy a estar justo aquí —le acarició la sien—, podrás alcanzarme en el momento en que lo necesites, no estarás sola.

Cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—No te vayas, no te vayas, no te vayas...

La enfermera eligió ese momento para entrar y supo lo que haría antes de que siquiera hubiese pronunciado las palabras.

—Dawn, cariño, tienes que despedirte de tu... amigo —pidió la mujer, entrando

en la habitación—. Se ha terminado la hora de visitas.

Sacudió la cabeza y se apretó más contra Quinn.

—No —negó efervescente—. No quiero, no quiero, no quiero.

—Dawn...

—Está bien —la atajó él—. Solo me está dando un abrazo de despedida.

—No —lloriqueó cuando él la desenvolvió de sus brazos—. No, no, no...

—Cariño —le levantó el rostro, obligándole a mirarla—. Volveré, ¿de acuerdo?

Te lo juro.

Hizo un puchero y sacudió la cabeza.

—Quinn, no me dejes aquí.

—Compañera, mírame —la instó a ello—. No tendrás tiempo ni a echarme de menos.

—No es verdad...

Estúpidamente, ya lo echaba de menos.

—Te lo prometo —le sujetó el rostro y la besó suavemente en la frente—. No te dejaré sola mucho tiempo. Ahora no.

Antes de que pudiese decir algo al respecto, dio un paso atrás, le dio la espalda y salió por la puerta dejándola más sola de lo que nunca antes se había sentido.

—Quinn.

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla, pero no se giró, no quería verle salir por la puerta, no quería perderle ahora que lo había encontrado.

Quinn se estaba muriendo por dentro, su lobo arañaba y aullaba rogando que volviese a esa habitación, cogiese a su compañera y la sacase de allí. Alejarse de ella estaba resultando una tortura, cada paso era como caminar sobre ascuas ardientes, dolía tanto que pensó que enloquecería.

Jesús, ¿esto es lo que se experimenta durante el emparejamiento? No era de extrañar que algunos de los suyos se desesperaran al perder aquello que les estaba destinado solo a ellos. Esta etapa era la más difícil, la más peligrosa, el vínculo físico todavía no se había creado, su lobo había establecido una ligera conexión, pero no estaba seguro de que fuese suficiente para que le escuchase.

Tenía hambre de ella, quería devorarla entera y no podía dejar de fantasear con ello, con sus manos sobre su piel, su boca, su cuerpo pegado al suyo, su pene enterrado profundamente entre sus piernas. Demonios, olía tan bien, ese cuerpo se sentía tan bien contra el suyo.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para llegar al coche, el meterse dentro y ponerse el cinturón pareció llevarle horas. Golpeó el reposacabezas con la nuca y apretó los dientes con fuerza haciéndolos rechinar.

—Tengo que sacarla de ahí —se dijo—, tengo que sacarla ya...

Volvió a mirar el edificio y empezó a hacer sus propios cálculos. Tenía que sacar

a su compañera de ese maldito lugar y hacerlo ya, así tuviese que secuestrarla para lograrlo.

CAPÍTULO 15

Leah estaba teniendo uno de los mejores sueños eróticos de su vida. Porque aquello tenía que ser un sueño o quizás, su mente estuviese rescatando alguno de los recuerdos que habitaban en su memoria y que estaban protagonizados por ese dios nórdico.

—Mía —escuchó su voz ronca y sensual al oído—, eres mía.

Gimió al notar esas duras y callosas manos cerrándose sobre sus nalgas, atrayéndola a una palpable y dura erección que se restregó contra su vientre. No podía dejar de temblar y derretirse al mismo tiempo, sus caricias le quemaban la piel, ese duro cuerpo contra el de ella la dejaba jadeante y deseando más. Sus lenguas se unieron al juego en una lujuriosa caricia, la succionó en su boca, la saboreó y le permitió hacer lo mismo, disfrutando de ella tanto como disfrutaba de él.

Rompió el beso para recuperar el aire, estaba dispuesta a suplicarle que no se marchase, que permaneciese a su lado, aunque solo fuese un sueño, pero todo lo que llegó a escapar de su garganta fue un gemido. Esa caliente y ruda boca bajó por su mandíbula mordisqueándola, le pellizcó con los dientes el lugar en dónde latía el pulso haciendo que todo su cuerpo se estremeciera y fuera incluso más consciente de la dura erección masculina entre ellos.

El frescor que precede a la pérdida de la sábana resbaló por su piel solo para ser reemplazada por el cálido y duro pecho salpicado de vello mientras su boca volvía a ser asaltada con un profundo beso. Gimió en su boca, arqueó la espalda y se acercó más a ese pecado de hombre, su mente perdió la batalla con el raciocinio y se limitó a sentir.

—Mi Leah.

Su voz era tan erótica y parecía acompañar sus manos resbalando sobre su cuerpo cuando se deshizo de la camiseta y las bragas dejándola totalmente desnuda sobre el mullido colchón. No le dio tiempo ni a respirar cuando su boca se cernió sobre sus pechos, besando la tierna carne antes de apropiarse glotonamente de sus pezones. Los pocos dedos resbalaron sobre su estómago provocándole cosquillas con sus callosas yemas. Aquellas eran las manos de un trabajador, de alguien que no tenía miedo al trabajo duro y a las responsabilidades, algo que quedaba claro en la forma demandante con la que la seducía.

Lamió su piel como si no pudiese tener suficiente de su sabor, sus dedos a duras penas podían aferrarse a los acordonados músculos que ondeaban bajo sus manos, pura fuerza, abrumadora masculinidad que la arrastraba a la locura sin permitirle pensar.

—Abre los ojos, Leah —una breve caricia, un beso sobre cada párpado—, quiero verte. Quiero ver lo que es mío.

¿No los tenía ya abiertos? No. Por supuesto que no. Estaba soñando y, incluso en su sueño, se resistía a ver al culpable de su excitación.

—Si los abro desaparecerás —musitó, escuchando su propia voz como lejana, irreal—. Este es un sueño y no quiero despertar todavía.

Un bajo gruñido animal, uno que había escuchado antes y entonces sus labios volvieron a capturar su boca, borrando de un plumazo cualquier hilo de pensamiento que pudiese atrapar y enrollar alrededor de un dedo.

—Entonces déjame soñar contigo.

La cruda y gutural voz sonó al lado de su oído un instante antes de perder ese peso y el calor que traía consigo para finalmente descender de nuevo sobre su cuerpo y seguir su tarea dónde la había dejado. Jugo con su ombligo y le provocó cosquillas, lamió la piel de su estómago y la provocó con pequeños mordisquitos que la hicieron respingar. El placer se ascendía como la espuma, creciendo en intensidad y llevándola a un punto de no retorno.

Sus manos siguieron descendiendo, resbalaron por sus muslos abriéndole las piernas sin encontrar resistencia alguna. La recorrió primero con sus manos, entonces su caliente y húmeda boca estaba allí, mordiéndole la cara interior del muslo, soplando sobre su sexo provocándole escalofríos y humedeciéndola aún más.

—Oh señor...

Se aferró a las sábanas, al colchón y a cualquier cosa que tuviese a su alcance con el primer ramalazo de placer que emergió de su sexo cuando la lamió. Sus muslos se abrieron aún más empujados por sus brazos, su boca la poseyó como si tuviese el derecho de hacerlo y la llevó a la locura. Cada pasada de la lengua masculina era como un pequeño relámpago sobre su piel, la excitación crecía y crecía, los gemidos escapaban de su garganta sin que pudiese hacer nada para evitarlo, sin querer evitarlo. Notaba los pechos pesados, los pezones tan hinchados y necesitados de caricias que dolían, se retorció bajo él solo para quedarse sin aliento cuando la succionó con fuerza, sus dedos uniéndose ahora al juego.

Arqueó las caderas al sentir un nuevo relámpago de placer atravesándola en el preciso instante en que su lengua acarició ese sensible botón entre sus piernas, sus dedos incursionaron en su húmedo interior con suavidad solo para ahondar luego en caricias más intensas y duras que la catapultaron directamente al más intenso de los orgasmos.

«*Mía, compañera. Siempre mía*».

Las palabras resonaron en su mente, como si hubiesen sido dichas en voz alta, pero ni siquiera pudo pensar en ello. La dura erección se frotaba ahora contra sus húmedos y sensibles pliegues, jugando con ella, incitándola, diciéndole sin necesidad de palabras lo que vendría a continuación.

—Sí... tuya...

Un murmullo en respuesta, un bajo gruñido y su boca estaba de nuevo sobre la suya, exigente, dominante y caliente, ahora con el sabor salado de sí misma en la

lengua. Correspon­dió a su beso y le clavó las uñas en los hombros cuando el duro pene incursionó en ella sin más aviso que un gruñido masculino.

Su cuerpo le dio la bienvenida con renovada hambre, sus músculos internos se apretaron a su alrededor mientras intentaba buscar el aire que parecía haber escapado de sus pulmones. Él la llenaba, lo hacía de una forma que nunca antes había sentido, era como si estuviese fuera y dentro de ella a la vez.

—Quédate un momento así —susurró sin pensar siquiera en ello. La sensación de su cuerpo sobre el suyo, toda esa piel caliente sirviéndole de manta y su sexo hundido profundamente en su interior era algo digno de atesorar.

—Nos perderemos lo divertido —lo escuchó musitar, sus dientes mordiéndole la oreja antes de que sus caderas se retirasen y volviesen a investir clavándola al colchón.

Gimió y se arqueó bajo él.

—Tú ganas.

Él se rio o, al menos, eso fue lo que hizo en su sueño. Una risa fresca, gutural.

—Ya he ganado, compañera, lo hice en el momento en que te encontré.

No le permitió responder, su boca volvió a cernirse sobre la suya y se bebió cualquier protesta mientras empujaba de nuevo en ella y empezaba a montarla a placer. La suya no fue una cópula delicada, el salvajismo corría por sus venas, la excitación la empujaba a la locura y se aferró a él con desesperación y hambre, una que no recordaba haber sentido jamás y que la llevaba a querer morderle, a reclamarle de alguna manera.

Lo apretó entre sus muslos, sus uñas incursionaron en su piel manteniéndolo cerca mientras la tomaba, disfrutando de la fuerza de esos músculos y del placer que le daba. Echó la cabeza atrás y expuso la garganta, quería que la tomara, quería que supiera que ella era suya, toda suya.

Su boca se cernió sobre ella, la mordisqueó, la lamió y succionó con pereza sin dejar de empujar sus caderas, hundiéndose cada vez más en su humedad. El sonido de la carne entrechocando y sus agónicos jadeos se convirtieron en la banda sonora del momento.

Su cuerpo se deshacía bajo su mando, era como si él supiese exactamente qué tecla tocar, qué acorde la haría gritar y lo puso en práctica con asombrosa pericia.

—Mía, mía, mía.

Su declaración era febril, oscura y animal, su voz ronca y tan profunda que le provocaba escalofríos, pero, en vez de asustarla, la calentaba y derretía incluso más.

Gimió en rendición, se abrazó a él y dejó que hiciese con ella lo que quisiera porque ya no tenía fuerzas para oponerse a su poder.

Siguió empujando, más fuerte, más rápido, los dedos masculinos se habían clavado ahora en sus nalgas, levantándola, profundizando sus embates, convirtiéndola en una desmadejada muñeca que deseaba todo lo que tenía para darle. El orgasmo fue cegador, el grito que emergió de su garganta tan agudo que casi pensó que había

aullado y, mientras se sacudía a su alrededor, apretándolo entre sus músculos internos, él siguió cabalgándola, volviendo a construir el placer, llevándola de nuevo a la definitiva liberación que arrasó con todo a su paso.

«¡Odin!».

El nombre resonó en su mente, con su propia voz y lo hizo trayendo consigo un lejano eco, un elusivo recuerdo.

«Te correrás gritando mi nombre».

La confianza en su voz era tan deliciosa como irritante.

«Para eso tendría que conocerlo, ¿no crees?».

Sus ojos azules lo inundaron todo, una mirada que gradualmente fue cambiando y convirtiéndose en algo más, algo animal.

«Odin, compañera, el nombre que buscas es Odin».

Odin. Un nombre que sabía significaba algo importante, uno cuyo significado se le escapaba entre los dedos mientras su cuerpo sucumbía completamente a él.

CAPÍTULO 16

Dawn se sobresaltó al escuchar el fuerte aullido. Se quedó quieta, estirada en la cama, temblando por dentro. El aullido se repitió y su corazón comenzó a latir con más fuerza mientras algo en su interior se agitaba y la garganta empezaba a picarle por una respuesta.

Saltó de la cama, se quedó quieta durante un segundo, entonces corrió a la ventana e intentó mirar a través de la oscuridad.

—Quinn...

Sabía que él estaba ahí fuera y la estaba esperando.

Empezó a picarle la piel, se frotó los brazos y gimoteó. Caminó de un lado a otro sin saber que hacer...

«*Dawn, ven conmigo*».

Un susurro en su mente, una tierna caricia y su corazón se saltó un latido.

Giró sobre sí misma y se precipitó hacia la puerta para encontrarla abierta. Empujó y salió al pasillo con precaución.

«*Ven hacia el jardín*».

Se lamió los labios, sus sentidos agudizados, su visión más fiable a pesar de la oscuridad permitiéndole orientarse, era tan extraño y al mismo tiempo tan... liberador.

Se lamió los labios y se aventuró por los corredores esquivando cualquier lugar en el que pudiese ser pillada o reconocida. Transitó con rapidez, descalza y vestida tan solo con un camisón, llegó a las puertas que daban al jardín, pero las encontró cerradas.

Apretó las manos contra el cristal. Quería salir, quería ir con él. Gimió, un sonido agónico y lupino. Entonces oyó unos rascones del otro lado y lo vio. Un animal de pelaje oscuro confundiéndose con las sombras.

«*Sígueme*».

Las palabras se formaron en su mente y, como si estuviese unida a él por una cuerda, empezó a seguirle dejando que esa tirantez la guiase hasta una ventana abierta en la zona de atrás, lejos de los dormitorios.

«*Salta*».

No tuvo que decírselo dos veces, en un momento estaba empujando del todo la ventana y al siguiente se deslizaba por ella.

La adrenalina bombeaba en sus venas, el nerviosismo, unido a la excitación y al miedo la empujaban sin piedad, sintió que empezaba a sofocarse, el calor inundando sus venas.

«*Vamos, compañera. Te estoy esperando*».

Se lamió los labios, bajó por la ventana y jadeó ante el aroma de la noche. Un

nuevo aullido golpeó la oscuridad y su garganta se movió sola, respondiendo. El sonido empezó dubitativo, humano, pero se convirtió en un genuino aullido lobuno.

«*Dawn, sígueme*».

Ni siquiera lo pensó. Todo lo que podía hacer ahora era seguir su voz, correr en la oscuridad, cada vez más rápido, sintiendo el viento en su pelo, la libertad como nunca antes y entonces lo vio, un lobo castaño emparejando su carrera, empujándola con su cuerpo, guiándola en un juguetón paseo que los alejaba de aquel lugar.

Dawn fue consciente entonces de que estaba mirando el mundo desde otra perspectiva, que su velocidad era un borrón en comparación con el paisaje y que sus patas ganaban terreno. Porque ya no corría sobre dos piernas, lo hacía sobre cuatro patas peludas color canela con calcetines blancos.

«*¡Quinn!*».

Oyó su risa.

«*No puede negarse la naturaleza, mi pequeña loba*».

Abrió la boca en una parodia de risa y dejó que la lengua colgase por un lado de sus fauces.

«*Soy una loba. Soy yo. Recuerdo esta sensación*».

«*A la derecha, Dawn*».

No le permitió protestar, gruñó a modo de advertencia y la guio.

«*Dos kilómetros más y verás el coche*».

«*Quiero correr más*».

«*Pronto, lobita. Ahora, tenemos que llevarte a casa*».

«*Casa*».

La palabra trajo consigo la imagen de su hermana.

«*Leah*». Murmuro en su mente. «*Tengo que encontrar a Leah*».

«*La veremos pronto, pequeña, ahora sígueme*».

Y lo hizo, guiada por él, por su compañero, siguió su camino hasta el vehículo que le había indicado.

Su excitación era palpable, pero Quinn la dominó, ayudándola a cambiar de nuevo y cogiéndola en sus brazos cuando se lanzó a ellos excitada.

—Quinn, viniste —lo abrazó.

—Ya te lo dije, ahora que te encontré, no pienso dejarte ir.

Y de algún modo, sabía que lo decía de verdad.

CAPÍTULO 17

A Odin iba a explotarle la cabeza.

No había otra manera de decirlo. Le dolía todo el cuerpo, podía notar cómo la fiebre lo envolvía convirtiendo su pelaje en un horno, pero no podía quejarse, no después de lo que había hecho. El que estuviese en ese estado era todo culpa suya, como lo era también que sus heridas hubiesen empezado a sangrar de nuevo.

Oh, había metido la pata hasta el fondo, pero muy, muy hondo y no tenía la menor idea de cómo salir de esta.

Odin Peters, alfa de Nevada. Sí, ahora recordaba perfectamente quién era, sus esquivos recuerdos habían empezado a emerger desde el momento en que su compañera pronunció su nombre al correrse. Por primera vez, Leah había utilizado el vínculo que los unía, derribando una barrera autoimpuesta y que lo había mantenido lejos de ella, pero esa barrera volvía a estar ahora de nuevo en el lugar y no entendía el motivo.

Gruñó, había algo extraño en su emparejamiento. Su lobo estaba inquieto y de mal humor, a pesar de haberse saciado en el cuerpo de su hembra, había algo que lo mantenía rezongando, algo que hacía que él mismo estuviese inquieto y que solo se le ocurría achacar a su actual situación.

Le habían disparado, dos veces, había perdido sangre y a juzgar por el calor que le corroía los huesos, era posible que tuviese fiebre. En vez de dormir y recuperar fuerzas, se había encontrado cambiando a su forma humana y reclamando a su compañera una vez más. Su lobo la había necesitado, tan perdido como había estado, la naturaleza lupina había tomado las riendas y se había movido por instinto, el cual le decía que era ella suya.

La intimidad compartida había traído consigo el tirón que necesitaba su cerebro para despertar, había permitido a su parte humana tomar el mando y recordar aquello que había olvidado. Los recuerdos lo habían hecho consciente también de la gran estupidez que acababa de cometer.

Dejó escapar un lobuno gemido y agachó la cabeza, cubriéndose los ojos con una pata. Leah iba a matarle, la pregunta era, ¿lo haría antes o después de explicarle quién y qué era él y lo que ella significaba en su vida?

«¿Quinn?».

Buscó a su beta. Sus recuerdos sobre lo ocurrido últimamente no estaban todavía demasiado nítidos. Ni siquiera estaba seguro de cómo demonios había llegado a ese lugar o cómo había terminado de nuevo con Leah.

«¿Odin? ¿Eres tú?».

Dejó escapar un cansado suspiro. Se sentía realmente como la mierda.

«Soy yo, cachorro».

El alivio presente en el vínculo con su beta se tiñó también de otras emociones, muchas de ellas encontradas e inestables. ¿Qué diablos?

«¿Dónde coño estás? ¿Tienes idea del tiempo que llevamos intentando localizarte?».

No, ni el más mínimo.

«Ilumíname. Mi mente ahora mismo no es demasiado estable».

«¿Dónde estás? ¿Estás herido? ¿Estás con ella?».

Levantó la cabeza, miró a su alrededor y olfateó el lugar.

«Huele como a una clínica. Me han disparado dos veces, pero alguien me ha atendido a juzgar por las vendas y lo que solo pueden ser los efectos de unos calmantes. Leah está conmigo».

El gruñido del lobo evidenciaba que no le gustaba ni un pelo las noticias.

«Esos hijos de puta están muertos».

Apretó los dientes, no le gustaba el tono en la voz de su beta. Quinn todavía llevaba consigo el estigma de no haber podido salvar a su gemelo, una frustración que, llevada en la dirección equivocada, podía provocar más mal que bien.

«Te prohíbo ir tras ellos, ¿me has entendido?».

El joven gruñó en respuesta.

«Te han atacado. Han atacado a tu compañera y, maldita sea, hay cosas que todavía no sabes y que podrían ser jodidamente serias».

Aquello hizo que sus orejas se agitaran.

«¿Qué ha pasado?».

«Mantente junto a Leah y no te separes de ella por ninguna circunstancia. Felicidades, jefe, te has emparejado con una Daratraz».

La inesperada respuesta lo sobresaltó, su mirada lupina voló de inmediato hacia la mujer que todavía dormía en la cama.

«No, eso no es posible ella es...».

Una loba. Eso es lo que había olido su bestia. Eso era por lo que estaba tan nervioso. Lo había comprendido cuando la había poseído, su bestia había sentido al animal afín en su interior. Y, posiblemente, también tenía que ver con el hecho de que su vínculo estuviese bloqueado, de algún modo, ella lo había bloqueado inconscientemente.

«... una jodida complicación». Respondió Quinn ajeno a sus pensamientos. «Igualita a la que tengo yo ahora mismo entre manos».

El tono preocupado en la voz del chico aumentó su recelo.

«¿Qué ha pasado?».

Un resoplido.

«No eres el único que ha encontrado a su pareja». Lo noqueó con su respuesta. «Tan pronto encuentre la manera de solucionar este problemilla, me reuniré contigo. Enviaré una avanzadilla para que vigile el perímetro después de avisar a los demás de que sigues de una pieza».

¿Quinn había encontrado a su compañera?

«Hagas lo que hagas, mantente cerca de tu compañera y evita que te disparen de nuevo».

Con eso, su joven beta cortó la comunicación mental, dejándolo pasmado y haciéndose un millón de preguntas. Sus ojos volaron de nuevo hacia la bella durmiente y gimió.

¿Daratraz? ¿Una loba? El destino parecía dispuesto a joderlo a base de bien.

CAPÍTULO 18

La palma aterrizó sobre la superficie de la mesa haciendo que el contenido del escritorio temblase y terminase esparcido por doquier. A juzgar por la manera en que flexionó los dedos lentamente y el brillo rabioso en sus ojos, así como el tic de la mandíbula, no le gustaba demasiado lo que el hombre que estaba al otro lado de la mesa le había dicho. *Él* siempre había sido bastante voluble, caprichoso incluso, pero de un tiempo a esta parte, esos rasgos se habían acentuado de manera preocupante, convirtiéndose en el reflejo de un fanático.

Rumati cambió de posición, descruzó los tobillos y volvió a cruzarlos buscando una postura más cómoda mientras asistía en silencio a la explosión.

—La rastreadora, esa loba loca, está en territorio del alfa de Nevada —le informaba uno de sus contactos—, pero la búsqueda de Peters se ha cancelado.

Lo que quería decir que el alfa de Nevada seguía vivo y, ahora, muy posiblemente, bajo la estrecha vigilancia de los suyos.

—Nuestro contacto ha informado que jefes de las regiones colindantes están cerrando filas, recrudeciendo las patrullas y asegurándose de que nada escapa a su vigilancia.

Y eso, sin duda, haría que sus planes, cualesquiera que fuesen, sufriesen un pequeño revés. No podía decir que le sorprendiese, los recientes ataques sobre sus respectivos territorios los habían puesto sobre alerta.

—Peters todavía no ha aparecido, que nosotros sepamos, pero la búsqueda que se inició, se ha cancelado repentinamente.

Un exabrupto coronó los labios del hombre sentado en la enorme butaca de cuero marrón. Él era el motor principal de toda esta operación, el que se había pasado los últimos años recorriendo el país en busca de los supervivientes de la masacre del clan Daratraz para unirlos bajo un mismo lema: Venganza.

—Mantened la vigilancia —declaró con voz grave y ronca—. Quiero saber lo que ellos saben. Si están buscando a nuestra gente, debemos saberlo y llegar a ellos antes de que lo hagan los clanes.

El hombre asintió.

—Estamos sobre ellos, señor, no permitiremos que lleguen a nuestra gente.

Él asintió y lo despidió con un gesto de la mano.

Rumati miró al lobo que abandonaba la oficina de reajo, a pesar de su obvio miedo, se había mantenido firme ante su jefe.

—¿Cómo es posible que hayáis fallado en dar caza al alfa de Nevada?

La pregunta salió como una acusación y sabía que iba dirigida a él, entre otras cosas, porque no había nadie más.

—¿Cómo es posible siquiera que lo preguntes? —respondió a su vez. Dejó su

posición y caminó hacia el escritorio—. Enviaste a tres asesinos humanos y a un lobo psicótico con delirios de grandeza. Tuviste suerte de haber saldado este encuentro sin bajas importantes.

Los ojos marrones se posaron en él, no le gustaba que lo desafiase de esa manera, ambos lo sabían, como también eran conscientes de que, al contrario que al resto de su tropa, a él no podía controlarle.

—Tú también estabas allí.

Levantó la cabeza y le sostuvo la mirada.

—Yo no soy un asesino.

Él bufó y se obligó a guardar la calma. La manera en que cerró los ojos y se obligó a tomar aire para dominar su genio, era suficiente respuesta. Necesitaba tener la cabeza fría, solo así podría pensar con claridad y orquestar su próximo movimiento.

—¿Y la mujer? ¿Es su compañera?

A juzgar por la forma en que Peters la había protegido desviando su atención y alejándoles del camino de la mujer, o era su compañera o era alguien importante para él.

—No voy a cazar a una hembra...

Él maldito, la ira remontando a la calma.

—¡Ellos cazaron a las nuestras! ¡Nos masacraron!

Entrecerró los ojos y se inclinó sobre la mesa.

—No daré caza a inocentes.

Sacudió la cabeza y expuso las cosas de otra manera, como si así pudiese convencerle.

—Tienes razón —reculó—, tienes razón. Ella puede no ser culpable, pero él si lo es... estuvo allí, todos ellos estuvieron allí de un modo u otro y deben pagar. Nuestros muertos se merecen descansar en paz y no podemos dejar que envenenen la mente de nuestra gente.

Se enderezó y se limitó a mirarle.

—No voy a participar en una cacería como la de la pasada noche —le informó—. Te lo dije cuando me encontraste y te lo repito. Te ayudaré a buscar a nuestra gente, porque también es mi búsqueda, pero no derramaré sangre inocente en el proceso.

Un nuevo bufido escapó de los labios masculinos.

—Te has ablandado con el paso de los años, Rumati —acusó, mirándolo a los ojos—. Antes no habrías dudado.

Se encogió de hombros.

—Las perspectivas cambian, los planes se adaptan y otras prioridades toman su lugar.

Chasqueó la lengua, se echó hacia atrás en el respaldo de la silla y negó con la cabeza. Sabía lo que iba a decir, podía verlo en sus ojos y se endureció contra sus palabras.

—Ellos te dejaron allí para morir, te arrebataron tu identidad, tu sangre, la tierra que te pertenece y a tu compañera —enumeró haciendo hincapié en esta última—. ¿Acaso no es motivo suficiente para devolverles el favor?

—Te lo dije cuando nos encontramos y te lo diré una última vez —le recordó—. Mi única prioridad es ella. No voy a hacer nada que ponga en peligro mi búsqueda, ni por ti, ni por la manada, ni por nadie.

La tensión en la mandíbula era palpable, pero se contuvo de responder como parecía querer.

—Tu búsqueda va a la par que la mía, Rumati —insistió él también—. Nuestras metas son las mismas.

Enarcó una ceja ante sus palabras.

—Tu meta es matar a todos y cada uno de los que han participado de la matanza de nuestra gente —le dijo e inclinó la cabeza—, y eso lo respeto. Pero tus métodos han dejado de ser lo que debían y ello ha traído más muerte sobre los nuestros. Esos dos muchachos no tenían por qué haber muerto...

—¡Ellos querían venganza! ¿Cómo podía negársela?

Y ese era el motivo principal por el que sabía que había llegado el momento de que sus caminos se separasen.

—Porque eran unos niños —recalcó el hecho—, y sus recuerdos de aquellos días eran frágiles. ¿Quién sabe realmente lo que ocurrió?

—Yo —declaró con fiereza—. Yo estaba allí, yo llegué para ver cómo los masacraban a todos, cómo sesgaban las vidas de nuestras mujeres e hijos...

Y, sin embargo, mientras que lo que contaba encajaba con sus propias vivencias, con los vagos recuerdos que conservaba de esa noche, Rumati no podía recordarle a él. Pero entonces, esa noche sus guerreros habían estado fuera, cazando, el poblado había estado desprotegido...

Se obligó a volver al presente y a su decisión.

—Voy a seguir con mi búsqueda —le informó.

Su respuesta no le cogió por sorpresa, era como si ya supiese que antes o después iba a tomar tal decisión. De hecho, dejó escapar un resoplido que sonaba a risa y asintió.

—Me preguntaba cuando ibas a comunicármelo o si lo harías —comentó con un suspiro—. Te ha llevado mucho más de lo que esperaba, la verdad. Pensé que nos abandonarías mucho antes.

Asintió.

—Quizá lo hubiese hecho, pero no era el momento adecuado.

Enarcó una ceja.

—¿Y ahora lo es?

¿Lo era? ¿Era el momento adecuado?

Sí. Las dudas que podía haber albergado a lo largo de los últimos años, dudas que habían nacido de los actos de venganza que estaban dispuestos a llevar a cabo, se

habían despejado en los últimos meses.

No iba a derramar sangre inocente, ni de los suyos ni de otra manada.

—Lo es —concretó—. Y, si abrieses los ojos y mirases a tu alrededor, posiblemente te darías cuenta de que también lo es para ti.

Su mirada se endureció.

—Yo no descansaré hasta que todos y cada uno de ellos hayan pagado por sus pecados.

Sí, estaba seguro de que no pararía hasta haber cumplido con su meta, solo esperaba que su ceguera no llevase a aquellos inocentes que lo seguían y creían en él, a perder de vista sus propias prioridades.

Él casi se había perdido por el camino, un recordatorio de que el hombre que permanecía sentado al otro lado del asiento, poseía un poder demasiado grande y peligroso; el del convencimiento.

—Espero que encuentres tu camino y tu alma encuentre el descanso que buscas —respondió sin perder más tiempo. Nada de lo que pudiese decirle iba a hacerle cambiar de opinión. En eso, eran iguales.

Asintió, se levantó y le tendió la mano por encima de la mesa.

—Y yo que tengas éxito en tu búsqueda, Rumati.

Tras un firme apretón de manos, dio media vuelta y abandonó la oficina del hombre que le había dado cobijo durante los últimos años.

Esperó a que la puerta se cerró detrás del joven e idealista lobo, dejó la silla que había estado ocupando y se acercó a la ventana para verle salir a los pocos minutos del edificio.

Qué estúpido. Tan lleno de sueños, de esperanza, no entendía que la verdadera venganza radicaba en el poder, en vencer a sus enemigos y golpearles de modo que nunca volvieran a levantarse otra vez.

Había sido consciente del cambio de Rumati durante estos últimos años, pero dicho cambio se había hecho incluso más acuciante tras la muerte de los dos jóvenes a manos de Santana. Era cuestión de tiempo que el misterioso superviviente de la masacre dejase la manada y continuase con su búsqueda, solo esperaba que dicha búsqueda no interfiriese con sus propios planes.

Había acogido al chico cuando era apenas un veinteañero, más cerca de la muerte que de la vida. Lo había entregado al cuidado de gente de su propia confianza para que pudiese sanar y se había encargado así mismo de inculcarle la sed de venganza para con su pueblo.

El joven había crecido los últimos años en inteligencia y fuerza, se había convertido en un lobo fuerte y sensato, un verdadero líder, un nuevo alfa que, si no le deja ir ahora, podría alzarse con el poder y arrebatarse todo aquello por lo que había luchado.

No. Era mejor dejarle ir ahora, que buscara su camino y descubriera por sí mismo que la criatura que buscaba ya no existía. No iba a dejar cabos sueltos, era demasiado peligroso y el pasado podía despertar y levantarse como había sido en realidad.

Le dio la espalda a la ventana y fue hacia el escritorio para llamar por teléfono.

—Acaba de dejar el edificio —habló al auricular—. Síguelo. Dale algo de ventaja, deje que se confíe y entonces... mávalo.

No. No permitiría que nadie interfiriera con sus planes, ni siquiera el que podría ser el nuevo alfa del desaparecido clan Daratraz.

CAPÍTULO 19

A Leah iba a darle un infarto.

Hacía tiempo que el sol había aparecido en el horizonte, los primeros rayos filtrándose por las ventanas y sacándola de un incómodo y húmedo sueño que la dejó sentada sobre el colchón, con las sábanas arremolinadas alrededor de su regazo y jadeando como si acabase de tener el más intenso de los orgasmos. Y, a juzgar por el estado sudoroso de su cuerpo y la humedad presente en sus piernas, eso mismo había ocurrido.

Aquello la había hecho saltar de la cama solo para darse cuenta de que estaba completamente desnuda, la camiseta y las bragas yacían en un rincón y, a juzgar por el estado de la ropa de cama, se lo había pasado pipa deshaciendo las sábanas.

En un primer momento, el horror había dominado su mente, la perspectiva de que alguien hubiese entrado en la casa y se hubiese metido en su cama la llevó a envolverse en la sábana y comprobar que cada puerta y ventana seguía cerrada. Una vez pasado el momento de absurda y total desesperación, se había obligado a hacer funcionar su cerebro, a pensar con coherencia e intentar recordar exactamente lo que había ocurrido el día anterior hasta el momento en que se fue a la cama. Y, finalmente, se había concentrado en lo que su fantasiosa mente le decía que había pasado en esa cama.

—Un sueño —se dijo por enésima vez, recorriendo de un lado a otro la habitación, murmurando en voz alta los pros y los contras, analizando la situación y descartando posibilidades—. Las puertas están cerradas, las ventanas también, no hay ni una sola persona en kilómetros a la redonda y, obviamente, el perro no se ha convertido en un hombre *sexy* y se ha metido en mi cama para follar.

Hizo una mueca ante ese último pensamiento, se giró en dirección a la cama canina situada en el rincón en el que la había estado la noche anterior y enarcó una ceja.

—¿Verdad?

Su imaginación empezaba a jugarle malas pasadas, casi habría jurado que el animal, el cual mantenía la cabeza sobre las patas delanteras con obvio desinterés, había puesto los ojos en blanco antes de lamerse el hocico.

—Pero qué tonterías estoy diciendo —resopló y sacudió la cabeza—. No me hagas caso, chico, se me ha ido la cabeza por completo.

Lo que había ocurrido es que había tenido uno de los sueños eróticos más intensos de su vida, uno que la había dejado mojada, sudorosa y pegajosa.

—Ha sido un sueño, todo producto de mi calenturienta imaginación —insistió en voz alta, auto convenciendo de ello—. Fragmentos residuales de esa noche y de ese hombre. Es normal. Fue un polvazo. Sexo caliente y sudoroso... con un completo

desconocido con el que coincides en una fiesta. Mierda, ¿pero qué narices pasa conmigo últimamente?

La imagen de ese hombre se filtró de nuevo en su mente, el recuerdo de su cuerpo tumbado en la cama, durmiendo pacíficamente se entremezcló con eróticas escenas de los dos juntos y retozando, de risas y calientes promesas eróticas.

«*Pareces un vikingo o un dios nórdico*».

El recuerdo de sus propias palabras se abrió paso en su mente, haciéndola cada vez más consciente de que su metedura de pata estaba escalando al puesto número uno de catástrofes mundiales.

«*Bueno, llevo el nombre de uno de ellos*». Le había susurrado al oído antes de morderle la oreja. «*Odin*».

Odin. Ese era su nombre o, al menos el que él le había dado. Un nombre que ahora adquiriría un sentido completamente distinto y dantesco. Uno que se negaba a aceptar como válido, pues hacerlo sería admitir que la había cagado a base de bien.

¿Acostarse con su anfitrión y dueño de uno de los hoteles-casino más importantes de Las Vegas? Sí, claro. Justo lo que necesitaba para que su currículum de malas elecciones alcanzara cuotas inimaginables.

Se pasó ambas manos por el pelo en un gesto desesperado y volvió a mirar a su silencioso compañero. Durante todo el tiempo se había limitado a dormitar o a mirarla de vez en cuando sin hacer un solo ruido.

—Y aquí estoy yo, volviéndome loca con mis sueños eróticos y olvidándome de ti —chasqueó la lengua y se acuchilló frente a él, tocándole la nariz y encontrándola de nuevo húmeda y fría—. Parece que la fiebre ha remitido, ¿verdad? El doctor Santiago dejó instrucciones de que, si esta mañana te había bajado, podías comer un poco de carne. Eso te dará fuerzas.

La respuesta del can fue lamerle la mano, su enorme cabeza se deslizó por debajo de su palma y resbaló por el sedoso pelo.

—Sí, ya veo que estás de acuerdo —se rio y le revolvió el pelo, encontrándolo mucho más espeso y suave que el de un perro. Aquello la hizo nuevamente consciente de que no estaba ante un animal doméstico, sino ante uno salvaje. La forma afilada de su hocico, las orejas, su tamaño, todo en él proclamaba su ascendencia y, sin embargo, era tan dócil y dulce—. Ojalá existiesen hombres con tu actitud, amigo, serías el compañero perfecto.

Él echó las orejas atrás e hizo una mueca que le recordó a una sonrisa. ¿Se estaba riendo de ella?

—Necesito un café, uno fuerte —resolvió con un firme gesto, entonces se levantó—. Te traeré agua fresca y te prepararé un rico desayuno y veremos si podemos enderezar un poco este extraño día, ¿te parece?

El inesperado ladrido que emergió de la garganta canina la sobresaltó solo para hacerla reír al momento siguiente.

—Sí, sin duda estás mucho mejor —sonrió y le revolvió el pelo una vez más

antes de encaminarse a la cocina.

Tenía que sacudirse todo el desastre mental que tenía encima y empezar a planear su próximo curso de acción. Después de terminar ayer con algo de papeleo y comprobar que todas sus citas de los próximos días estaban en manos de su socio, había vuelto a ponerse en contacto con la empresa de seguridad. Ellos iban a pasarse a lo largo de la mañana por el rancho para arreglar la alarma, así que tenía que presentarse allí y asegurarse de que los problemas eran resueltos a su entera satisfacción. David le había asegurado así mismo que ya había hablado con uno de sus cerrajeros y arreglarían la puerta. El equipo de limpieza también había llevado a cabo su trabajo y había dejado el lugar como los chorros del oro.

—Tendré que llamar al señor Reig —resopló al tiempo que abría la nevera y echaba un vistazo en su interior—, espero que no quiera echarse atrás ahora.

No conocía al hombre en persona, sus tratos habían sido mediante un agente inmobiliario y el banco, así que el que ahora quisiese hablar directamente con ella solo podía implicar que quería algo distinto a lo estipulado en el contrato.

—Que no se eche atrás, por favor, por favor, por favor —suplicó.

Esa transacción contenía una de las mejores comisiones de la temporada y, a juzgar por lo que le había comentado el agente, su cliente era un hombre acostumbrado a hacerse con lo que deseaba sin importar el costo; la clase de cliente que quería para su inmobiliaria.

—Vaya unas vacaciones me esperan —rezongó inclinándose dentro de la nevera para empezar a sacar algunas cosas para el desayuno. El doctor tenía una buena cantidad de suministros, la mayoría, productos frescos y ecológicos—. Verduras, legumbres, frutas, huevos... no sé yo si esto lo comerá un perro.

Al final optó por seleccionar un poco de pavo y leche para su canino amigo y huevos con beicon para ella. Necesitaba algo que le diese energía suficiente para pasar la mañana.

—De acuerdo, veamos si me acuerdo cómo se cocina.

Lo reconocía. Era una malísima cocinera. La mayor parte del tiempo o comía en restaurantes o se traía comida para llevar. El que fuese una mujer no tenía que implicar necesariamente que supiese cocinar o le gustase hacerlo; no le gustaba, ni un poquito.

El enfrentarse con la cocina de gas fue todo un reto, los fogones parecían dispuestos a devorarla como si fuesen dragones, pero al final consiguió hacer unos huevos revueltos y que el beicon no pareciese correoso. Su desayuno terminó acompañado con zumo de naranja, café y un par de tostadas.

—Bueno, está claro que de hambre no voy a... —Sus palabras quedaron en suspenso cuando algo la empujó desde atrás. Se giró y no pudo evitar soltar un contundente exabrupto al ver el causante de tal sobresalto—. Oh, joder. Dios, casi me matas del susto.

Allí de pie, con la cola moviéndose lentamente y esos profundos y penetrantes

ojos puestos en ella estaba su compañero lupino. Por primera vez fue completamente consciente de lo enorme que era y de la fuerza que emanaba el animal. Si bien sus heridas habían sido feas y muy recientes, ya estaba de pie, lo bastante estable como para mirarla sin parpadear.

El hocico canino se elevó entonces y husmeó el aire dando perfecto sentido a su presencia allí.

—Ya veo, has olido el beicon —aceptó y parpadeó al ver cómo el can se sentaba ahora sobre las patas traseras y se quedaba quieto—. Sabes, no deberías haberte levantado todavía. Aunque si lo has hecho, supongo que te encuentras mucho mejor.

La cola blanca salpicada de hebras grises barrió el suelo.

—Pero para ti no hay beicon, amiguito —aseguró apoyando las manos en las rodillas para inclinarse sobre él—, tú vas a comer el pavo crudo... *puaj*.

«Preferiría un chuletón o dos».

—Y te daré un plato de leche —concluyó.

El can sacudió la cabeza y casi le pareció ver que ponía un gesto de asco.

«*La leche es para los gatos, compañera*».

Parpadeó ante lo que solo podía ser una respuesta de su propia mente a una sugerencia tan absurda.

—Sí, es verdad, la leche es para los gatos —murmuró en voz baja, entonces sacudió la cabeza—. ¿Pero qué estupidez estoy diciendo?

«No es una estupidez, es un razonamiento perfectamente coherente».

Él ladeó la cabeza con un gesto de absoluta curiosidad.

—Vaya una mañana —rezongó al tiempo que se pasaba la mano por el pelo—. Vamos, te daré el antibiótico, desayunaremos y luego te echarás una siesta mientras yo me encargo de algunas cosas que tengo pendientes. Te dejaré solo un par de horas, pero estarás bien, aquí nadie te hará daño.

CAPÍTULO 20

«¿Dejarme solo?».

Odin gruñó a través de su garganta canina.

«Por encima de mi cadáver, Leah».

Si ella pensaba que podía irse a algún lugar fuera de su vista estaba muy, pero que muy equivocada.

Arrugó la nariz y ladeó la cabeza para mirarla detenidamente, estudiándola. Antes había escuchado su comentario sobre la leche y los gatos, lo había visto en sus ojos y, aun así, su vínculo de pareja parecía bloquear todavía su comunicación. Con todo, no era lo único que parecía bloqueado. Su lobo no era capaz de alcanzar a su otra mitad, a la naturaleza lupina que vivía dentro de ella y eso lo estaba poniendo de un humor de perros. Era como si la loba en su interior estuviese durmiendo y no tuviese las fuerzas suficientes para coger las riendas y despertar, como si ella hubiese renunciado a esa parte de sí misma.

Arrugó la nariz y cojeó hasta ella para quedarse a su lado. Un plato con pavo crudo y otro con la jodida leche fueron presentados ante él. Si bien no era un chuletón de ternera fresco o poco hecho, tampoco eran vegetales, lo cual estaba bien para él. Hubiese preferido adquirir su apariencia humana y sentarse a su lado en la mesa. O mejor aún, sentarla a ella en la mesa y comérsela.

Se relamió ante la imagen que se formó en su mente y gimió interiormente. No pensaba volver a burlarse nunca más de Luke y su territorialidad con Shane o del apetito sexual que había llevado al alfa de Manhattan a secuestrar a su compañera durante una semana entera después de su emparejamiento. Eugene había puesto los ojos en blanco al contárselo, solo para decirle luego lo feliz que sería si de esa «luna de miel» llegaban *lukitos*.

El beta de Manhattan estaba decidido a que su alfa tuviese cachorros.

Sacudió la cabeza y se centró en lo que era importante, en la mujer que rastrillaba el tenedor sobre el plato y parloteaba de todo y nada mientras desayunaba. Su olor era absolutamente delicioso, el recuerdo de la pasada noche todavía bullía en sus venas, así como su sabor permanecía en su boca. Sí, había sido un poco cabroncete, lo reconocía, pero en honor a la verdad, no habría podido mantenerse alejado de ella, aunque hubiese querido.

Leah era dulce y cálida, una criatura con un alma noble y un aire de travesura que había despertado junto a él en la cama. De curvas llenas, la pequeña hembra era la compañera de juegos perfecta para él, la pareja adecuada y también el mayor desastre de la historia.

¿Cómo era posible que su parte lupina estuviese anulada de esa forma? ¿Sabía ella lo que era? ¿Conocía su propia raza? Demasiadas preguntas cuyas respuestas

prometían ser bastante complicadas de obtener.

Si lo que decía Quinn era verdad, no tenía motivos para dudar de ello, su compañera era una de las supervivientes del clan Daratraz. Su edad encajaba con lo que se sabía de los supervivientes, los cuales habían sido entonces adolescentes o veinteañeros en su mayoría. Pero todo el clan había sido consciente de su naturaleza, era imposible que lo olvidasen quienes eran y de dónde procedían, ¿verdad?

¿Y tú no has olvidado durante unas horas quién narices eres? Se recordó a sí mismo. Los traumas a veces traían consigo secuelas temporales y otras que iban más allá de unas pocas horas o días.

Tendría que ser cuidadoso y descubrir que sabía Leah exactamente sobre su procedencia, si ella carecía de recuerdos de su propio pasado iba a tener un momento bastante difícil explicándole, cuando lo hiciera, quién y qué era ella.

Hablando de emparejamientos complicados...

Suspiró y dio un par de mordiscos a su frugal comida. Se negaba a beberse la leche, eso era cosa de gatos.

—... bueno, puede que no se me dé bien cocinar, pero el desayuno está de muerte —murmuró ella—. Eso o será que tengo hambre y como cualquier cosa que me pongan delante.

Ojalá él pudiese decir lo mismo. Tenía hambre sí, pero necesitaba carne fresca, algo que le aportase proteínas y energía para su maltrecho cuerpo. Como alfa poseía una constitución más fuerte que la de los demás miembros de su clan, su metabolismo animal solía sanar con mayor rapidez, motivo por el cual estaba ya de pie y sin tantos dolores como ayer. Con todo, pasarían un par de días hasta que estuviese recuperado por completo, más si no conseguía un poco de carne fresca.

«Quinn. Necesito que hagas un viajecito al supermercado».

La respuesta de su beta no se hizo de rogar.

«Tengo a Savage sobre tu peludo culo, le diré que haga una parada en la carnicería más cercana».

¿Savage? ¿Esa loca estaba en su territorio?

«¿Qué hace la rastreadora en mí territorio?».

«Vino con Brian».

Estupendo. Así que ahora tenía a la beta del alfa de California paseándose por su territorio.

«Jeremy y Santana tienen a gente patrullando ya las fronteras. Brian ha pensado que Savage podía serte de utilidad, especialmente ahora que tú y yo estamos un pelín ocupados».

El sarcasmo en la voz del joven lobo le recordó que su compañero acababa de enterrar el hocico en el mismo terreno pantanoso que él.

«¿Estás bien?».

«Si nos saltamos la parte de que he secuestrado a mi propia compañera, sacándola de una clínica de salud mental, pues sí. De puta madre».

Aquello lo llevó a parpadear con gesto alucinado.

«Que has hecho, ¿qué?».

«Es una larga historia, Odin, te la contaré tan pronto como tenga a Dawn instalada y tranquila lejos de toda esta locura. Estoy seguro de que te va a encantar».

La verdad, no estaba seguro de querer escuchar esa historia. Estaba a punto de decírselo cuando escuchó.

«Tu chica me está llamando».

Levantó la cabeza y vio, efectivamente a la chica con el teléfono sobre la mesa, el sonido del manos libres activado.

«Contesta».

Lo siguiente que oyó fue la voz de Quinn a través del altavoz del teléfono.

—¿Sí?

—¿Señor Reig? Soy Leah Álvarez, de la inmobiliaria Crisol.

—Ah, señorita Álvarez. Al fin la encuentro.

Leah hizo una visible mueca, puso los ojos en blanco y siguió hablando.

—Mi empleado me informó que tenía usted necesidad de hablar conmigo, ¿en qué puedo ayudarle?

«Cítala en el rancho a las doce». Le informó Odin. «Yo me haré cargo de la cita».

Quinn se rio en su mente.

«¿Y piensas presentarte sobre cuatro patas?».

Sonrió a su vez.

«Contacta con Savage. Necesito un coche y ropa. Que se encuentre conmigo en la intersección del desvío al camping de Red Rock Canyon. Y que traiga también la comida».

Ese desayuno no le había dado ni para taparse una muela.

«Me reuniré contigo tan pronto... bueno... cuando pueda».

Sacudió la cabeza.

«Estoy bien, Quinn». Lo tranquilizó. «Concéntrate en resolver tus problemas y en no terminar en la cárcel por secuestro».

Su beta bufó.

«Eso será fácil, evita que tu compañera me denuncie. Dawn es su hermana».

—Sí. Quisiera consultar con usted algunas cosas sobre la propiedad que he adquirido para mi jefe. ¿Qué le parece si nos vemos en el rancho en una hora y media?

«¿La hermana de Leah?».

«El mundo es un jodido pañuelo, ¿eh?».

—¿En hora y media? —escuchó a su compañera a su lado. Su mirada volando hacia el reloj de la pared—. Sí, por supuesto. Allí estaré.

Con una firme y educada despedida, Quinn cortó la comunicación.

—Ay dios, ¡estoy muerta! —declaró levantándose de golpe, la silla resbalando con un firme ruido hacia atrás—. Más les vale a los del sistema de seguridad terminar antes de que yo llegue o mataré a alguien.

Como un pequeño torbellino, la vio moverse a la velocidad de la luz, recogiendo las cosas de la mesa, llevándolas al fregadero y resbalando a punto de comerse la puerta. Cerró los ojos y gimoteó, esta chica iba a matarse solita.

—Tengo que salir pitando, peluche —se detuvo al escucharle—. Termínate la leche.

«*Bébetela tú*».

Gruñó viéndola salir corriendo de la cocina, miró el plato de leche y soltó un bufido muy canino.

«*Dos chuletas de ternera, Quinn. Y las quiero ya*».

La respuesta de su beta le llegó a través de sonoras carcajadas.

CAPÍTULO 21

—¿Tu compañera no te da de comer, lobito?

Odin arrancó con los dientes un trozo del sabroso chuletón de ternera que le había traído Savage. La mujer era menuda y curvilínea, con unos bonitos ojos verdes y el pelo corto trigueño, su indumentaria motera encajaba perfectamente con su actitud; rápida y ruidosa. Más cercana a su edad que a la de su joven alfa, era un verdadero grano en el culo, pero se tomaba su tarea de niñera muy al pie de la letra. Si a alguien se le ocurriera joder con su cachorro, iba a tener enormes y jodidos problemas.

Masticó lentamente, degustando el carnoso sabor, la forma en que la carne se deshacía en su boca era decadente. Dejó el hueso a un lado y se relamió antes de dar cuenta de la segunda chuleta. Necesitaba carne fresca, su lobo necesitaba la proteína que esta le proporcionaba y que, en cierto modo, ayudaba a calmar el hambre que sentía hacia cierta mujer pelirroja.

«Leah no sabe cocinar».

Ella enarcó una ceja y señaló lo obvio.

—Un par de chuletas crudas no necesitan demasiada preparación —se burló.

«Algo me dice que no las tocaría ni con un palo. Tenías que haber visto que cara le ponía al pollo».

Se limitó a gruñir y degustó otro pedazo de carne.

«Gracias por hacerme la compra».

Ella se echó a reír.

—De nada, encanto —le guiñó el ojo y se apoyó en el capó del coche que había traído con ella, un jodido deportivo—. Siempre es un placer hacerle la compra a un alfa.

«No te burles».

—Oh, déjame disfrutar de este momento, Odin —replicó risueña—. No todos los días una tiene la oportunidad de ver a un enorme y poderoso lobo comportándose como un cachorro. Lo de emparejarse es verdaderamente una putada, ¿eh?

«Podría ser peor. Podría ser humana».

La risa aumentó convirtiéndose en carcajadas.

—No sé, lobo, desde mi punto de vista lo tienes bastante jodido ya.

Y no podía replicar a eso, pues pensaba de igual modo.

—Y no eres el único —aseguró cruzándose de brazos—. Quinn también tiene su ración de problemas.

«Sí, parece que nos hemos puesto de acuerdo».

—¿Qué información estamos barajando?

Se terminó la segunda chuleta y sacudió la cabeza haciendo volar su pelo, se relamió el hocico y se levantó. Un instante después estaba gloriosamente desnudo a

su lado.

—No estoy muy seguro —respondió en voz alta, estirando los músculos y enarcando una ceja al ver la mirada que le echaba—. ¿Te importa?

Sus labios se curvaron.

—En absoluto, siempre es un placer verte desnudo.

Puso los ojos en blanco, le dio la espalda, recuperó la bolsa con ropa que le había traído y empezó a vestirse. El pudor no era precisamente algo que le preocupase a su raza.

—Hasta ahora, todo lo que sé es lo que ha dicho Quinn —declaró poniéndose la ropa interior seguida de un pantalón—. Cree que las hermanas Álvarez forman parte de la extinta manada Daratraz, dos de los miembros que escaparon esa noche a la matanza.

Dejó escapar un profundo suspiro e hizo una mueca al notar la punzada en el costado. La venda se había aflojado alrededor de su torso dejando a la vista un par de apósitos ensangrentados.

—Espera, machote —lo detuvo Savage. Se acercó a él y, tras pedir permiso con la mirada, empezó a arreglar el vendaje—. No deberías hacer demasiados esfuerzos hasta que las heridas empiecen a cicatrizar.

—Un poco tarde para tales advertencias —rumió y agradeció la ayuda de la mujer con un gesto de la cabeza. Savage era una más de ellos, una loba con la que había compartido juergas, risas e incluso alguna borrachera. Era una buena amiga, sin más —. Gracias.

Asintió y dio un paso atrás.

—¿Alguna novedad sobre mis asaltantes?

Negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—Encontré su rastro e incluso había manchas de sangre de una pelea —replicó con un mohín—, tu olor era definido pero los de ellos... es como si no hubiesen estado allí. Y el chaparrón tampoco ayudó gran cosa.

La loba era una de las mejores rastreadoras de los Estados Unidos, había sido entrenada por Arik, su Ejecutor y mentor y, por lo general, jamás se le escapaba una presa.

—Es como si fuesen fantasmas —replicó con un gruñido.

Hizo una mueca al abotonarse la camisa y notar el tirón de una de las heridas de bala.

—Te puedo asegurar que sus armas no lo eran, Save —aseguró con palpable ironía—. Y el repertorio de heridas y desgarros que colecciono obsequio de los dientes y garras de uno de los nuestros, te puedo asegurar que son muy reales.

Ella asintió.

—Detecté la presencia de dos lobos, pero uno de ellos, su aroma... no sé, hay algo que no encaja.

La vacilación en las palabras de la mujer capturó su atención al momento.

—¿Qué quieres decir?

Se encogió de hombros con la misma despreocupación de siempre.

—Cuando lo sepa, te lo diré.

Gruñó, un sonido animal que emergió de su garganta humana, su lobo muy cerca de la superficie.

—No me gusta el rumbo que está tomando esto —rumió mirando a su alrededor—. El ataque no fue fortuito, pero, ¿por qué yo y por qué ahora?

—Eso es lo que estoy intentando averiguar, Odin —aseguró su amiga posando la mano sobre su hombro—. Y cuando lo haga, me encargaré de que paguen por ello. Nadie ataca a los míos sin llevarse una cuchillada de mi parte.

—No seas imprudente, Save —pronunció de nuevo su diminutivo—. El cachorro te necesita.

Ella puso los ojos en blanco.

—Lo que Brian necesita es un cinturón de castidad masculino —resopló—. De verdad, ¿cuánto puede aguantar un lobo follando?

Él se rio.

—Más de lo que te gustaría saber.

Hizo una mueca.

—Hombres... lobos... alfas... una combinación aterradora —se estremeció de broma—. Espero que tu compañera pueda andar cuando termines con ella.

Contuvo una sonrisa.

—Y yo vivir para verlo.

Ella se echó a reír, le palmeó de nuevo la espalda, metió las manos en el bolsillo de la chaqueta y sacó las llaves del deportivo.

—Cuida de este bebé, Odin, si le haces un solo rasguño, soltaré a Brian sobre ti.

Sacudió la cabeza, cogió las llaves y subió al coche.

—Esa es una amenaza en toda regla, lobita —gruñó y le guiñó el ojo—. Brian adora casi tanto a sus coches como a sus mujeres.

—Por eso lo digo, lobo, por eso lo digo.

—Y es una suerte que yo también —se burló. Una de sus pasiones eran los coches, la colección que tenía en el garaje era prueba de ello—. Ten cuidado ahí fuera, ¿de acuerdo? —le pidió antes de poner el coche en marcha.

—No te preocupes, pronto llegarán los refuerzos —le guiñó el ojo—. Tú vigila tu espalda, lobo y yo me encargaré de todo lo demás.

Dicho eso, dio media vuelta y desapareció entre el follaje escuchando a los pocos segundos el sonoro aullido de un lobo al que sintió la inmediata necesidad de responder.

Poniendo el coche en marcha, abandonó la zona cubierta y se dispuso a cubrir la distancia que lo separaba de Leah.

El lugar era tan impresionante como lo recordaba, no se trataba de una gran construcción, sino de la paz y la soledad que allí se encontraba. Las vistas de la reserva Red Rock Canyon en el horizonte era un bonus añadido que le había llevado a conseguir esa propiedad al precio que fuese.

Aquel sería su rincón. Había comprado la propiedad esperando formar un hogar con el tiempo, un lugar privado dónde poder estar a sus anchas y crear su propia familia. Ahora que tenía a Leah, sin duda podría dedicarse a ello. Allí podría ser el mismo, correr sin que alguien de la empresa de control de animales tuviera la tentación de cazar a un lobo, podría tener la libertad que deseaba su naturaleza lupina y, en cierto modo, él mismo.

Si bien le encantaba la ciudad y era un adaptado cosmopolita, de vez en cuando, la necesidad de liberarse del ruido y el estrés lo empujaba a las afueras y esta propiedad era precisamente lo que buscaba.

Cuando uno de sus contactos le avisó de la puesta a la venta por medio de la subasta de un banco, había pedido a Quinn que se encargase de conseguirlo. No dejaba de ser curioso que, la agencia inmobiliaria que llevaba sus asuntos, fuese precisamente la de su compañera.

Condujo a través del camino principal y aparcó al lado del coche de Leah. El vehículo tenía ya unos años, a juzgar por su aspecto, pero era lo bastante seguro como para que su mujer pudiese arreglárselas bien.

Apagó el motor y dejó el vehículo haciendo una mueca ante la punzada del costado. Tenía que recordar que no podía hacer el ganso y que debía ir con cuidado, las proteínas que había ingerido estaban haciendo su trabajo, pero le llevaría todavía un par de días sanar completamente, sobre todo si seguía haciendo tonterías; como la de seducir a su loba.

Y hablando de su compañera, su aroma era fresco en el aire, lo captó nada más descender, sin duda había estado correteando de un lado a otro durante el tiempo que llevaba allí.

Echó un vistazo a la propiedad y encontró una furgoneta con la parte de atrás abierta en la que se podía ver el logotipo de una empresa de seguridad y justo al lado de esta, un coche particular con un pequeño logo en las puertas que promocionaba un servicio de cerrajería. Sin duda esos eran los asuntos a los que Leah había hecho mención esa mañana, unos desperfectos que tenían que ver intrínsecamente con él mismo. Los pitidos de la alarma habían sido una tortura para sus sensibles oídos lupinos, por no mencionar que la puerta se había resistido a su propia incursión.

Poco a poco empezaba a recordar lo que había pasado la noche en que lo persiguieron, cómo les había dado esquinazo después de que lo hiriesen y cómo su lobo había optado por buscar asilo en un lugar en el que sentirse seguro.

Dejó los pensamientos a un lado y caminó hacia uno de los hombres que estaban

bajando del porche.

—Buenos días —saludó—. ¿La señorita Álvarez?

El hombre se acercó a él y señaló hacia el interior de la casa.

—La encontrará en el interior.

Un leve cosquilleo atrajo su atención hacia la puerta principal y allí estaba ella, sus ojos se encontraron y la sorpresa, así como el reconocimiento, bailaron en sus facciones.

«*Hola, compañera*».

No pudo evitar hablarle a través del vínculo que los unía, el único que parecía seguir mudo por parte de ella.

La incipiente frustración empezó a hacer acto de aparición, pero no llegó demasiado lejos, pues la diversión ocupó pronto su lugar. La última de las reacciones que podía esperar, era verla salir corriendo.

Esa mujer iba a volverlo loco, literalmente.

CAPÍTULO 22

Leah empezaba a considerar seriamente el pedir que le pusieran una habitación al lado de la habitación de su hermana. Su cordura había estallado en pedazos y no había manera de volver a unirla, prueba de ellos era el *sprint* digno de un corredor olímpico que había protagonizado nada más verle. Se apoyó contra una de las columnas de la estructura, bajó la cabeza e intentó que sus pulmones volviesen a funcionar correctamente.

—Maldita sea, ¿qué hace él aquí? —siseó asomándose desde detrás de la puerta del establo, echando un vistazo hacia la parte delantera de la casa dónde lo había visto bajar del coche.

Ese hombre no era Quinn Reig. No podía serlo y, al mismo tiempo, recordó que el señor Reig había hablado de un jefe. ¿Podía ser el destino tan hijo de puta como para poner en su camino tal casualidad?

Si bien la última vez que lo había visto no llevaba tanta ropa encima, era imposible no reconocer ese pelo rubio y esa forma de moverse. Se mordió el labio, se apoyó contra la puerta de madera y empezó a patalear como una niña pequeña.

Odin. Maldita sea. Ese hombre era Odin Peters, el jodido empresario propietario del nuevo hotel casino Las Vegas Imperia. El mismo con el que se había ido a la cama y con el que no había dejado de fantasear desde entonces. Tenía que serlo, no había otra explicación a todo ese cúmulo de casualidades.

—Mierda, mierda, mierda... ¡Mierda! —siseó, levantó la mirada hacia el techo y resopló—. ¿Pero qué narices he hecho?

Esa sin duda era una buena pregunta. Especialmente cuando había hecho algo tan estúpido; salir corriendo al verlo.

—No es Dawn la que tiene que estar en esa clínica, soy yo.

Había perdido la cabeza por completo. No había otra explicación. Una persona cuerda no salía huyendo como alma que lleva el Diablo, atravesaba la casa sobre unos jodidos y altos tacones y terminaba escondiéndose en el establo.

Se llevó la mano a la cabeza, echó el pelo hacia atrás e intentó recuperar el aire que le había arrebatado la carrera. Diablos, no estaba acostumbrada a tanto ejercicio, su día a día no requería de tal mantenimiento y allí estaba ella, entrenando para las próximas Olimpiadas de atletismo sobre tacones.

—Lo mío no tiene nombre.

Había estado tan concentrada en su trabajo y en comprobar que todo quedaba exactamente cómo debía, que ni siquiera se había dado cuenta de su llegada. Solo había escuchado el sonido de un coche y, cuando se había asomado al porche para echar un vistazo, lo había encontrado a él hablando con uno de los empleados que venían a comprobar el sistema de seguridad. Un segundo después, el hombre señaló

hacia dentro y sus miradas se encontraron. Las gafas de sol dejaron el rostro mostrando unos profundos y bonitos ojos azules que se clavaron en los de ella con abierto reconocimiento.

Curiosamente, no había sorpresa en ellos, solo caliente interés, como si encontrarla allí hubiese sido lo que esperaba.

El aire huyó de sus pulmones con tal velocidad que se encontró jadeando, su cuerpo lo reconoció incluso en la distancia, borrando de su mente cualquier duda. Esos ojos no dejaban de mirarla, inclinó la barbilla en un gesto de saludo y lo próximo que supo fue que su cerebro había entrado en barrena y que corría a través de la casa como alma que lleva el diablo. Los tacones de sus zapatos resonaban en el suelo de madera mientras dejaba atrás habitación tras habitación y se precipitaba hacia la puerta de atrás. Cruzó el patio como una exhalación, perdiendo el equilibrio por poco un par de veces antes de ver el establo y precipitarse en su interior.

No. No había sido una reacción racional. Tampoco una decisión coherente. Ni siquiera sabía cómo catalogarlo, solo sabía que algo la había empujado a correr como si su vida estuviese en juego.

—Mierda, mierda, mierda y mierda.

Sacudió la cabeza, se enderezó y dejó escapar un resoplido antes de echar un vistazo por primera vez a la tosca construcción de madera. El bajo edificio tenía más pinta de granero que de establo, el polvo se había pegado a las paredes, los cristales estaban sucios y olía a cerrado, por lo demás, la estructura parecía bastante nueva. Deslizó los dedos sobre una de las tablas e hizo una mueca al ver la suciedad que le cubría ahora las yemas.

—Hace falta una buena limpieza —rumió, tomando ya notas de las cosas que tendría que comprobar y ver que se incluyesen en el contrato de compra-venta.

El pensar en el contrato la llevó inmediatamente de vuelta al hombre que acababa de irrumpir en la propiedad. No le podía estar pasando esto, ¿cómo iba a mirarle a la cara? Estaba claro que él la había reconocido, tenía que recordarla de la otra noche. ¿Cómo iba a enfrentarse ahora a él o hablar de negocios?

—Está bien, Leah, puedes hacerlo, eres una profesional, sencillamente actúa con profesionalidad —se insufló ánimos al tiempo que buscaba la manera de salir de este embrollo—. Sal ahí fuera con tu mejor sonrisa y ruega como una condenada para que no se eche atrás en la jodida venta.

Volvió a mirar a su alrededor e hizo una mueca.

—Esperemos que un poco de agua y jabón sea suficiente para arreglar esto.

—Posiblemente haya que impermeabilizar, pero es algo que podría incluirse en los documentos de compra-venta.

La inesperada y sexy voz masculina atravesó las tablas al otro lado de la puerta. Un delicioso escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza y su sexo reaccionó al instante humedeciéndose. Dios mío, ¿qué diablos le pasaba con ese hombre?

Retrocediendo por instinto, se acercó a la pared lateral, viendo únicamente

sombras por debajo de la puerta del granero y una silueta cuando se acercó al edificio. En su prisa por echarse hacia atrás, no tuvo en cuenta los aperos y el cubo de latón que colgaban de una viga y se golpeó con ellos. El ruido fue ensordecedor.

—Auch... mierda —siseó llevándose la mano a la cabeza para luego girarse y fulminar con la mirada los objetos.

—Espero que eso no haya sido su cabeza, señorita Álvarez.

El tono grave y sensual fue como una tierna y caliente caricia. Las lágrimas le brotaron de los ojos involuntariamente por el inesperado porrazo y terminó frotarse la coronilla. Iba a salirle un chichón del tamaño de Nevada.

—¿Señorita Álvarez? ¿Leah?

Esa voz...

Cerró los ojos y apretó los labios evitando gemir. No quería salir ahí fuera, no quería verle la cara, no quería verlo.

—¿Está bien?

No se podía negar que era insistente.

—Sí, solo ha sido un... pequeño accidente —siseó la última parte.

Le pareció escuchar una ligera y ronca risa.

—Espero que siga teniendo la cabeza sobre los hombros y no se haya decapitado a sí misma.

Hizo un mohín y se giró en dirección a la puerta, dónde se apreciaba su silueta, pero poco más.

—De momento la conservo —masculló en respuesta, más para sí misma que para él.

—Me alegra saberlo —declaró él con sencillez, su voz le provocaba un delicioso estremecimiento de placer—. Y espero que siga así.

Demonios, ¿por qué tenía que sonar incluso ahora tan *sexy* y en cierto modo, tierno? Ciertamente, el hombre que había visto junto al empleado parecía un lobo, más que un tierno corderito. Uno muy, pero que muy sensual.

—Puedo... ¿Puedo ayudarle en algo, señor...?

Estaba decidida a mostrarse profesional y tan inocente como si su repentino *sprint* no tuviese nada que ver con su presencia.

—Peters, Odin Peters —declaró el aludido. Su voz parecía un poco más cercana o a lo mejor era imaginación suya, puesto que él no se había movido del sitio—. Soy el nuevo propietario del rancho.

¡Lo sabía! Maldita fuese su suerte. De todos los hombres existentes en el territorio de Nevada tenía que haberse liado con uno de los empresarios más prominentes de la zona. Y no en cualquier lado, no. Tenía que haberlo hecho precisamente en la inauguración de su jodido casino-hotel. ¿Dónde dejaba eso su profesionalidad?

—Maldita sea, yo no sabía que era él —siseó en voz baja, mordiéndose el labio.

No. No había tenido la menor idea de que se trataba de él. Aunque, si era sincera

consigo misma, tampoco es que tuviese muy claro lo ocurrido aquella noche. Sus recuerdos sobre su encuentro eran todavía inconclusos, sabía que había alcohol por el medio, que había hablado con algunas personas y que, en algún momento de la noche, se habían conocido y habían terminado en la cama.

—Mi administrador, Quinn Reig, la llamó para concertar una cita para hablar de la propiedad que estoy interesado en adquirir.

Se obligó a respirar profundamente y responder en consecuencia.

—Ah, sí... sí, por supuesto.

Algo parecido a una risita llegó hasta ella.

—¿Y cree que sería posible que hablásemos de ello cara a cara?

Su respuesta fue instantánea e indeseada.

—Mierda.

CAPÍTULO 23

Odin sonrió para sí al escuchar el exabrupto que emergió de sus labios. Sentía su presencia tangible al otro lado de la puerta, una innecesaria barrera que lo mantenía separado de esa disparatada mujer. Su lobo estaba realmente divertido, había considerado un juego el que su hembra saliese corriendo. Él, por otro lado, no lo encontraba tan divertido, no después de haber escuchado el quejido de dolor de esa loquita al golpearse con algo en la cabeza.

Leah olía de forma deliciosa, a pesar de no verla su presencia era tan tangible que podía casi decir con exactitud lo que estaba haciendo. Estaba nerviosa y había un tinte de visible vergüenza y enfado para consigo misma. La muy ladina estaba decidida a fingir que no le conocía; bien, ese era un juego al que podían jugar los dos... por el momento.

Se apoyó contra el vano de la puerta haciendo que la madera crujiere, cruzó las piernas a la altura de los tobillos y metió las manos en los bolsillos con gesto desenfadado. Necesitaba encontrar la tranquilidad que la inesperada fuga de esa hembra le había arrebatado. El alfa en él había despertado ante el juego de la caza — uno que le encantaba—, había sido un desafío en toda regla, uno que aumentó su adrenalina haciendo que se olvidase de sus propias heridas. Como loba y como compañera, se esperaba obediencia y sumisión por su parte, pero su lado humano era desafiante y ajeno a su otra naturaleza, haciendo que sus patrones fuesen completamente imprevisibles.

Y eso le gustaba, tanto a él como a su bestia.

Las hembras de su raza sabían qué esperar de un emparejamiento, comprendían su significado, estaban preparadas para ello. Si no conocían a su pareja, pasarían parte de su unión e incluso las primeras semanas o meses después de ese tenso momento primordial conociéndose y aprendiendo a convivir, pero con Leah, esas reglas no se aplicaban. No sabía cómo o por qué, pero ella no era consciente de su propia naturaleza y, mucho menos, de que ahora le pertenecía por completo.

Quizá había sido prepotente por su parte y poco reflexivo el reclamarla esa noche, pero sus instintos habían tomado el mando, el reconocimiento de que era ella y la necesidad de poseerla había nublado todo su buen juicio y dejado que el lobo siguiese sus instintos y reclamase lo que era suyo por derecho.

—Es mía, no hay vuelta atrás...

Pronunció el pensamiento en voz alta y no fue consciente de ello hasta que escuchó de nuevo sonidos en el interior y un nuevo exabrupto de su chica.

—Mierda, maldito caldero... —la escuchó sisear.

Sacudió la cabeza y refrenó las ganas de entrar ahí dentro y sacarla él mismo.

—Quizá sería mejor que saliese antes de que se lleve por delante alguna cosa más

y se haga daño —intentó sonar razonable, tranquilo y tan profesional como ella pretendía hacer con él.

—Creo que la advertencia llega un poco tarde —la escuchó rezongar, de nuevo el sonido de los aperos y finalmente sus pasos acercándola a su posición.

—Lamento oír eso —respondió retrocediendo, dejándole espacio y al mismo tiempo, cubrir así cualquier posible ruta de huida.

Salió de la penumbra frotándose la cabeza, los ojos entrecerrados y molestos por la repentina luminosidad antes de detenerse y alisarse la ropa.

—¿Está bien? —le costaba un mundo tratarla de usted cuando la conocía tan íntimamente. Aunque no dejaba de resultar divertido la forma tan fría y profesional en la que lo trataba ahora mientras que durante su convalecencia había sido tan tierna.

—Sí, sí... —respondió abriendo los ojos y sobresaltándose un poco al mirarle—. Yo... ah... no es nada.

La contempló sin disimulo, esperando a que ella diese el próximo paso.

—Err... ah... soy Leah Álvarez —le tendió la mano con gesto profesional—. Esperaba que se presentara el señor Reig, puesto que ha sido con el que he estado tratando hasta el momento.

Tomó su mano y correspondió al saludo, reteniéndola ligeramente sin apartar los ojos de ella.

—Sí, sé quién eres, Leah —respondió con segundas, entonces añadió—. Quinn me ha mantenido al tanto de todo el proceso.

Se tensó y tiró de su mano dispuesta a retirarla, su nerviosismo era aparente. No estaba segura de si estaba jugando con ella o debía creer en sus palabras.

—¿Algo interesante ahí dentro?

Los ojos claros fueron de él al establo y viceversa, sus mejillas se sonrojaron ligeramente.

—La estructura está en perfectas condiciones —respondió adoptando un tono más serio—, quería asegurarme de ello personalmente debido a los recientes acontecimientos en la propiedad principal.

Se giró hacia el lugar que ella le indicaba.

—Sí, he visto a los empleados del sistema de seguridad y a un cerrajero en la puerta —declaró poniendo de manifiesto que estaba al tanto de lo ocurrido. Como para no estarlo, pensó, ya que él había sido quién había provocado los destrozos—. ¿Qué ha ocurrido?

Su sonrojo aumentó.

—Alguien pensó que sería divertido entrar en la casa —carraspeó—. Me temo que dañaron la alarma y la puerta principal, por lo demás, no se llevaron absolutamente nada. Me he estado cerciorando de eso.

Él asintió y volvió a contemplarla con abierto interés.

—Toda una profesional... gracias.

Ella se limitó a asentir, entonces extendió la mano en una invitación a

acompañarle.

—Si me acompaña, le mostraré la propiedad y hablaremos del papeleo —le invitó—. La inspección se hará tan pronto terminen con los arreglos, está incluida en el contrato, así como...

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda contratarla para llevar a cabo algunas reformas?

Se detuvo en seco, se giró hacia él y lo miró con indecisión.

—Mi agencia trabaja con algunos contratistas, estoy segura de que podremos sugerirle algún nombre de confianza...

Sonrió de medio lado.

—No me ha entendido, lo que quiero saber es si está disponible para supervisar las reformas —declaró acercándose a ella—. Tengo algunas ideas que quiero llevar a cabo, si bien en un estilo más rústico y casero que el del Las Vegas Imperia... creo que podrás comprender la diferencia.

Dejó caer el nombre del hotel a propósito haciendo una velada alusión a su previo encuentro y sonrió interiormente al verla abrir los ojos y tragar con dificultad.

—Me gustaría contar con alguien de confianza —continuó sin dejar de mirarla—, alguien que pueda estar en la misma sintonía que yo.

Si pudiese perder más color, Leah estaría ahora del color de la cal viva.

—Sin duda esta es una de las propiedades más impresionantes que he visto últimamente —continuó mirándola a ella directamente—, y me gustaría que quede a la altura de mis expectativas. Lo cual, no creo que sea difícil viendo las posibilidades que tiene para ofrecer.

Sus labios se cerraron entonces de golpe, esa mirada se volvió más afilada, intensa y algo en su actitud reservada cambió.

—El rancho Omega es una de las propiedades más grandes de la zona, su ubicación hace de él una auténtica joya, estoy segura que podrá adaptarse a sus necesidades —espetó. Un golpe directo, sin anestesia—. No estoy segura de poder decir lo mismo de mí disponibilidad... señor Peters.

Enarcó una ceja y gesticuló un «*auch*» con los labios sin dejar de mirarla.

—El mundo puede parecer a veces un lugar demasiado pequeño, ¿no crees? —optó por tutearla, queriendo dejar claro ya de una vez que sabía quién era, que la recordaba y que lo hacía de una forma que la invitaba a repetir—, dónde se producen encuentros inesperados.

Alzó la barbilla y lo miró de refilón.

—Sí, sin duda puede serlo —respondió—, pero no por ello tienen que ser precisamente agradables.

Dicho eso, dio media vuelta y lo dejó con un palmo de narices.

—Si me acompaña, le mostraré el edificio principal...

—Leah —la llamó.

—No me gustan esta clase de juegos, señor Peters —acertó a decir y parecía tan

irritada como avergonzada.

—Creo que, dadas las circunstancias, puedes llamarme Odin y tutearme —ofreció dándole alcance, pero sin tocarla—. No hay necesidad de formalismos.

Se giró apenas lo justo para mirarle de refilón.

—Por esas mismas... circunstancias... seguiré llamándole Peters.

Odin contuvo una sonrisa, debajo de toda esa precaución y aspecto profesional había un carácter chispeante. El desafío brillaba en sus ojos junto con una modesta vergüenza que le decía lo incómoda que estaba.

—¿Yo puedo llamarte Leah?

Que se lo preguntase pareció cogerla por sorpresa.

—Dado que vamos a pasar tiempo juntos...

—¿Quién ha dicho que vamos...? —se aceleró ella.

—... profesionalmente hablando...

Hizo un mohín.

—Preferiría que las cosas se mantuviesen en un ambiente estrictamente profesional —declaró con tacto—, puesto que ha contratado los servicios de mi agencia inmobiliaria y tenemos un acuerdo entre manos.

Y aquel era sin duda un rasgo de lo obstinada que podía llegar a ser una mujer.

—¿Y cuando termine este acuerdo profesional nuestro? —insistió bajando la voz—. ¿Aceptarías cenar conmigo?

Sus ojos se encontraron y ahora el sorprendido fue él.

—No.

Dicho eso, dio media vuelta y se alejó caminando. Tenía que admitir que su pequeña loba era realmente divertida, especialmente si pensaba que iba a sacárselo de encima con tanta facilidad. La siguió con la mirada, disfrutando de la forma en la que ese traje de chaqueta y falda envolvía sus curvas. Le encantaba la forma en que la prenda enmarcaba ese bonito culo y se encontró salivando ante las ganas de pegarle un mordisco. Y esas piernas, largas y torneadas, no muy delgadas, pero tampoco demasiado gruesas, sencillamente perfectas para él.

Tenía una manera de caminar que lo volvía loco, esa seguridad que exhibía le daba un aire de profesionalidad y sensualidad que haría que se volviesen las miradas. Sin embargo, en el terreno en el que estaban, era realmente un milagro que sobreviviese con esos tacones.

Curiosamente, el pensamiento apenas acababa de cuajar en su mente cuando uno de los tacones se hundió, se oyó el crujido del zapato y su chica perdió el equilibrio precipitándose hacia el suelo cuan larga era.

CAPÍTULO 24

Leah parpadeó un poco sorprendida al encontrarse en el suelo. En un momento le estaba dando la espalda a ese hombre y alejándose con asombrosa profesionalidad y al siguiente estaba espachurrada en el suelo, comiéndose algunos hierbajos.

«Tierra, trágame y escúpeme lejos de aquí».

Quería morirse y quería hacerlo ya. Si se abría ahora mismo un agujero bajo sus pies no se quejaría. No señor. No lo haría.

Sin embargo, el suelo no se abrió, tampoco tuvo la fortuna de morirse y tuvo que hacer frente a su vergüenza delante de ese sexy e irritante hombre.

—Cariño, ¿estás bien?

Escupió el polvo que le acariciaba los labios y se giró de lado para ver que se había raspado las rodillas y el tacón de sus preciosos zapatos se había roto.

—No soy su cariño —rezongó haciendo una mueca mientras intentaba encontrar una posición menos vergonzosa—. Y sí, estoy bien.

Unos impecables zapatos se detuvieron delante de ella, seguidos de unas piernas enfundadas en un pantalón de corte italiano que le sentaba a las mil maravillas. Y su aroma. Demonios, ¿por qué tenía que oler tan bien un hombre?

—Me temo que ese no es el calzado más adecuado para pasear por estos terrenos —le informó acuclillándose junto a ella, sus manos recorriéndola incluso antes de que pudiese saber qué estaba pasando—. Si no vas con cuidado, te romperás el cuello y eso, dulzura, es algo que no pienso permitir.

Empujó sus manos, alejándole de ella.

—El romperme el cuello tampoco es algo que yo misma tenga en mente —replicó apartándole—. Y, ¿quiere hacer el favor de dejar de manosearme?

Esos ojos azules se clavaron en ella y no pudo hacer otra cosa que cerrar la boca. ¿Por qué demonios tenía que ser tan intimidante?

—¿Te duele algo?

—¿Además de mi orgullo? —La frase emergió de sus labios antes de poder contenerla. Se sonrojó y apretó los labios antes de sisear—. Estoy bien. Solo se ha roto el maldito tacón —se quitó el zapato y lo miró con gesto enfadado—. Espero que tengáis arreglo, bastardos.

—¿Tienes calzado de repuesto?

Alzó la mirada hacia él y ladeó la cabeza.

—Si le digo que no, ¿concertará una cita para otro momento?

La cogió en brazos, sin previo aviso, dio media vuelta y echó a caminar hacia la casa.

—No.

Jadeó.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¡Bájame ahora mismo!

Sus ojos se clavaron en los suyos, una perezosa sonrisa curvando sus labios.

—¿Ahora me tuteas?

Apretó los labios con fuerza al tiempo que lo fulminaba con la mirada.

—¿Siempre eres tan arisca o es solo conmigo?

No se cortó en responder.

—Solo contigo.

La directa respuesta lo hizo reír.

—Bueno, nadie puede acusarte de falta de sinceridad —le dijo de buen humor—, pero no es necesario que saques las garras. Estás a salvo conmigo.

Sus ojos permanecieron con los suyos durante un momento, entonces los apartó.

—Tengo unas zapatillas de repuesto en el coche, si me deja en el suelo, iré a por ellas y podremos terminar con la visita que había concertado —declaró volviendo a tratarlo con extrema educación.

No solo no la dejó en el suelo, sino que la cargó sin esfuerzo hasta el frontal de la casa dónde había dejado su coche y estaba aparcado también un deportivo. En vez de acercarla a su vehículo, la sentó sobre el cálido capó del suyo.

—¿Dónde tienes las llaves?

Sus mejillas enrojecieron levemente.

—Están en el contacto —dijo en un susurro. Había llegado tan deprisa que prácticamente había saltado del coche.

—¿Has dejado las llaves puestas en el contacto?

La censura en su voz hizo que se sonrojara aún más, solo para enfadarse consigo misma. Decidió ignorar su respuesta e intentó bajarse solo para ver que él no le dejaba.

—No te muevas. —Una orden. Le quitó los zapatos, se los dio y rodeó el coche para incursionar en el de ella.

Resopló girándose para mirarle. Ese hombre era imposible, pero tenía un culo de primera. La sola idea la llegó a sacudir la cabeza y apartar la mirada, ¿qué diablos le pasaba? Él era su cliente, no debía verlo como nada más.

«Sí, claro. Como si fuese tan fácil olvidarme de lo bueno que está desnudo, por no mencionar lo jodidamente bien que mueve las caderas».

Un instante después, su amante de ensueño volvió con su par de zapatillas deportivas, unas rosas con estrellitas amarillas que le habían regalado unas navidades y que conservaba únicamente en el coche para casos excepcionales.

—Bien, Cenicienta, hora de calzarse.

Se echó hacia delante e intentó quitarle las zapatillas, pero él las alejó de ella.

—No —la censuró—. Quietecita. Levanta la pierna.

No solo no hizo lo que le pedía, sino que recogió incluso más los pies.

—Puedo calzarme yo sola, gracias.

Se apoyó con la cadera en el coche, pegándose a ella.

—¿Por qué esa animosidad hacia mí? —le preguntó como si no pudiese comprenderlo—. La otra noche... parecía que nos entendíamos bien...

Resopló, enrojeciendo.

—Esa noche fue una equivocación —murmuró estirándose para coger su calzado, pero de nuevo le impidió recuperarlo—. Un error que no volverá a suceder.

Él chasqueó la lengua, se inclinó sobre ella, enjaulándola entre su cuerpo y el cálido capó del coche.

—Yo, por el contrario, considero que fue una noche de lo más interesante —le aseguró con voz sensual—, lo suficiente como para querer que se repita.

Le limitó a sostenerle la mirada durante unos instantes, entonces resopló.

—¿Piensa devolverme las zapatillas, señor Peters?

—Lo haré cuando acceda a comer conmigo, señorita Álvarez —declaró levantando el calzado en una mano—. ¿Qué te parece si me enseñas la propiedad, hablamos de las reformas que tengo en mente y luego nos vamos a comer? Puedes considerarlo una comida de negocios.

Le arrebató las zapatillas.

—Le mostraré la propiedad, tomaré nota de sus ideas para las reformas y después podrá irse a comer usted solito.

Dicho eso, se calzó rápidamente y se deslizó del capó, dejándole con la palabra en la boca.

Diablos, sin los casi diez centímetros extra de sus tacones, él parecía incluso más grande a su lado.

CAPÍTULO 25

Había algo único en la caza, en la emoción que corría por las venas cuando estabas tras la pista de tu presa. Cada decisión, cada pista, cada olor que te conducía en la dirección correcta era como un golpe de afrodisíaco que te animaba a seguir adelante. Podía saborear ya la sangre que había probado dos noches atrás y notar sus incisivos caninos hundiéndose en la carne de ese maldito alfa. Sí, esta vez no se le escaparía y tampoco lo haría la perra que había decidido unirse a él. *Él* la quería a ella con vida, estaba empeñado en recuperar a los supervivientes de la masacre, pero, ¿de qué iba a valerle una perra que se había vinculado ya con uno de sus asesinos? Se merecía la muerte, solo así limpiaría sus propios pecados.

Había escogido la forma humana para rastrear los alrededores dónde lo había perdido, los aromas se habían extinguido, pero eso no era importante, no cuando lo tenías ya grabado en el cerebro y todo lo que tenías que hacer al respecto era encontrar ese nítido rastro y seguir el hilo. Y ese hilo lo había llevado a un rancho a las afueras de Paradiso, una amplia extensión que se encaminaba hacia el pedregoso desierto de Rock Canyon y que hacía de la zona el paraíso para un lobo.

El edificio estaba ocupado cuando llegó por varios humanos, ningún lobo a la vista y, a los pocos minutos había llegado ella, la perra que habían visto esa noche, la misma que él deseaba recuperar.

Se obligó a mantenerse en las sombras, a cubrir su olor y permanecer siempre en contra del viento de modo que la rastreadora que estaba vigilando la zona no pusiese sus peligrosas garras sobre él. Conocía la reputación de la hembra, una que estaba plenamente justificada y, si bien le encantaba enfrentarse con un buen contrincante cuando lo tenía a mano, hoy no estaba allí para divertirse, sino para dar muerte al alfa que se había atrevido a herirle.

Esto ya era algo personal por lo que dejó a los estúpidos humanos con los que había salido de caza la previa noche e inició la operación por su cuenta. Tenía suficiente autonomía para hacer lo que le placía, sin tener que responder ante nadie; *él* tampoco se opondría, no cuando pensaba entregarle la cabeza de ese perro y a su zorrита.

Su paciencia dio sus frutos una hora después de la llegada de la hembra, un deportivo oscuro apareció por el camino de entrada y aparcó frente a la casa. Su aroma lo golpeó incluso antes de confirmar su objetivo visualmente, se mantuvo inmóvil y observó sus movimientos; se movía con cierta lentitud y no con la fluidez acostumbrada. El muy cabrón seguía con vida, pero obviamente sus heridas habían sido lo suficiente graves como para que estuviese sufriendo las secuelas.

No cabía duda que se trataba de un alfa, su fortaleza física y mental lo habían mantenido en pie y esa hembra era lo que lo había hecho emerger de su guarida tan

pronto.

Se pasó la lengua por los perfectos dientes como si ya pudiese saborear su victoria, la adrenalina bombeaba en sus venas y lo empujaba a entrar en acción, pero todavía no era el momento. Sus sentidos agudizados eran conscientes de que no era el único que vigilaba el lugar, un mal movimiento ahora y todos sus planes se irían al traste. No, tenía que ser cuidadoso, comprobarlo todo milimétricamente, solo así sería capaz de alzarse con su premio; la piel de ese maldito lobo.

—Esta vez no te escaparás —musitó, agazapándose dispuesto a esperar su oportunidad.

CAPÍTULO 26

¿Podía ser un hombre *sexy* como el infierno un grano en el culo?

Sí, podía.

Odin Peters era la prueba viviente de ello. Durante los últimos veinte minutos había cuestionado sus comentarios, hecho sugerencias propias y básicamente, la había conducido a la locura con su proximidad.

Diablos, estaba caliente, excitada y ese maldito era el único culpable.

No debía ser legal estar tan bueno, su presencia resultaba distractora, era incapaz de concentrarse al estar vigilándole al mismo tiempo. Sus movimientos pretendían ser casuales, pero el brillo en sus ojos lo desmentía. Había deseo y también una pizca de diversión en ellos.

—¿Crees que se podría añadir una segunda planta en esta zona? —le preguntó llamando su atención—. Una escalera de madera que lleve a una plataforma y varias estanterías cubriendo las paredes.

Siguió su mirada y las indicaciones de su mano hacia una zona del amplio salón y lo miró.

—¿Audiovisual?

Esos intensos ojos azules la miraron con diversión, chasqueó la lengua y le dedicó una mirada pícaro.

—Biblioteca —echó por tierra sus suposiciones—. Los hombres no viven solo de los deportes...

«*O el sexo*».

Parpadeó varias veces ante lo que le había parecido su propia voz, pero él no había pronunciado, lo estaba mirando y había dejado la frase en el aire.

—¿Va todo bien?

Asintió un poco contrariada. Su propia mente había conjurado la idea que él había dejado en el aire, no le cabía duda. Optó por evitar su mirada y se concentró de nuevo en la sala.

—Habría que mover la lámpara y reestructurar esa parte —señaló la zona que quedaría bajo la plataforma que él quería—. El salón tiene un tamaño considerable, como no hay que mover la chimenea, esta zona podría utilizarse como...

—Ahí irá el bar —decidió señalando el lugar—. Una media barra americana, una nevera para vinos y un par de estanterías para licores.

Enarcó una ceja y lo miró.

—Y ese es un pensamiento típicamente masculino —declaró con abierta ironía.

Los sensuales labios se curvaron bajo la sombra rubia de un bigote en una perezosa sonrisa que le provocó un nuevo escalofrío de placer.

—Una cerveza fría es uno de los mayores placeres que se pueden dar en estos

terrenos.

Dadas las temperaturas que se solían alcanzar en esa zona en los meses de verano, no iba a discutírselo.

—De acuerdo, un rincón típicamente masculino —murmuró anotándolo todo en la Tablet que llevaba con los planos de la casa—. Habrá que buscar una madera que sea igual a la del piso para el nuevo suelo.

Se acercó a ella desde atrás, mirando por encima de su hombro y derramando su cálido aliento en su mejilla al hablar.

—Quiero un suelo nuevo —declaró indicando los cambios sobre la pantalla—. Algo más oscuro y con vetas claras, eso disimulará los arañazos.

Su cercanía la estaba poniendo cada vez más nerviosa. Se obligó a dar un paso adelante, rompiendo la intimidad, aunque todo su cuerpo gritaba que hiciera justo lo contrario y se pegase a él.

—¿Estás pensando arañar los suelos?

Esa enigmática y *sexy* sonrisa le iluminó los ojos.

—Quizá lo haga —le dijo y se encogió de hombros—, pero es mucho más probable que lo hagan mis... compañeros peludos.

Parpadeó.

—¿Compañeros peludos? —preguntó.

—Ya sabes, de esos que tienen dos orejas, cuatro patas, hocico y cola.

La descripción trajo a su mente la imagen de un precioso ejemplar blanco de proporciones enormes, uno que estaba bajo sus cuidados y del que se había olvidado completamente.

—¡Oh, mierda! —clamó en voz alta, miró el reloj y volvió a maldecir—. Mierda, mierda, mierda, mierda...

Su estallido pareció divertirle, ya que parecía estar conteniendo su hilaridad.

—Deduzco, por tan... efusiva respuesta... que has recordado alguna cosa.

Levantó la mirada y asintió.

—Mi compañero peludo —declaró. Ese animal era mucho más que un perro, lobo o lo que fuese. Sus ojos poseían una inteligencia que le había dado escalofríos—. Lo he dejado solo y está... convaleciente. Le prometí que volvería pronto...

Y eso había sido hace varias horas.

—¿Y siempre cumples tus promesas? —la acicateó él.

Su tono de voz contenía un rastro de ironía que le picó en lo más hondo.

—A él, sí —aseguró repentinamente molesta. Apagó la Tablet en la que había estado tomando notas y se la metió bajo el brazo—. Pasaré tus ideas al contratista y tan pronto tenga el plano con las reformas, te avisaré.

Asintió de acuerdo con ese plan.

—Estoy deseándolo.

Y, de algún modo, sabía que sus palabras no eran solamente palabras.

Optó por ignorarle, miró el reloj una vez más e hizo una mueca. El tiempo había

pasado demasiado rápido, ¿dónde se había ido?

—Tengo que marcharme —murmuró más para sí misma que para su interlocutor, entonces levantó la mirada y añadió—. Si tienes alguna otra sugerencia que añadir al proyecto...

—Lo discutiremos durante la comida —le informó con sencillez—. Tenemos tiempo suficiente para que vayas a ver a tu... compañero peludo, hagas lo que tengas que hacer y vayamos a comer. Yo conduciré.

¿Era cosa suya o acababa de organizarle las próximas horas?

—Te agradezco el gesto, pero...

La melodía del teléfono la interrumpió. Frunció el ceño y se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta buscando el fino dispositivo. Su sorpresa fue mayúscula al ver el nombre impreso en el identificador de llamadas y, con la misma rapidez, esa sorpresa se convirtió en incertidumbre y temor; en la pantalla podía leer Montevista Hospital.

—¿Leah?

El fuerte y grave tono de voz de Odin la sacó de su momentánea parálisis.

—¿Qué ocurre? —insistió él.

Sacudió la cabeza, levantó el índice pidiéndole un segundo y contestó al teléfono.

—¿Sí?

La voz del doctor Lorenzo atravesó la línea como una bala.

—¿Señorita Álvarez? Soy el doctor Lorenzo.

Se lamió los labios y asintió.

—¿Qué ocurre doctor? ¿Mi hermana está bien?

Sintió la presencia de su acompañante así como su mano posándose sobre su hombro casi al instante.

—Su hermana ha dejado las instalaciones.

La respuesta del médico fue como una bofetada. La dejó estática, incapaz de entender lo que acababa de decirle.

—¿Cómo? —graznó.

—Se ha escapado.

Se quedó sin aire, el miedo instalándose en sus células mientras veía el rostro de Dawn y la ansiedad que había habitado en sus ojos esa misma mañana.

—¿Señorita Álvarez? ¿Leah? ¿Sigue usted ahí?

La voz del psiquiatra le llegaba ahora como a lo lejos, su mente trabajando sola, reproduciendo la conversación de esa misma mañana mientras el temor empezaba a anular todo lo demás.

—¿Señorita Álvarez? ¿Hola?

No podía contestar, no podía dejar de pensar en Dawn, sola, perdida y todo era por su culpa.

CAPÍTULO 27

Odin sintió el cambio inmediato en su compañera, la culpa emergiendo de su interior como un olor ácido y desagradable. Le quitó el teléfono y contestó él mismo, informándose al momento de lo que había ocurrido y tomando las riendas de esa inesperada crisis.

—De acuerdo, gracias —respondió al teléfono—, manténganos informados.

Colgó, guardó el teléfono en su propio bolsillo y pasó a ocuparse de su compañera, a quién las noticias la habían golpeado con fuerza.

—Ven, siéntate un momento —la empujó hacia una de las pocas sillas que había disponibles—. Ahora, respira profundamente.

Ella no solo no lo hizo, sino que levantó la mirada y se la encontró al borde de las lágrimas.

—Lo he estropeado, lo he estropeado todo —musitó realmente angustiada—. Tenía que haberla sacado de allí esta misma mañana. Sabía que no estaba bien, que no la estaban ayudando y ahora... Oh dios mío, ¿dónde está? ¿A dónde se ha ido? ¿Y si le ha pasado algo?

—Tu hermana estará bien, dulzura, nadie le hará daño.

No. Nada le pasaría a esa hembra mientras Quinn estuviese a su lado y, a juzgar por la última comunicación que había tenido con su beta, estaba convencido de que Dawn estaba con él.

—Ella... ella está enferma —rompió a llorar, las lágrimas deslizándose por sus mejillas—, y yo no he sabido cuidarla. La he dejado sola, la he abandonado y le prometí a mis padres que nos mantendríamos unidas.

Sacudió la cabeza, empezó a murmurar en voz baja y finalmente se levantó de golpe.

—Tengo que encontrarla —declaró con la decisión superando ahora al miedo—. Tengo que ir a buscarla. No puedo dejarla sola, tengo...

Su desesperación hizo mella en él. Odiaba verla así, su lobo aulló en consecuencia, irritándose, deseando llegar a ella y tranquilizarla.

—Leah, cálmate. —Fue el alfa el que habló, obteniendo su inmediata obediencia—. No puedes salir así y mucho menos voy a dejar que cojas el coche.

Las lágrimas y la desesperación volvieron a inundar sus ojos.

—Es mi hermana —gimió e intentó soltarse—. Y está sola, me... me necesita.

—Lo sé, pero estoy convencido de que ella estará bien —insistió, buscando la manera de calmarla—. Tienes que tranquilizarte y pensar con coherencia. ¿Qué vas a hacer? ¿Salir ahí fuera a buscarla cuando no sabes ni a dónde ha ido?

Su exposición la golpeó y sintió de nuevo esa ola de emociones batiendo contra ella, tambaleándola.

—Yo... no puedo quedarme así, sin hacer nada —replicó desesperada—. ¿Y si le pasa algo? ¿Y si se ha hecho daño? ¿Si alguien le ha hecho daño? Maldita sea, tenía que habérmela llevado esta misma mañana cuando hablé con el doctor, pero él creyó que no era el momento, que podía hacerse daño a sí misma...

—Está bien, no podías prever lo que iba a pasar.

Sacudió la cabeza y se pasó los dedos por el pelo.

—¡Pues tenía que haberlo hecho! —declaró enfadada consigo misma—. Tenía que habérmela llevado de nuevo a casa, cuidar yo misma de ella, quizá entonces toda esa locura que cree haber visto podría irse de una vez y por todas.

Le acarició el pelo y la atrajo contra él. Al principio luchó, pero pronto estuvo buscando el refugio de sus brazos, luchando con las lágrimas y la desesperación.

—Tengo que encontrarla, tengo que encontrar a mi hermana —sollozaba contra su pecho—. Dawn, dios mío, ¿qué he hecho?

La abrazó, sosteniéndola, convirtiéndose en su soporte como se suponía que debía ser. Le habló con tranquilidad, convenciéndola de que todo se arreglaría, de que encontrarían a su hermana y mientras tanto, acudió a su vínculo privado.

«¿Quinn? Dime que Dawn está ahora mismo contigo».

Envió la pregunta a través del canal privado, esperando escuchar la respuesta que deseaba oír, una que confirmase sus sospechas.

«Sí, está conmigo. ¿Va todo bien? ¿Leah está bien? A Dawn le preocupa su bienestar».

Un suspiro mental.

«No. No está bien. Está histérica porque acaban de llamar del hospital para decirle que su hermana ha desaparecido. ¿Qué mierda has hecho?».

Escuchó el resoplido del lobo.

«Coger lo que me pertenece».

Resopló. No podía llamarle la atención por hacer algo que él mismo habría hecho si se tratase de su compañera.

«Hay otras formas de hacer las cosas y que no incluyen un jodido secuestro. ¿Tienes idea de la que acabáis de montar?».

«No iba a dejarla allí más tiempo, Odin, ella me pertenece».

Siseó. Lobos y sus emparejamientos, eran un jodido dolor de cabeza y él lo estaba viviendo en primera persona.

«Y Dawn no quería quedarse».

Lo cual era un motivo de peso para que un compañero recurriese a hacer las más absurdas estupideces con tal de ver a su hembra feliz y libre de tristeza.

«¿Cómo está?».

«Confundida. Su mente es un caos, pero su loba está ayudándola a seguir adelante, está sosteniendo su parte humana y evitando que se desmorone. Necesitará tiempo para recuperarse por completo, pero lo hará».

Y la seguridad que había en la voz de Quinn decía que él no permitiría otra cosa.

«Quiere ir a la casa de sus padres, necesita enfrentarse con el pasado, dice que hay cosas importantes que debe recordar».

La casa de los padres adoptivos de ambas, una familia dentro de su propio clan que las había acogido y criado alejándolas de su lado lupino para protegerlas. ¿Por qué habían hecho que negasen su naturaleza? ¿Por qué habían permitido que perdiesen su verdadera identidad?

«¿Qué habéis averiguado sobre ellos?».

No le cabía la menor duda de que Quinn los había investigado a fondo, especialmente ante su desaparición.

«Al parecer, eran un matrimonio sin hijos y acogieron a sus sobrinos una vez que sus padres biológicos fallecieron en condiciones misteriosas. Las arrancaron del seno de la manada y las criaron como humanas. Dawn, que era la mayor, siguió visitando la manada, de hecho, estaba allí la noche de la masacre, pero sus recuerdos todavía son confusos. Dice que a partir de esa noche, sus padres de acogida le prohibieron volver a cambiar o mostrar signo alguno de su verdadera naturaleza. Leah, por otro lado, era apenas un bebé cuando perdieron a sus padres, apenas podía reconocer su naturaleza lupina y, guiándome por lo que le pidieron a Dawn, tampoco la animaron a explorar a su loba, dejándola vivir en la ignorancia como humana».

Y eso sin duda explicaba que su compañera ignorase quién era y que su bestia hubiese despertado aún ahora, al reclamarla como su pareja.

Lo ocurrido aquella noche de hacía diez años empezaba a revelarse como algo cada vez más truculento y misterioso, un episodio olvidado que emergía cada vez con más fuerza y dejando un rastro de sangre y muerte tras ello.

«Aquí hay mucho más de lo que parece a simple vista». Comentó sin poder sacarse la sensación de encima. «Nadie masacra a una manada entera sin una buena razón y mucho menos desaparece solo para reaparecer diez años después».

Quinn estaba de acuerdo con esa línea de pensamiento.

«El ataque que sufrió Santana y ahora tú mismo tienen que obedecer a alguna causa en concreto, pero, ¿a cuál? ¿Cuál es la conexión? ¿Quién está detrás de todo esto?».

«Eso es lo que tenemos que averiguar y la respuesta quizá se encuentre en los recuerdos de los supervivientes a aquella noche».

Quinn gruñó.

«Los recuerdos de Dawn son difusos. Su mente todavía no es suya, no puedo arriesgarme a que se pierda de nuevo».

Se lamió los labios y bajó la mirada sobre el tibio cuerpo que seguía pegado al suyo.

«Contacta con Arik, dile lo que has descubierto y que mantenga los ojos abiertos». Le pidió. Tal y como estaban las cosas, no podían darse el lujo de bajar los brazos. «Y pon el clan en alerta, os quiero cubiertos a Dawn y a ti».

El lobo asintió en respuesta, podía ver su imagen mentalmente.

«Y tú procura no salir de bajo la vigilancia de Savage o yo mismo te molere a palos».

Puso los ojos en blanco ante la vacua amenaza.

«Lleva a Dawn a la casa de sus padres tal y como te ha pedido. Nos encontraremos allí en una hora».

Hubo una ligera risa en su mente, una acompañada por emociones que no correspondían a su relación con Quinn y que sin embargo venían de él.

«Dawn te da las gracias por cuidar de Leah y quiere que se la devuelvas inmediatamente».

Sonrió en respuesta al comentario. No le cabía duda de que el que el joven lobo y él mismo se hubiesen emparejado con dos hermanas, iban a poner su mundo del revés.

«Cuida de tu compañera». Pidió. «Nos veremos dentro de una hora».

Cortó la comunicación y se centró en la mujer que tenía entre sus brazos. Ahora tenía que ver cómo demonios se las ingeniaba para conducir a esta hembra hacia su hermana sin que sospechase de cómo sabía que estaría esperándola allí.

CAPÍTULO 28

Leah no podía dejar de pensar que todo lo ocurrido era culpa suya. Tenía que haberse impuesto al médico, haberle dicho a su hermana que iba a sacarla de allí, eso habría evitado que ella se marchase.

¿Y a dónde podría haberse marchado? La clínica estaba situada a las afueras, no había paradas de bus o de tren cercanas, si se había marchado andando no podía haber llegado muy lejos, pero nadie sabía de su paradero.

¿Había hecho autostop? ¿La habría recogido alguien? ¿A dónde la habían llegado? ¿Dónde estaba? Iba a volverse loca si no la encontraba pronto, si algo le pasaba...

—¿Dónde te has metido, Dawn? —murmuró mirando a su alrededor. El feo edificio del hospital a su espalda—. ¿A dónde demonios puede haber ido? ¿Y cómo? Aquí no hay ni una sola parada de autobús en kilómetros a la redonda. ¿Y por qué nadie se dio cuenta de que faltaba hasta esta mañana?

—Leah. —Levantó la mirada por encima del coche y se encontró con los ojos azules de Odin—. No puedes salir corriendo así sin más, eso no va a ayudarla.

Irrracionalmente ese obstinado hombre había tomado las riendas desde el momento en que le dieron la noticia de la desaparición, le había impedido subir al coche —en realidad la había sacado casi arrastrándola y entre gritos—, para meterla en el suyo y traerla hasta el hospital.

—Los médicos ya han registrado los alrededores y la policía ha sido avisada —le recordó—. El salir corriendo sin destino alguno no va a ayudar a encontrarla.

Sabía que tenía razón, pero no podía quedarse allí de brazos cruzados y sin hacer nada.

—¿Entonces qué hago? No puedo sentarme a esperar —extendió el brazo hacia la carretera—. Dawn puede estar ahí fuera, en cualquier lugar, quizá incluso herida. ¿Y si alguien la recogió? ¿Y si le hacen daño? Todo esto es culpa mía...

—Las decisiones que tomen otras personas no son culpa tuya —le recordó—. No podías prever lo que haría.

Se pasó la mano por el pelo con gesto desesperado.

—No lo entiendes —negó con la cabeza—. Le dije que arreglaría las cosas, que la protegería. Esta misma mañana fui a hablar con el psiquiatra para sacarla de aquí. Sabía que no la estaban ayudando, ella volvió a hablar del incendio y de... dios, no importa.

Frunció el ceño, pero se contuvo de decir nada.

—¿Dónde puede estar? ¿A dónde habrá ido?

Dawn ni siquiera conocía el lugar en el que vivía, se había mudado después de que ingresase en el hospital. Si bien la clínica tenía su dirección, nunca se le había

ocurrido dársela a ella. El único hogar que conocía su hermana era el mismo que había visto quemarse hasta los cimientos y el piso que había compartido con ella.

—Oh dios mío —jadeó cuando sus propios pensamientos se filtraron en su tumultuosa mente cobrando cierto sentido.

—¿Qué ocurre?

Se giró hacia él con renovadas esperanzas.

—Creo que sé a dónde puede haber ido —aseguró. Era la dirección más razonable a la que podía llegar—. Es el único lugar, puesto que ella no sabe dónde vivo ahora.

Aferrándose a ese pensamiento, palmeó el techo del coche con impaciencia.

—Tienes que llevarme allí.

La miró como si estuviese considerando sus palabras.

—¿En qué has pensado?

Se lamió los labios.

—La casa dónde nos criamos —respondió—, la misma que se quemó hasta los cimientos la noche en que asesinaron a nuestros padres y Dawn terminó en el hospital.

Casi juraría que esos carnosos labios se curvaron en algo parecido a una sonrisa.

—Dime cómo llegar —exigió, abriendo la puerta del conductor y tomando asiento.

Asintió y saltó a su vez al interior del vehículo mientras rogaba que no se hubiese equivocado con sus suposiciones.

—Ya no queda nada.

La voz de Dawn era plana, carente de emociones, pero no pasaba así con su interior. Quinn podía escuchar el acelerado latido de su corazón, las rasgadas respiraciones mientras caminaba alrededor de lo que ya solo eran escombros. La zona estaba vallada, impidiendo el acceso a los peligrosos restos de lo que, en otra hora, debió ser una bonita casa de dos plantas.

—El fuego lo consumió todo, incluso el pasado.

No le gustaba la frialdad que encontraba en su tono, la disociación que parecía estar experimentando y que lo atravesaba como agujas de hielo. Esa no era su compañera. En las pocas horas que llevaba a su lado, sabía que era luminosa, dulce, inocente y tan tierna como una niña, pero no fría y carente de emociones.

Le posó las manos sobre los hombros y apretó, recordándole su presencia y anclándola a ella.

—Aquí fue dónde perdí todo lo que soy —murmuró ahora con voz quebrada, como si su presencia rompiera esa cáscara en la que quería meterse y no salir—, donde lo perdimos los dos.

Tomó una profunda bocanada de aire y se giró, envolviéndole la cintura con los

brazos y ocultando el rostro contra su pecho. La tristeza en ella lo sacudió.

—El fuego, el humo, los gritos... —murmuró con la voz ahogada por su camisa —, todo fue como aquella noche en la manada.

Se estremeció apretándose más contra él, buscando la seguridad que le proporcionaba su presencia.

—Llegaron sin avisar, papá sabía que algo iba mal y nos hizo salir a mamá y a mí por la puerta de atrás —susurró—. Pero ellos estaban también allí y no eran humanos, eran como nosotros. Todavía escucho los gritos, la orden de mi padre, las palabras de mi madre, la sangre en su camisa, el olor del humo y entonces las llamas.

El dolor se mezclaba con el miedo y llegó a notarla temblar en sus brazos.

—Dijeron que les habían robado y venían a recuperar lo que era suyo —continuó —, pero ya no eran humanos, eran bestias con ojos brillantes. Eran... malos, muy malos.

Restregó el rostro contra él como si pudiese deshacerse de las imágenes que estaba viendo.

—Mamá me obligó a salir, yo quería quedarme, quería ayudarles, pero estaba Leah, tenía que proteger a Leah —tembló incluso más—. Gracias a dios ella había estado en clases, nunca supo qué pasó en realidad, no vio cómo ellos los desgarraron, los mutilaron y se reían mientras lo hacían. Fue horrible, Quinn, toda esa sangre y entonces el fuego lo lamió todo, sin piedad.

Hizo una pausa y la mantuvo durante unos instantes, entonces se deshizo de su abrazo y volvió la cara hacia las ruinas.

—Ellos gritaron, gritaron sin parar y el olor, ese horrible olor —tembló y se frotó la nariz—, todavía puedo olerlo a pesar de todo...

Se envolvió con sus propios brazos, podía verla temblar, luchando con el miedo de sus propios recuerdos.

—Tenían ojos amarillos y los dientes manchados de sangre y se reían, mientras el fuego lamía la casa, ellos se reían... —se llevó las manos a los oídos como si todavía pudiese escucharlos—. Corrí tan rápido como pude, me escondí en el lugar secreto que teníamos Leah y yo. Él quería sacarme, me arañó —bajó la mano sobre la pierna y señaló la cicatriz que le marcaba la pantorrilla por debajo del camisón—. Quería morderme, decía que yo era... mala... que me habían... convertido en algo malo y sucio y que él lo arreglaría.

Vestida con el camisón del hospital, con su propia chaqueta como todo abrigo y el pelo rojizo suelto sobre los hombros, tenía un aspecto tan frágil que todo lo que quería hacer era abrazarla y llevársela de ese lugar.

—Le mordí —murmuró en voz baja, casi avergonzada—. ¡No quería hacerlo! Pero... me hacía daño y... yo quería irme, no quería que me tocara y... lo siento... lo siento, lo siento...

La angustia en su voz lo llevó a abrazarla y resguardarla con su propio cuerpo.

—No quería que él me tocara, me hacía daño, no quería que se me acercara y le

mordí —gimió aferrándose a él—, pero no era yo, era ella, la loba con la que hacía tiempo que no jugaba conmigo porque nuestros padres no querían que la dejase salir.

Sacudió la cabeza y volvió a mirar los restos de la casa.

—Sé que fue real, que todo fue real y no producto de mi imaginación —insistió, entonces lo miró y había ansiedad en sus ojos—, pero no me creyeron, nadie me creyó, ni siquiera Leah.

Le acarició la mejilla, calmándola.

—Lo siento, cielo, lamento que hayas tenido que pasar por todo esto tú sola.

Sacudió la cabeza.

—Yo no prendí fuego a la casa —murmuró buscando su mirada—. Cuando nos dimos cuenta, ellos ya estaban dentro, no les vimos las caras, pero yo sabía que no eran simples ladrones. Los atacaron, Quinn y luego les prendieron fuego...

—Dawn...

—No fue solo la casa... ellos... mis padres... ellos... les prendieron fuego —su voz estaba teñida de dolor, de miedo y sobre todo rabia, una rabia roja, salvaje, con sello propio, el de su loba—. ¡Yo no inicié el fuego! ¡Fueron ellos! No quiero que vuelvan, no quiero que encuentren a Leah, no quiero que le hagan daño. Prometí a mis padres que la protegería, que no la encontrarían...

Escuchó la decisión en su voz y supo que lo haría, así fuese la última cosa que pudiese hacer, protegería a su hermana incluso de su propia naturaleza.

—Se suponía que, si no recordaba nuestra infancia, si no recordaba cómo jugar con su loba, como cuando éramos niñas, ellos no la encontrarían, nadie lo haría... pero él la encontró... —continuó, frunciendo el ceño, intentando asimilar sus propias palabras—. Supongo que no se puede escapar del destino. Todos tenemos un compañero, una mitad, eso decía mi madre y, antes o después, acabas encontrándolo. Tú me has encontrado a mí así que, supongo que eso no es tan malo.

Le apartó un mechón de pelo de la cara y disfrutó de tenerla cerca, de su aroma y esa dulzura en sus labios.

—No, Dawn, no es malo —le aseguró con ternura—. Odin no va a dejar que nadie se acerque a ella, nadie le hará daño. Leah es ahora miembro de nuestra manada, al igual que tú.

Sus ojos verde mar se encontraron con los suyos y pudo ver en ellos la necesidad, el deseo que le inspiraban sus palabras.

—¿Lo somos?

Le ahuecó el rostro con las manos y le acarició las mejillas con los pulgares.

—Sí, Dawn, ambas sois parte de nuestra manada, tú eres mi familia.

Se lamió los labios y asintió.

—Familia —musitó—. Gracias, Quinn.

Apoyó la frente contra la suya y aspiró su aroma. Ella era deliciosa y no podía esperar a tenerla por completo, a hacerla suya y que comprendiese cual era el lugar que iba a ocupar eternamente.

—No hay nada que agradecer, es el lugar al que perteneces —le aseguró—. Junto a mí.

Le envolvió con sus delgados brazos y se apretó contra él.

—Me gusta cómo hueles —murmuró mimosa—, y me gusta tu lobo, es divertido. Se rio.

—Me alegra que lo encuentres divertido, yo te encuentro a ti refrescante —le mordisqueó los labios—. Y, aunque me encantaría mostrarte exactamente cuánto ahora mismo, hay alguien que necesita desesperadamente ver que sigues de una pieza.

La vio arrugar la nariz, entonces sus ojos se ampliaron, ladeó la cabeza y se giró hacia el camino mostrando una suave y genuina sonrisa.

—Es Leah, está cerca, puedo sentirla.

Aquello lo llevó a enarcar una ceja y asentir.

—¿La sientes?

Se giró hacia él y asintió.

—Cuando éramos pequeñas, podíamos comunicarnos en secreto, pero después ella dejó de jugar con su loba y... —negó con la cabeza—. Ya no puedo hablarle, no me escucha, pero sé cuándo está cerca.

Sin duda un vínculo sorprendente, aunque, siendo hermanas, era explicable. Ambas conservaban todavía la conexión con sus lobas, aún si su naturaleza lupina estuviese algo más ahogada.

—Y cuando está cerca, también sé si está triste o preocupada —continuó y se soltó de su abrazo—. Últimamente, siempre parecía estar triste cuando venía, pero cuando vino ayer, parecía también enfadada y frustrada... No entiende lo que le pasa y yo tampoco.

Su gesto de ingenuidad lo derritió, en ciertos aspectos su pequeña compañera le recordaba a su hermano. Pensar en su gemelo lo entristeció un poco, le hubiese gustado que la hubiese conocido, tenía la impresión de que iba a gustarle mucho.

—¿Estás bien, Quinn? —le preguntó, tocándole voluntariamente el rostro—. Tus ojos... el brillo se ha extinguido durante un momento. Estás triste.

Negó con la cabeza y le besó los dedos.

—Estaba pensando en Christian —respondió—. En cómo me has recordado a él y lo mucho que le habrías gustado.

—¿Quién es Christian?

—Era mi hermano gemelo —murmuró con voz llana—. Lo mataron hace algo más de año y medio.

Asintió y posó la mano sobre su corazón.

—Tú también has perdido un trocito de ti —susurró acercándose más a él buscando consolarle—, por eso me entiendes.

Su pequeña lobita.

—Eres mi compañera —le revolvió el pelo—, es mi deber comprenderte.

Ladeó la cabeza como si barajase sus palabras.

—Supongo que, en ese caso, también será mi deber comprenderte a ti.

Dicho aquello, le sonrió, giró sobre las zapatillas que todavía llevaba y se quedó mirando hacia la carretera y el coche que ya entraba en la zona.

—¡Leah!

Odin apenas pudo detener el coche antes de que su compañera saltase del vehículo y se lanzase a los brazos de su hermana.

—Maldición, Dawn, ¿por qué te has ido sin mí?

CAPÍTULO 29

El tacón del zapato de una mujer podía convertirse en un arma de destrucción masiva. Leah estaba convencido de ello. De pie, delante de Dawn, escudaba a su hermana manteniéndola alejada del apuesto desconocido con quién la había encontrado.

Al verla allí de pie casi se le sale el corazón por la boca. Prácticamente había saltado del coche en marcha lanzándose para comprobar que estaba de una pieza y no le había pasado nada.

Vestida tan solo con un camisón, zapatillas, el pelo rojizo un tono más claro que el suyo suelto sobre los hombros y una americana que, obviamente pertenecía a ese hombre, debía tener una apariencia frágil, pero la sonrisa presente en sus labios, el color de sus mejillas y la asombrosa vivacidad en sus ojos decían una cosa muy distinta. La mujer que veía frente a ella, la que la había abrazado sin vacilar, no era ni la sombra de la que había dejado en su última visita en la clínica.

Y ese era el único motivo por el que no había emasculado todavía al desconocido que la acompañaba.

—¿Cómo has podido ser tan irresponsable? —la acusó todavía presa del nerviosismo y el miedo que había acusado a raíz de la noticia de su desaparición—. ¿Te das cuenta de lo preocupada que me has dejado? No puedes hacer estas cosas, Dawn.

—No quería quedarme allí más tiempo —replicó con una energía que la sorprendió—. Quinn vino y me fui con él. Esto es lo que quiero.

Jadeó y extendió la mano en una obvia respuesta.

—¿Quinn? ¡Ni siquiera le conoces!

Emitió un resoplido y se acercó más al hombre buscando obviamente una seguridad que no encontraba en ella.

—Es mi compañero, si hay alguien en quién confío es en él.

Eso fue una puñalada directa al corazón y, también, demasiado para ella. No se lo pensó dos veces, la cogió de la muñeca y tiró de ella, apartándola de su acompañante y escudándola, solo para empuñar el tacón del zapato que, en un alarde de absurdez, había guardado en el bolsillo de la chaqueta.

—Ni se te ocurra tocarla —lo previno—. ¿Quién eres y cómo has llegado a ella?

Antes de que el hombre pudiese decir algo, Dawn se inclinó sobre ella, apoyándose en su espalda y ladeó la cabeza.

—Es mi compañero —le informó con plácida sencillez—. Llegó a la clínica buscándote y...

—¿Cómo? —la interrumpió abruptamente—. ¿Cómo que buscándome...?

El aludido le dedicó una mirada que no pudo descifrar a Odin antes de girarse hacia ella.

—Temo que, si bien hemos hablado con anterioridad, no hemos tenido la oportunidad de coincidir en persona...

Esa voz... ¿Por qué le resultaba familiar?

—Un momento —parpadeó y miró a su hermana—. ¿Has dicho Quinn?

La chica asintió, la rodeó sin que pudiese hacer nada para detenerla y se acercó de nuevo al desconocido, quién no dudó en darle cobijo a su lado.

—Sí —aseguró apoyándose en él con una familiaridad que la escandalizaba—, y, como ya te he dicho, es mi compañero.

Si no creyese que era lo más absurdo del mundo, hubiese jurado que su hermana estaba orgullosa de proclamar aquellas palabras.

—No entiendo nada de lo que está pasando aquí —puso sus pensamientos en voz alta—. ¿Cómo puede ser... tu compañero? ¿Cuándo os conocisteis? ¿Dónde? Esto no tiene sentido. —Sacudió de nuevo la cabeza y se enfrentó ahora a él—. ¿Te das cuenta que ella está... enferma?

Dawn bufó y le pegó una patada al suelo.

—No estoy enferma, estoy bien, ¿por qué no puedes ver lo que vemos los demás?

—Dawn... —El aludido la rodeó con el brazo y la atrajo contra él, el ceño fruncido de su hermana se esfumó al momento.

—No estoy enferma, Quinn, no estoy loca —insistió y se giró hacia ella con una mirada que le dolió en lo más profundo. Dawn estaba decepcionada con ella, enfadada—. Sé lo que vi, pero tú no me crees... nunca me has creído...

Él se limitó a acariciarle el pelo a su hermana antes de girarse y mirarla a los ojos.

—Leah, puedo asegurarte que Dawn está perfectamente —le confirmó, pronunciando su nombre con una familiaridad que no compartía—. Es normal que esté algo desorientada y que tenga... momentos de confusión a raíz de lo que le ha pasado, pero es cuestión de tiempo que vuelva a ser ella misma. Solo necesita apoyo y comprensión, no...

Entrecerró los ojos sobre él, fulminándole con la mirada.

—No sé quién es usted, señor, pero no le beneficia en absoluto el hecho de que se haya llevado a mi hermana...

—Leah, guarda las garras —se adelantó Odin, impidiendo que siguiese hablando—. Le conoces, ya que has estado tratando con él todo lo referente a la venta del Rancho Omega. Es Quinn Reig, mi administrador.

Si la hubiesen abofeteado no podría haberse sorprendido más.

—¿Cómo? —se giró hacia él, entonces miró a Quinn y empezó a señalarlos a ambos—. ¿Tu administrador? Pero...

No podía dejar de mirar de uno a otro, de ver a Dawn cada vez más cerca de ese hombre, sencillamente, nada tenía sentido. Nada en absoluto.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —El recelo y la desconfianza fueron inmediatos, el corazón empezó a latirle más fuerte y sintió una inexplicable necesidad de tirar de Dawn hasta ella y escudarla de esos dos virtuales desconocidos. Después

de todo, ¿qué sabía exactamente de Odin? Solo habían pasado una noche juntos, no le conocía de nada—. ¿Esto es alguna clase de juego?

Odin suspiró, su mirada fija en ella, entonces sacudió la cabeza. Parecía decepcionado.

—Te diría que esto no es más que una absurda coincidencia, pero no me creerías.

—Tienes razón, no te creo —aseguró sin dejar de mirar a uno y a otro—. Y no soy persona que crea en las coincidencias, no de este tipo, así que dame una buena razón por la que no tenga que llamar ahora mismo a la policía y denunciaros a ambos por secuestro.

—Leah, nadie me ha secuestrado —rezongó su hermana. La chica dejó el lado del hombre y caminó hacia ella, enfrentándola con una fuerza en la mirada que le era extraña—. Estoy aquí por propia voluntad. Quinn apareció en el momento que más le necesitaba, es mi compañero, no puedo negarme a él y tampoco quiero hacerlo. ¿No lo ves? ¿No lo sientes? Tienes al tuyo justamente ahí.

Señaló a Odin y no pudo evitar sentirse atacada. No había motivo aparente para ello, pero esa mujer, esa intensidad, la ponían nerviosa. Podía reconocerla, la tenía delante, la había visto así de orgullosa en el pasado, pero ahora había algo más, algo que hacía que se le pusiese el vello de punta y quisiese gruñir.

Optó por seguir otra vía, necesitaba desenmascararlos, tenía que llegar al fondo de todo esto y mostrarle a Dawn quiénes eran en realidad.

—Dijo que llegaste buscándome —replicó mirando a Quinn con abierto recelo—. ¿Cómo llegaste a la clínica? ¿Quién te dijo que estaría allí?

El hombre no dudó en responder, estaba mucho más tranquilo, casi incluso aburrido mientras la miraba y vigilaba así mismo a su hermana. Era como si tuviese miedo de que, si la perdía de vista, desapareciese. Un sentimiento que podía muy bien compartir.

—Visité la inmobiliaria que posees en el Art District —le respondió—. Una de tus empleadas comentó que esa mañana habías salido a visitar a un familiar...

Frunció el ceño. Sí, eso tenía sentido, David le había avisado de que el señor Reig había pasado por allí buscándola y había dejado recado de que la llamase. Pero, ¿era en realidad este hombre? ¿Se trataba de una casualidad tal y como Odin sugería?

—Sí, mi socio me dio el aviso de que estabas interesado en ponerte en contacto conmigo —optó por tutearle, ya que él llevaba haciéndolo desde el principio—. ¿Qué era tan urgente como para que tuvieses que buscarme... con tanto ahínco?

El chico levantó el pulgar y señaló a Odin.

—En ese momento me urgía bastante dar contigo, ya que eras la última persona que había visto a mi jefe, aquí presente.

Frunció el ceño.

—¿Cómo? —Las cosas se estaban liando cada vez más.

—Es una larga historia —corroboró su acompañante, dando por terminado ese breve interrogatorio.

Pues ya podía ir empezando a desgranarla, porque nada de aquello tenía sentido alguno. Miró a uno y otro, dos hombres distintos, atractivos y con un magnetismo sexual demoledor. Eso ya de por sí era peligroso, si además le añadías toda la locura de las últimas horas, la cosa subía al nivel Expediente X.

No, aquello no era normal, todos sus instintos le decían que cogiese a Dawn y saliese corriendo, pero, dado que había venido con Odin, eso podía resultar un poco complicado. Además, su hermana no parecía demasiado dispuesta a irse con ella, si se acercaba un poco más a ese chico la engulliría. La cercanía entre ambos la ponía nerviosa.

—Leah, puedo asegurarte que Dawn ha estado protegida y vigilada en todo momento —le dijo él, como si le hubiese leído el pensamiento—. No ha salido de mi vista desde el momento en que decidió dejar voluntariamente ese lugar. Puedes estar tranquila, yo jamás le haría daño.

—El hecho de que no te conozca y que hayas secuestrado a mi hermana...

—Nadie me ha secuestrado, Leah —insistió ella.

—... no me inspira precisamente confianza o tranquilidad.

—Leah...

Sacudió la cabeza. No. Nada de eso tenía sentido. No se fiaba, no quería que su hermana estuviese cerca de ese hombre y así se lo hizo saber.

—Aléjate de él, ahora y ven aquí —ordenó, tendiéndole la mano. No estaría tranquila hasta que Dawn estuviese de nuevo a su lado—. No le conoces...

—Leah, estás sobreactuando —se inmiscuyó Odin, avanzando hacia ella—. No encontrarás un lugar más seguro para tu hermana que al lado de su compañero...

—No te metas —lo amenazó, su voz adquiriendo un borde afilado.

Estaba nerviosa, le picaba la piel y necesitaba... ¿qué coño necesitaba?

Sacudió la cabeza.

—Es mi hermana, mi responsabilidad y...

Un inesperado gruñido emergió de la garganta femenina interrumpiendo su discurso. Los dos hombres y ella misma se giraron hacia Dawn, pero la chica no estaba interesada en su defensa, algo en las viejas y quemadas ruinas había capturado completamente su atención.

—¿Eso ha...? —sacudió la cabeza y se llevó las manos a las caderas—. ¿Acabas de gruñir como un perro?

—Lobo —contestaron los dos hombres al mismo tiempo.

Quinn les dejó y caminó hacia ella, sus pasos lentos, silenciosos, al igual que su voz al hablarle.

—¿Dawn?

No se movió, parecía estática, su mirada fija en las ruinas, entonces apareció un gato por entre los matorrales y la previa tensión se diluyó al momento.

—Tranquila, dulzura, solo es un gato —escuchó musitar al chico—. Tu loba está todavía en la superficie, tendrás que aprender a controlarla de nuevo.

¿Su loba? ¿De qué mierda estaban hablando?

—No me siento bien —la escuchó a ella, quién daba un paso atrás y se giraba hacia el joven—, estoy nerviosa... me pica la piel... y hay un olor... No me gusta, Quinn.

Dicho aquello se frotó los brazos, dio media vuelta y se refugió en sus brazos como si aquel hubiese sido su lugar por siempre. Y, aunque pareciese una locura, la escena de ellos dos encajaba, era como si debiese ser así.

Sacudió la cabeza y miró a su alrededor, estremeciéndose a su vez al ser consciente, por primera vez desde que llegó, del lugar en el que se encontraban. Su mente había estado ocupada únicamente en encontrar a su hermana y había pasado por alto el significado de esas ruinas.

De todos los posibles lugares del mundo, este era el último al que deseaba volver, el último en el que quería ver a su hermana.

—¿Por qué? —se escuchó murmurar a sí misma—. ¿Por qué has venido aquí? ¿Es que no fue suficiente con una vez?

No pudo evitar que su voz trasluciese el dolor, la rabia y la desesperación que traía consigo ese lugar y los recuerdos.

Una fuerte y tranquilizadora mano se posó sobre su hombro, no necesitó girarse para saber que se trataba de Odin, ese hombre la encendía y calmaba con la misma facilidad que si tuviese un interruptor. Su mirada se encontró entonces con la de su hermana y vio la pérdida de brillo, el dolor y la vulnerabilidad que habían traído consigo sus palabras.

—Yo no tuve la culpa de lo que ocurrió, Leah —murmuró—. Te lo juro, yo no incendié la casa...

Su voz la atravesó como un dardo ardiendo, le picaron los ojos por las lágrimas que brotaron y se obligó a contenerlas al tiempo que sacudía la cabeza.

Sabía que no había sido ella, era imposible que lo hubiese sido pues la habían encontrado escondida en el lugar en el que solían pasar tiempo de niñas. Había sido un milagro que hubiese salido con vida de aquello.

—Te lo dije, os lo dije a todos —continuó sin darle opción a responder, a decirle que sabía que era inocente, que no era culpa suya, que todo había sido producto de un maldito robo y del jodido destino—. No fue un accidente, no se trató de un robo... venían a por nosotras, papá lo sabía y mamá también. Los atacaron... les hicieron daño y entonces, el fuego... ellos todavía estaban vivos cuando...

Cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza.

—¡Basta! —alzó la voz desesperada. No podía escucharlo, no otra vez—. ¡Deja de decir esas cosas! Nada de eso fue real. Todo fue... un maldito robo que salió mal...

Su hermana negó con la cabeza, sus ojos llenos de dolor y rabia.

—¡No es verdad! —estalló ella—. ¡Sé lo que vi, sé lo que eran! ¡Eran bestias salvajes! ¡Lobos carentes de honor o raciocinio! ¡Por amor de dios, intentaron

violarme! Le pegaron a mamá... acuchillaron a papá y los destrozaron... ¡Quemaron la casa mientras aún estaban vivos! ¡Yo los escuché gritar! ¿Lo entiendes? ¡Yo los escu...!

Una sonora bofetada reverberó en el aire, los dedos le dolieron al punto de darse cuenta de que había sido ella misma la que había levantado la mano. El horror la llenó al darse cuenta de su reacción, las lágrimas llenaban los ojos de su hermana y vidriaban su propia vista.

—Dawn yo...

Dios, ¿qué había hecho?

—Dawn, lo siento...

Su hermana dio un paso atrás cuando intentó tocarla y eso le partió el corazón.

—¿Por qué no quieres aceptar la verdad? —la acusó ella sin dejar de mirarla—. Sé lo que vi, ahora más que nunca sé que lo que vi es verdad. Todo ha cambiado, Leah, he vuelto a encontrarme, he recuperado a mi loba, Quinn me ha ayudado, él me ha guiado y...

No podía, no podía con aquello, no podía pasar otra vez por lo mismo, ya no le quedaban fuerzas.

—¡Basta! —estalló desesperada—. ¿Es que no puedes ver lo que tienes delante? ¿No ves dónde estás? Si no lo haces por ti, hazlo por ellos y respeta su memoria. ¡Basta de fantasías!

Estaba temblando, la rabia burbujeaba en sus venas, la hacía sentirse extraña, fuera de sí misma y eso la asustaba.

—¡Somos lobas! —clamó ella con la misma intensidad—. ¡Somos Daratriz! Masacraron a nuestros verdaderos padres, luego mataron a papá y a mamá destrozándolos y quemando nuestro hogar. Y nos hemos emparejado, tú misma tienes a tu compañero ahí mismo y ni siquiera le miras como deberías. Somos lobas, ¿por qué no lo ves? ¡Lo llevas en la sangre!

Las lágrimas descendieron por sus mejillas incapaz de evitarlas. Ella no había mejorado, esas alucinaciones, sus ilusiones y ahora la incluía a ella en todo eso, abriendo el horizonte de su imaginación. No, se había equivocado, Dawn no había mejorado, por el contrario, solo parecía haber empeorado.

—No puedo —musitó al tiempo que negaba con la cabeza—, ya no puedo con esto. Lo he intentado, Dawn, pero no puedo, no soy lo bastante fuerte para enfrentarme con esto y con tus fantasías.

Sus palabras la hirieron, pudo verlo en su mirada, en la manera en que retrocedió.

—¿Por qué la has abandonado? ¿Por qué has renunciado a lo que somos? —musitó Dawn, una silenciosa recriminación—. ¿Por qué no eres capaz de ver que digo la verdad?

—¡Porque todo esto es una fantasía y nada más! —clamó señalando la casa—. No hubo bestia alguna, ni lobos, ni perros, ni nada de eso. Fue un maldito robo con agresión, mamá y papá estaban en el lugar equivocado y en el momento equivocado,

el incendio... los asesinaron porque estaban en casa cuando entraron a robar, todo fue una maldita y horrible coincidencia con resultados funestos...

Ella negó con la cabeza, miró a su acompañante y finalmente buscó a Odin.

—Díselo tú, por favor, hazla entender. Eres su compañero, a ti tiene que creerte —suplicó haciendo que le doliese el corazón—. Eres el único al que...

—Dawn, ya es suficiente.

El aludido dio un paso hacia ella.

—Leah, déjala, ella...

—No —se quitó su mano de encima, se alejó de él a pesar de lo que, irracionalmente, le dolía hacerlo—. Tú no te metas. Es mi hermana, mi responsabilidad y vosotros... no sé qué diablos habéis hecho, pero espero que tengáis un buen abogado porque pienso denunciaros por secuestro y ya veremos si no se me ocurre algo más...

—¡Leah! ¡Nadie me ha secuestrado!

—Leah, estás sacando las cosas de contexto —intentó razonar Odin. Sus palabras calmadas, intentando dialogar.

—Dawn está enferma —insistió señalando a su hermana.

—¡Yo no estoy enferma! —gritó ella a su vez—. ¿Por qué no puedes ver la verdad? ¡No estoy enferma, ni loca! Maldita sea, Leah, tú eres la única que se niega a ver la realidad, tú eres la que está enferma.

Antes de que pudiese decir algo al respecto, la chica dio media vuelta y se internó en el sendero comido por la maleza que, tiempo atrás, había sido la acera que llevaba a la parte de atrás de la casa de su infancia, hacia el jardín.

—¡Dawn! —la llamó. ¿Cómo habían terminado así? ¿Cómo había sucedido todo esto?

—Dawn, vuelve aquí. —La voz de Quinn fue firme, dura e hizo que su hermana se detuviese en seco. Se giró hacia él y había lágrimas en sus ojos.

—No me cree, Quinn —musitó antes de dar media vuelta y alejarse a paso lento, alicaído—. Ella no me cree.

—Dawn...

No le permitió seguir, se interpuso entre él y su hermana y lo amenazó, sus ojos reflejando la rabia que bullía en sus venas.

—No te acerques a ella —lo frenó, interponiéndose en su camino—. Ya has hecho bastante daño. No sé qué mierda le has metido en la cabeza, porque sé que has sido tú, pero no vas a acercarte a ella.

Su gesto mudó, volviéndose crudo, peligroso e instintivamente, dio un paso atrás sintiéndose amenazada y deseando, al mismo tiempo, responder a esa amenaza. Le picaba la garganta, quería gruñirle, decirle que se metiese en sus propios asuntos.

—No eres nadie para interponerte entre mi compañera y yo —le dijo él con voz firme, fría y acerada—. Dawn ya no es tu responsabilidad. No debió haberlo sido nunca. Gracias a ti ha estado encerrada en ese maldito lugar, no tienes derecho alguno

sobre ella, no cuando deberías haber estado allí para cuidarla y lo que hiciste fue abandonarla...

—Quinn, basta —gruñó Odin.

El hombre se giró hacia él.

—Dile de una maldita vez quién y qué eres —respondió en el mismo tono acerado, uno que no parecía precisamente humano—, sácala de una vez de las mentiras en las que vive y que se enfrente a la realidad.

Entonces se volvió de nuevo a ella.

—Si vuelves a hacerle daño con tus palabras, te juro que me la llevaré y no volverás a verla.

Se erizó, todo en su interior protestó ante la amenaza y sintió la necesidad de gruñirle a su vez.

—No me amenes, capullo —le enfrentó—. Es mi hermana y tú has cometido un delito al sacarla de la clínica en la que estaba internada sin potestad para ello.

—¡Basta! Los dos. —Odin se interpuso entre ellos, escudándola con su cuerpo—. Déjala, Quinn, o no respondo.

El aludido gruñó y esta vez su compañero respondió en consonancia.

—Dawn es mi compañera —le recordó el joven—. No tienes potestad para decirme...

—Y Leah es la mía —aclaró Odin con un tono de voz que no admitía réplica—. La compañera de tu alfa. Le debes lealtad y respeto.

Se estremeció al escuchar su declaración, no sabía qué quería decir con tal declaración, pero el oscuro y brusco tono de su voz la hizo estremecer. No tenía tiempo para pactar con los hombres y sus desmesurados egos, así que optó por alejarse de ellos y seguir el camino que había tomado su hermana.

—Si vais a sacarla a ver quién mea más lejos, hacedlo lejos de Dawn y de mí.

Sin una palabra más, se perdió por el camino en pos de la única persona que le importaba lo suficiente como para hacer frente a su asco por los bichos.

CAPÍTULO 30

Hacía tiempo que no se acercaba a la propiedad, los recuerdos todavía la asaltaban cada vez que venía y eran demasiado dolorosos. No podía dejar de ver el humo, los bomberos refrigerando la estructura y a su hermana entubada y con quemaduras en el hospital. Su vida había cambiado por completo a partir de ese día. Dawn había enfermado entonces, el incendio se había llevado su cordura creando monstruos que no existían para justificar el horror que había vivido.

Serpenteó por el camino lleno de maleza casi agradecida de llevar zapatillas en vez de tacones, su memoria tiraba de ella llevándola en una única dirección. Casi podía verse a sí misma y a su adorada hermana jugando alrededor, ocultándose en su escondrijo y contándose toda clase de infantiles secretos.

—Siempre veníamos aquí cuando sentíamos que no nos comprendían, que necesitábamos estar juntas y sin nadie más alrededor, ¿lo recuerdas?

Levantó la mirada y se encontró con los ojos verde mar de la chica. Su antigua vivienda había estado cerca de una zona boscosa, con una amplia extensión de tierra y un jardín del que ambas habían disfrutado inmensamente.

—Sí, vagamente, pero lo recuerdo —aceptó. Era seis años menor que ella y había sido prácticamente una niña por aquel entonces.

Su hermana asintió y la miró.

—No quiero que nos peleemos, Leah.

Ella asintió.

—Yo tampoco quiero que lo hagamos —aseguró avanzando hacia ella—. Solo quiero lo mejor para ti, Dawny, pero... esto...

La chica levantó la mano pidiendo silencio, giró de un lado a otro mirando con intensidad los alrededores, ladeando la cabeza como si estuviese escuchando algo.

—¿Qué...?

—Hay algo ahí fuera —la interrumpió. Su mirada voló sobre los árboles y la maleza que rodeaba el lugar, la tensión en su cuerpo era evidente y, estúpidamente, la contagió a ella—. Creo que nos están vigilando.

Miró a su alrededor y agudizó el oído, pero no podía escuchar nada más allá de los típicos sonidos de las hojas bajo sus pies.

—¿Qué quieres decir? —frunció el ceño—. ¿Quién nos está vigilando?

Como si el lugar quisiese darle la respuesta, escuchó un claro crujido seguido de algo más. Sus sentidos despertaron al momento, un olor extraño apareció entonces de la nada, algo que reconocía pero que no podía situar. Su corazón empezó a latir más rápido al tiempo que un sudor frío le empapaba la piel, sus nervios se dispararon y ese temblor interior volvió a envolverla.

—Ese olor... —escuchó a su hermana.

Se giró hacia ella.

—¿Tú también lo notas? ¿Qué es?

No respondió, miró a su alrededor con una fijación que empezó a preocuparla.

—¿Dawn?

—Está aquí —murmuró ella, su voz mucho más gruesa, bordeada de un gruñido

—. Él está aquí... está aquí de nuevo, Leah, puedo sentirlo, puedo olerlo... ¡es él!

Miró a su alrededor, contagiándose del temor que escuchaba en la voz de su hermana. Sus sentidos agudizándose, los nervios accionando la adrenalina que empezaba a bombear a través de sus venas.

—¿Quién? ¿De quién estás hablando? —preguntó volviéndose de un lado a otro—. Dawn, ¿qué es? Yo no...

Se giró a mirar a su alrededor una vez más, pero no llegó a completar la vuelta pues su hermana la había cogido del brazo y la arrastraba al interior de la maleza, mirando frenéticamente alrededor.

—Ay dios, Dawn, por aquí no —gimió al ver las telas de araña, sentir el blando suelo bajo sus pies—, sabes que odio apasionadamente los bichos...

Ella no le escuchó, de hecho, tiró con más ímpetu.

—Está aquí. —Había verdadero terror en su voz, uno que la contagió al momento—. Está aquí, Leah. Date prisa, no puedes dejar que te vea, que sepa de ti. Le prometí a papá y mamá que te protegería... ¡Quinn! ¡Está aquí!

Recorrió los alrededores con la mirada, fijándose en cada centímetro del camino, gimiendo cuando algo la rozaba y alzando la mano libre para evitar ser golpeada por las ramas o comerse alguna tela de araña.

«Leah. No dejéis de moveros. Estamos detrás de vosotras».

La voz de Odin resonó en su cabeza, se giró para buscarle, pero todo lo que veía era maleza y árboles.

—¿Odin?

Un nuevo movimiento a su izquierda y el destello de algún objeto metálico hizo que naciese un gruñido del interior de su garganta y empujase hacia delante, lanzando a su hermana al suelo cuando el sonido de un disparo resonó en el silencioso bosque.

—La madre que... —jadeó lanzándose también al suelo.

—¿Eso ha sido un disparo? —jadeó Dawn.

—¿Qué mierda está pasando aquí? —siseó a su vez.

Su hermana se revolvió bajo, le echó las manos a la chaqueta y empezó a tirar de ella.

—Tenemos que correr, Leah, ¡corre! —la instó a ello, arrastrándola con una fuerza inusitada en alguien tan pequeño como la pelirroja.

Resbaló sobre el sucio suelo evitando caer por los pelos, las ramas se le prendían en el pelo, dándole tirones y azotándole el rostro en su alocada carrera hacia lo desconocido.

—Dawn... —jadeó—, ¿qué está pasando? ¿Por qué nos dis...?

Un sonoro aullido reverberó en el silencioso lugar, los pájaros que solían anidar en las copas de los árboles levantaron el vuelo aterrados cuando un nuevo sonido acompañó al primero. Se detuvo de golpe, soltándose de su mano y perdiendo a su hermana durante unos segundos cuando un borron de pelo negro salió de la nada y la lanzó contra el suelo con tal fuerza que le arrancó la respiración.

—Jesús —jadeó, mirando frenéticamente a su alrededor, buscando la fuente de ese impulso—. ¿Qué...?

Las palabras murieron en su boca cuando se encontró frente a un animal colosal, con el pelo erizado, las fauces abiertas y unos peligrosos y malignos ojos dorados sobre ella.

—Oh, joder, joder, joder... —jadeó incapaz de hacer otra cosa—. ¡Dawn, corre! ¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!

Empezó a reptar hacia atrás, luchando por levantarse sin poder evitar que el miedo les diese alas a sus pies y le arrancase el aire. Tenía que distraer a el enorme can negro, tenía que hacer lo posible para darle ventaja a su hermana y que huyese de allí.

—Mira que eres feo —se encontró diciéndole al perro—, feo y baboso.

Le ardían los pulmones por la previa carrera y el corazón le tronaba en los oídos.

—Perro, malo, vuelve a casa... vamos... yo no te resultará sabrosa, te lo juro...

El animal bajó la cabeza, gruñó y empezó a acortar la distancia con ella.

—¡No la toques, pedazo de mierda!

El grito femenino la llevó a desplazar la mirada del can a la mujer que corría ahora en su dirección, con la furia en los ojos y los dientes apretados antes de lanzarse como una loca sobre el animal.

—¡No!

El grito se congeló en su garganta y el aire abandonó sus pulmones cuando, delante de sus propios ojos, la mujer se disolvió, la ropa que llevaba cayó al suelo y al parpadeo siguiente un lobo color canela rojizo se lanzó con las fauces abiertas sobre el perro negro enzarzándose en una desesperada pelea de gruñidos, mordiscos y alaridos.

Sacudió la cabeza incapaz de procesar lo que había visto, jadeando incapaz de reaccionar a la cruda pelea que se saldó con un alarido del animal más pequeño cuando el perro negro lo agarró por una pata y tiró de él para sacárselo de encima.

—No, no, no, no...

El alarido de la hembra color canela resonó en su interior haciendo que su corazón sangrase y una rabia ciega y roja se elevase en su interior, haciendo que le doliese la garganta y los dientes.

—¡Déjala!

Sin pensar en lo que hacía, se levantó, buscó a su alrededor y cogió un palo para luego abalanzarse sobre el animal y enarbolar la improvisada arma como si fuese un bate de béisbol para golpearle con saña en la cabeza. El animal no se inmutó, se

limitó a abandonar su gimoteante presa y se giró como un rayo hacia ella, sus dientes ahora manchados de sangre, la saliva goteando de las fauces mientras cargaba hacia ella como un tanque.

Levantó su improvisada arma dispuesta a darle un nuevo bateo cuando un borrón de pelo blanco atravesó la zona como una exhalación, derribándola y lanzándose sobre la bestia negra con una saña que la dejó temblando. Y no era el único, otro animal apareció como un rayo, golpeando a la bestia, lanzándole con la fuerza conjunta hacia el interior del bosque dónde todo lo que podía escuchar eran los gruñidos y alaridos de los contrincantes.

Un suave gemido atrajo su atención al lugar dónde había caído la hembra color canela, pero allí ya no estaba el perro, lobo o lo que fuese, en su lugar yacía su hermana, desmadejada, quejándose, desnuda, llena de arañazos y con una horrible herida en el muslo.

—Dawn...

«Leah, coge a Dawn y vete».

La cruda voz volvió a resonar en su cabeza, miró a su alrededor, pero no vio a nadie. ¿Dónde estaba?

—¿Odin? ¡Odin!

«Dawn, Leah. Ella te necesita».

La fuerte orden venía con una compulsión que hizo que se levantase de golpe y corriese hacia su hermana. Tropezó con sus propios pies, cayó y se volvió a levantar hasta quedar a su lado, mirando horrorizada la viciosa herida y toda la sangre que le manchaba ahora las piernas.

—Oh dios mío, oh dios mío, oh dios mío...

Se quitó de inmediato la chaqueta y cubrió a su hermana con ella antes de respirar profundamente en busca de fuerza y recuperar el camisón y usarlo para envolverle el muslo herido.

—Ay dios mío —gimió, le temblaban las manos y no sabía qué hacer—. Ay dios, ay dios, ay dios... no se te ocurra morirte sobre mí, ¿me has oído? ¡Ni lo intentes!

Ella gimió, su pequeña mano de dedos delgados y frágiles se posó sobre la suya llamando su atención. Dios, estaba delgada, tan delgada, ¿cómo no se había dado cuenta antes de ello?

—Es él, Leah —la escuchó a través de los dientes apretados—. Reconocí su olor. Estaba allí la noche en que murieron papá y mamá... él estaba allí.

Un nuevo aullido penetró en el bosque, a lo lejos el sonido de la pelea continuaba y hacía que se estremeciera de terror. Cada vez le dolía más la garganta, sentía cómo se ahogaba y necesitaba hacer algo, pero, ¿qué?

—Leah... me duele...

Las palabras de Dawn la devolvieron a la realidad, bajó la mirada y empezó a tomar las decisiones de manera metódica, una tras otra, comprobando que no tenía nada roto y que la única herida grave a la vista era el desgarrón en su muslo.

—Tenemos que volver al coche... —miró a su alrededor y sintió cómo crecía el temor al darse cuenta de que no tenía la menor idea dónde estaban, todo le parecía igual—. Tenemos que salir de aquí.

«¡Leah! ¡Marchaos!».

De nuevo ese grito en su cabeza.

—¡No me grites! ¡Ni siquiera sé cómo salir de aquí! —le envolvió la cintura con el brazo y tiró de Dawn para levantarla, el avanzar se convirtió en todo un desafío—. Dios mío, ni siquiera sé lo que estoy haciendo.

«*Cálmate. Savage va hacia vosotras*».

—¿Savage? ¿Quién diablos es Savage?

—Quinn dice que es una amiga —murmuró su hermana, apoyándose en ella para caminar—. Tenemos que volver al coche. Él sigue ahí fuera y es peligroso.

Miró a la chica.

—¿Quién? ¿Qué demonios está pasando aquí? —la miró a los ojos y sacudió la cabeza al recordar lo que había visto—. Ay, Dawn, ahora soy yo la que tiene alucinaciones. Te vi... y entonces... ya no eras tú... había un perro...

—Loba, cariño —le sonrió su hermana—. Tú también puedes hacerlo.

Sacudió la cabeza.

—Esto no es real, Dawny, nada de esto es real.

La miró con palpable ironía.

—Pues la pierna me duele lo bastante como para pensar en que sí lo es...

Un inesperado sonido a su derecha, hizo que cogiese el cuerpo de su hermana y lo pusiese tras ella, su mirada agudizada buscando de un lado a otro, su garganta rompiéndose en un bajo gruñido que la irritó tanto como asustó.

¿Acababa de gruñir como un perro? *Ay dios, me estoy volviendo loca.*

—¡Seas quién seas, estoy armada y soy peligrosa!

Tan pronto salieron esas palabras de su mente quiso pegarse una torta. ¿Acababa de decir lo que acababa de decir?

—Me alegra saberlo —declaró una voz femenina antes de dar paso a una preciosa mujer, vestida de cuero, que traía un rifle listo para disparar—. Vosotras debéis ser Leah y Dawn. Soy Savage.

—Un placer conocerte —la saludó su hermana—. Yo soy Dawn y ella es mi hermana. ¿Dónde está Quinn?

—Diría que zurrándole el culo al capullo que se atrevió a hacerte eso —declaró la mujer al tiempo que caminaba hacia ellas y se hacía cargo de coger a su hermana—. Se va a poner frenético cuando vea lo que te han hecho.

Leah parpadeó, ajena a toda aquella conversación irracional. No podía pensar, apenas sí podía respirar.

—Esto no está pasando, esto no es normal, esto...

«¡*Cálmate! Tienes que salir de aquí. Ve con Savage y mete el puto culo en el coche. ¡Ahora!*».

La sacudida de la voz masculina y grave en su cabeza la hizo gemir, se llevó las manos a las sienes y apretó al tiempo que negaba.

—Deja de gritarme, sal de ahí —gimoteó apartándose de las mujeres—. ¿Quién te crees que eres para hablarme de esa manera? ¡Capullo!

La mujer chasqueó la lengua.

—Algunas veces son como jodidas migrañas, ¿eh? —comentó—. Vamos, se le pasará el síndrome premenstrual cuando estés a salvo.

No le quedó más remedio que seguirla cuando empezó a desaparecer entre la maleza, pues se llevaba a su hermana con ella.

Los sonidos del bosque la sobresaltaban, los aullidos y gruñidos se hacían cada vez más lejanos, pero ella podía sentirlos en su interior, azotándola sin descanso, notando la rabia y la furia que corría por sus venas... pero no, no eran sus venas, era algo más. Las ramas la golpearon un par de veces y le arañaron los brazos. Tenía las manos manchadas de sangre, la blusa se había roto en un par de lugares y estaba manchada al igual que sus piernas, solo las estúpidas zapatillas con estrellitas parecían impolutas, burlándose de ella.

—Coge el botiquín —le pidió Savage nada más llegaron al coche—. Está en el maletero, en la parte de la derecha.

Se movió casi mecánicamente, cogiendo el material y volviendo al lado de su hermana, quién estaba medio tendida en el asiento de atrás. Se lo entregó a la mujer y subió al asiento de delante, echando el cierre y mirando a su alrededor como si fuese incapaz de pensar en nada.

—Esto es una pesadilla, estoy viviendo una pesadilla —murmuró para sí—, una enorme y horrible pesadilla.

—Leah...

—Nada de esto ha sucedido —continuó, ignorando la presencia de sus compañeras—, no es más que producto de mi imaginación y el estrés.

—Hermanita... —escuchó fugazmente la voz de Dawn—. Lo que has visto es real, ¿no te das cuenta, Leah? Siempre ha sido real.

—¡No! —declaró con un grito inesperado. Entonces se sentó derecha, respiró profundamente y cogió el teléfono que se había caído del bolso—. Nada de esto es real.

Marcó casi sin pensar, se lo llevó a la oreja y esperó.

—Sí. Páseme con el doctor Lorenzo, es una emergencia —pidió y esperó a que el hombre se pusiese al teléfono.

—Leah, no pienso volver... —rezongó su hermana.

—Odin va a montar un pollo como sigas con esa actitud, cariño —el extraño acento le indicó que esta vez no era su hermana la que hablaba.

—¿Doctor Lorenzo? Sí, soy Leah. He encontrado a Dawn, está bien, bueno, está herida, aunque no sé si la herida es real, en realidad no sé si nada de lo que estoy viendo es real —declaró convencida—. Necesito que me prepare una habitación al

lado de la de mi hermana. Creo que necesito que me haga un examen psicológico porque estoy viendo cosas que no deberían existir y...

—Mejor me quedo con esto.

Jadeó al ver cómo Savage le quitaba el teléfono de las manos, lo apagaba y se lo introducía en el bolsillo del pantalón.

—Leah, yo no pienso volver ahí y tú tampoco puedes...

—¿Me has quitado mi teléfono?

La mujer se limitó a sonreír de medio lado mientras atendía a su hermana.

—Sin duda vas a ser una polvorilla para Odin.

Entrecerró los ojos y extendió la mano.

—Devuélvemelo.

—Claro, cuando tu compañero esté de vuelta y pueda explicarte por qué no es una buena idea llamar a una clínica de salud mental para pedir una habitación —replicó con visible sarcasmo.

—No es mi...

Un agónico aullido reverberó a través del lugar haciendo que se sobresaltase, quitase el seguro al momento y bajase del coche con el corazón latiéndole a mil por hora.

—¿Qué ha sido eso?

La respuesta no se hizo esperar.

—El final de la amenaza —murmuró la mujer en voz baja y fría. Terminó de atender a Dawn y la ayudó a colocarse en el asiento para luego rodear el coche y mirarla—. Sube, lobita.

Enarcó una ceja y la miró.

—No pienso irme de aquí hasta que ese imbécil que me trajo aparezca.

La mujer sonrió abiertamente.

—Sí, bueno, verás, ese imbécil me está taladrando el cerebro dándome órdenes como un general para que saque tu fino culo de este lugar y te ponga a ti y a la chica de Quinn a salvo —declaró—. Así que, si subes al coche...

—No pienso...

—Leah, sube —la llamó su hermana.

—Mira, tesoro, puedo suponer lo que esto resulta para ti, pero tu hermana necesita atención médica, esos desgarros necesitan puntos...

Aquello la sacudió. La sangre, la carne desgarrada, el estómago se le contrajo y antes de poder evitarlo estaba doblada sobre sí misma, vomitando.

—Fantástico —resopló Savage. Cerró la puerta y fue hacia ella, recogéndole el pelo, apartándoselo de la cara—. Respira, chica, respira...

—Esto no está pasando, esto... esto no es real...

Y, solo para reforzar su irrealidad, el borrón de pelo marrón apareció entre la maleza, la sangre manchando su hocico y pelaje. La forma de un bonito y enorme lobo mutó para convertirse en un desaliñado y ensangrentado Quinn, cuya mirada

fiera y rabiosa la llevó a retroceder, escapando de las tranquilizadoras manos de Savage.

—Quinn, cuidado... —El aviso provino de la mujer a su lado.

Lo vio detenerse, contener su rabia y odio el cual parecía directamente dirigido a ella y tomó una profunda respiración antes de volverse hacia el coche con gesto preocupado.

—¿Estás bien, pequeña?

—Me duele.

—Lo sé, pelirroja, lo sé —le acarició el rostro con dulzura—. Pero no durará mucho, te atenderán tan pronto lleguemos al Imperian Las Vegas.

Aquello hizo que diese un paso hacia delante, hacia ellos.

—No, tienes que llevarla a un hospital, ella...

Se quedó sin palabras al ver la mirada que le dedicó el hombre.

—No tientes a la suerte, dama alfa, no estás en posición de emitir una sola queja —siseó y señaló el coche—. Esto es culpa tuya.

El golpe fue frontal y directo.

—Yo no...

—Quinn, Leah no tiene la culpa —lo censuró su hermana—. Ella me dijo que corriese, pero no podía dejarla, no recuerda a su loba, no puede defenderse...

El hombre maldijo, se volvió a su compañera, la besó en los labios con una pasión que la hizo sonrojarse y sentirse como un *voyeur* y luego la miró a ella.

—Sube al maldito coche antes de que decida perder el respeto a mi alfa y haga lo que no ha hecho él todavía.

Dicho aquello, abrió por completo la puerta del copiloto y esperó a que ella subiese.

—No me voy a mover de aquí hasta que venga Odin —replicó luchando con las lágrimas que le atenazaban la garganta, pero se las arregló para levantar la barbilla con gesto desafiante—. Puedes irte al infierno, si no te gusta mi respuesta.

«*Ve con Quinn, Leah. Me reuniré contigo tan pronto pueda*».

La voz atravesó de nuevo su cabeza con fuerza, provocándole un estremecimiento.

—No quiero —murmuró en respuesta—. Solo quiero volver a casa, meterme en la cama y despertarme mañana para descubrir que nada de esto es real. Ay dios, *Mr. Boots*, le he dejado solo toda la mañana, no puedo ir, Odin... él me necesita, está herido...

«*Ve. Con. Quinn*».

Firme, metódico e imposible decirle que no. Antes de que se diese cuenta estaba sentada en el asiento de copiloto del coche y con el cinturón puesto. Sus ojos se habían llenado de lágrimas y se derramaban por sus mejillas.

CAPÍTULO 31

Odin estaba furioso. La reciente muerte de ese malnacido no lo había aplacado.

¿Cómo podían haber pasado por alto su presencia? ¿Cómo no lo había sentido, olido o detectado?

Las hembras habían estado en peligro, esa escoria había ido a por Leah y su hermana. Dawn había detectado su presencia, había reconocido su olor y había dado la voz de alarma. Ese desgraciado se había jactado de ello, lo había hecho peligrosamente consciente de que ahí fuera había alguien dispuesto a llevarse por delante a los suyos como parte de una absurda venganza.

No sabía quién era, ni siquiera recordaba haberlo visto antes de esa noche, pero el viejo loco era lo suficiente despiadado como para vengarse completamente. No le había gustado perder, se lo había dejado muy claro, así como el que esta no sería la única incursión.

Él había sido la bestia viciosa que lo había atacado a traición, metiéndose en una pelea justa y desequilibrándola.

Olía a odio, a traición y maldad, casi juraría que había disfrutado con la tortura; su bestia se había vuelto loca.

Levantó la mirada y encontró a Quinn paseándose de un lado a otro. Estaba desquiciado, había estado desatado al sentir el miedo y el dolor de su compañera y ni siquiera había podido detenerlo. El lobo había querido sangre y no pudo hacer otra cosa que dársela.

Un lobo que encontraba a su pareja y no se vinculaba era inestable, su primer impulso sería para con su hembra, defenderla estaba en sus genes. Solo esperaba que ella fuese suficiente para domarlo y calmar a la bestia que vivía en el interior de su beta o las cosas se pondrían feas.

—Cálmate, enfureciéndote y perdiendo los papeles no va a hacer que se recupere antes —le habló con firmeza, recordándole su jerarquía. Necesitaba mantenerlo estable y centrado—. La amenaza se ha neutralizado...

—¿Lo ha hecho? ¿Durante cuánto tiempo? —gruñó, sus ojos reflejando al lobo—. Le has oído, esto es solo el comienzo.

—Motivo por el cual debemos buscar a los supervivientes y mantenerlos a salvo —declaró con frialdad—. Y averiguar quién diablos está detrás de todo esto.

—Sea quien sea lo va a pagar muy caro —siseó sin dejar de moverse de un lado a otro, estaba nervioso y no podía estarse quieto—. Lo que le he hecho a Dawn... No solo ahora, lo que le han hecho a lo largo de su vida...

El odio en su voz lo preocupó. Había visto una reacción así en él solo una vez y había sido con su hermano y la mujer que él pensaba lo había traicionado, una a la que había despreciado e insultado solo para darse cuenta más tarde de que era

inocente. Hoy en día, esa mujer era la compañera del alfa de Manhattan y Quinn había tenido la oportunidad de disculparse adecuadamente.

—Dawn no ha sido la única que ha sufrido...

Sus ojos se encontraron con los de él y vio el desafío pugnando por salir, la bestia presente bajo su piel.

—Ella ha sido la única que ha estado ingresada en una clínica de salud mental, la única que fue tomada por loca por decir una verdad que su hermana no quería comprender —siseó con rabia—. Si no la hubiese encontrado...

—Pero lo has hecho —lo atajó con firmeza—, y eso le ha supuesto una nueva oportunidad para recordar quién es, para hacerlo al lado de alguien que la protegerá cueste lo que cueste, pero eso no es suficiente para acusar a otra persona por llevar una vida distinta. Tú mejor que nadie deberías saber eso, pues lo has vivido de primera mano.

La acusación obró el efecto deseado, acusó el golpe y abrió la boca solo para volver a cerrarla.

—¿Ahora vas a psicoanalizarme? —chasqueó, mirándolo de reojo. Si bien seguía furioso, su mente todavía estaba en su sitio.

—Ni se me ocurriría —declaró con un ligero encogimiento de hombros—, pero nunca está de más recordarnos a nosotros mismos que somos dueños de nuestras elecciones y por lo mismo, los únicos responsables de las mismas.

Bufó, pero a juzgar por la forma en que desvió la mirada lo había entendido.

—Bien, entonces no tendrás problema en poner en práctica tus propias palabras y poner en vereda a esa dama alfa.

Enarcó una ceja.

—¿Dama alfa?

—Es casi tan irreverente, insultante e irreflexiva que tú —le soltó hastiado—, y se niega a aceptar que lo que ha visto con sus propios ojos es real y no producto de su imaginación. Que sepas que Savage le ha requisado el teléfono. Estaba empeñada en conseguir una *suite* en el mismo hotel que ha estado Dawn.

Puso los ojos en blanco. Eso era algo que ya sabía, se lo había comunicado la rastreadora nada más llegar, así como el hecho de que su compañera se había encerrado en una habitación después de asegurarse que su hermana estaría bien atendida.

Si estuviese en forma lupina, andaría por ahí arrastrando la cola.

—Esa pequeña y salvaje hembra necesita saber en dónde se ha metido y, más importante si cabe, quién es en realidad.

Una misión que podía catalogarse como imposible, visto lo visto.

La puerta de la habitación se abrió y emergió el doctor Cassidy con la bolsa médica al hombro. Su mirada se cruzó al momento con la de su beta, señalándole la puerta con un gesto de la barbilla.

—Ve con ella y convéncela de que tiene que quedarse en la cama, descansar y

tomarse la medicación —le informó con el mismo desinterés que mostraba siempre por todo—. Con el antibiótico y reposo, estará bien en poco tiempo. Es una chica fuerte.

Dedicándole una última mirada, Quinn palmeó el hombro del médico y se marchó cerrando la puerta tras él.

—Bien, ahora te toca a ti.

El médico señaló el pasillo en una obvia invitación a seguirle lo que lo llevó a levantar las manos solo para hacer una mueca.

—Yo estoy bien —declaró con un mohín—, además, tengo una reunión pendiente.

No se dejó intimidar, el lobo solía atender a toda su región y estaba más que acostumbrado a pactar con su gente.

—Sí, eso dicen también los pacientes que llegan a mi mesa de operaciones con varias costillas rotas y sin el bazo —le soltó y repitió el gesto—. ¿Vienes por tu cuenta o te llevo como a un cachorro díscolo de la oreja? Los demás pueden esperar a que sigas respirando.

Emitió un bajo bufido y sacudió la cabeza.

—Soy demasiado mayor para que me sientes en tus rodillas y me sueltes el sermón...

Bufó, se recolocó la bolsa e hizo un gesto con la mano.

—En ese caso, abre el camino, Odin.

Si había gente que no aceptaba un no por respuesta, era ese maldito médico.

—Míralo de este modo, lobito, cuanto antes acabe contigo, antes podrás asistir a tu reunión y antes volverás con esa hembra tuya.

En ese momento y tal y como estaban las cosas, no sabía si eso era un premio o un castigo.

Lo que había comenzado con la reunión de algunos de los alfas o emisarios de los diferentes territorios para celebrar la inauguración de su nuevo hotel casino, se había convertido en una mesa de guerra dónde cada uno de los presentes exponía su visión de los hechos. El repentino e injustificado ataque que había sufrido dos días atrás, no había hecho más que confirmar las sospechas que habían dado comienzo seis meses atrás en el territorio del alfa de Nebraska. El ataque sobre Mikel Santana, el alfa de Texas y Cleo, la compañera de Jeremy, había destapado un complot del que nadie había sabido nada hasta ese momento. Una venganza injustificada que ponía a los hombres de los distintos territorios lupinos de Norteamérica en serio peligro, especialmente, a aquellos que habían tomado parte, de algún modo, en la noche dónde casi toda una manada había sido erradicada.

—Esto empieza a volverse realmente preocupante —comentó Jonah en ese acento *cajun* que caracterizaba al alfa de Luisiana—. Los ataques que sufrieron Santana y la

compañera de Jeremy no fueron algo aislado, los recientes sucesos así lo demuestran.

—No —aceptó suspirando con irritación—. Esos hijos de puta estaban esperando su oportunidad escondidos en las inmediaciones del hotel.

—¿Podrían estar al tanto de la reunión de varios jefes de la región por la inauguración?

Frunció el ceño. Eso era algo en lo que había pensado.

—De ser así, alguien tendría que haberles informado desde dentro —comentó Quinn, quién se había quedado al otro lado de la sala, apoyado en la pared y de brazos cruzados. El joven mantenía las distancias por una sencilla razón, todavía no se había vinculado con su compañera, lo que lo hacía ligeramente inestable. Hasta que la reclamase, marcándola, no estaría tranquilo—. Quiero decir, no era un evento exclusivo de nuestra raza, Odin tiene socios humanos que fueron invitados...

—¿Y no podría tratarse tan solo de una maldita casualidad? —preguntó Brian, el más joven de los jefes de región presentes—. ¿Y si estaban aquí por Leah? ¿Y si la buscaban a ella?

La atención se centró sobre el joven *playboy*.

—Tiene sentido —añadió Savage, corroborando las palabras de su alfa—. Los lobos que atacaron a Santana y a Cleo eran miembros supervivientes de los Daratraz a los que se les había lavado el cerebro.

—¿Piensas que la chica estaba haciendo de cebo? —preguntó Santana, quién había permanecido callado hasta el momento.

¿Leah? ¿De cebo? La sola idea de que estuviesen acusando a su compañera de algo como aquello lo llevó a gruñir.

—No —se adelantó Quinn y extendió la mano hacia Odin—. Abajo, lobo. Ella ni siquiera sabía, hasta hace cosa de unas horas, que existía nuestra raza. Tanto Dawn como ella, han vivido ajenas a todo esto, es imposible que trabaje para quien quiera que esté detrás de esto.

Hubo un coro de gruñidos y asentimientos.

Por no añadir, pensó Odin, que Leah no era consciente de que ella misma era una loba, no quería aceptar aquella posibilidad.

—¿Cómo se encuentran vuestras compañeras? —preguntó Jim, el segundo de Jeremy, que se había reunido con él esa misma mañana.

—Sobrepasadas por todo esto —respondió sin poder evitar gruñir al recordar lo que había ocurrido—. Sebastian ha atendido a Dawn, la pequeña loba se lanzó a defender a su hermana y la hirieron.

Ahora fue el turno de Quinn de gruñir.

—Ha tenido que darle una buena cantidad de puntos para cerrar la herida, pero se pondrá bien —masculló el chico—. Ese cabrón hijo de puta iba a matarla, a matarlas a ambas...

—Tranquilo —ordenó, su voz fuerte, estable, pero sin alzar la voz—. Ya no podrá hacer nada nunca más.

—Maldito cabrón hijo de puta —siseó Brian.

—Me da asco pensar que pueda pertenecer a nuestra raza —masculló Jim.

—¿Cómo está tu compañera, Odin? —Jeremy había estado rastreando a los cuatro supervivientes del clan sin más éxito que alguna posible pista.

—Sus heridas son superficiales, pero está en *shock* —declaró. Intentó relajarse, necesitaba calmarse para poder pensar con raciocinio. Si se dejaba llevar por las emociones, no podría ayudar a Leah—. Al contrario que su hermana, ignora completamente quién y qué es.

—¿Cómo es posible que no sea consciente de su naturaleza lupina? —preguntó Jonah—. Es una loba.

Quinn retomó la explicación y les ofreció la información que le había transmitido su chica.

—Según sé, ambas fueron adoptadas de niñas después de la muerte de sus padres, por una hermana de su madre que se casó con uno de los nuestros. Se las trajeron aquí, dónde fueron criadas para mantener una apariencia humana, evitando así que su naturaleza pudiese delatarlas. Dawn le lleva seis años, de las dos hermanas es la única que se había mantenido cerca de su loba, implicada en su manada de nacimiento y estuvo presente la noche de la masacre.

Las palabras del chico atrajeron la atención de todos los presentes, incluida la propia.

—¿Sabe lo que pasó? ¿Podría arrojar algo de luz a lo ocurrido?

Negó con la cabeza.

—No lo creo —negó Quinn—. Ni siquiera sabe cómo empezó todo, solo que de repente todo estaba en llamas, la gente gritaba y corría por doquier. Muerte, caos... lo que ya sabemos.

Hubo varios sonidos de asentimiento.

—¿Y su familia adoptiva? —se interesó Jeremy.

—Asesinada —negó con la cabeza—. Mi compañera estaba presente, vio cómo se desarrollaron las cosas... esa noche asesinaron a sus padres y les prendieron fuego cuando aún estaban con vida.

Siseos, abruptos gruñidos, todos los presentes estaban conmocionados y rabiosos por lo ocurrido.

—No fue un ataque al azar, las buscaban a ellas, a las supervivientes —gruñó—, y se encargaron de que no quedase rastro alguno que pudiese delatarles en sus planes.

Había cierto tono de rencor en la voz masculina, una emoción que compartía, pues sabía que, si Leah no hubiese estado fuera esa noche, las cosas quizá habrían terminado de manera muy distinta. Su lobo gruñó en respuesta, en abierto desafío, no permitiría que nadie tocara a su mujer.

—Bueno, eso nos deja entonces con dos supervivientes a los que todavía hay que encontrar —comentó Savage rompiendo la tensión—, y un grupo de posibles lunáticos a los que dar caza. Has dicho que la noche en que te atacaron, había varios

de motoristas con armas.

Asintió volviéndose hacia la mujer.

—Tres humanos armados, uno de ellos con una puntería lo bastante certera para meterme dos balas y lo bastante mala como para no causar un daño importante —resopló, intentando quitarle hierro al asunto—, pero no eran los únicos. Tienen un rastreador, uno jodidamente bueno. No podía quitármelo de encima, de hecho, a él le debo tanto el resto de las heridas como el haberme permitido unos instantes de asueto para escapar, después de que ese otro cabrón apareciese de la nada y me atacase por la espalda. No pareció gustarle demasiado que nos interrumpieran.

—¡Hijo de puta sin honor!

—¿Entonces hay un lobo ahí fuera, un rastreador, que podría saber de qué va todo esto? ¿El artífice, quizá?

Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

—No lo creo —negó intentando rescatar algo útil de sus vapuleados recuerdos—. Al contrario que los demás, era callado, no se jactaba y su forma de pelear... era un soldado, uno que conocía el viejo código entre lobos.

—Eso hace un total de tres capullos a los que perseguir, patear el culo y reducir a cenizas —declaró Savage con un bajo gruñido lobuno.

—Intenta obtener primero algunas respuestas, vale, ¿amor? —le soltó Brian, mirando a su beta con gesto irónico—. Ya sabes, pregunta antes y luego acuchilla si quieres.

—¿Me estás dando permiso, cachorrito?

Su respuesta fue levantar el dedo corazón y agitarlo en el aire.

—Y después de esta muestra de amor pasional —repuso Santana—, me queda una duda. ¿Quién está detrás de estas escaramuzas? ¿Ese soldado que has mencionado? ¿Un lobo? ¿Un humano? ¿Una rata de alcantarilla?

Odin sacudió la cabeza.

—No estoy seguro, pero, a juzgar por las palabras y la jactancia de ese cabrón que atacó a nuestras hembras, esta vez vino exclusivamente a por mí —aseguró.

Quinn asintió ante su razonamiento y añadió.

—Pero tal y como dijo Odin, su manera de actuar, de moverse, son las de un soldado y como tal, alguien ha tenido que darle órdenes —comentó—, si volvió por venganza para atacar a Odin, habría salido a la luz mucho antes. El cabrón ha sabido mantenerse oculto e indetectable.

Y eso era algo que había cabreado y mucho a los dos lobos y a Savage. La rastreadora había estado verdaderamente cabreada al haber sido burlada.

—Ese hijo de puta era como una sombra —asintió ella—. No conseguí detectarle hasta que estuvo realmente cerca...

—Me preocupa realmente lo que puede pasar a partir de ahora —comentó Jonah con voz seria—. Ahí fuera hay alguien que está dispuesto a atacarnos, en cualquier momento y sin avisar y no tenemos la menor idea de quién es o cuál es la motivación

que lo mueve.

—Daratraz —comentó Jeremy—. Todo gira en torno a la solitaria manada y su misteriosa existencia.

—Pues habrá que empezar por ahí —declaró Savage apoyándose en el respaldo de la silla de su alfa—. Arik está en Rumanía, con Velkan, pero vendrá en el primer vuelo si lo necesitáis.

Negó con la cabeza. La presencia del Ejecutor en su territorio no haría sino alertar a sus posibles atacantes.

—No, tenemos que manejar esto nosotros mismos —declaró tomando ya las riendas—. Y puedes empezar buscando a esos humanos, quizá puedas arrancarle alguna respuesta.

—Recuerda, Sav, pregunta primero y pincha después —le dijo Brian, echando la cabeza hacia atrás para mirarla.

La mujer se limitó a enarcar una ceja, cualquier día le rompería algo en la cabeza, alfa o no alfa.

—Mientras tanto, doblaremos la vigilancia, especialmente sobre nuestras mujeres —comentó Santana—. Mantened un ojo sobre Leah y Dawn, algo que sé no os costará mucho dado que acabáis de emparejaros.

Hubo una serie de risas en la sala ante su comentario.

—Seguiré buscando y hablando con el resto de los jefes a ver si conseguimos acotar la búsqueda y encontrar, antes que quién quiera que esté detrás de esto, a los dos supervivientes que quedan.

—Si todavía están con vida —añadió Jim.

Jeremy asintió.

—Eso es lo que espero, Jim, eso es lo que espero.

Llegados a un acuerdo, cada uno de los presentes se fue despidiendo, era hora de regresar a sus respectivos territorios y ponerse a trabajar.

CAPÍTULO 32

Leah tenía todas las papeletas para ocupar una habitación al lado de la de su hermana en el Montevista o, dado el poco éxito de la clínica, quizá tuviese que buscar otro lugar, uno que no fuese tan agónico. La lista de imposibles que estaba escribiendo empezaba a hacerse demasiado larga y tan fantásica que no podía ser real.

—Sencillamente, lo que ha ocurrido es demasiado dantesco para que puedas procesarlo como un hecho real —se dijo mirando la libreta—. Demasiado... irreal.

No quería recordar lo ocurrido como un hecho verídico, no había escuchado un disparo, no había visto a Dawn convirtiéndose en un perro y tampoco a ese imbécil de Quinn.

—Te han drogado —resolvió, anotándolo en la lista—. Te han dado algo y todo lo que has visto son alucinaciones.

Pero las alucinaciones no habían podido sacarle la sangre de la ropa o de las manos, no podía borrar la cruda herida que tenía Dawn en el muslo y que le había costado un rosario de puntos.

—Un perro salvaje —resumió buscando desesperadamente una explicación racional para cada cosa—. Los hay, están hambrientos y puede que ese fuese su territorio.

Pero el animal, esa bestia negra, era demasiado grande para un perro, sus dientes y esa mirada... Se estremeció, no podía soportarlo, todo aquello era una locura. Si no estaba gritando y pataleando, era por esa jodida lista.

—Una manada de perros salvajes —anotó—, de ahí que hubiese varios.

Eso explicaría también el borrón blanco que la había derribado apartándola de la bestia, antes de caer sobre esta.

—Y no es *Mr. Boots*. Mi pequeño está en casa, está herido y no tiene... no, no es...

Se pasó la mano por el pelo y gimió.

Tenía que volver al rancho, dejar toda esa locura atrás y marcharse. Cogería su coche, volvería a casa y se olvidaría de todo.

—Punto número uno: Volver a casa.

Se llevaría a Dawn con ella, quizá un tiempo fuera de la clínica ayudaría a su recuperación.

—Punto número dos: Dejar de ver perros y sabuesos por todos lados, especialmente los que se convierten en humanos y viceversa.

Porque no eran reales, todo lo que había visto era producto de alguna droga.

—Punto número tres: Malditas drogas —murmuró mirándose los brazos—. Me han inyectado algo, seguro, posiblemente tenga incluso algún pinchazo.

Bajó la mirada a la lista y repasó sus conclusiones con el ceño fruncido.

—Estupendo, tengo material suficiente para escribir una novela fantástica.

Dejó escapar un resoplido, deslizó los pies fuera de la cama y se levantó.

La ropa que había traído puesta había desaparecido tras una merecida ducha que se llevó consigo la sangre que se negaba a aceptar, aunque no pudo borrar los arañazos y pequeños moratones que habían aparecido sobre su cuerpo. Vestida con unos *shorts* y una camiseta con el logo del hotel, con el pelo suelto, ya casi seco y sobre los hombros, tenía un aspecto fresco y vulnerable; un retrato que odiaba.

Dejando la libreta a un lado caminó hacia la ventana, las luces de la ciudad empezaban a encenderse dejando que la tarde diese paso a la noche.

—Las Vegas, el lugar dónde el ilusionismo entra en juego —murmuró, hizo una mueca y acarició el cristal mientras contemplaba su reflejo—, y una jodida noche de placer puede cambiarte la vida y fundirte las neuronas.

Le dio la espalda a su reflejo y resopló.

—No puedo seguir así —se mesó el pelo—, no puedo con esto... necesito...

Se rodeó con los brazos y se estremeció.

—Necesito mi vida de vuelta.

Un ligero golpeteo en la puerta atrajo su atención, esta se abrió para dar paso a Odin. Su sola presencia la calentó y la dejó suave y tierna al momento.

Entró y le pareció apreciar una ligera cojera. Al igual que ella se había aseado y vestido con vaqueros y camiseta, estaba igual de *sexy* que con traje. Sus movimientos seguían siendo fluidos, pero más lentos, como si le doliese algo.

—¿Estás bien? —La pregunta salió de sus labios antes de que pudiese contenerla. No pudo disimular la preocupación en su voz.

Sus labios se curvaron ligeramente pero no llegó a ser una verdadera sonrisa.

—Solo estoy un poco magullado —se encogió de hombros—. Nada que una buena alimentación y descanso no arreglen.

Ladeó la cabeza, estudiándole.

—¿Magullado?

Sus ojos se encontraron.

—No es nada —le restó importancia al tiempo que caminaba hacia ella—. Tu hermana se encuentra bien, Quinn va a quedarse con ella, así que no tienes de qué preocuparte.

Hizo una mueca ante sus palabras.

—El que él esté con ella no me reporta alivio alguno.

—Es su compañero, Leah.

De nuevo ese término, uno que insistían en vincular y cuyo significado era mucho mayor a cualquier cosa en la que podía pensar.

—No es más que un desconocido que la ha ayudado a abandonar la clínica cuando está claro que todavía no está bien —expuso e intentó que su voz no temblase ni trasluciese sus dudas.

Él se limitó a suspirar, miró alrededor de la habitación y encontró su libreta. No

llegó a tiempo para evitar que la cogiese y ojease lo escrito por encima.

—Sin duda tienes mucha imaginación si has justificado de una forma tan absurda cada uno de los sucesos de hoy —comentó girándose hacia ella.

Enarcó una ceja.

—¿Llamas absurdo a una razón perfectamente lógica?

La miró con palpable ironía y señaló.

—Mi hermana convirtiéndose en un felpudo color canela rojizo —leyó en voz alta—, ha sido producto de alguna planta alucinógena en combinación con los residuos químicos resultantes del incendio. Sí, puedo ver que es perfectamente coherente.

—Claro que lo es...

—Por favor —chasqueó y agitó la libreta en el aire—, ni tú misma puedes creer en estas cosas. Está más allá de lo absurdo.

Se llevó las manos a las caderas y lo enfrentó.

—¿Y es más realista que una persona se transforme en un animal?

—En nuestro mundo, sí, lo es —declaró con la misma confianza que si hubiese dicho que estaba lloviendo—. De hecho, es lo normal.

—Oh, por favor, déjalo ya —se quejó y le dio la espalda—. Ya está bien de toda esta locura. Puede que hayáis conseguido convencer a Dawn, pero yo no soy tan ingenua.

Fue a ella, posó las manos sobre sus hombros y la obligó a girarse.

—No se trata de ingenuidad, nena, sino de quienes somos realmente.

Se libró de su contacto y dio un paso atrás, enfrentándole.

—¿Una secta de algún tipo?

—Esa opción también la has contemplado —indicó con ironía la página escrita en la libreta.

—Tienes que admitir que todo ha sido un cúmulo de extrañas coincidencias —lo acusó—. Extrañas e inconcebibles.

—Lo admito —aceptó con sencillez—, pero incluso las coincidencias, por muy extrañas que sean, tienen su razón de ser.

Resopló, ese hombre era igual que cabezón que ella misma.

—¿Como cuál?

Su mirada se encontró con la de ella y había una intensidad en sus ojos que la chamuscó con deseo.

—Recuperar a la compañera que encontré hace un par de noches.

No pudo evitar temblar ante el sexy tono de su voz.

—Habíamos quedado en que eso fue un error —rezongó, guardando las distancias.

—No recuerdo haber acordado contigo otra cosa que una agradable cena.

—No estoy interesada en cenar, sino en irme —le informó—. Como te dije esta mañana, tengo cosas que hacer. Tengo un pobre animalito a mi cargo y lo he

abandonado todo el día. Está...

—Herido, lo sé —la atajó con gesto contundente—. Dos heridas de bala, una de consideración, pues la otra ha sido de entrada y salida, varias contusiones y desgarros —enumeró y chasqueó la lengua al añadir—. Y ahora, puede que incluso un par de costillas fisuradas o magulladas.

Frunció el ceño, el parte era demasiado exacto para su gusto, excepto por la última parte. ¿Cómo podía saber cuáles eran las heridas que tenía *Mr. Boots*?

—¿Cómo es posible que sepas...? —sus palabras se esfumaron cuando una imposible suposición penetró en su mente—. No, dime que no has hecho algo tan horrible como disparar a un pobre animalito... dime que no has sido tú...

—Difícilmente haría algo tan estúpido como dispararme a mí mismo.

Abrió la boca e hizo una mueca de incompreensión antes de sacudir la cabeza y resoplar.

—¿Dispararte a ti mismo? ¿Pero de qué demonios estás hablando?

—De que, de no ser por ti, es muy posible que hubiese muerto desangrado sobre el suelo de mi nueva casa —aseguró sin dejar de mirarla a los ojos—. Y, ¿Leah? La leche es para los gatos.

Estaba segura de que iba a ponerse a balbucear pues las palabras no daban emergido de su garganta mientras lo miraba entre sorprendida y recelosa, negándose a analizar sus palabras.

—Puedo llegar a considerarte cargante, Odin, pero no un perro... —se las ingenió para mascullar.

—Lobo, nena, el término que buscas es lobo —la corrigió.

Bufó, sacudió la cabeza y levantó las manos en un gesto de resignada rendición. No quería seguir discutiendo con él, no así.

—Mira, todo lo que quiero ahora mismo es que me lleves a coger mi coche para así poder encargarme de mi amigo —concluyó. Tenía que volver al rancho y ocuparse de su peludo chico, lo demás, podía esperar.

—No será necesario, tanto tu coche como tu lobo, están ahora aquí.

Sus palabras la noquearon durante un milisegundo. Su mente volvió a la carrera, elucubrando toda clase de disparatadas posibilidades y sacudió la cabeza.

—Si le has hecho algo a *Mr. Boots*...

Esa sonrisa enigmática volvió a curvar los labios masculinos, retrocedió y lo vio echar el cerrojo a la puerta para luego girarse de nuevo hacia ella.

—Tu lobo está perfectamente bien.

Ante sus ojos, se deshizo de la camiseta dejándole ver moratones, cicatrices y vendajes en los que no había reparado hasta el momento. Su suave y dorada piel salpicada de vello rubio estaba marcada por cicatrices blanquecinas y algunas marcas rojizas de arañazos.

—Odin, ¿qué te ha...?

No pudo terminar la frase, pues el hombre que había delante de ella terminó de

desvestirse para, un segundo después desvanecerse, si podía llamársele de esa manera y que en su lugar apareciese ahora un enorme lobo de pelaje blanco; su lobo.

Mr. Boots estaba ahora de pie ante ella.

«Y aunque me resulta divertido que me llames Mr. Boots, prefiero Odin en cualquiera de mis encarnaciones».

Sacudió la cabeza al escuchar su voz perfectamente clara en su mente, volvió a negar con más fuerza incluso al ver que avanzaba hacia ella.

—Ahora ya es seguro que tengo un tumor cerebral —murmuró con voz ahogada, su mirada clavada en el lobo que había optado por sentarse sobre los cuartos traseros y lamerse el hocico.

«No tienes ningún tumor cerebral».

Sacudió la cabeza y lo acusó con el dedo.

—No me repliques, no tienes derecho a replicarme, eres un perro.

«Lobo. Lo-bo. ¿Quieres que te lo deletree?».

Gimió, se llevó las manos a las sienes y se giró, dándole la espalda.

—Mr. Boots no está en mi habitación, no me está hablando a la cabeza y, sobre todo nooooo es el cabrón hijo de puta y sexy de Odin Peters —se dijo a sí misma, marcando cada palabra y obligándose a creerlas.

«Error, error y error. Aunque te concedo lo de sexy, tú también me lo pareces a mí».

Se giró como un resorte y chilló.

—¡Cállate! No me dejas concentrarme.

«¿Quieres acariciarme? Te prometo que puede resultar una terapia fantástica para controlar el estrés».

Gimió, se mesó el pelo, le dio de nuevo la espalda y vio su libreta de nuevo sobre la cama.

—A la mierda las listas.

Recuperó el cuaderno, arrancó la página escrita y la hizo pedazos solo para precipitarse luego contra la puerta y, tras quitar el cerrojo, salir como una exhalación.

CAPÍTULO 33

La prisa y la falta de paciencia era lo que hacía que las cosas a menudo saliesen mal.

Su cazador había pecado de ambas y también de soberbia. Pensaba que estaba en disposición de terminar el trabajo que había iniciado dos noches atrás, vengarse de las heridas que le habían infringido y esa arrogancia lo llevó a la muerte.

Las hembras del clan estaban ahora protegidas en el interior de la manada de Nevada. Con los últimos acontecimientos los lobos de América se habrían vuelto más inestables y no preguntarían antes de romper cuellos.

Era hora de retirarse y esperar, la paciencia era sin duda una gran virtud y él llevaba practicándola desde hacía más de diez años.

Abrió el cajón de la mesa y bajó la mirada sobre la foto que guardaba allí, las manchas antiguas de sangre y humedad se habían hecho perpetuas, un mudo recordatorio de lo que había perdido esa noche.

—La recuperaré. No permitiré que él la tenga, así deba matarla para evitarlo — musitó acariciando la foto con los dedos—. Nunca será suya, nunca pertenecerá a su asesino.

Cerró el cajón, desvió la mirada hacia la ventana y barajó sus opciones.

Había perdido a su rastreador y esas escorias humanas se habían vuelto poco confiables. Les gustaba demasiado el caos, la sangre y la muerte, no tenían medida y eso, eso era sin duda un problema.

Había llegado el momento de sacar la basura, recoger la casa y retirarse para planear el próximo curso de acción.

CAPÍTULO 34

Leah sabía que algo no marchaba bien en su cabeza. La habitación del Montevista se le antojaba cada vez más apetecible, especialmente dadas las circunstancias, pues nadie que estuviese en su sano juicio estaría corriendo la maratón de Boston dentro de un hotel de Las Vegas con un lobo blanco persiguiéndola.

Y, mientras ella estaba al límite de sus fuerzas —su estado físico era un asco—, el maldito animal parecía más divertido que cansado mientras trotaba detrás de ella poniéndole la cabeza como un bombo.

Porque esa era otra, ¡ahora escuchaba voces!

Sí, sin duda estaba lista para ingresar en un psiquiátrico y que tirasen la llave.

«Leah, a la derecha o volverás a dar la vuelta a toda la planta por tercera vez consecutiva».

—¡Deja de hablarme! ¡Haces que me duela la cabeza!

«Pues deja de correr. No soy yo el que está a punto de echar los pulmones por la boca».

—Pues deja de perseguirme.

«¿Perseguirte? Me estoy limitando a acompañarte, ya que tu sentido de la orientación es nulo».

Se detuvo en seco, jadeando, se dio la vuelta y lo acusó con un dedo.

—Mi... sentido de la orientación... es muy bueno, el jodido hotel... es un puñetero... laberinto —acusó entre resuellos, entonces le dio una patadita al suelo—, ¿y por qué diablos... hablo contigo?

«¿Porque al contrario que otros animales de cuatro patas yo te contesto?».

—¡Ese es el problema! —exclamó desesperada—. No quiero que me contestes. No deberías contestarme. No deberíamos estar teniendo esta conversación.

«Pues la estamos teniendo».

—¡Y eso es otro jodido problema! —clamó ahogándose—. Tendría que estar chillando como una loca, corriendo en círculos...

«Llevas los últimos quince minutos corriendo en círculos, dulzura».

—... y no hablando contigo como si fuera de lo más normal.

«Acepto que te estás tomando las cosas mucho mejor de lo que me esperaba».

—Lo cual es un claro indicativo de que he perdido la cabeza por completo —extendió las manos y lo señaló por completo—. Estoy hablando con un perro...

«Lobo».

—... y me contesta.

«Pura suerte, lo tuyo».

—¡Deja de ser sarcástico! No me ayudas.

«¿Por qué no volvemos a nuestra habitación y hablamos civilizadamente?».

—No es *nuestra* habitación y no pienso hablar contigo, eres un perro.

«*Lobo*».

Casi le pareció escucharle resoplar al tener que hacer la aclaración.

«*Y es nuestra habitación, desde que decidimos inaugurarla hace un par de noches*».

—Oh, muérdeme —escupió.

«*No me des ideas, nena, la idea podría resultar bastante apetecible*».

Dejó escapar un chillido que hizo que el can echase las orejas hacia atrás como si le molestase el sonido.

«*¿Te importaría dejar de hacer eso? Tengo los oídos muy sensibles*».

—Pues cómprate tapones.

«*Un lobo con tapones para los oídos. Sí, sin duda podría imponer una nueva moda, especialmente para miembros con compañeras psicóticas*».

Lo miró ojiplática.

—¿Acabas de llamarme psicótica?

«*¿No eres tú la que dice que está demente?*».

Entrecerró los ojos y lo fulminó con la mirada.

—Me agotas.

El lobo echó las orejas hacia atrás.

«*Si yo te contara...*».

—Oh, cállate de una maldita vez —pateó de nuevo el suelo, dio media vuelta y esta vez, ya sin fuerzas para seguir corriendo, se arrastró en dirección contraria. Le dolía el costado, le ardían los pulmones, el ejercicio no era para ella.

«*Creo que voy a empezar a sacarte a correr conmigo por las mañanas*».

Lo fulminó con la mirada.

—Si esperas que te saque a pasear, la llevas clara.

Sus fauces se abrieron y parecía incluso sonreír.

«*En realidad estaba pensando en sacarte a pasear yo a ti*».

Le dio la espalda y siguió cojeando a través del pasillo. Todo le parecía igual, exquisitamente decorado, con acabados de primerísima calidad, pero tan confuso como un laberinto.

—¿Dónde demonios está el jodido ascensor?

«*Esa boca*».

Enarcó una ceja y lo miró con palpable ironía.

—¿Qué? ¿Ahora vas a darme lecciones de modales?

«*Estás especialmente irritante, ¿lo sabías?*».

—Mejor irritante que desquiciada, créeme, no te gustaría verme hacer de Atila el Huno.

«*No sé, compañera, sería todo un cambio*».

Se detuvo de nuevo y puntualizó cada una de sus palabras señalándole con el dedo.

—No. Soy. Tú. Compañera.

Para su irritación y desquiciante sorpresa, él hizo otro tanto marcando cada palabra con un golpe de la pata delantera en el suelo.

«*Sí. Lo. Eres.*».

—No —insistió y fue categórica—. Tú eres un perro y yo humana.

«*Lobo, dulzura. ¿Puedes aprenderte la palabra? Canis Lupus. Y, mira por dónde, tú también.*».

—Lobo, perro, ¿qué más da? Eres un peluche andante —se quejó con un bufido—, y tienes mejor abrigo que yo, lo que deja claro quién es el chucho y quién la humana.

«*Empiezo a pensar que te gusto un poco.*».

Había risa en su voz.

Se llevó las manos a la cabeza y apretó las sienes.

—De verdad, me estás dando dolor de cabeza —aseguró frotándose las sienes. Entonces se detuvo, levantó la mirada y apostilló—. Wow, espera. Eso es. Dolor de cabeza, vista cansada, alucinaciones... ¡Tengo un tumor cerebral! ¡Lo sabía! ¡Sabía que había una explicación coherente! Tengo que pedir cita al hospital y que me hagan un escáner.

El lobo resopló, no fueron imaginaciones suyas, realmente resopló.

«*Desde luego nadie te puede acusar de falta de imaginación o perseverancia, Leah.*».

—Es una explicación mucho más loable que el aceptar que un tío cañón se ha convertido en un lobo delante de mis propias narices —aseguró rezongona—. Al menos eso explicaría por qué te escucho, por qué estoy manteniendo la conversación más absurda de mi vida con un perro y las cosas que he visto, las cuales desafían la razón y la realidad.

Se sentó sobre las patas traseras, se lamió el hocico e incluso le pareció oírle resoplar en medio de un gruñido.

«*Nena, creo que eres la loba más cabezota que he conocido en mi vida. Qué suerte que seas mi compañera.*».

El sarcasmo goteaba de las palabras que hacían eco en su mente y eso la ofendió.

—Yo no pedí ser tu compañera, no pedí ser nada tuyo, ni siquiera sé cómo terminé en tu jodida cama.

«*Una fiesta, champán, un encuentro inesperado y una atracción irresistible... así es como terminaste en mi cama.*».

—¿Atracción irresistible? ¿De verdad? —Ahora la sarcástica fue ella—. Bájate de tu pedestal, peluche, antes de que te despanzures en el suelo.

«*No estaba alardeando, solo exponía un hecho. Es algo natural entre compañeros.*».

Siseó, no pudo evitarlo, tenía ganas incluso de gruñir. ¡La sacaba de quicio!

—No soy tu compañera.

Se levantó y agitó la cola con lentitud.

«Sí, lo eres».

—Mira Sr. Boots...

«Ya te he dicho que prefiero Odin».

—Te llamaré Odin cuando estés sobre dos piernas y camines de manera tan *sexy* como él.

El lobo se detuvo ante ella y ladeó la cabeza.

«Eso tiene solución».

Dicho aquello, llegó hasta ella, pellizcó el bajo de su camiseta con los dientes y empezó a tirar para conducirla.

«Vamos, hay cosas que sencillamente no quiero hacer ante las cámaras».

Aquello rayaba lo absurdo, no había otra forma de interpretarlo. El ver como él la llevaba, tirando de la camiseta, era lo más estúpido que le había pasado en la vida.

—Dios, que nos graven y nos suban a *Youtube*.

«Por encima de mi cadáver».

Sacudió la cabeza y tiró al mismo tiempo de su ropa, clavando los pies en el suelo, obligándole a frenar.

—Basta, suéltame, no pienso ir contigo a ninguna parte y menos así —siseó, haciendo fuerza para que él la soltase.

«Empiezas a agotarme la paciencia».

Un ligero tirón acompañado de un gruñido.

—¿Qué yo te estoy agotando la paciencia a ti? ¿Yo? —jadeó y tiró a su vez hacia atrás, notando la tensión de las fauces del animal—. Perdona, bola de pelos, pero resulta que la que está aquí, en plena crisis existencial, soy yo.

«¿Acabas de llamarme bola de pelos?».

—Mi hermana ha sido herida por mi culpa, he visto cómo se convertía en perro delante de mí y cómo una bestia horrible y rabiosa quería matarme —estalló desesperada—. Su novio me odia y ni siquiera estoy segura de si Dawn quiere verme otra vez. Yo fui la que la metió en ese lugar porque no podía aceptar que lo que decía fuese verdad. ¡No podía serlo! Incluso ahora, sigo sin ser capaz de aceptar que lo sea. Y entonces... tú... eres *Mr. Boots* y también eres el hombre con el que me acosté y... y... ¡Y nada de esto tiene sentido!

Empezó a hiperventilar, todos los sucesos vertiéndose de nuevo sobre ella sin medida, traspasando las compuertas e inundando su mente.

—No puedo más, ¡no puedo más con todo esto! —tiró con fuerza de la prenda haciendo que la tela se desgarrase y terminase cayendo hacia atrás, de culo—. Todo esto me aterra... Dios, ¿cómo puedo seguir cuerda así? ¡Es imposible! ¿Cómo puedo aceptar que puedo oírte en mi mente, que eres... él? —empezó a hiperventilar—. ¿Y por qué, a pesar de todo, esto no me resulta tan chocante cómo debería? ¿Por qué no estoy gritando a pleno pulmón?

«Lo estás haciendo».

—No puedo con esto... no puedo... —jadeó, apenas conseguía meter suficiente aire en su garganta—. Oh dios, no puedo respirar...

«*Estás hiperventilando, tienes que calmarte*».

—No puedo. —Las lágrimas empezaron a desbordarse de sus ojos, sacudió la cabeza y se llevó las manos al pecho—. No puedo, no puedo, no... no puedo... Odin, no puedo...

«*Cariño, estás entrando en shock. Tienes que calmarte*».

Y mientras lo decía una suave y húmeda lengua abandonó sus fauces y empezó a lavarle la cara, su enorme cuerpo peludo pegado al de ella. Empezó a temblar, era incapaz de evitarlo, todos los sucesos volvieron de nuevo a su mente, repitiéndose como una película y algo en su interior cambio.

—No puedo respirar... no... no me siento bien...

La lamió una vez más, envolviéndose a su alrededor, empujándola, su voz parecía sonar incluso con más fuerza, demandante, exigiéndole con cada palabra.

«*Déjala salir. No la retengas más y acepta quién eres, Leah. Sé que lo sabes, que siempre lo has sabido porque la sientes dentro de ti*».

Sacudió la cabeza.

—No es real... yo... no quiero esto... no la quiero...

Nuevos lametones, su presencia tangible, sus gruñidos y gimoteos acicateando algo en su interior, despertándolo e instándolo a emerger.

«*Respira Leah, todo va bien, solo respira*».

Jadeó, intentó hablar, pero de su boca ya no salieron palabras, el sonido fue totalmente animal, angustiado y durante unos instantes que le parecieron eternos, todo su mundo empezó a girar y ya no sabía si estaba de pie, sentada o si estaba viva o había muerto.

«*Eso es lobita, eso es. Respira. Deja que el aire entre en tus pulmones*».

Sacudió la cabeza, esa pesada y masculina voz resonaba ahora con mayor intensidad y se mezclaba con otras, con algo remoto, demasiado lejano y olvidado.

«*No se lo diremos a papá y mamá, ¿vale? Será nuestro secreto*».

Dawn. Esa era la voz de su hermana y recordaba esas palabras, recordaba el momento en que fueron pronunciadas, así como su infantil respuesta.

«*¿Por qué no puedo jugar con ella como tú? Quiero ser como tú, Dawny, quiero correr como tú*».

Habían sido unas niñas y ella estaba enfurruñada porque no podía hacer las mismas cosas que ella, porque no podía... jugar con su loba. Eran recuerdos confusos, lejanos, sacados de su infancia, momentos que había olvidado, guardándolos en lo más recóndito de su mente. Su loba, su amiga, su hermana, una parte indivisible de sí misma a la que había mantenido oculta para que nadie le hiciese daño, para que nadie descubriese jamás una naturaleza prohibida en su interior. Sabía que estaba allí, de niña, ella se había convertido en algo así como su amiga imaginaria, pero entonces creció y dejó de pensar en ello, dejó de sentirla para

concentrarse en otras cosas, cosas de adultos.

«Leah».

La voz de Odin resonó de nuevo en su mente, intentando arrancarla del lugar en el que había caído, de la oscuridad que amenazaba con engullirla.

«Leah, respira conmigo, siénteme dentro de ti».

Inconscientemente se encontró haciendo eso, siguiendo sus órdenes, era como si llevase algo impreso en sus células que la instara a obedecer y eso la cabreaba.

«Odin... deja de darme órdenes».

Le escuchó reír en su mente, un sonido claro, limpio y salvaje.

«Muy bien, compañera, pero quédate conmigo. Sigue respirando».

Le costaba hacerlo, pero no iba a darle la satisfacción de saberlo.

«¿Y qué te crees que estoy haciendo?».

Podía sentirlo cerca, mucho más cerca que nunca, sabía que estaba a su lado, pegado a ella y, aun así, le costaba abrir los ojos, responder a su llamada.

«¿Hiperventilar? Algo que, dadas las actuales circunstancias, no es nada recomendable. Así que, respira lentamente, escucha mi respiración y acompásala con la tuya».

Aguzó el odio y se estremeció, podía escuchar su corazón como si estuviese apoyada sobre él, el ritmo de su respiración e incluso lejanos murmullos que le molestaban.

«Eres irritante».

Él se rio en su mente.

«Lo que tú digas, pero hazlo».

Resopló o al menos creyó haberlo hecho, entonces siguió sus directrices y empezó a respirar lentamente, acompasando su respiración a la de él.

«Muy bien, lobita, así, eso es».

Poco a poco el aire volvió a entrar en sus pulmones, los ruidos se fueron mitigando y la oscuridad empezó a dar paso a la luz. Colores vibrantes, un espectro totalmente distinto y un enfoque extraño.

«Me estoy... mareando».

«Respira lentamente». Su voz vino acompañada de un empujón, el calor de su cuerpo filtrándose al suyo, su presencia tan tangible como si la estuviese abrazando. «No te muevas todavía, dale tiempo a tu cuerpo a acostumbrarse, adáptate a la luz y sigue respirando despacio».

Se lamió los labios o creyó hacerlo, el aire sabía de repente extraño, su boca no se sentía como debería, bajó la mirada lentamente y se encontró con dos patas peludas, de un bonito color canela rojizo salpicado de hebras negras aquí y allá.

«¿Más chuchos?».

La pregunta trajo consigo un nuevo bufido y no pudo evitar sonreír, casi podía verle poniendo los ojos en blanco.

«Algo así». Murmuró y notó de nuevo cómo la empujaba. «Vamos, arriba. Tienes

que levantarte».

¿Levantarse? ¿Seguía en el suelo? Eso sin duda explicaría la nueva perspectiva, tenía que estar casi a ras del suelo.

«Dime que no me he desmayado».

«No te has desmayado». Replicó empujándola, obligándola a levantarse. «Has despertado a tu loba».

Giró la cabeza para mirarle y se encontró con esos ojos lupinos a su altura, la enorme lengua rosada abandonó esas peligrosas fauces y la lamió repetidas veces, como si la estuviese besando. Sí, un beso, otro y otro.

«¿Nos vamos a poner ñoños ahora?».

Lo escuchó reír en su mente, una risa fuerte y clara.

«Lo dudo mucho».

Dicho aquello lo vio retroceder, moviéndose hacia un lado, dándole espacio y al mismo tiempo, sin perder la perspectiva que le daba esa altura.

«Espera, ¿qué has dicho sobre mi loba?».

Un nuevo empujón, como una tierna caricia.

«Míralo tú misma».

Se posicionó delante de ella e indicó con el morro una de las columnas acristaladas que había visto en su previa carrera por la planta. Dio un paso adelante, la descoordinación la llevó a tambalearse, parecía borracha. Se detuvo esperando que las piernas dejaran de temblarle pero había algo extraño, no podía sentir sus piernas, no como antes. Dio un nuevo paso, otro más, poco a poco empezó a sentirse más estable, pero seguía siendo extraño, aunque también liberador.

«Eso es lobita, despacio, muy despacio».

«¿Quieres dejar de hablarme como si fuese un bebé?».

Mentalmente lo vio levantar las manos a modo de rendición.

«Con sumo placer. Todo tuyo».

Complacida con su aceptación, se sacudió agitando el pelo, volvió a dar un par de pasos más, sintiéndole a él a su lado, pero sin estar encima de ella y llegó al espejo solo para quedarse, una vez más sin respiración.

El largo espejo le devolvía el reflejo de una imagen imposible, una que estaba viendo con sus propios ojos. Un lobo, algo más pequeño que el peluche blanco que permanecía a su lado, con vibrante pelo canela rojizo entretejido con hebras negras, pero eran sus ojos de un intenso y vibrante turquesa oscuro —sus propios ojos—, los que destacaban en medio de una peluda cara completamente lupina.

«Ay dios mío».

Las palabras surgieron de su garganta, pero no en forma humana, la respuesta fue un gemido muy canino.

«Ay dios mío. Ay dios, ay dios, ay dios».

«Respira, Leah, respira».

Sacudió la cabeza y vio el reflejo de la loba hacer lo mismo. Empezó a retroceder

y se cayó hacia atrás, sentada, solo para ver los actos reflejados en el espejo.

«No, no, no, no».

Intentó levantarse, resbaló, volvió a empujarse hacia arriba y retrocedió sin poder evitar sentir cómo sus pulmones se negaban a ceder y la dejaban sin aire.

«Leah, cálmate».

Sacudió la cabeza sin poder dejar de ver sus movimientos reflejados en los de ese animal y con ello, su malestar aumentaba.

«No puedo respirar, no puedo respirar, no puedo respirar».

«¡Leah!».

La brusquedad con la que pronunció su nombre fue suficiente para que se congelase en el sitio y buscase su mirada.

«Ayuda... Ayúdame».

Una ola de ternura y tranquilidad la recorrió, sabía que procedía de él, pero no podía explicar cómo lo sabía.

«Cálmate. Cierra los ojos y respira conmigo».

Tembló, pero se obligó a hacer lo que había pedido impulsada por ese borde de compulsión que parecía poseer su voz.

«Respira profundamente. No te aferres a nada».

Acompasó su respiración a la de él, escuchó atenta y dejó que la paz se fuese extendiendo por su interior, volviendo a lanzarla a ese breve remolino que golpeó sus sentidos dejándola inconsciente de todo en una breve eternidad.

—Así, respira —la voz de Odin le acarició el oído, al igual que su aliento—. Muy bien, ya está, ya estás de vuelta.

Abrió los ojos muy lentamente y se encontró sentada en el suelo, totalmente desnuda, con cuerpo masculino pegado al suyo y sosteniéndola.

—¿Sigues conmigo, lobita?

Ladeó la cara y se encontró con sus ojos azules en un rostro completamente humano.

—¿Leah?

Empezó a temblar sin control, las lágrimas descendieron por sus mejillas sin previo aviso y el aire de sus pulmones se confundió con unos agónicos sollozos que emergían desde su garganta. Le dolía el cuerpo, le dolía la mente y, no sabía cómo explicarlo, pero su alma aullaba liberada.

Los recuerdos eran confusos, el pasado un galimatías para la niña que había sido entonces, pero no podía negar lo que sentía, lo que sabía a pesar de la locura que suponía aceptarlo. Las imágenes del reciente ataque volvieron a repetirse en su mente, Dawn cambiando ante ella, Odin apartándola del peligro, los gritos de su hermana cuando ese maldito la atacó, la acusación de Quinn, la rabia en su mirada... Todo a su alrededor dejó de existir, no sintió las fuertes manos que la sujetaron, tampoco escuchó las tranquilizadoras palabras que vertió en su oído mientras la sostenía, no fue consiente del abrazo que ahogó sus gritos contra un duro y cálido

pecho.

Su mundo se estaba resquebrajando, lo que consideraba una fantasía cobraba forma real, una realidad para la que no estaba preparada.

CAPÍTULO 35

El vapor del agua caliente inundaba ya el baño, humedeciendo los azulejos que imitaban al mármol, el espejo que cubría la pared sobre el lavabo doble apenas reflejaba dos borrosas siluetas. Odin se inclinó a través de la puerta de la ducha, extendió la mano y comprobó la temperatura del agua. Su mirada volaba de la cabina a la mujer que permanecía apoyada en el mueble del lavabo con la mirada perdida y el rostro sonrojado por las lágrimas. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto y esa pequeña nariz tan colorada que parecía destacar en su cara. El despertar de su loba la había golpeado con fuerza, había echado por tierra todas las negaciones que se había hecho, había desmontado esa maldita lista y la había enviado de cabeza en una espiral de aceptación que no había podido comprender.

El verla cambiar lo había llenado de orgullo, su lobo estaba extasiado ante la hermosa hembra color canela que sería su compañera de juegos, pero también sentía la dualidad en el interior de ese pequeño cuerpo lupino, las dos naturalezas intentando coexistir, comprenderse y aceptarse. Pero también había visto el miedo en sus ojos, la sorpresa y la incomprensión, el cambio de lobo a mujer la había agotado, rompiendo sus defensas y lanzándola de golpe contra el muro de la realidad.

Todavía tenía sus sollozos grabados en el alma, nadie debería de padecer de ese modo y mucho menos una cosita como ella.

Se giró hacia ella. Leah seguía con la mirada baja, mirándose los pies como si esperase que algo cambiase de nuevo.

—Por mucho que te mires los pies, no van a salirte alas.

Alzó esos bonitos ojos turquesa y sintió una inmediata punzada al ver la tristeza y la incomprensión en ellos.

—No vas a ponerme las cosas fáciles, ¿verdad?

Ella se limitó a sostenerle la mirada, pero parecía como si no estuviese allí, sino muy lejos.

—Leah —pronunció su nombre paseando la mano por su cansado rostro. Le ahuecó la mejilla y le levantó la cara—. Háblame.

Se lamió los labios.

—¿Para qué?

Sonrió ante su respuesta.

—Para saber que sigues aquí, conmigo.

Parpadeó, deambuló con la mirada y frunció el ceño al ver el vapor que salía de la ducha.

—¿Te vas a duchar? —preguntó volviendo a mirarle.

Suspiró, su pequeña lobita estaba muy perdida ahora mismo.

—Nos vamos a duchar —declaró señalándolos a ambos—. Y puesto que parece

que estás en cualquier otro sitio más que conmigo, será mejor que yo me ocupe de ello.

—Pero yo ya me bañé —murmuró mirándole a los ojos, las lágrimas volviendo a acariciarle las pestañas.

—Dulzura...

Se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Lo siento, es solo que... yo no sé...

—Shh —le puso un dedo sobre los labios—. Déjame a mí.

No podía negar que ella era exquisita, si bien no era precisamente un bombón con la piel cubierta de pecas, las redondeadas curvas y anchas caderas y llenos muslos, a él le parecía perfecta. Y esa cascada de pelo rojizo que hacía perfecto juego con el recortado parche entre sus piernas, lo volvía loco.

—Eres puro pecado, lobita.

Sus mejillas se colorearon ligeramente.

—No me llames así, no quiero... no entiendo... Odin, no sé...

—Shh —le cubrió de nuevo los labios—. Aquí solo estamos tú y yo, no tienes que pensar en nada si no quieres, no necesitas cuestionarte nada.

Lo miró a los ojos, estaba angustiada y tan perdida que no pudo evitar ceder a la necesidad de envolver los dedos en su melena y acercarla a él para darle un beso.

—Vamos, el agua está caliente —la engatusó, empujándola con suavidad.

—¿Y tú? —murmuró bajando la mirada sobre él.

—Estoy justo detrás de ti. —Y, para que no dudase, se llevó las manos a la cintura del pantalón que había vuelto a ponerse tras el cambio y se deshizo del botón y la cremallera.

—Oh señor, tus heridas... las tuyas...

Se quedó inmóvil al escucharla jadear, su mirada fija en su pecho y no pudo evitar maldecir al olvidarse de ese pequeño detalle.

—No es nada dulzura, habrán sanado antes de que termine la semana.

—Tú... él... las heridas... —se llevó las manos a la cabeza y jadeó—. Ay dios, si llevé a Boots a un veterinario.

—Me llevaste a mí y gracias por eso, por cierto, como te dije antes, si no lo hubieses hecho, posiblemente me habría desangrado.

Su mirada decía que estaba recordando ese momento y sus palabras la estaban confundiendo aún más.

—Le dispararon...

—Me... Leah... me dispararon a mí —le recordó y señaló lo obvio—. Tu «peluche» soy yo...

Se lamió los labios, sacudió la cabeza y estiró la mano lentamente hacia el parche de gasas y esparadrapo que cubría la herida de bala más grave en su costado.

Sabía el aspecto que tenía, Sebastian se había encargado de hacérselo saber en cuanto le puso las manos encima. Su médico tenía especial predilección por echarle

la bronca entre punto y punto. Tenía el torso, los hombros, el muslo derecho y el antebrazo lleno de arañazos y mordiscos, algunos habían necesitado puntos, pero dado su rápido metabolismo, las heridas cicatrizaban rápido y hacia finales de semana, posiblemente ya no serían más que rosadas cicatrices.

—Estás hecho un cristo —musitó y levantó la mirada—. ¿Por qué te han hecho esto? ¿Por qué te dispararon?

Posó la mano sobre la de ella.

—Por proteger lo más importante para mí.

La sombra de agotamiento en sus ojos lo empujó a enviarla a la ducha.

—Vamos, entra —la instó y terminó de desnudarse para seguirla dentro del habitáculo.

El agua se derramó sobre ella, acariciándola, calentando su piel y provocándole pequeños estremecimientos. La vio levantar el rostro y dejó que el chorro le golpease la cara, le empapase el pelo y siguiese el recorrido.

La dejó hacer, limitándose a servirle de soporte, acariciándola superficialmente, notando cómo se relajaba contra él, apoyándose en su cuerpo, piel contra piel. Sus pechos expuestos y llenos, los pezones deliciosamente rosados libres al masaje del agua, su vientre ligeramente redondeado y ese delicioso redondeado y firme trasero apretado contra él.

—No te vayas, ¿vale?

Resbaló las manos sobre sus brazos, masajeándola y acercándola más a él.

—No pienso hacerlo —le susurró al oído—. Estaré siempre pegado a ti, el lugar al que pertenezco.

Se derritió contra él con un suspiro, la previa tensión desapareciendo poco a poco, entregándose a su cuidado.

Tomó una generosa porción de gel de baño y, tras frotarse las manos hasta crear una capa de espuma, las deslizó sobre ella ejerciendo un suave masaje. Le moldeó los pechos con los dedos, le acarició los pezones y se obligó a mantener su polla a raya mientras descendía por su cuerpo. Intentaba mantenerse estoico, centrándose en ella y no pensar en la dura erección que empujaba contra el redondo culo.

Leah suspiró, echó la cabeza hacia atrás y la apoyó contra su hombro, todo su cuerpo laxo, relajado mientras la lavaba de aquella manera tan íntima, relajándose después de todo el estrés de las últimas horas.

—¿Puedes apoyar las palmas en la pared? —preguntó, instándola a hacerlo—. Eso es, buena chica.

Esperaba que sus palabras no sonaran tan jodidamente roncadas como las oía él. Le apartó el pelo mojado por encima del hombro y vertió una pequeña porción de gel sobre su espalda siguiendo con sus hombros. La masajeó empapando su piel con el jabón, creando una suave capa de espuma para luego bajar por su columna en dirección a las prietas nalgas.

—Se te da bien bañar a una chica —musitó ella.

Hizo una mueca y evitó reír.

—Me alegra que lo pienses ya que eres la primera a la que baño.

Una concesión que hacía solo con su compañera, pues esta era una tarea casi tan íntima como el sexo, una que implicaba mucho más que lujuria y pasión; implicaba emociones.

Le enjabonó una pierna y luego la otra, envolvió sus manos alrededor de la pantorrilla, ofreciéndole un suave masaje que repitió en la rodilla y finalmente en los muslos, para terminar rápidamente con el aseo de la que se había convertido en su parte favorita en aquella pequeña loba.

—Esto es casi tan bueno como el sexo —ronroneó somnolienta.

Sonrió, le besó el hombro derecho y dirigió el chorro de agua sobre su espalda para aclarar el jabón antes de atraerla de nuevo contra él.

—No voy a discutirte —ronroneó y deslizó la mano por su cuello—. Echa la cabeza hacia atrás.

Terminó con la autoimpuesta tarea disfrutando de ella más de lo que había esperado en un principio. Cerró el agua de la ducha y le rodeó la cintura al notarla temblar.

—*Shh* —la besó tras la oreja—. Vamos a secarte y luego, a la cama.

La escuchó suspirar, su cuerpo volviéndose más pesado por momentos.

—¿Leah?

—¿Qué?

—No te duermas sobre mí —le mordió la oreja, espabilándola.

—Lo siento, es que eres un colchón de lo más cómodo.

Se rio, no pudo evitarlo.

La envolvió con una toalla y la secó con rapidez y eficiencia, para atraerla de nuevo contra él, entre sus piernas.

—¿Crees que puedes secarte el pelo tú sola mientras yo termino de asearme y me ocupo de los vendajes?

Asintió lentamente y él le señaló el aparato pegado a la pared.

—Sí, puedo hacerlo.

Comprobó que podía mantenerse en pie y que no iba a quedarse dormida sobre el lavabo antes de meterse de nuevo en la ducha y asearse rápidamente. Cuando salió, ella ya se había cepillado el pelo y lo tenía recogido en una trenza floja que le caía sobre el hombro. Envuelta en una toalla, con la piel rosada y la mirada limpia, era una visión deliciosa.

—A la cama, dulzura.

Antes de que pudiese protestar, la levantó en brazos y la llevó al dormitorio, depositándola en el centro de la cama. Le quitó la toalla, la tiró a un lado y se acomodó a su lado, atrayéndola a sus brazos.

—¿Odin?

—¿Sí?

Ella se giró lo justo para poder mirarle a la cara.

—No dejes que me pierda.

La petición lo cogió por sorpresa.

—¿Perderte?

Asintió.

—No quiero volver a perderme a mí misma —susurró. Se giró por completo, acurrucándose contra él y dejó escapar un suspiro antes de entregarse por completo a los brazos de Morfeo.

—Nada te pasará mientras esté a tu lado, compañera, te protegeré incluso de las pesadillas. —La besó y se relajó, disfrutando del calor y el aroma de la mujer que estaba destinada a ser suya.

CAPÍTULO 36

Leah empezaba a pensar que nunca conseguiría salir del maldito hotel. Era como si su orientación se hubiese ido a la porra y todo lo que consiguiese hacer era dar vueltas. Entró en el ascensor solo para volver a salir de él al darse cuenta que ese aparato en particular funcionaba con una llave. Tan elegante y bonito como le parecía, empezaba a cabrearla de veras.

Tras una inspección más a fondo, encontró otro par de ascensores que debían ser de servicio, ya que estas sí contenían botones.

Bajar hasta la recepción pareció una odisea, demasiado trabajo para no despertar a su peluche en forma humana que dormía a pierna suelta.

Se había despertado acalorada, sobrándole la manta térmica que la envolvía, una hecha de carne y hueso.

Incluso ahora se preguntaba por qué había estado tan tranquila, cómo no reaccionó de la misma forma que la primera vez, especialmente dado todo lo ocurrido.

«Eres una loba».

Su mente volvió a repetir las imágenes que había visto, su propia imagen reflejada en el espejo, la irrealidad que traía consigo y, al mismo tiempo, también una respuesta a cosas que solo ella había sabido.

Sentirse diferente no llegaba siquiera a catalogar su vida. Sola, sin nadie más que sí misma, debió obligarse a seguir adelante y no bajar los brazos. La culpabilidad podía ser realmente jodida cuando te agujoneaba sin piedad.

—No tienen idea —musitó mirando su reflejo en el espejo—. Ninguno sabe lo que es en realidad.

Nadie había estado allí cuando le dijeron que se había producido un accidente y sus padres habían muerto en un incendio. Nadie la había acompañado al hospital cuando llegó y vio a su hermana entubada e inconsciente. Ninguno comprendía lo doloroso que era ver cómo tu única familia se encerraba en su propio mundo, tan aislada que ni siquiera te veía.

Ellos no tenían idea de lo que era sacarse una carrera mientras luchabas para llegar a final de mes, cuidando de alguien inestable.

Podía ser muy fácil acusar cuando no sabías realmente lo que había detrás.

La adoraba, desde niña, Dawn había sido su modelo a seguir, por ello había sido doblemente difícil verla tan perdida y desvalida.

Pero ahora está bien, mucho mejor de lo que ha estado en años y parece feliz.

Lo suficiente como para que decidiese dejarla atrás, en el lugar que debía estar, dónde encajaba y sería cuidada. Le debía al menos eso por todo el tiempo que habían permanecido lejos la una de la otra, por haberle fallado cuando más la necesitaba.

Se apoyó contra la pared paneleada con un profundo suspiro, después de lo que había visto, nada volvería a ser lo mismo.

—No, nada puede volver a ser lo mismo.

Suspiró, cerró los ojos y esperó hasta que el ascensor anunció su llegada a la recepción y se abrieron las puertas.

—Vaya, no te hacía una persona madrugadora.

El inesperado comentario fue como una bofetada en la cara, abrió los ojos y allí estaba él; fresco como una lechuga, oliendo deliciosamente bien y vestido para matar.

Un bajo gruñido empezó a emerger de su garganta, una reacción que no pudo controlar.

—Tranquila, dama alfa —chasqueó Quinn—. No soy tu enemigo, Leah.

Se lamió los labios y no pudo evitar sonrojarse por el inesperado sonido.

—Tampoco eres mi amigo —farfulló saliendo del ascensor—. Solo espero que tu opinión sobre mí no influya en lo que pienses de Dawn. Ella no tiene la culpa.

—Dawn está a salvo conmigo, jamás le haría daño, es mi compañera y eso crea un vínculo ineludible —aseguró entoncesladeó la cabeza y la miró—, aunque no puedo decir lo mismo sobre ti.

Lo miró visiblemente ofendida.

—¿Crees sinceramente que le haría daño a mi hermana?

Se cruzó de brazos y señaló el ascensor con un gesto de la barbilla.

—Estás saliendo a hurtadillas, lo que me lleva a suponer que tienes toda la intención de marcharte y dejarla atrás.

Apretó los labios.

—Estará mucho mejor aquí, contigo, que conmigo —le soltó, sorprendiéndole con sus palabras—. Solo hay que mirarla. Has hecho por ella en un par de días más de lo que yo hice en tres años. ¿Cómo puedo no verla cuando lo tengo delante? Aunque pienses lo contrario, Quinn, quiero a Dawn, la quiero lo suficiente para dejarla y que sea feliz con quién realmente pueda darle esa felicidad, me guste el cabronazo o no.

Sus palabras lo llevaron a resoplar.

—Dawn te necesita, Leah, eres importante para ella.

Suspiró y sacudió la cabeza.

—Y ella lo es para mí —confesó e insistió en lo obvio—, y por eso mismo, sé que estará bien contigo.

Dicho eso, se enderezó, dispuesta a batallar si hacía falta si le impedía marcharse.

—Iba de camino a la clínica.

El joven enarcó una ceja y la miró de arriba abajo.

—Espero que no para pedir una habitación, Odin se cabrería bastante.

Hizo un mohín y optó por ignorar sus palabras.

—Voy a firmar el alta —le informó—. Hace un par de días solicité su baja en la clínica, tengo su custodia tutelar.

Si estaba sorprendido por sus palabras, no lo dejó traslucir.

—Ibas a sacarla de ese lugar —comentó él en cambio.

—No podía soportar ver lo que le estaban haciendo, lo que se hacía a si misma — aceptó en voz baja—. Y ahora sé que habría sido la opción correcta, una que debería haber tomado hace tiempo.

La contempló y entrecerró los ojos sobre ella, como si la estuviese midiendo.

—Odin no tiene ni idea de que vas a salir, ¿no?

Puso los ojos en blanco.

—No necesito su permiso, solo recuperar las llaves de mi coche...

Sus ojos reflejaron su propia bestia, fue extraño, pero no sintió temor, estúpidamente se encontró frunciendo la nariz y oteando el aire.

—Tu loba está muy cerca de la superficie, puedo notarla y es tan mandona como tú.

Parpadeó, algo a lo que Quinn acabó riendo.

—Dile a tu compañero que sales —pidió en cambio—, no quiero tener que oír sus lloriqueos...

No veía a Odin lloriqueando, precisamente.

«*Y no lo hago*».

La inesperada respuesta resonó en su mente haciendo que se sobresaltase.

—Joder.

Quinn sonrió.

—Lo siento, lobita, pero dado como está el panorama, no puedo dejar que te escabullas solita —le dijo el beta—. O sales con escolta o con tu alfa.

Gruñó, un sonido muy canino que emergió de su propia garganta.

—*No tengo un alfa*.

«*Ahora sí*».

—¡Deja de hacer eso! —chilló—. Me retumba la cabeza.

«*No grites. Piensa en lo que quieres decir te oiré*».

—No quiero.

Risas por ambos lados.

—Lo siento. Es que eres graciosa, un verdadero grano en el culo, pero graciosa — comentó Quinn—. Sube a verla cuando quieras, se encuentra mucho mejor, pero todavía no puede abandonar la cama.

Dicho aquello, entró en el ascensor que acababa de desocupar.

—Está preocupada por ti —continuó sin dejar de mirarla a los ojos—. Tiene miedo de que la repudies ahora que sabes la verdad.

Frunció el ceño.

—Es mi familia, mi única familia, ¿cómo podría hacer algo así? Siempre querré lo mejor para ella.

Ladeó la cabeza.

—¿Y crees que alejarte de ella ahora es lo mejor?

Sacudió la cabeza y señaló lo obvio.

—Intenté cuidarla y fallé —se encogió de hombros—. ¿Crees que no soy consciente de ello? Le fallé al no saber comprenderla, al no poder hacerme cargo de ella y volví a fallarle cuando la dejé en esa clínica.

Chasqueó la lengua.

—Todos cometemos errores, Leah, lo importante es aceptarlos y aprender de ellos —aseguró con voz llana—. Huir nunca es la respuesta. Os necesitáis la una a la otra, a veces la mutua compañía sin nada más puede ser la solución a muchos problemas y es una medida que puede aplicarse a más de una cosa en la vida.

Arrugó la nariz viendo cómo sacaba una llave y la insertaba en la ranura.

—Espera a Odin, estará aquí en un momento.

No pudo evitar gruñir ante el tonito de su voz, el momento de comprensión y tregua había terminado.

—No necesito a Odin, solo mis llaves.

—Esas te las traerá él —se despidió y le dedicó un guiño—. Pórtate bien, lobita.

Las puertas del ascensor se cerraron y ya no supo si quería estrangularlo o ignorarlo.

—Pórtate bien, pórtate bien... —rezongó en falsete—. A la porra el portarse bien, yo lo que quiero son mis llaves.

—Y yo una compañera obediente.

Pegó tal salto que casi se le sale el corazón. Se giró de golpe y allí estaba él, *sexy* y caliente como solo ese hombre podía estarlo, incluso con una vestimenta tan particular como la que llevaba esa mañana.

—Jesús, vas a matarme.

Sonrió de soslayo.

—Todavía no —declaró, se le acercó, le echó el pelo a un lado y la besó en el cuello—. Bueno días, compañera, ¿dormiste bien?

—Dormí... —sacudió la cabeza, cortando su propia respuesta y preguntó por lo obvio—. ¿Qué llevas puesto?

—Suele responderse con un: buenos días, cariño —se burló—. Y llevo un kimono.

Sí, las dos prendas de tela blanca ceñidas a la cintura con un cinturón de color negro con cuatro rayas doradas eran bastante reveladoras.

—¿Cinturón negro?

—Taekwondo, cinturón negro, 4.º DAN.

Enarcó una ceja y lo recorrió con la mirada.

—¿Y eso significa?

Sonrió divertido.

—Soy maestro.

A este hombre había que sacarle las palabras con sacacorchos cuando decidía que no tenía interés en compartirlas.

—¿Compites?

—Ya no —negó y cambió de sujeto—. ¿A dónde ibas con tanta prisa que ni siquiera quisiste despertarme?

Puso los ojos en blanco.

—A trabajar.

Chasqueó la lengua.

—Estás de vacaciones.

Un recordatorio que no iba a dejar pasar.

—Lo que quiere decir que no voy a la oficina —le soltó—, pero sí a terminar con los pendientes, entre los que se encuentra la propiedad que has adquirido. Tengo que preparar el papeleo...

Asintió pensativo, sus labios se curvaron entonces en una perezosa sonrisa.

—Cierto, tenemos una comida de negocios pendientes.

Abrió la boca, pero no la dejó emitir ni un solo sonido.

—No lo intentes —la atajó—. No hay excusa alguna que puedas utilizar para negarte, ya no.

Frunció el ceño.

—Y un cuerno que no —rezongó—. Estás dando por sentado demasiadas cosas, Odin, cosas que no son.

La miró fijamente, ¿cómo diablos podía estar tan imponente y *sexy* con un jodido kimono? El blanco debería hacerle parecer incluso más pálido, pero demonios, lo lamería de arriba abajo si le dejase.

—Eres mi compañera, ahí fuera hay algún lunático que no dudaría en atacarte o algo peor —le recordó oportunamente—. Y eres una loba, una que todavía empieza a adaptarse ahora a su segunda naturaleza, la cual no es precisamente la mejor de las combinaciones. Además, estás emparejada conmigo, lo cual lo hace doblemente jodido, pues no tengo la menor intención de perderte de vista en digamos... unas dos o tres semanas, mínimo.

La manera en que exponía las cosas no debería dejarla caliente y tierna, tenía que cabrearla porque le estaba quitando su autonomía. Maldito hombre.

—Todo lo que has dicho me suena a chino —le espetó ella—. Y como no sé chino, ni tengo intención de aprenderlo... pues estás gastando saliva inútilmente.

—Eres cabezota...

—No lo sabes tú bien.

—... pero no puedes vivir para siempre en la ignorancia...

—¿Quién te ha dicho que no? Solo mírame...

—... y cómo te ha tocado la lotería al tenerme como compañero...

—¿La lotería? Esa sería perderte de vista...

—... me haré cargo de enseñarte todo lo que ignoras y resolver tus dudas sobre lo que no comprendes...

—Odin, no me estás escuchando.

—No, Leah, eres tú la que no me escucha a mí —aseguró y concluyó con absoluta satisfacción—. Te recojo a las dos.

Bufó, ese hombre era imposible.

—¿Y si no quiero comer contigo?

Se encogió de hombros.

—Entonces cenaremos.

—¡Hablo en serio!

Empezaba a cabrearse de veras, su voz se había vuelto más grave y le picaba la garganta por las ganas de gruñirle.

—Yo también —concluyó con total tranquilidad y sin inmutarse—. Savage estará cerca, si la necesitas, llámala. Tienes su número en el móvil. Y el mío...

«*Aunque puedes comunicarte conmigo así*».

Lo dijo sin abrir la boca y, a pesar de ello, le escuchó perfectamente en su mente.

—Deja de hacer eso —gruñó, un verdadero gruñido canino que la sobresaltó—. Mierda.

Él sonrió y se inclinó sobre ella, acariciándole los labios con el aliento.

—Respira, pelirroja —la instó a ello—, y relájate. Todo irá bien.

Negó con la cabeza y lo miró.

—No, nada va a salir bien y lo sabes —resopló—. Mi vida se ha convertido en un circo y ni siquiera me dejan ser la maestra de ceremonias.

Suspiró y lo miró de nuevo. El tenerle tan cerca, sentir su calor y ese delicioso aroma masculino tan suyo la derretía por dentro.

—¿Mis llaves? —preguntó necesitando algo en lo que concentrarse o terminaría arrastrándole de vuelta al ascensor para comprobar lo fácil que podría resultarle desnudarle con esas ropas.

Se las sacó del cinturón y se las entregó.

—Baja en el ascensor, primer nivel, cerca de la puerta.

La besó suavemente en los labios, una breve caricia que la dejó deseando más.

—Primer nivel, cerca de la puerta —repitió, lamiéndose los labios y dando un paso atrás—. Lo tengo.

Se dio la vuelta dispuesta a continuar con sus planes.

—¿Leah?

Lo miró por encima del hombro, deteniéndose.

—Nadie es considerado un cobarde por pedir ayuda cuando realmente la necesita —la sorprendió con el comentario—. Tenlo en cuenta, pelirroja. Si me necesitas, solo tienes que llamarme y estaré a tu lado antes de que te des cuenta.

Respiró profundamente y sacudió la cabeza.

—¿Te das cuenta de que prácticamente no nos conocemos y ya he confiado en ti más que en mi misma? —dejó que las palabras brotasen de sus labios—. Eso es muy preocupante, chico, jodidamente preocupante.

—Es perfectamente normal dado el vínculo que nos une como compañeros.

Compañeros. De nuevo ese término el cual parecía ser la respuesta común a todas sus preguntas.

—Mencionas a menudo esa palabra, pero no sé si me gustan las implicaciones que parecen conllevar —confesó con un mohín—. A decir verdad, no creo que me gusten.

—A las dos en punto, en mi nueva propiedad —la citó—. Te recogeré entonces y podremos hablar de todo lo que te inquieta.

Enarcó una ceja y resopló.

—No sé, Odin, esa podría ser una conversación muy, pero que muy larga.

—Bueno, dulzura, tenemos toda una vida por delante.

Sus palabras la dejaron líquida y maleable. Demonios, ese hombre era demasiado bueno para ser real. Con la mezcla exacta de dulzura y dominación, una que le gustaba más de lo que debería.

Dawn supo en el mismo instante que Quinn entró en la habitación que había estado cerca de su hermana. Sus sentidos de loba estaban en la superficie, más en sintonía con su compañero que con su parte humana. Necesitaba esto, la libertad y claridad que su naturaleza le daba, la simplicidad y tranquilidad que le habían arrebatado los últimos tres años.

—¿Ya estás despierta, pelirroja?

Miró al hombre que caminaba hacia ella, el mismo que había pasado la noche a su lado, hablándole de su vida, de su hermano gemelo, de cómo lo había perdido, cómo le había fallado... No se había guardado nada, se había abierto a ella de una forma que intuía no había hecho con nadie y le había correspondido de igual manera, en la medida de lo que sus recuerdos se lo permitían.

El deseo era tan extraño y a la vez tan familiar que no temió ceder a sus brazos, a compartir los primeros besos y despertar su sensualidad. Se había negado a seguir adelante por ella, por el momento, las circunstancias y el dolor que paliaban los analgésicos; no es que hubiese ausencia de deseo por ambas partes.

Se llevó la mano al hombro y se estremeció al notar la tierna y abusada carne marcada; una declaración, una marca que los unía completamente.

—Me desperté al moverme —hizo una mueca y señaló el muslo vendado—, y vi que no estabas...

—No estaba demasiado lejos —comentó sentándose a su lado—, puedes llegar a mí siempre que lo necesites...

«*Ya lo sabes*».

Su aroma y su calor la atraían como un imán.

—Te sentí con Leah —comentó en voz alta—. ¿Está bien?

Quinn no vaciló, podía decirle las cosas con tacto, pero no le ocultaba nada.

—Creo que se siente asfixiada —comentó—, quiere huir y no se da cuenta de que

hay cosas de las que no se pueden escapar.

—Era muy pequeña cuando tuvo que renunciar a su loba y después, su necesidad de adaptarse y de ser aceptada por la gente, la familia y los amigos... todo chocaba con su propia naturaleza. Es curioso como siempre ha vivido sola a pesar de estar rodeada de gente. Ha atacado para evitar que la ataquen, piensa en los demás antes que en ella misma así que no la culpo si necesita espacio...

—Es tu hermana —resopló contrariado por sus palabras—, tendría que haber estado a tu lado.

—Lo ha estado —le cogió la mano, le gustaba sentir su contacto, su presencia le daba la fuerza que necesitaba, la que había perdido por el camino—. Siempre lo ha estado. Fui yo la que se mantuvo distante, como ya te dije, temía que, si ella sabía lo que había ocurrido realmente, me abandonaría...

Sacudió la cabeza, respiró profundamente y miró sus manos entrelazadas.

—Leah cree que no lo sé, pero la conozco bien. Se siente culpable por la muerte de nuestros padres, se culpa por no haber estado en casa, porque fui yo y no ella, la que acabó en el hospital. Incluso por tener que internarme en esa clínica cuando apenas podía mantenerse ella misma en pie después de todo lo ocurrido.

Su compañero le apretó los dedos y se los llevó a los labios para besarle las yemas.

—Eres demasiado noble.

Sonrió perezosa.

—Soy su hermana mayor, tendría que haber cuidado de ella y en vez de eso, la abandoné, dejé que se enfrentase con todo sola —musitó. Incluso perdida en su mundo, totalmente aislada, había sido consciente de la soledad de Leah y su lejanía.

Notó sus dedos jugando en su pelo, él parecía tener debilidad por su melena rojiza.

—No estabas en condiciones de ayudarla...

—Pero ahora, cuando sane esta herida y mi loba se calme, estaré justo aquí —comentó mirándole—, solo espero que no sea demasiado tarde. Me gustaría volver a verla sonreír, es algo que dejó de hacer desde esa noche.

La abrazó suavemente, envolviéndola con sus brazos.

—Esa noche ha quedado en el pasado —la acarició con ternura—, no pienses más en ello. A partir de ahora, todo será distinto para ambas.

Sí, sin duda sus respectivas vidas iban a cambiar, solo esperaba que fuese un cambio al que Leah pudiese acostumbrarse.

CAPÍTULO 37

Leah arrancó la página que había garabateado y la lanzó sobre la mesa junto con las demás. Era incapaz de concentrarse y su mañana de trabajo había resultado infructuosa.

Les había gritado a sus empleados por algo que no era culpa suya, había rehecho los documentos del rancho tres veces y casi consigue que su contratista de confianza la mandase a la mierda.

¿Y cómo no hacerlo? ¡Le había gruñido!

No recordaba haber llorado tanto en su vida como esa mañana, la frustración consigo misma la había llevado al límite, enfadándose y destrozando algunas cosas; su casa se había convertido en una zona de guerra. Pero lo peor no era eso, lo peor era sentirse sola, abandonada y desear estar cerca de un hombre cuya existencia no había hecho otra cosa que joder la suya. Echaba de menos a Odin con tanta intensidad como quería aborrecerlo.

¡Y ella no lloraba! No era tan bipolar, podía mantener sus emociones bajo llave, al menos, había podido hacerlo hasta ahora.

Cerró la carpeta, lanzó el bolígrafo al otro lado de la habitación y hundió la cabeza entre los brazos.

—Quiero mi vida de vuelta —lloriqueó desesperada—. Quiero ser de nuevo yo misma.

Pero por más que protestara, sabía que eso no sería posible de ningún modo. Por mucho que quisiera ignorar lo que había visto, lo que había vivido, no podía borrarlo como si nunca hubiese existido.

—Ahora mismo podría mordisquear cualquier cosa —rezongó pensando en el regaliz que tanto le gustaba. Un pequeño indulto que solo se permitía de vez en cuando.

Cuando estaba nerviosa o las cosas no salían como le gustaría, se lanzaba sobre el regaliz y no paraba hasta terminarlo, pero desgraciadamente el doctor no tenía de eso en casa.

Había vuelto con intención de recoger, limpiar e irse a su propia casa para recoger el estropicio que había dejado más temprano, pero los recuerdos de la soledad que la esperaban allá hizo que cambiase de opinión.

Haciendo un último intento por despejarse, abandonó la mesa de trabajo y salió al porche. El sol de mediodía la recibió con meridiano calor, suspiró y se dejó caer en las escaleras sin más aspiración que ejercer de batería solar y recargar las pilas.

—Perspectiva —se recordó—, necesitas perspectiva...

Dawn estaba bien, se había encargado de dejar claro al doctor Lorenzo que se ocuparía de ella de ahora en adelante y que su alta era inmediata. La forma en que le

respondió, la suficiencia y el hecho de que parecía creerse el único en posesión de la verdad, la crisparon aún más y, lo que comenzó con una conversación educada, terminó en un arranque de mala leche y zorrería que la llevó a salirse con la suya.

Su hermana no necesitaba de esa clase de tratamiento, a la vista estaba lo que la aparición de Quinn había obrado en ella. Ese hombre había hecho más por la chica en un día de lo que había conseguido ella misma en tres años.

Suspiró y se balanceó con los pies, moviéndose con suavidad.

—Compañeros —murmuró recordando el término con el que parecían dar explicación a todo—. ¿Qué demonios quiere decir eso exactamente? ¿Qué implicaciones trae consigo? Todo esto... apenas tiene sentido.

Necesitaba respuestas, necesitaba entender dónde demonios se había metido y quién era.

Siempre había sabido que Dawn y ella eran adoptadas, sus padres no se lo ocultaron, su madre en realidad era su tía, pero, ¿por qué ocultarle algo tan importante como su verdadera naturaleza? No recordaba muy bien su infancia, ni siquiera estaba muy segura de si los vagos recuerdos que conservaba de su niñez eran reales o estaban teñidos con fantasías infantiles. Fuese como fuese, esa parte extra de la que quería huir, a la que había olvidado, vivía en su interior, era una tan profunda que nunca la había extirpado por completo, pero de algún modo, se había olvidado por completo de ella.

¿Cómo era posible? Era una loba, un chucho de color canela rojiza que había visto con sus propios ojos.

Se estremeció.

—Voy a volverme loca —suspiró y sacudió la cabeza—. Antes de que entienda algo de todo esto, estaré ocupando la habitación que era de Dawn.

El conocimiento era poder y ella necesitaba saber, entender, si aspiraba a conservar la cordura y encontrar la manera de salir de todo esto, tenía que armarse de valor y enfrentarse a aquello de lo que huía.

Dejó escapar un nuevo suspiro, frenó el balancín con los pies y se llevó la mano al bolsillo para sacar su teléfono. Repasó rápidamente la agenda y encontró el número que necesitaba.

No estaba segura de que fuese la persona indicada, pero ante la breve lista de posibles candidatos, era la única que podía darle una perspectiva adecuada.

—¿Savage? Soy Leah —comentó nada más escuchar la respuesta—. Odin me ha grabado tu número en caso de que necesitase algo.

La respuesta de la mujer sonaba tan sorprendida como preocupada.

—¿Qué ocurre, loba alfa? ¿Necesitas ayuda?

Loba alfa. ¿Eso era quién era? ¿Era como la veían los demás? Se lamió los labios y se armó de valor para seguir adelante y obtener las respuestas que necesitaba, unas que no estuviesen comprometidas por otras emociones.

—No, no, todo va bien o tan bien como puede ir dadas las circunstancias —

respondió en el acto—. Estoy en el rancho de un amigo y... Diablos, no hay forma de decir esto de una manera sencilla. Necesito respuesta a algunas preguntas...

La respuesta femenina no se hizo esperar.

—¿No has localizado a Odin?

—Ni siquiera lo intenté —resopló con un mohín—. Necesito una respuesta neutral y femenina.

La mujer se rio, un sonido claro y divertido.

—Sí, Odin carece de ambas cosas.

Sonrió en respuesta.

—¿Cuál es la pregunta? —le preguntó.

Se lamió los labios y fue directamente al meollo del asunto.

—¿Qué es exactamente un compañero?

Savage estaba acostumbrada a las excentricidades de su alfa, incluso al difícil carácter de su mentor, pero esta era la primera vez que la compañera recién emparejada de un lobo acudía a ella en busca de consejo.

Leah estaba perdida, su loba se mezclaba con la parte humana de forma vibrante, necesitada y desatada. Su naturaleza lupina quería tomar el mando, lo exigía con una necesidad que arañaba su interior y descompensaba su lado humano.

Esta dualidad solía ser común en los cachorros y jóvenes que empezaban a cambiar, pero no en adultos, especialmente no en una hembra como ella. Pero, entonces, tenía que recordar así mismo que ella no era una hembra como las demás, no se había criado en la cultura de la manada y, el que su compañero vinculado fuese un alfa, estaba derribando cada una de sus barreras.

—Un compañero es la pareja designada para un lobo —respondió a la pregunta que le llegó a través del teléfono. Puso el manos libres y se apoyó en la moto—. Nuestro pueblo puede tener relaciones con quienes deseen, pero al final, solo hay una persona que le complementa, que llama a nuestra naturaleza lupina y está por encima de todo lo demás. Una vez que la encuentras no hay vuelta atrás, nos pertenecemos el uno al otro hasta la muerte; no existe el divorcio en nuestro mundo.

La escuchó suspirar.

—¿Y cómo sabes quién es esa persona? ¿Quién dice que no te equivocas?

Sonrió, aquella era una duda que, si bien la mayoría de sus congéneres no tenía, ya que estaban preparados para lo que les deparara el destino, sí se lo planteaban antes o después.

—Cuando encuentras a tu compañero, lo sabes, tiene un olor característico con el que conectas —expuso intentando reunir la información de la que sabía intrínsecamente pero no había experimentado—. Es como si tu lobo tuviese un chip que se activa y no se apaga hasta el momento en que se lleva a cabo el vínculo entre parejas. Una vez enlazados, la primaria necesidad que te empuja a estar cerca de su

compañero, el... ardor... empieza a remitir volviéndose más fácil con el tiempo.

La vibrante y natural curiosidad de los lobos surgió en la joven compañera del alfa de Nevada.

—¿Vínculo entre parejas? —Había curiosidad en su voz—. ¿Qué es eso? ¿Qué implica exactamente?

Su tono la alertó de que se estaba metiendo en terreno cenagoso.

—Eso debes preguntárselo a Odin —declaró, quitándose de encima el problema —, él está más cualificado que yo para darte una respuesta adecuada.

La escuchó resoplar.

—Si quisiese hablar con él no te habría llamado a ti —replicó y escuchó la loba en su voz. Estaba irritada y su bestia exigía una respuesta—. He visto la manera en que mi hermana se refugia en Quinn, un hombre al que conoce desde hace menos de cuarenta y ocho horas y, depender de una persona, de un virtual desconocido de esa manera, es aterradora.

—No es un desconocido para ella, es su compañero, sabe que estará bien a su lado, que la mantendrá a salvo.

—¿Cómo puede saberlo si apenas lo conoce?

Y ahí estaba, los celos bailando en su voz. Leah se sentía excluida de la vida de la única persona a la que consideraba familia, no comprendía que ahora Odin fuese también parte de la misma, quizá la más importante, dado lo que cada vez le parecía la respuesta más razonable.

—¿Tú no te sientes segura junto a Odin? ¿Te ha dado tu compañero alguna razón para pensar que te acontecerá algún daño? —la instó a preguntarse—. Piensa cómo te has sentido al verlo herido y tendrás tu respuesta.

Hubo un momento de silencio, entonces la voz de la chica sonó más tenue.

—Ese vínculo, ¿qué implica exactamente y cómo sabes que se ha llevado a cabo?

La muchacha era insistente y demandante.

—Los compañeros vinculados tienen la facilidad de hablarse mentalmente, de sentir lo que siente el otro —comentó tirando de la memoria—, es como un canal de conversación privado, más allá del general de la manada. Si Odin y tú tenéis ese tipo de conversación...

La escuchó bufar.

—¿Te refieres a cuando parece que me está gritando dentro de la cabeza?

Sonrió para sí.

—Podría describirse así, supongo.

—Pues eso no es precisamente un beneficio —la escuchó rezongar—, podría pasar perfectamente sin esa clase de vínculo.

—Las cosas no funcionan así, como dije, no hay divorcio en nuestra raza.

El jadeo que escapó junto con sus palabras la puso alerta.

—¿Acaso consideráis el vínculo de emparejamiento un matrimonio?

¿Cómo responder a eso sin acabar embarrándose?

—Será mejor que hables con Odin, Leah —le sugirió y optó por cortar la comunicación—, él estará encantado de dar respuesta a todas tus preguntas... si no le matas antes.

Cortó la comunicación y dejó escapar un resoplido.

—Parejas... —resopló—. Alfas... No sé qué es peor.

CAPÍTULO 38

Había algo *sexy* y peligroso en una mujer que empuñaba un arma, si dicha mujer era además tu compañera, la cosa se complicaba un poco, pero no por ello dejaba de resultarle terriblemente erótico.

Si bien Savage lo había puesto en antecedentes, la insinuación de que debía tener una charla con su compañera, no lo había preparado para encontrarse a Leah apoyada en el escritorio de la oficina del doctor Santiago, el hombre que lo había operado, con una escopeta de caza en los brazos.

—Nena, dudo que te dejen entrar en el restaurante con armas de fuego.

Ella acarició el objeto y su voz fue engañosamente dulce.

—Antes de ir contigo a comer, hay algo que quiero preguntarte —respondió con exquisita suavidad—, y espero que me des una respuesta directa y honesta.

La recorrió con la mirada para finalmente indicar claramente el objeto en discusión.

—¿Y es necesario que lo hagas con una escopeta en los brazos?

Se encogió de hombros.

—Es por si no me gusta la respuesta.

Sonrió divertido. Oh, sí, realmente le gustaba esa loba.

—¿No te parece que ya me han agujereado bastante?

Le devolvió la sonrisa.

—Yo, de momento, no te he metido ninguno.

Chasqueó la lengua e introdujo las manos en los bolsillos con despreocupación.

—Esa respuesta me preocupa.

—Pues imagínate a mí la falta de ellas para todas las preguntas que han surgido últimamente —canturreó, sus dedos acariciando la madera de la culata.

—Pensé que habías dicho una pregunta, ¿hemos aumentado el conteo? —tanteó sin dejar de vigilarla. Tenía que admitir que no la conocía lo suficiente como para decidir si sería capaz de utilizar esa arma o se trataba solo de posturo.

—Comenzaré con una, la que me resulta de carácter trascendental —le informó ladeando la cabeza, el pelo se lo había recogido en una coleta y le caía sobre el hombro.

—¿Y cuál es?

Sus ojos se clavaron en los suyos y le dijeron, sin necesidad de más palabras, que era importante para ella.

—¿Estamos casados?

Parpadeó, eso era lo último que esperaba escuchar de su boca.

—Hasta dónde sé, legalmente, sigo siendo soltero.

—Permíteme que reformule mi pregunta —le dijo reacomodándose—, ¿estamos

vinculados cómo compañeros?

Le sostuvo la mirada, buscando aquello que no decían sus palabras.

—¿Qué te ha llevado a pensar que el matrimonio y un vínculo entre compañeros son lo mismo?

Ladeó la cabeza.

—¿No lo son? ¿No es el equivalente o algo similar en tu raza?

Y aquella era una omisión hecha adrede.

—Nuestra raza.

Ella no cedió, la sentía tensa, nerviosa, su loba acariciándole los ojos.

—Sí o no, Odin.

Arrugó la nariz y se rascó la mandíbula de manera distraída.

—El matrimonio no es más que un acuerdo entre dos personas que deciden unir sus vidas, el vínculo entre compañeros va más allá, es una comunión de almas.

No lo entendía, podía verlo en su rostro y sus palabras se lo confirmaron.

—No lo entiendo —rezongó y volvió a hacer hincapié en lo mismo—. ¿Estamos o no estamos casados o lo que sea?

Le dio la única respuesta que podía darle.

—Somos compañeros, Leah, compañeros vinculados.

Ella no cedió.

—¿Y cuál es la diferencia entre una cosa y la otra?

¿Cómo explicarle a alguien, que no había sido consciente hasta hacía poco de su naturaleza lupina, lo que significaba un vínculo como el que ahora compartían?

—Cuando encuentras a tu otra mitad puedes reclamarla o renunciar a ella —le dijo sin más—. Incluso en nuestro mundo hay posibilidad de elegir. Yo decidí reclamarte.

—¿Así? ¿Sin más? —bufó ella—. ¿Yo no tenía nada que decir al respecto?

Sonrió de soslayo, bajando el tono de voz, dejando que su lobo emergiese.

—Lo dijiste, lobita, alto y claro en la habitación del hotel en la que pasamos nuestra primera noche juntos.

—La primera y la única... —puntualizó ella.

Hizo una mueca, no quería mentirle, aunque decirle la verdad iba a resultar un pelín crudo por su lado. Quizá debiese considerar que tenía un arma en los brazos. Nah, era un suicida y, si algo odiaba eran las mentiras, así que no iba a mentirle a ella, ni siquiera por omisión o desconocimiento.

—No la única —confesó con total sinceridad—. Hubo... otro momento en el que... bueno, ya sabes...

Sacudió la cabeza y arrugó la nariz pensativa.

—No, tú y yo solo estuvimos juntos esa noche en el hotel —aseguró convencida.

Tenía que haberse traído un chaleco antibalas.

—No —insistió y señaló el edificio con un giro del dedo—. Aquí también.

Al principio pareció confundida, la duda y la negativa bailaban en sus labios, pero

fueron sus ojos los que le dieron la pista, la comprensión penetrando en su mente, comprendiendo sin necesidad de más hacia dónde iban dirigidas sus palabras.

—No, no, no... eso no fue real... fue un...

—¿Sueño? —negó con la cabeza—. No, lobita. En honor a la verdad, no entraba en mis planes meterme en tu cama, pero estaba tan desorientado y tú eras tan dulce y cariñosa, olías tan bien y te deseaba tanto que...

Jadeó.

—¿Te metiste en mi cama?

Levantó la palma y asintió.

—Culpable.

El sonido del arma al amartillarse chasqueó como un disparo entre ellos.

—Eres hombre muerto.

La miró de reojo.

—No puedes matar a tu compañero...

Bufó como una gata.

—Claro que puedo, sobre todo cuando dicho compañero se comporta como un cerdo...

—Lobo —corrigió con descaro—, y mi única excusa es, que a pesar de no recordar nada en esos momentos, sabía que tú eras mía, mi compañera...

—Eso no te excusa...

—... y tú no me rechazaste.

Sus dedos se tensaron sobre el arma.

—Odin, no vas por buen camino...

Sacó las manos de los bolsillos decidido a quemar sus naves.

—Contigo nunca sé por dónde voy, Leah, eres un jodido enigma, nunca sé por dónde vas a salir...

—Ah, claro —resopló ella—. Y la culpa ahora será mía.

—No he dicho eso...

—No hacía falta —siseó con obvio enfado, pero no tan rabiosa como para decidir meterle un tiro en las pelotas—. ¿Cuándo lo hiciste?

Enarcó una ceja con obvia ignorancia.

—¿Cuándo hice el qué?

Ella estalló.

—Vincularnos, capullo.

Sí, un jodido chaleco antibalas. Si sobrevivía a este asalto, tendría que pedirle a Jeremy que le enviase uno de la policía.

—Nuestra primera noche juntos, en el hotel.

—¿Y yo no tenía nada que decir al respecto?

Aceptó la acusación.

—No es una excusa, pero no estaba pensando con claridad, es algo instintivo —intentó explicarle—, te vi, te reconocí y supe que eras mía.

—Eres un...

—Mira, sé que esto es una locura... —intentó dialogar con ella.

—No te haces una idea...

—Pero si bajas eso, podemos hacer las cosas de otra manera...

—¿Ese vínculo puede romperse?

El solo hecho de que hiciese esa pregunta, le dolió. Su lobo gruñó, tendría que despellejarlo para librarse de él.

—Solo cuando alguno de los dos muera —optó por continuar con la sinceridad. Leah se merecía saber la verdad sobre la relación que los unía y qué esperar de ella.

—Eso no es agradable...

No, no lo era, pero era la realidad.

—No existe el divorcio en nuestro mundo.

—Así que, es hasta que la muerte nos separe...

—Somos lobos, al igual que nuestros homónimos salvajes, nos emparejamos de por vida.

—Yo no soy...

Ahora fue él quien resopló.

—Sí, lo eres. Una loba —replicó y la miró con intensidad—. Y, si mis instintos no me fallan, no eres solo una loba, eres una hembra alfa.

Frunció los labios en un coqueto puchero.

—¿Y eso que significa?

—Tu loba, su carácter, la manera en que me desafía abiertamente... —resumió reconociendo en cada una de sus reacciones el carácter de una hembra dominante—. Eres mandona, te gusta llevar la voz cantante y en la cama no eres precisamente sumisa, lobita.

—Nada de lo que dices tiene sentido.

—Mayor motivo para que me permitas estar contigo.

Le miró de reojo, al menos ahora ya no aferraba el arma con tanta fuerza.

—Necesitas disciplina, Leah.

Parpadeó como si creyese haberle escuchado mal.

—¿Perdona?

—Tu loba necesita saber quién está al mando —declaró con voz dura, sus ojos brillantes, con cierto gesto amenazante a pesar de no moverse del sitio. Una combinación que sabía la loba en su interior captaría al momento—. Necesita comprender que no puede revelarse cuando le dé la gana. Necesita compenetrarse con tu parte humana.

—No estoy interesada... —le gruñó y era su loba la que hablaba, adoptando el mando.

—Leah —gruñó en respuesta y vio cómo acusaba el golpe, su naturaleza lupina reflejada en sus ojos, confusa y dominante—. Además de tu compañero, soy tu alfa...

—¿Y qué piensas hacer al respecto? ¿Llevarme con el *Encantador de Perros* y

que me adiestre?

La ocurrencia de su mujer lo hizo reír.

—No, nena, voy a adiestrarte yo mismo.

En un abrir y cerrar de ojos le quitó el arma, la tendió sobre el escritorio y la redujo, dominándola con su propio cuerpo.

—Dame una semana, Leah —pidió con voz *sexy* y profunda—. Dame siete días.

Ella se revolvió bajo él, luchando, sin someterse, haciendo que su lobo se relamiese y quisiese aullar. Deseaba tomarla, someterla, recordarle quién estaba al mando y, sobre todo, deseaba hacerla disfrutar.

—¿Para qué? —siseó, intentando soltarse.

—Para enseñarte a jugar, a aceptar lo que siempre fue tuyo, para domesticar y conquistar a tu loba y demostrarle que puede confiar en mí.

Su hembra no estaba dispuesta a bajar los brazos.

—¿Y quién va a domesticarte a ti, perro sarnoso?

Le mordió la oreja a propósito.

—Tú, lobita, tú viniste al mundo para domesticar a este alfa.

Dejó el arma a un lado, lejos de su alcance y se presionó incluso más sobre ella, haciéndola notar la dura erección que tensaba sus pantalones.

—Pero esta vez, fierecilla, las armas quedan fuera del menú —la aleccionó—. Y vas a empezar tu entrenamiento pagando una prenda por amenazarme.

Ella bufó.

—Sigue soñando, no pienso hacer...

—Vas a pasar el día conmigo —la interrumpió—, todo el día.

—¿Eso es un castigo?

—En lo que a ti respecta, estoy seguro que sí —declaró y le sopló al oído—. Y comenzaremos con esa comida que te prometí.

—¿Y si no quiero?

—Te llevaré igual —aseguró satisfecho consigo mismo—. De ti depende de si quieres ir andando o sobre mi hombro.

Gruñó, su loba dispuesta a protestar, pero no se lo permitió.

—Durante la comida podrás hacerme todas las preguntas que quieras —la engatusó—, pero el postre, ese lo elegiré yo.

CAPÍTULO 39

Leah quería enfurruñarse, protestar o aún mejor, dejarlo colgado, pero su deseo chocaba estrepitosamente con su educación. Dos podían jugar a ese juego y Odin estaba comprobando de primera mano lo irritable que podía llegar a ser con sus interminables y enrevesadas preguntas. Aunque, para su crédito, tenía que admitir que el hombre era jodidamente estoico. Daba igual qué le preguntase, pues se limitaba a responder y disfrutar de la comida.

El restaurante era muy hogareño, de diseño, pero agradable y la comida estaba riquísima. Le gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir frente a él.

—¿Quieres compartirlo conmigo?

Sus palabras atrajeron de nuevo su atención.

—¿El qué?

—Lo que sea que te está dando vueltas en la cabeza —le dijo, sirviendo sendas copas de vino—. Quizá, entre ambos, podamos encontrar respuesta.

Lo miró y chasqueó la lengua.

—Estaba pensando en que nos conocemos desde hace menos de cuarenta y ocho horas —declaró—, y conocer es una palabra muy grande. En realidad, todo lo que hemos hecho es follar y... luego todo ha sido un desastre.

Miró la copa.

—Dices que «esto» está escrito de alguna manera, pero, ¿quién lo escribe? ¿Quién decide? ¿Quién nos pregunta si esto es lo que deseamos? —sacudió la cabeza—. Creo que empiezo a entender algunas cosas, pero, al mismo tiempo, sé que ignoro muchas más. ¿Qué parte eres tú y qué parte el lobo? ¿Cómo me influye eso a mí? He estado... preocupada, angustiada por un jodido perro porque pensaba que se me iba a morir en los brazos y, la sola idea era... es... enloquecedora. Y no lo entiendo, porque mientras que él... tu lobo... lo que sea, es adorable... tú eres un auténtico capullo.

Sus labios se curvaron lentamente.

—Mi lobo conectó contigo a un nivel primario, tomó el mando cuando yo no podía, se acercó a ti y se mantuvo cerca, porque sabía que le pertenecías...

—Eso no explica...

—Leah, ¿no es acaso lo que sentías tú misma? ¿Me habrías cuidado como lo hiciste si no fuese así?

Y esa era una pregunta que solo tenía una respuesta.

—Sí, claro que sí —aceptó con sinceridad—, odio ver a alguien sufrir, especialmente a los animales, yo... necesito hacer algo para ayudar... si está en mi mano.

—Esa es la naturaleza que compartes con tu loba —le explicó—. Incluso de

manera inconsciente, siempre ha estado contigo y se ha visto reflejada en tus gestos, en tu forma de ser y actuar.

Suspiró y se pasó la mano por el pelo.

—Mi vida era mucho más tranquila antes de que invitarais a mi inmobiliaria a la inauguración —rezongó—. Tenía que haber enviado a David e irme a casa.

—¿Por qué no lo hiciste?

Se encogió de hombros.

—Porque era el hotel de uno de los empresarios más influyentes del sector en el estado y yo soy empresaria, con una muy buena cartera de clientes que siempre estoy dispuesta a ampliar —confesó con sencillez—. Y, casualmente, la fiesta de la inauguración del Las Vegas Imperia podía ser el lugar perfecto para conocer a futuros clientes.

—Eres una damita sagaz.

—Soy práctica —se encogió de hombros—. ¿Sabes qué es lo más curioso? Que apenas recuerdo esa noche, sé que estaba cansada, aburrida y que quería irme, entonces te vi... y lo demás es todo un galimatías de imágenes que no estoy segura de si son realidad o ficción.

—Cada emparejamiento es distinto —comentó Odin, valorando sus palabras—. Supongo que influye el carácter, la clase de lobo, la jerarquía...

—¿Para ambos miembros?

—Sí. No es exclusividad de los machos. Si bien es más fuerte, lo que hace nuestra la potestad de ejercer una reclamación... no somos los únicos. Tú podrías hacerlo, iniciar un acercamiento... y lo hiciste. Luego, todo es cuestión de química.

—Química...

—Deseo, necesidad, lujuria, libido... —enumeró—. Nuestra naturaleza animal se impone, domina y reclama. Por eso resulta todo tan intenso y casi demandante...

—Eso explica algunas cosas —murmuró llevándose de manera inconsciente la mano sobre la curva del hombro—. En cierto modo tiene sentido... y al mismo tiempo ninguno.

—No le des demasiadas vueltas, Leah, límitate a disfrutar del momento, de la compañía y de lo que esté por venir.

Arrugó la nariz. ¿Dejarse llevar por la corriente? ¿Cerrar los ojos y dejarse ir?

—¿Eso es lo que haces tú?

—¿Por qué no?

—Porque podrías tener otros planes, podrías incluso amar a alguien antes de... esto... o podría muy bien hacerlo yo.

—¿Lo hacías? ¿Había alguien capaz de conquistar a una cosita revoltosa y exigente como tú? —sonrió de soslayo, parecía demasiado confiado, casi juguetón y eso la ponía cardíaca y la cabreaba al mismo tiempo—. Te confesaré algo...

—¿Ya hemos llegado tan lejos?

—Cuando te vi en medio de ese puñado de gente y te olí, no solo supe que eras

mía, también supe que no había ningún hombre importante, no desde hacía tiempo.

Lo miró de reojo.

—Tu olfato es único.

—Y si lo hubiese, bueno, habría sido una pelea interesante, sobre todo, porque no renunciaría a ti.

—Posesión —resumió todo en una sola palabra—, ¿a eso se reduce todo? Posesión, destino, pertenencia...

Dejó su copa a un lado, posó una mano sobre la mesa y la miró.

—¿Qué es lo que quieres, Leah? ¿Amor? —fue muy directo—. No voy a hablarte de amor cuando está claro que es algo que todavía no hay entre nosotros. ¿Por qué no empezamos por lo que hacen todas las parejas? Nos conocemos, aprendemos a convivir y a ver a dónde nos llevan las cosas.

—Entonces, ¿todo se reduce a un te veo y no meo? —optó por seguir la vena irónica.

—El romanticismo puede venir después.

Lo repasó con la mirada.

—No te veo como un hombre de flores y bombones.

—No lo soy —negó con sinceridad—. Soy más bien de acciones.

Puso los ojos en blanco.

—No me lo recuerdes...

—No es tan malo, Leah, podría habernos ido peor.

—¿Peor aún? ¿Cómo? —bufó irónica—. Te han disparado, yo te he recogido, no recordabas ni tu nombre, te metiste igualmente en mi cama sin pedir permiso... Por no mencionar el hecho de que secuestran a mi hermana, casi nos matan a las dos, ella sale herida y descubro que tengo el culo peludo y todo eso en cuarenta y ocho horas. Odin, si eso no bate algún récord, no sé qué lo hará.

—Todo ha sido un cúmulo de acontecimientos que ninguno esperaba o para el que estábamos preparados —aceptó él—, pero encontraremos la manera de pactar con ello. Te lo prometo.

Sacudió la cabeza.

—Nada de promesas —pidió y dejó la servilleta a un lado—. Nunca se sabe cuándo se podrán cumplir.

Chasqueó la lengua.

—Necesitas relajarte, lobita, estás de vacaciones, ¿recuerdas? —la siguió con la mirada—. ¿No quieres el postre?

—Se me han quitado las ganas —resopló y echó un vistazo alrededor del local—. Necesito ir a dónde tú no puedes acompañarme.

Sonrió de soslayo.

—Me lo pones difícil.

—Sé que lo superarás, peluche —le soltó, cogió su bolso y se levantó—. Se bueno y no levantes la pata sobre los tuestos mientras estoy en el tocador.

—Oye, soy un lobo muy educado —le soltó con diversión—. Solo marco mi territorio.

Puso los ojos en blanco y se retiró.

Odin sentía su nerviosismo, la manera en que se movía, cómo respondía, todo era como un jodido infierno. Estaba nerviosa, enfadada y sobrepasada y su loba irritada por ello. Leah no se daba cuenta, pero su naturaleza lo estaba llevando al borde, su lobo quería doblegar a esa pequeña fierecilla, someterla y obligarla a claudicar y no era el único. Incluso él mismo estaba irritado.

Entendía la confusión de su compañera, pero ya era hora de que ella empezase a aceptar lo que era en vez de rezongar más.

—Y eres mi compañera. Mía —murmuró volviéndose hacia el lugar por dónde había desaparecido—, ya es hora de que lo aceptes.

CAPÍTULO 40

Leah se lavó la cara, se la secó con una toallita de papel y contempló su reflejo. Se había cambiado en tiempo récord, Odin le había concedido solo quince minutos por lo que apenas había podido maquillarse. Se había negado a decirle a dónde iban, así que se limitó a ponerse una blusa ajustada, una falda que dejaba a la vista sus piernas por delante y caía por detrás y unas sandalias de pulsera con suficiente tacón como para no parecer una enana al lado de ese hombre.

—¿Qué estás haciendo, Leah? —preguntó a su reflejo—. ¿Por qué sigues aquí?

Una pregunta que evitaba responder, pues la respuesta prometía ser tan mala como las acepciones que traían consigo.

«No voy a hablarte de amor cuando está claro que es algo que no hay entre nosotros».

¿Por qué había dirigido la conversación en esa dirección? No era normal, no tenía nada que ver con lo que sentía hacia ese hombre. Deseo, lujuria y pasión, sí, a raudales, podía notar la tensión sexual cada vez que estaba a su lado, una tensión que la estaba enloqueciendo, pero, ¿amor? No, todo lo que sentía por él ahora mismo era lujuria.

Sacudió la cabeza y se miró en el espejo.

—Vale, sí, me apetece y mucho —aceptó para sí misma. Quería acostarse con él, todo su cuerpo no hacía más que despertar y ronronear en su cercanía—. Pero no es una buena idea.

Resopló y echó la cabeza hacia atrás.

—Me va a sacar canas verdes —gimoteó, cerró los ojos y respiró profundamente—. Canas jodidamente verdes...

¿Y cómo quedaba el verde con el color del pelaje de su loba? No precisamente bien.

—Una loba —hizo una mueca—. No. No pienses en ello, ni lo mientes siquiera.

Tenía bastante ya de lo que preocuparse sin tener que ahondar aún más en los misterios de su propio pasado.

«Debes acostumbrarte y aceptar lo que eres, Leah. No se trata de un capricho, se trata de una parte de ti».

Cerró los ojos al escuchar su voz irrumpiendo en su mente. Savage le había comentado que eso formaba parte de su vínculo como compañeros.

Una parte que me cuesta aceptar.

Suspiró, abandonó el baño y se encontró de frente con su sexy y deliciosa pesadilla lupina.

—Lo harás, pequeña loba, antes o después aceptarás lo que eres —le dijo ahora en voz alta, dando respuesta a su propio comentario—, y puedes empezar ahora

mismo aceptando esto...

Antes de que pudiese decir algo al respecto, tiró de ella hacia el cuarto de la limpieza, cerró la puerta, la apretó contra esta y la besó con hambre.

—¿Te has vuelto loco? —jadeó, apoyándose en su pecho, los labios hinchados por su beso y sus ojos brillantes de deseo—. Este no es lugar...

—Es el lugar perfecto —la interrumpió volviendo a besarla. La deseaba y su aroma de excitación lo estaba volviendo loco—, cualquier sitio en el que pueda tenerte, será perfecto.

Gimió en su boca, su lengua salió al encuentro de la suya carente de timidez.

—Y si entra alguien...

Gruñó contra sus labios, arrancándola de la puerta, girando con ella para empujarla hacia una de las paredes.

—Tendrá un jodido espectáculo.

Sus gemidos lo excitaban, llevaba toda la maldita comida deseando meterse entre sus piernas, queriendo lamerla entera, tenerla de nuevo con él.

—No me vengas con...

El gruñido en su voz encendió a su alfa e hizo que se le erizase el pelo. No le gustaba el desafío, no lo permitía, esa loba necesitaba saber quién estaba al mando y estaba más que dispuesto a demostrárselo.

—Deja de rezongar, Leah —gruñó a su vez, su voz tomada por su bestia—, eres mía y yo cuido lo que es mío.

Ella gimió en respuesta reconociendo su tono de voz, plegándose a él.

—La maldita puerta está cerrada y nadie entrará —le informó, queriendo tranquilizarla al mismo tiempo—. Mientras no aúlles, todo irá bien...

Se revolvió contra él, podía notar su cuerpo excitado, sus pechos llenos, los pezones duros restregándose contra su torso.

—Yo no aúllo...

Sonrió travieso.

—Lo harás, lobita, te prometo que lo harás.

No esperó réplica, no quería escucharla rezongar así que se apoderó de su boca con un rabioso y húmedo beso que la llevó a gemir contra sus labios y restregarse contra él mientras alzaba los brazos y le rodeaba el cuello. Su lengua incursionó en su boca, lamiéndola, saboreándola, dejándole como única opción responder a su pasión. Era adictiva y perfecta para él, la única que había esperado y que superaba con creces todas sus expectativas.

La apretó contra él, acomodando su erección contra la uve de sus muslos mientras la sujetaba de las nalgas, magreándola, deleitándose con ese precioso y delicioso culo. Era única la manera en que se derretía contra él, la forma en la que respondía a sus besos, emparejando su hambre con la suya con una intensidad rabiosa que lo

enardecía.

Rompió su beso para respirar, sus ojos se encontraron con los de ella, viendo el brillo de su bestia en ellos. La loba estaba tan cerca de la superficie como lo estaba el suyo.

—Tengo hambre de ti —murmuró bajando sobre su cuello, besándola, mordisqueándola mientras la arrastraba de nuevo, alzándola y sentándola sobre el borde de una pequeña mesa para tener las manos libres y explorarla a placer—, tanta hambre que no sé cómo he sobrevivido hasta ahora sin tu presencia.

La luz en sus ojos se dulcificó, sí, esta era la lobita que conocía, dulce y traviesa, suya, su mujer, su compañera y, con el tiempo, la madre de sus cachorros. Resbaló las manos hasta sus hombros, su mirada enfrentó la suya y supo que podía ver en ellos la pasión y la lujuria que ella le despertaba. La misma excitación corría por sus venas, podía sentirla, olerla, era como una prolongación de sí mismo, la yesca que necesitaba su fuego para prender y hacerse cada vez más intenso.

—No deberías de decir cosas como esas a una mujer a la que apenas conoces —murmuró ella sin apartar la mirada. Valiente, desafiante, su loba.

Le mordió los labios, le succionó el inferior y tiró de él hasta dejarlo escapar escuchando un suave gemido en respuesta.

—Eso tiene solución, dulzura, solo tengo que aplicarme y conocerte muy, pero que muy a fondo —se relamió—, y este es tan buen momento como otro para empezar.

Se lamió los labios, acariciando el inferior con la punta de la lengua en una muda invitación que su sexo acusó al momento.

—¿Y a qué estás esperando? —lo acicateó—. ¿A que te dé permiso?

Soltó una carcajada, no pudo evitarlo, el descaró y la travesura en su mirada y en sus palabras lo encendía y divertía al mismo tiempo. Su loba podía pasar de la ternura y timidez más absoluta a la pasión y descaró más arrollador.

—Me gusta tu descaró, pequeña, pero guárdalo solo para mí —se introdujo entre sus piernas y la mantuvo prisionera en su precaria posición—, todo lo que tienes, dámelo solo a mí, Leah.

Se lamió los labios, ese tierno sonrojo cubriéndole las mejillas.

—Siempre estás exigiendo —rezongó ella—, ¿cuándo pedirás algo para variar?

—Cuando crea que ha llegado el momento en que puedas amarme.

Las palabras la noquearon y lo sorprendieron a él mismo. No era un hombre romántico, por el contrario, prefería la practicidad, el deseo ya que era con el que solía lidiar, pero ella despertaba en él algo más, algo que no había sentido antes por ninguna mujer. No se trataba de su afán posesivo, de la necesidad de tenerla solo para él, deseaba, de una manera primaria e íntima, que ella se entregase por completo porque lo desease, no porque él se lo pidiese o se lo impusiese.

Sí, de una manera poco meditada e inesperada, quería que ella lo quisiera, que se decidiese a compartir su vida con él no por que fuesen compañeros, sino porque lo

desease.

—Pero mientras tanto, haré lo que se me da mucho mejor —replicó, haciendo a un lado sus cursis pensamientos, deslizó las manos por debajo de la blusa, acariciándole las costillas hasta ahuecarle los pechos—, seducirte y follarte hasta que todo lo que puedas hacer es aullar.

Masajeó sus pechos, deslizando los pulgares sobre los endurecidos pezones, lamiéndole la oreja y jugueteando con la delicada carne. Le subió la blusa de un tirón por encima de ellos, desabrochó el broche delantero del sujetador y se zambulló en su piel, derramando su cálido aliento.

—Eres deliciosa y caliente, hueles tan bien —le aseguró susurrando contra la piel sonrojada de su cuerpo, deslizando la lengua sobre las duras cúspides—, que solo puedo pensar en devorarte.

—Una declaración muy acertada para ti, peluche.

Se rio por lo bajo y lamió de nuevo el pezón antes de succionarlo arrancándole un débil gemido.

—¡Odin! —gimió arqueando la espalda para acercarse más.

—Sí, mucho mejor —gruñó.

Se dio un festín con los pechos femeninos, sus breves jadeos eran un aliciente estupendo para obtener lo que quería, obtener más de ella y no se lo pensó dos veces. Sin abandonar su delicioso asalto, deslizó las manos hasta la tela de la falda, la recogió con los dedos hasta dejar a la vista unas breves braguitas de encaje realmente *sexy*.

—Nunca me ha gustado el encaje hasta ahora —confesó con un gruñido antes de incorporarse y alcanzar ahora su boca, bebiendo de ella como un hombre sediento y desesperado. Sus dedos se deslizaron entonces por dentro de tela, encontrando sus rizos y finalmente los húmedos pliegues que guardaban su sexo. Aferrándole la cadera con la otra mano dejó sus labios para acercarse a su oído y susurrarle con voz entrecortada—. Y así es como te deseo, mi pequeña loba. Caliente y mojada.

Ella se mordió el labio para evitar gemir cuando los gruesos dedos empezaron a jugar en su sexo, creando más humedad, enloqueciéndola con sus caricias, acercándola cada vez más al borde.

—Odin... por favor...

Satisfecho con la manera en que su cuerpo reaccionaba a sus caricias, volvió a acercarse a su boca, planeando sobre sus labios como si fuera a besarla, calentándola con su aliento mientras introducía uno de sus dedos en el húmedo y ya lubricado canal de su sexo.

—Eres realmente caliente —ronroneó sin llegar a tocar sus labios.

Leah le echó las manos al cuello, aferrándose de sus hombros, podía notar su tensión, la irritación que la envolvía, la necesidad y el deseo de su loba de tomar el mando.

—Deja de hablar y haz algo... necesito más... quiero más —gimió de forma

lastimera, moviéndose contra aquel dedo invasor.

Deslizó la lengua suavemente por su labio inferior, como si lo delinea y entonces la introdujo en su boca, imitando el gesto que hacía su dedo en el interior de su apretado sexo.

—Y te lo daré —gruñó satisfecho—, cuando yo quiera dártelo.

Se revolvió contra él gimoteando, gruñendo a su vez, buscando tomar la batuta que él no soltaba.

—Ahora sería un jodido buen momento.

Suavemente, deslizó su dedo fuera, dejándola vacía y llorosa, rabiosamente necesitada, calmándola cuando empezó a protestar solo para volver a besarla y ahuecar nuevamente su trasero, alzándola con él para dejarla en el suelo y muy lentamente darle la vuelta de modo que quedó de espaldas a él.

Con el rostro sonrojado, el pelo cayéndole desordenado por los hombros, la blusa enrollada por encima de sus pechos desnudos, era la viva imagen de la decadencia y la pasión. Cerniéndose sobre ella como una montaña de sensualidad y masculinidad, le apartó el pelo dejando su cuello al descubierto y le mordisqueó la piel. Mientras, se llevó las manos al cierre de los pantalones y subió a acariciarle el arco de la oreja.

—No estás en tu época fértil, pero de ti depende de si quieres que usemos preservativo o no —le susurró con gesto erótico. Aquel era uno de los beneficios de su condición lupina y su vinculación con ella, permitiéndole saber cuándo su compañera era receptiva para procrear—. Sé que has estado tomando algún tipo de anticonceptivo, pero ahora no puedo olerlo sobre ti.

Se estremeció y pudo ver casi el gruñido frustrado de su loba.

—Con todo el lío de estos días, se me olvidó... —se detuvo en seco y se giró a mirarle—. Espera un momento, ¿acabas de decir que puedes saber cuándo... soy fértil?

Le besó la oreja, le pegó un mordisquito y gruñó.

—Preservativo ahora, charla después.

El papel plateado de un condón voló frente a ella antes de terminar tirado en el suelo a su lado, las manos masculinas volvieron a acariciarle la piel, deslizándose por sus caderas, llevándose en el proceso las braguitas. La sintió temblar, su excitación equiparando la suya mientras le acariciaba las nalgas antes de ascender por su columna, empujándola hacia delante.

—Las manos sobre la balda, Leah —una orden cruda y sexy que le arrancó un gruñido a su loba solo para verla obedecer—. Oh, sí, esta es sin duda una vista de la que disfruto inmensamente.

—Serás perro...

Se inclinó sobre ella y le mordió la base del cuello.

—Lobo, dulzura, lobo —le sopló el lugar del mordisco, le acarició la espalda con pereza y le masajéó el trasero mientras se le hacía la boca agua por probarla—. Y este lobo va a montarte duro y rápido —se coló entre sus muslos, acariciándola con su

erección para luego empezar a penetrarla desde atrás, introduciendo nada más que la cabeza—, y lo disfrutarás tanto como yo.

De sus labios solo escapó un impaciente gemido, intentó echar las caderas hacia atrás pero no se lo permitió, por el contrario, le pegó un pequeño azote en la nalga.

—No —la sujetó por las caderas, manteniéndola inmóvil—, hoy y ahora mando yo, cariño. Si te portas bien, ya veremos si te dejo tomar luego la batuta.

Siseó, luchando contra él.

—Maldita sea, lobo, deja de hablar y fóllame.

Empujó otra pulgada introduciéndose un poco más, haciéndola jadear mientras su sexo se iba estirando para darle cabida.

—Y esa es tu loba hablando —se inclinó de nuevo hacia delante, hablándole al oído—. Puedo notarla en tu voz, en tu piel y quiere lo mismo que tú.

—No...

—No me mientas —empujó un poco más—, al contrario que tú, yo domino a mi lobo y lo entiendo.

—No quiere lo mismo que yo —siseó y jadeó—, ella quiere morderte, yo quiero que me folles...

Se rio y le besó el cuello.

—Pues tendrás que convencerla de que ambas queréis lo mismo.

Salió por completo solo para volver a penetrarla con duros y firmes golpes, sus jadeos le decían todo lo que necesitaba saber, que le gustaba el sexo de esa manera, que era lo que ahora mismo necesitaba, lo que ambos necesitaban. Sus jadeos inundaron el pequeño cuarto, los dulces y llenos pechos se balanceaban al compás de sus embestidas, ella se apretaba más contra él, saliendo a su encuentro, retirándose cuando se retiraba, rindiéndose por completo al placer e intentando contener los sonidos que salían involuntariamente de su garganta. Su compañera resplandecía bajo el placer, se encendía con la lujuria y su loba despertaba con un hambre que acicateaba la suya, emparejándose a la perfección en ese baile arcaico.

Las previas reservas se volatilizaron después de un par de embestidas, sus almas parecían haberse sintonizado durante un momento, sus bestias reconociéndose y aceptando la jerarquía de cada uno, dominando uno y sometándose la otra, una batalla de voluntades en la que solo podía alzarse un ganador; él.

La tomó con todo lo que tenía, la reclamó a un nivel primario, animal y humano, disfrutó de quién y qué era ella y la atesoró por lo mismo. Apretó el ritmo hacia el final, el sonido de la carne húmeda golpeando contra carne húmeda lo inundaba todo, en su mente ya solo existía su compañera, la mujer que estaba debajo de él, a la que debía su lealtad, su pasión y su propia vida.

—Leah —gruñó su nombre incapaz de contenerse, deseando que ella supiese que solo pensaba en ella, que solo existía ella.

—Odin —gimió ella a su vez, reconociéndole igualmente.

Buscó su boca, emparejó sus lenguas en un húmedo y jadeante beso sin dejar de

poseerla, respiró en su boca, se bebió sus gemidos y gruñidos mientras la marcaba indeleblemente como solo un lobo podía hacerlo. La reclamó una vez más, deslizó la boca sobre su cuello, al hueco sobre su hombro y dejó que los incisivos de su bestia emergieran para morderla.

La sintió más que oyó aullar, un sonido primitivo, de absoluta rendición. Su loba, por fin había aceptado el lugar que le correspondía a su lado.

—Oh dios mío... —escuchó su voz rasgada.

«*Córrete para mí, lobita*».

Un nuevo gemido, su cuerpo estremeciéndose cuando el orgasmo femenino la recorrió llevándole a él mismo al borde.

«*Odin*».

No dejó de montarla, no bajó el ritmo, siguió poseyéndola, surfeando el placer y contrayéndolo de nuevo en su interior.

«*Odin, por favor*».

«*Una vez más, dulzura, una vez más*».

Gruñó, un sonido que emergió de su voz, una queja, un ruego, su loba tan desesperada como ella.

«*Córrete para mí una vez más, compañera. Dámelo, dame todo lo que eres*».

Su cuerpo respondió a su asalto, plegándose a su voluntad, estallando en un nuevo orgasmo que lo apretó y catapultó a él mismo a su propia liberación.

«*Mía, Leah, eres mía*».

Lamió la herida que le había hecho, retirando la sangre, procurándole alivio mientras se vaciaba, sucumbiendo a su orgasmo.

—Mía —la reclamó en voz alta.

La notó estremecerse bajo él, luchando por mantenerse en pie bajo su peso mientras respiraba entre jadeos.

—¿Sigues conmigo, lobita? —salió de su interior, se deshizo del condón y se arregló el pantalón, para luego ayudarla, bajándole la falda y tirando de su cuerpo hacia el suyo. Estaba temblando de pies a cabeza—. Leah, ¿estás bien?

Esos bonitos ojos turquesa se posaron en los suyos y estaban llenos de lágrimas.

—Cariño —se preocupó—. ¿Qué pasa? ¿Te he hecho daño?

Sacudió la cabeza, su pelo rojo volando en todas direcciones.

—No... no puedo... no... —sacudió de nuevo la cabeza y se lamió los labios—, no puedo... respirar... y no me sostienen... las piernas.

Le rodeó la cintura y la apoyó contra él, sosteniendo todo su peso.

—Ella... la... la he sentido y... y creo que me habló... —continuó, apoyándose en él—. Yo... la he sentido... como cuando era niña... ella... soy yo...

La abrazó y bajó la boca sobre la de ella, besándola con ternura.

—Sois dos caras de una misma moneda, pequeña, no podéis existir una sin la otra —le acarició la mejilla—. Eres tú, no sois dos entidades separadas, ella es tú y tú eres ella.

Se lamió los labios y asintió.

—Pero sigue... seguimos... —sacudió la cabeza—. Sigo queriendo morderte.

Se rio, resbaló las manos sobre sus nalgas y se las apretó.

—Te enseñaré cómo hacerlo —se rio, bajó la cabeza y posó la frente sobre la de ella—. Entre otras cosas, te enseñaré cómo reclama una loba a su compañero.

—Bien —aceptó relajándose en sus brazos—. Pero antes, salgamos de aquí. No me va el exhibicionismo.

Deslizó la boca sobre su oído.

—A mí tampoco.

CAPÍTULO 41

Una semana después...

Sabía que había llegado el momento, la última semana había mantenido a esos estúpidos humanos entretenidos con lo que parecían preferir por encima de otras cosas: drogas y mujeres. Su razonamiento y vicio eran propios de la raza humana, les movía el dinero y tendían a comulgar con el salvajismo y el vandalismo. No les importaba atacar a aquellos que se les asemejaban, aunque fuesen lobos disfrazados en piel humana.

Eso había sido útil al principio, una manera de captar su atención y derivarla sobre aquello que le interesaba; la limpieza. Les había dado un propósito, los había inducido a creer que estaban haciendo un bien mayor librando al mundo de maltratadores y delincuentes reincidentes. Lobos viciosos y trastornados que disfrutaban infligiendo miedo y dolor, humanos que no merecían otra cosa que un escarmiento o la muerte. En poco tiempo se habían erigido como superhéroes, se habían creído el azote misterioso de una ciudad en la que vivía el pecado hasta que la muerte y el correr de la sangre, se había convertido en una sed maltrecha que empujaba al vicio y a la depravación.

Ni siquiera les había preocupado la ausencia de Carlos, para ellos, mentes simples, solo existía el ahora, cuando más vicioso mejor.

Todo había formado parte de su plan, uno cuidadosamente estudiado y puesto en marcha años atrás, una red que ir tejiendo poco a poco, aumentando el alcance y adaptándola para el golpe definitivo, uno que culminaría con su venganza.

Ahora, ese plan estaba en riesgo por culpa de esos imbéciles, era hora de deshacerse del lastre, de limpiar el rastro y cambiar de táctica. Necesitaba para deshacerse del último de los estigmas, uno que lo dejaba demasiado cerca de la zona de peligro. No se podía confiar en los humanos, una lección aprendida con sangre.

Dejó caer un sobre en la mesa, los billetes se derramaron esparciéndose y captando la inmediata atención de los presentes.

—¿Ey? ¿Ya es navidad?

—¿Qué hay que cazar ahora?

—Seguro que querrá que hagamos lo que el imbécil de Carlos no logró terminar.

Se giraron hacia él, ignorantes de su naturaleza. Pensaban que era un empresario, un multimillonario excéntrico al que no le importaba mancharse las manos.

—Ese viejo era un chalado —comentó otro—. Aunque un buen compañero de borracheras.

—¿Y qué tienes ahora en mente?

—¿Ya tienes organizado otro juegucito, jefe?

Sonrió interiormente.

—Este os gustará particularmente —aseguró—, y no será más que el comienzo.

Sí, había llegado el momento de replegarse y quemar sus velas, unas que ya no le servían.

CAPÍTULO 42

—Ni se te ocurra.

Leah masculló por lo bajo y se detuvo, respiró profundamente y se giró para enfrentarse con la mirada de halcón de Quinn. Ese maldito lobo parecía tener un radar para encontrarla, al igual que su alfa. Durante la última semana había aceptado —a regañadientes— pasar las noches en el Imperian. Su compañero tenía la obligación de atender el Casino y dejarse ver al menos un par de veces y había convertido en costumbre el retirarse con ella a su *suite*.

Tenía que admitir que ese hombre tenía más paciencia que un santo, no rehuía sus preguntas, le explicaba lo que necesitaba y le fundía las neuronas en la cama. Incluso se había convertido en su instructor, enseñándole a cambiar, aunque dichas clases fueran tan frustrantes como irritantes. Su loba tenía mucho en común con ella misma y odiaba que le diesen órdenes.

Tenía que admitir que aceptar quién y qué era, fue en cierto modo liberador, el sentirse en la piel de su loba solía aterrarla tanto como excitarla.

La cercana presencia del beta de la manada la llevó a gruñir por lo bajo.

—Buenos días, Quinn.

El joven lobo se detuvo delante de ella, su gesto claramente un desafío.

—Si buscas a Odin...

—No necesito saber dónde está mi alfa, Leah —le soltó—, lo sé.

Y ahí estaba, tan encantador como siempre. Era un misterio cómo demonios no se habían matado todavía el uno al otro, porque ganas, no les faltaban.

—Entonces no te molesto...

—Ni se te ocurra dar un paso más, mocosa.

Se erizó, no podía evitarlo, ese hombre la sacaba de quicio.

—Ya veo que tus padres se olvidaron de enseñarte modales.

Se limitó a ignorarla.

—Al menos a mí me enseñaron algo —contraatacó—, y es enfrentarse a las cosas con valor.

Acusó el dardo con entereza, pero prefirió ignorarlo.

—¿Tanto miedo le tienes a tu hermana?

Resopló, no iba a permitir que la picase.

—Yo no le tengo miedo...

—Mira, aunque no lo creas, sé lo que es ser el hermano pequeño, lo que es idolatrar a alguien y fallarle —la interrumpió, sorprendiéndola ahora con lo que parecía sinceridad—, y créeme, es mucho peor cuando nunca tienes la oportunidad de disculparte y pedir perdón.

Sus ojos se encontraron y pudo ver el dolor y la pena en los ojos del lobo. Odin le

había hablado del chico y de su hermano Christian, cómo este se había mezclado con quién no debía y terminó muriendo en sus brazos. El joven lobo había atacado además a la compañera de su hermano, la había culpabilizado y despreciado solo para descubrir entonces su equivocación.

Esa mujer resultaba ser ahora la compañera del alfa de Manhattan y, tras un par de explicaciones y una oportuna penitencia de su parte, se había convertido en parte de una manada reclamada. Su propio compañero pertenecía también a la misma.

—Dawn está preocupada —continuó—, te echa de menos y tiene tanto miedo o más que tú de acercársete por temor a que la rechaces.

Se lamió los labios. No podía negar que ese había sido también su miedo y uno de los motivos por el que la estaba evitando.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien —aceptó tranquilo—. Todavía cojea un poco y se desespera porque le pican las heridas, pero está bien. Es una loba fuerte.

Loba. Sí. Su hermana era un hermoso ejemplar, fiero y noble, dispuesta a sacrificarse por ella.

—Y echa de menos a su hermana —continuó él con el mismo gesto irreverente de siempre—, así que mueve el culo y sube a verla.

Arrugó la nariz.

—¿Qué os pasa a todos que no podéis resistiros a darme órdenes?

Ladeó la cabeza y la miró de arriba abajo.

—Que eres una hembra alfa muy irritante.

—Pues tú tampoco eres precisamente una joya.

—No tengo que serlo, solo necesito ser tu beta, hermanita —le soltó—. Ve a verla. Odin ha tenido que reunirse con unos empresarios. Se encontrará contigo a mediodía para ver cómo van las reformas.

Dicho aquello dio media vuelta y atravesó el recibidor con un aire elegante que la sacaba de quicio.

—Lobos —bufó, aquello era peor que decir «hombres».

—Entonces, ¿no tenemos ninguna pista de quién hay detrás?

Odin miró la pantalla del ordenador y sacudió la cabeza. Velkan lo había contactado a primera hora de la mañana para ver cómo iban las cosas.

—Es como si se hubiesen replegado.

—Diría más bien “esfumado” —añadió Savage—. No ha habido acercamientos ni rastro alguno o reclamación. Es como si ese cabrón estuviese solo con los dos motoristas humanos...

—Pero no es lo que piensas, ¿no Sava?

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—No, *Voda* —le llamó príncipe en su idioma—. Sería demasiado sencillo

teniendo en cuenta a quién tenemos con nosotros.

—¿Tu compañera se adapta, Odin?

La pregunta de Velkan pretendía ser educada, pero ambos sabían que su interés iba más allá, no todos los días se encontraban con una hembra alfa, no era algo usual.

—Lo intenta, lo cual ya es bastante.

—Es duro perder una parte de ti mismo —comentó pensativo—. Te cuesta volver a conectar...

Algo en la voz de Velkan sugería que sabía muy bien de qué hablaba.

—Lo está haciendo bien —aceptó, lo cierto es que así era. Leah podía ser cabezota, pero tenía interés por aprender, entre otras cosas—. Es una hembra que sabe lo que quiere.

—Una hembra alfa —asintió el joven príncipe con gesto pensativo—, es sin duda todo un desafío.

—No te haces una idea.

Sonrió en comunión con él.

—Espero poder conocerla pronto —comentó divertido—, quizá en la próxima reunión anual.

Puso los ojos en blanco.

—Tú quieres verme morder el polvo, ¿no?

—Ese sería Wolf —le recordó.

Sacudió la cabeza y añadió.

—No me hago responsable de sus propias palabras.

—Es sin duda... todo un personaje —añadió Savage.

Él asintió.

—Tenedme al tanto de las novedades —pidió el príncipe antes de cortar la comunicación.

—Dalo por hecho.

Tras las oportunas despedidas, miró a Savage.

—¿Me vas a contar a mí lo que no le has dicho al príncipe?

Sonrió de soslayo.

—¿Y estropear la sorpresa?

—Savage...

Chasqueó la lengua.

—No es nada —declaró—. He intentado rastrear a esos hombres, los motoristas de los que hablaste y no he encontrado ni rastro de ellos...

—¿Pero...?

—Pero sé a qué agrupación pertenecen o pertenecían —continuó coqueta. Le encantaba tener la razón y salirse con la suya—, una de la que no han formado parte desde hace un año. Dicen que alguien les ofreció un servicio privado, pero los rumores sobre «cacerías» llevan tiempo sonando.

Gruñó, tenían que ser ellos.

—¿Cómo no hemos sabido de estas prácticas hasta ahora?

Sacudió la cabeza.

—No creo que hayan estado nunca antes tan cerca del corazón de tu territorio —valoró ella—. He encontrado registros de algunas desapariciones, hechos aislados que no han levantado más preocupación que la ausencia de alguna persona por parte de una familia, pero, por lo general, casi habrían dado las gracias por perderles de vista.

Enarcó una ceja.

—¿Cómo es posible?

—Maltratadores, jueguistas desenfrenados... *crème de la crème*.

Bajas que no levantarían sospechas, pues serían incluso bienvenidas por el entorno en el que se daban.

—Hay que encontrarlos y hacerlos salir —declaró—. Quiero saber a quién siguen, a quién obedecen y quién demonios está detrás de todo esto y por qué.

Ella asintió.

—No dejaremos que se acerquen a las hermanas —le aseguró—, si lo hacen, no vivirán para contarlo.

Y eso era una fría promesa, una hecha por una loba salvaje y dura.

Poder hablar con su hermana como antes había sido un deseo siempre presente en su alma, pero tras los últimos acontecimientos las cosas habían cambiado. Sí, se sentía culpable por lo que le había hecho a Dawn, pero dadas las circunstancias, no había podido hacer otra cosa.

Ella era la única que era consciente de quién y qué eran, la única que había sabido que tenían un pasado que significaba mucho más de lo que pensaba.

En ciertos aspectos o quizá en muchos, su vida había sido un engaño, una mentira, pero no por ello podía dejar de querer a Nora y Jim Álvarez, pues eran los únicos padres que conocía. Fue a ellos a quienes lloró, a quienes echaba de menos en cada Navidad, habían sido parte de su vida, su pasado y, ahora comprendía, que también habían sido la razón de que tuviese un futuro.

Odin le había hablado de la familia Daratraz, un clan solitario, una comunidad que convivía con la naturaleza, muy cercanos a sus lobos y sin mezclarse con nadie. Su compañero había sido un lobo joven entonces y no estaba seguro de cómo había empezado todo, solo sabía que se inició un incendio y que todo el pueblo fue masacrado.

Solo había habido un puñado de supervivientes, la mayoría de los que se sabían eran niños o adolescentes que habían sido ocultados en el seno de los distintos territorios de los alfas de América para mantenerlos a salvo. La gran mayoría se habían olvidado de ellos hasta que, unos meses atrás, en el territorio de Nebraska, habían atentado contra Mikel Santana y la compañera de Jeremy, el jefe de la región centro noroeste.

Su procedencia no podía ser más extraña y truculenta, en honor a la verdad, no sabía siquiera si deseaba indagar en ello.

Recorrió el pasillo del área privada del hotel, el ala opuesta a la que ocupaban ahora Odin y ella. Dawn se había alojado desde el primer momento con Quinn y, al contrario que ella misma, según le comentó su compañero, se había metido al personal del hotel ya en el bolsillo.

Dawn era cálida o, al menos, lo había sido una vez. Era una mujer a la que todos adoraban, tierna y buena, dispuesta a hacer todo lo que estuviese en su mano por los demás. Siempre había sido la favorita de todo el mundo, incluso para sí misma, que la idolatraba.

Se detuvo delante de la puerta, aspiró profundamente, soltó el aire y llamó.

—¡Está abierto!

El sonido de algo golpeando el suelo y pasos precedieron a la apertura de la puerta y una visión que hacía tiempo no veía; el rostro sonriente de su hermana.

El pelo recogido en una coleta alta, una bonita blusa y unos *shorts* a través de los que se veía un vendaje en el muslo, completaban un inesperado cuadro. Su hermana se apoyaba esporádicamente en una muleta, pero era tal y como la recordaba. Su mirada no estaba perdida, la palidez había desaparecido y tenía un saludable y vibrante color.

—Leah —le sonrió con la calidez de siempre y el reconocimiento en la voz—. Ven, entra —estiró la mano y la cogió de la muñeca—. Perdona el desorden, he estado buscando algo y no... ¿Leah? Cariño, ¿qué tienes?

No pudo responder, se le había cerrado la garganta, las lágrimas le inundaban los ojos y le era imposible hablar.

—Leah —se preocupó. Vio la preocupación, la impotencia en sus ojos y lloró aún más fuerte.

Ni siquiera supo cómo había llegado allí, cuando se había movido, pero lo próximo que supo era que Dawn la estaba abrazando, acariciándole el pelo mientras murmuraba palabras reconfortantes.

—*Shh...* Lo siento, cariño —murmuró ella—, siento haberte dejado sola tanto tiempo.

Su llanto arreció y volvió a ser la muchacha que se encontró sola ante el mundo, una niña perdida y huérfana que acababa de perder a sus padres y había visto a su hermana en el hospital.

CAPÍTULO 43

Había momentos en que las palabras sobraban, en que lo único que necesitas es la compañía, la presencia y el saber que no estás sola. Leah había llorado hasta quedarse seca, había dejado salir todo lo que llevaba dentro desde el día del accidente de sus padres, dónde todo el que significaba algo la había abandonado. Inconscientemente, había enterrado sus sentimientos y emociones para convertirlos en culpabilidad, porque era más fácil enfrentarse a la vida.

De la noche a la mañana, se había encontrado sola y responsable de la persona que siempre había cuidado de ella, un cambio que la había dejado en un limbo del que había emergido a fuerza de constancia.

Muchas cosas habían cambiado entonces empezando por ella misma, la necesidad de seguir a flote había sido decisiva. Y ahora, Dawn por fin estaba de vuelta, su hermana, su mundo... o al menos lo había sido hasta ahora, pues Odin había ocupado ese lugar de un modo intenso e inesperado.

La chica se acercó cojeando, le tendió un refresco y se sentó a su lado en el sofá del salón de la *suite*.

—No hay mucho más en la nevera, lo siento —se disculpó—. Creo que me he vuelto adicta al refresco de naranja. Le pedí a Quinn que me echase una mano para rellenarla, pero ha estado ocupado...

—Sí, echándome la bronca.

—Lo siento —se sonrojó—. Le he vuelto loco preguntándole por ti.

—Ahora ya no importa —se encogió de hombros—. Las cosas siempre suceden por un motivo. No sirve de nada buscar culpables a estas alturas. Además, alguien lo está pasando pipa enseñándome a ser una loba educada y sumisa.

Enarcó una ceja.

—¿Tú? ¿Sumisa?

Sonrió de soslayo.

—He dicho intentando...

Ella rio y ese sonido la calentó por dentro.

—Odin es un buen alfa —comentó—, no he oído más que elogios a su mandato.

—Es un mandón.

—Prerrogativa de ser alfa.

Puso los ojos en blanco.

—Eso no sirve de consuelo —aceptó—. Pero no es un problema, he encontrado la forma perfecta de hacerle perder la paciencia.

—¿Debo preguntar?

Le miró e hizo una mueca.

—¿Te das cuenta de que nunca hemos llegado a hablar sobre chicos?

Ella asintió.

—Sí, Leah. Me doy cuenta de que he estado perdida mucho tiempo.

—No quería decir eso...

La detuvo, levantó la mano y negó con la cabeza.

—Quinn también insiste en justificarme, de justificar lo ocurrido, pero... no es justo...

—No podías hacer otra cosa, Dawn —se encogió de hombros—. A ninguna se nos dio otra opción.

Negó con la cabeza, se recostó contra el sofá y suspiró.

—No, nunca tuvimos opción —musitó y la miró—. Pero la tenemos ahora, ¿verdad? ¿Crees que podemos seguir dónde lo dejamos?

Suspiró y duplicó su gesto.

—No. Eso es imposible —declaró con firmeza—. Mucho ha cambiado desde entonces. Pero podemos volver a conocernos y sin duda, podrás ayudarme a entender este mundo... mucho mejor...

Le cogió la mano.

—Eres mi hermana pequeña, no hay nada que no hiciera por ti.

Señaló su pierna.

—Limitate a enseñarme lo que sabes, a hablarme de nuestras lobas y mantente lejos de locos psicóticos y todo irá como la seda.

—¿Es una promesa? —le tendió el meñique.

Sonrió y enlazó su meñique como cuando eran niñas.

—Lo es —sonrió y la abrazó—. Me alegra tenerte de nuevo en mi vida, Dawn, no te vuelvas a ir nunca.

—Jamás, hermanita, jamás.

—¿Todavía aquí?

Leah se giró para ver a Odin en la recepción con Savage, hacía un rato que había dejado a Dawn y ahora intentaba buscar un modo de transporte alternativo, ya que su coche había decidido dejar de funcionar.

—Pensé que ibas a pasarte por la oficina.

—Iba es la palabra clave —hizo una mueca—. Me he entretenido con Dawn y ahora mi jodido coche no arranca.

Él asintió y se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón.

—Llévate el mío —le dijo sacando las llaves y tendiéndoselas.

Miró el llavero y luego a él.

—¿El deportivo? Ni borracha —negó rotunda. No pensaba tocar ni con una uña ninguno de los coches de exhibición que había visto en el garaje, especialmente no el que solía usar su compañero, un jodido deportivo negro—. Si le hago un rayazo se me mueren las pulgas.

Puso los ojos en blanco ante sus palabras, aquello era una discusión que habían tenido hacía un par de días, cuando había empezado a picarle todo después de un paseo en forma lupina por la reserva y se había empeñado en que le diese un baño anti pulgas. La mirada que le había echado entonces el lobo había sido memorable.

—Ni caso —declaró Odin—. Aquí, tu chica-alfa, está empeñada en que le dé un baño desparasitario cuando está en forma lupina.

La chica la miró horrorizada.

—Es broma, ¿no?

—¿Tienes idea de lo difícil que resulta rascarse con una pata? —le dijo toda llena de razón—. ¿Quién sabe qué clase de cosas puedes pillar corriendo por ahí?

—Oh, pero eso no es todo, también quiere calzado para las patas.

La ironía en la mirada de uno y la incredulidad de la otra la hizo gruñir.

—¿Alguna vez has corrido por ahí descalza? —se justificó con un bufido—. Las piedras son horribles, me lastiman.

—Eres la loba más extraña que he conocido en toda mi vida y es mucho decir.

Puso los ojos en blanco, le echó un vistazo al reloj y se giró hacia ellos.

—Si ya habéis tenido suficiente diversión a mi costa, pediré un taxi y me iré —declaró poniéndose a ello.

—Leah, espera —la detuvo Odin—. Te acerco yo a la oficina si no quieres llevarte mi coche.

—Prefiero correr... y a cuatro patas... antes que tocar el ego de un multimillonario.

—No soy multimillonario...

—Pues tus coches sí lo son —apostilló recordando los caros gustos del hombre.

—Eso es que no has visto los de Brian, mi alfa —intervino Savage—. Y cuidado no les alcés la voz... son muy sensibles.

—¿Los coches?

—Ajá.

—No voy a preguntar.

—Haces bien.

Odin chasqueó la lengua, retomando la conversación al punto original.

—No vas a correr por mi ciudad a cuatro patas y mucho menos sola, te llevo yo —negó en rotundo, entonces se giró hacia la mujer—. Save, cualquier novedad...

—Lo sé, lo sé —aseguró la chica—. Serás el primero en saberlo. Leah.

Correspondió a su saludo, en todo el tiempo que llevaba en el hotel había coincidido con la loba unas cuantas veces y le caía bien.

—Adiós Savage.

Esperó a que la chica se perdiese por el fondo y se giró hacia Odin.

—¿Alguna novedad de la que deba estar enterada?

Negó con la cabeza y le apartó un mechón de la cara.

—Nada que tenga que preocuparte —aseguró y frunció el ceño—. Dijiste que

habías estado con Dawn, ¿no?

Le palmeó el hombro.

—Te alegrará saber que tu beta y yo no nos hemos arrancado la cabeza —le informó, sabiendo hacia dónde iba su pregunta—. Quinn tiene una manera única de exponer su punto de vista y hacerte sentir culpable.

—¿Cuándo vais a enterrar el hacha de guerra?

—¿Nunca? —sugirió, entonces chasqueó la lengua—. Creo que no seríamos nosotros si no nos estuviésemos amenazando cada vez que nos cruzamos.

Puso los ojos en blanco.

—¿Todo bien con tu hermana, entonces?

Asintió.

—Sí, creo que sí —aceptó valorando su conversación con ella—. Hemos hablado, hemos compartido cosas y... ¿Sabías que va a dejar el hotel?

Aquella había sido una noticia inesperada, ella había estado tan ilusionada mientras hablaba de ello que no pudo hacer otra cosa que sonreír. Para ser sincera consigo misma, había sido un golpe, era como si le hubiesen devuelto a su hermana solo para volver a quitársela.

—Quinn tiene su propia casa —corroboró Odin—. El hotel es una vivienda itinerante, pero no nuestro hogar.

Sí, podía entenderle puesto que ella misma todavía echaba de menos un verdadero hogar, el cual no había tenido desde que se incendiase la casa familiar.

—¿Por eso compraste el rancho?

—Sí.

Arrugó la nariz al darse cuenta de un pequeño detalle.

—El hotel es de reciente construcción, ¿dónde has estado viviendo mientras tanto?

Sonrió con afectación, parecía divertirse su interés.

—Tengo un apartamento a las afueras —le informó—. Me mudé cuando me tocó encargarme de la manada. Nací en Idaho, mi padre era de aquí, mi madre Noruega, de ahí la mezcla.

—Déjame adivinar, has salido a tu madre.

Se rio entre dientes.

—Al contrario, soy el vivo retrato de mi padre —aseguró—. Él también era rubio y de ojos azules.

Era la primera vez que le oía hablar de su vida privada, más allá del momento actual.

—¿Tus padres viven?

—Mi madre, sí —asintió con gesto picaresco—. Y está deseando conocerte.

—¿Cómo? —El corazón le dio un vuelco.

—Tranquila, loba, ella vive ahora en The Town Park, en Ålesund, Noruega —la tranquilizó al momento—. Le gusta viajar, pero prefiere su tierra natal. Al parecer,

Velkan tuvo una inesperada charla con ella y se le escapó el hecho de que me había emparejado.

Arrugó la nariz buscando en su memoria ese nombre, creía haberlo escuchado con anterioridad.

—Velkan es...

—Nuestro príncipe —se encogió de hombros—. Y él también quiere conocerte.

Y eso, damas y caballeros, le pasaba por preguntar.

—Tu madre, un príncipe... —negó con la cabeza—. Esto va demasiado rápido, ni siquiera estamos en esa base.

—Tranquila, dulzura, déjales que hagan sus propios planes, todo lo que tiene que preocuparte de ahora en adelante soy yo.

Ladeó la cabeza y soltó un pequeño resoplido.

—Y con eso ya tengo más que suficiente.

—Eso espero —le dedicó un guiño—. ¿Te llevo entonces al trabajo?

Suspiró y lo miró con cara de niña buena.

—Solo si me dejas a una manzana de distancia.

Bufó, un sonido lleno de risa.

—No me cabe duda que contigo nunca voy a aburrirme, compañera.

CAPÍTULO 44

Maldito lobo traicionero. La había dejado delante de la puerta de la inmobiliaria y le comió la boca delante de todo el que quisiese verlo. Y los habían visto, las sonrisitas, las miradas y las indirectas comenzaron a volar por la oficina de un lado a otro tan pronto entró y se extendieron durante la próxima hora.

—Entonces, ¿estáis saliendo? —canturreó David, su socio, si bien era un poco más discreto que las dos empleadas que trabajaban con ellos, disfrutaba como el que más de un buen cotilleo.

—¿Dónde está el informe de este contrato? —le ignoró y siguió con su trabajo.

—¿No vas a contarme ni un solo cotilleo?

Puso los ojos en blanco.

—No hay nada que contar.

—Uh-huh. ¿Estás saliendo con uno de los empresarios más exitosos de Las Vegas, el propietario del hotel a cuya inauguración asististe y no tienes nada que decir?

Lo miró de soslayo.

—Tú eres el adicto a los cotilleos, yo no.

—Odin Peters es... peligroso y sexy, Leah —comentó y había cierta advertencia en su voz—. Es esa clase de hombre que devora primero y pregunta después.

—En ese caso es una suerte que yo también sea ese tipo de mujer, ¿eh?

Su socio y amigo se echó a reír.

—Eres una perra...

Ladeó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Prefiero el término loba, pero vale —volvió a concentrarse en sus asuntos—. ¿Se le hizo la inspección a esta propiedad? El cliente ha estipulado la inspección técnica de la casa como una condición a constar en el contrato.

Se inclinó sobre ella para ver el informe.

—Sí, está aquí —le entregó una carpeta—. ¿Vas a echarle un ojo al edificio?

—Qué remedio —resopló pensando en la casa en cuestión y el cliente—. La condición del comprador ha sido siempre que solo pactará conmigo. Es una pena que no comprenda el término vacaciones.

—Ánimo, te quedan siete días más —le guiñó el ojo.

—A este paso, necesitaría toda una vida.

Su socio sacudió la cabeza y rio.

—¿Quieres que te lleve? —se ofreció—. A menos que prefieras llamar a tu nuevo compañero...

Chasqueó la lengua.

—Antes cojo un taxi —puso los ojos en blanco—. Me daba las llaves del maldito

deportivo... Ni loca —se levantó—. Búscame ese maldito contrato y tenlo listo para cuando vuelva.

—Tus deseos son órdenes.

Ladeó la cabeza para mirarle.

—Si así fuese, no llevarías camisas tan horteras —le soltó—. De veras, David, te pago un buen sueldo como para que puedas comprarte ropa decente.

El hombre soltó una carcajada.

—Claro, cuando tú te pongas unos zapatos que no sean un arma de destrucción masiva —la acusó—, y no cuesten mi sueldo de un mes.

Sonrió coqueta y levantó una pierna, admirando sus nuevos zapatos, una indulgencia consigo misma que se había dado unos días atrás para sustituir los que se le habían estropeado.

—Eso nunca pasará —le guiñó el ojo, recogió su bolso y atravesó la oficina.

—¿Ya te vas? —la interceptó una de sus empleadas desde detrás de la mesa de su escritorio.

—David está al mando, yo ni siquiera he pasado por aquí —le dedicó un guiño y marchó hacia la puerta.

—Oh, quién fuera tú —suspiró ella—, disfruta de tus últimos días de asueto.

—Es lo que pienso hacer.

Abandonó la oficina, la mañana empezaba a encapotarse y casi podía oler la humedad en el aire por lo que no dudó en coger el primer taxi y que la llevase a su destino. Era extraño cómo sus sentidos se habían agudizado últimamente. Odin la había prevenido sobre ello cuando hizo suya la tarea de enseñarla a ser un lobo. No había exagerado en lo que había dicho su hermano, él quería convertirla en una loba obediente, la parte de sumisa, ambos sabían, era puramente imposible. Y no sería por falta de intención por su parte.

Tenía que admitir que era un buen profesor, paciente y divertido, había convertido en un proyecto personal el enseñarle a cambiar y aceptar a su loba.

—No puedo hacerlo, es imposible —se había quejado apenas una semana atrás—. No... no puedo imaginarme yendo a cuatro patas.

—Pues yo no tengo problema para imaginarte así.

Lo fulminó con la mirada e incluso le gruñó.

—No estás haciendo méritos precisamente, capullo.

Se cruzó de brazos y la indicó con un gesto de la barbilla.

—Deja de rezongar y empieza a quitarte prendas.

—¿Desvestirme? —se rio y señaló sus alrededores—. ¿Te das cuenta de que estamos en medio de ningún sitio?

La miró curioso e inocente.

—¿Preferías tener público?

—Joder, no.

—Entonces deja de protestar y hazlo —la empujó a ello—. Ropas fuera,

compañera.

Y, por si todavía no le quedaba claro, él se quitó la americana, los zapatos y los calcetines y se quedó en camiseta y pantalón vaquero.

—El cambio será más fácil si no tienes que preocuparte por la ropa —la aleccionó—. Vamos, Leah, lo haremos juntos.

Se mordió el labio inferior.

—Empiezo a pensar que no es una buena idea.

—Yo, por el contrario, creo que es más que adecuado —le aseguró—. Necesitas aprender a dominar tus instintos, a entender quién eres y, para eso, necesitas estar en la piel de tu loba.

¿Por qué tenía que ser tan razonable con unas cosas y un completo hijo de puta intransigente con otras? La volvía loca.

—¿Y para eso tengo que despelotarme?

—Al menos que quieras terminar de nuevo envuelta en tu propia ropa...

Bufó.

—Tú no tienes ese problema.

—Ese truco te lo enseñaré cuando conozcas bien a tu loba —le guiñó el ojo—. Pero por ahora, ropas fuera.

Resopló y se quitó los zapatos, la camiseta y los *shorts* quedándose en ropa interior.

—Todo, Leah.

—Te lo estás pasando en grande, admítelo.

—Cielo, siempre disfruto viéndote desnuda, pero no es lo que tengo en mente en estos momentos —se quitó la camiseta—. Vamos, todo fuera.

—Capullo.

Se limitó a sonreírle y desvestirse él también por completo. Un hombre no debería estar tan bueno, especialmente si te empeñabas en estar cabreada con él.

—¿Lista?

—Si digo que no, ¿te rendirás?

—Nop.

Tiró de ella, la besó hasta dejarla sin aliento y la soltó dando un paso atrás.

—Ahora, cierra los ojos, respira profundamente e intenta visualizar a tu loba.

—¿Y cómo diablos hago eso?

—Cierra los ojos —le acarició las cejas—, ahora respira profundamente. Siente el aire, escucha los sonidos a tu alrededor. Escucha con atención, se van haciendo más nítidos, más cercanos, huele la tierra, siente su frescor bajo las patas, el aroma a naturaleza que transmite.

Se relajó, sus palabras eran como un bálsamo, la tranquilizaban dejando que sus sentidos despertasen y la sintiese, esa parte íntima, intensa, agresiva y salvaje que la envolvía deseando hacerse con el control. La dejó hacer, se bañó en la sensación de calor que crecía y crecía alcanzando el punto álgido solo para empezar a mitigarse.

«Creo que esto...».

«¿Funciona?».

Abrió los ojos de golpe, frente a ella un lobo blanco enorme, la alegría la inundó, pero no entendía el motivo y, al mismo tiempo sabía que esa felicidad era suya, emanaba de ella, era parte de sus emociones.

«Tranquila, todo va bien».

Le lamió la cara, el hocico, porque ahora tenía un hocico. Su visión era distinta, los sentidos se agudizaban y empezó a sentir miedo.

«Odin... no puedo respirar».

«Si puedes. Estás bien. Estoy contigo. Camina a mi lado».

Notó su cuerpo más grande empujando el suyo, obligándola a avanzar. Una pata delante de la otra, inestable al principio y más segura a medida que avanzaba.

«Auch».

Levantó la pata delantera, había pisado una piedra.

«¿Cómo puedes caminar por ahí sin zapatos? Me he clavado una piedra».

Lo oyó reírse en su mente.

«Me ha tocado una loba de ciudad como compañera».

Resopló y escuchó el sonido emergiendo de sus fauces, uno muy animal.

«Sigue avanzando, vamos, sube a la parte de tierra seca».

La empujó a ello.

«Es extraño, pero... también... no sé cómo explicarlo».

«Lo estás haciendo muy bien. Siéntela, escucha su latido, sois una, lo que tú deseas lo desea la bestia y sus deseos son también los tuyos. Piensa en ello como la parte más desinhibida y cruda de ti misma».

Se lamió la nariz, sacudió el pelo y buscó que siguiese a su lado.

«Me siento... libre... tan libre que quiero... ¿correr?».

«Entonces corre».

La adrenalina la inundó, sintió cómo la sangre se aceleraba y antes de saber lo que hacía emitió un sonoro aullido que reverberó en el lugar y empezó a correr.

No olvidaría jamás lo que sintió entonces, la libertad y comprensión que encontró. Odin la había dirigido en su carrera, guiándola, frenándola, obligándola a obedecer y mantener así el equilibrio.

Durante el resto de la semana había repetido sus salidas adaptándose a los horarios y disponibilidad de ambos, despertando su naturaleza, aumentando su excitación y culminando sus días en la cama dónde se encontró disfrutando de su compañía.

Sacudió la cabeza, ese hombre se había metido debajo de su piel y no parecía poder sacárselo, en realidad, ni siquiera estaba segura que quisiera hacerlo. ¿Podía estar enamorándose de él?

—No, no, no —sacudió la cabeza—. Eso sí que no. Solo es sexo, atracción y punto. Es todo culpa de ese vínculo, es... una auténtica locura.

Enamorarse de un lobo, de su lobo. Oh, sí, un desastre de proporciones épicas.

El taxi se detuvo en la dirección que le había indicado, pagó y bajó deleitándose con el nuevo barrio que empezaba a tomar forma. La mayoría de las casas eran de nueva construcción, edificios caros y exclusivos destinados a clientes de alto poder adquisitivo. Miró el reloj, había llegado temprano y, a juzgar por la ausencia de vehículos, su cliente todavía no había aparecido.

Echó a andar en dirección a la vivienda que iba a enseñar, una de las pocas que había sido completamente reformada, quería asegurarse de que todo estaba como debiese antes de enseñarla.

Apenas había caminado unos pocos metros cuando escuchó el rugido de una moto, el sonido, al principio lejano, empezó a hacerse ensordecedor a medida que se acercaba.

—Serán capullos...

Se giró para ver quién era el imbécil que veía armando jaleo, derrapando, dando gas y levantando polvo y suciedad. Su loba reaccionó al momento, detectando peligro, uno que ella no alcanzaba a comprender.

Hubo un disparo.

El rugido de las motos zumbó más cerca, alguien pasó como una flecha a su lado, invadiendo la acera, obligándola a saltar a la calzada al mismo tiempo que otra motocicleta aparecía por la vía amenazando con atropellarla.

No tuvo tiempo de ver sus rostros, el dolor le atravesó el cuerpo al golpear violentamente contra el suelo y la dejó sin aire. Parpadeó varias veces, asombrada, el miedo y la rabia inundando sus venas, una emoción intensa y fiera que procedía de su loba. Se impulsó sobre manos y pies, levantó la cabeza y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para evitar que las ruedas del vehículo le pasaran por encima.

Eso no era un accidente, ni de la falta de precaución de unos gilipollas o un peligroso juego, sus acciones estaban destinadas a herirla o incluso matarla. Se levantó como un rayo, giró, esquivando a una de las motos una última vez para luego iniciar una carrera a la desesperada en dirección contraria. Tenía que salir de allí, dejar de ser un blanco fácil y encontrar un lugar dónde esconderse.

«¿Leah? ¿Qué ocurre? Siento tu miedo».

La voz de Odin atravesó su mente, estaba preocupado y el lobo asomaba en sus palabras. Se esforzó por formar las palabras en su mente y se las envió.

«Ayuda. Necesito ayuda».

Esperaba que la hubiese escuchado.

«Son dos motoristas. Han salido de ningún lado y han intentado pasarme por encima dos veces. No están jugando. Antes me pareció escuchar algo parecido a un disparo».

Escuchó un mortal gruñido, su loba se agitó en su interior, quería salir, quería enfrentarse a esos malditos.

«¿Dónde estás?».

Miró a su alrededor.

«En Shoalhaven Drive, Sun City. Tenía que enseñar una casa».

Apenas podía respirar ya, le dolía el pecho, le ardían los pulmones y notaba los pies en carne viva. No estaba hecha para correr y menos con zapatos nuevos y tacones.

«No puedo más. No puedo correr más».

El miedo la atenazó como nunca, se giraba cada dos por tres viéndolos cada vez más cerca, escuchando risas macabras mezclándose con el rugido del acelerador de las motos. La detuvieron, la obligaron a cambiar de dirección una y otra vez.

«Odin, tengo miedo... no sé qué hacer... no puedo esquivarlos».

«Cariño, escúchame. Tienes que cambiar. Tienes que dejar que tu loba asuma el control, deja que sus instintos te guíen y escóndete. Voy en camino».

Jadeó, obligándose a frenar de nuevo para no ser alcanzada.

—¿Qué cambie? —jadeó sin aire—. ¿Y cómo coño esperas que lo haga cuando me están persiguiendo unos lunáticos?

Algo impactó cerca de ella, el suelo se despedazó levantando esquirlas que la arañaron. El sonido de un disparo fue seguido de inmediato por otro.

—Maldita sea, lobo, ¡date prisa!

«¡Tienen armas! ¡Me están disparando! ¡Odin, me están disparando!».

Sintió más que escuchó su presencia, como una mano tranquilizadora envolviéndose alrededor de su alma, calmándola.

«Leah, déjala salir, tienes que transformarte y dejar salir a tu loba, necesitas hacerlo ¡ya!».

No podía. Le había enseñado a mutar bajo el umbral de la tranquilidad, modulando su respiración, buscando esa conexión que la unía a ella, pero ahora era imposible. No podía.

Cambió una vez más de dirección, la rapidez y el terreno hizo que tropezase, uno de los tacones se rompió y terminó cayendo al suelo. El dolor le aguijoneó las rodillas, le saltaron las lágrimas y con ellas llegó una fría furia.

—¡Esos eran mis zapatos nuevos, cabrones! ¡Acababa de comprármelos!

La rabia la inundó, el miedo batallando con la desesperación. Se sacó el calzado y se lo lanzó a los hijos de puta que parecían divertirse rodeándola con sus motos.

—¡Me debéis unos zapatos nuevos!

Su loba aulló en su interior, una hembra alfa cabreada, el cambio se inició solo, activado por la rabia, la sed de venganza y fue instantáneo. Las ropas se aflojaron de su cuerpo y acabó a cuatro patas.

—¡Es uno de ellos! ¡La zorra es un engendro!

Esa fue la única advertencia que tuvo antes de que uno de ellos frenase, sacando una escopeta de la moto y dejando caer el vehículo para poder encañonarla con precisión.

—Maldito engendro, tendríais que ser exterminados por completo...

Gruñó, parte de su ropa todavía colgaban de su forma lupina, entorpeciendo sus movimientos. Luchó para liberarse de ellas mientras ese humano avanzaba en su dirección con mirada viciosa, la sed de sangre presente en sus ojos. Podía oler el alcohol y las drogas en él, la maldad y una fuerte sed de sangre que rozaba la locura.

«*Odin*».

Buscó su apoyo, sus directrices. Necesitaba guía. Su loba quería atacar, podía notar su pelo erizado, los dientes desnudos y no podía dejar de gruñir.

«*Quiero morderle... destrozarle...*».

«*¡No!*». La frenó él. «*No lo enfrentes. Corre, Leah. ¡Corre!*».

Retrocedió a medida que el hombre avanzaba, sus patas fuertes, mucho más de lo que habían estado sus piernas y no pudo evitar preguntarse quién era realmente la bestia allí.

—Voy a matarte —le decía—, te despellejaré y luego haré lo mismo con ese maldito lobo.

Desnudó los dientes y frenó su retroceso. Nadie amenazaba a su compañero. Su pelo se erizó incluso más y quiso sangre, su loba quería terminar con esa amenaza, solo quería sentir cómo se desgarraba la carne bajo sus fauces, la sangre chorreando de su boca...

—Vete al infierno, perra.

Levantó el arma y la encañonó dispuesto a apretar el gatillo.

El disparo reverberó como un fuerte estruendo, estallando cerca de uno de sus sensibles oídos. El dolor estalló y fue insoportable, aulló y sacudió la cabeza aturdida, retrocediendo a trompicones. Los sonidos se confundieron, gruñidos, alaridos humanos, nuevos disparos... Abrió los ojos y se encontró con un enorme lobo de pelaje oscuro agrediendo a uno de los motoristas, destrozándolo mientras gritaba en agonía.

«*¡Corre!*».

La voz resonó en su convulsa mente, potente, grave y contenía tal empuje que antes de poder analizar su propia respuesta, se encontró corriendo. El mundo se convirtió en un borrón a su alrededor y los sonidos se diluyeron entre más disparos, aullidos de dolor y el inequívoco sonido del acelerador de la otra moto.

«*Correr, correr, correr*».

En su mente no había otra cosa, la necesidad era tan primaria que no podía ignorarla. Tenía que correr, tenía que huir. Le ardían los pulmones, le dolía el cuerpo y le latía la cabeza, se sentía mareada pero no quería parar, no podía permitirse hacerlo.

—*¡Maldita! ¡Malditos todos! ¡Voy a destrozarte, puta!*

Las palabras se confundieron en el viento, el sonido de nuevos disparos y piedras saltando tras los impactos, saltó hacia un lado, esquivando el tiro y jadeó. El miedo le cerraba la garganta, su conciencia humana intentaba mantenerse a flote, pero estaba aterrada.

«*Leah, sigue de frente*».

Odin. La voz de su compañero fuerte y fría la estabilizó, la orden vibró en su ser e imprimió velocidad a sus ya cansadas y lastimadas patas y siguió adelante.

«*Quiero... quiero unas... botas para las patas... ¿me has oído? Quiero unas jodidas... botas*».

«*Lo que deseas, amor, pero sigue corriendo. No te pares*».

Jadeó.

«*¿Y eliges este momento para llamarme amor? ¿Estás loco?*».

«*Gira a la izquierda. ¡Ahora!*».

Derrapó, las patas traseras perdieron sujeción y terminó cayendo. Se incorporó como pudo y volvió a la carrera para encontrarse a los pocos metros con un grupo de lobos que la sobrepasó, dos de ellos se detuvieron, formando una barrera que nadie en su sano juicio se atrevería a traspasar. Los demás, con su *Mr. Boots* a la cabeza, avanzaron como relámpagos interceptando a su perseguidor.

«*¡Odin!*».

Jadeó, frenó en seco y volvió sobre sus propios pasos, pero los dos lobos que quedaban en la retaguardia le cortaron el paso.

«*No, Leah. Tienes que quedarte aquí*».

El lobo más claro se acercó a ella, cortándole el paso, apelando a las palabras.

«*Tu alfa se ocupará de la amenaza*».

Miró a ambos machos y retrocedió. Le dolían los oídos, le pitaban, sacudió la cabeza ante la molestia, con todo era incapaz de dejar de escuchar los sonidos que llegaron hasta ellos: el sonido de una moto derrapando por el suelo, el motor apagándose, aullidos de dolor, disparos, gritos humanos...

«*¡Odin!*».

Podía sentir la sed de sangre de su compañero, el odio, la desesperación. No había humanidad, solo una bestia que buscaba venganza y lo obtendría con metódica y fría precisión.

«*Leah, ¿dónde está el atacante?*».

Giró la cabeza en dirección al lobo que creyó le había hablado.

«*Está muerto*».

No lo había visto, pero algo le decía que esa extraña bestia que había aparecido en el momento adecuado, lo había matado.

«*¿Quién...?*».

Un nuevo grito, se encogió y sacudió la cabeza.

«*No... no, no, no. Odin... no más... no más... ven... te necesito, por favor...*».

—¡No! —su voz emergió ahora de su garganta humana, el cuerpo latiéndole de dolor—. ¡Odin!

El silencio siguió a su propio grito, un mutismo ensordecedor antes de que un fuerte aullido lo rompiera, siendo contestado por sus dos acompañantes. No pudo hacer otra cosa que llevarse las manos a los oídos, no quería escucharlos, le dolía la

cabeza y el oído derecho, no quería más de todo aquello, solo a su compañero.

—Odin, por favor...

«*Te necesito. Por favor... te necesito...*».

Apenas fue consciente de que alguien la envolvía con una chaqueta, de unas manos desconocidas posándose sobre uno de sus hombros y la consiguiente voz humana manteniéndola a flote.

—Leah, soy Jeremy Macoy. —Buscó su mirada y le sonrió con ternura—. Soy el alfa de Nebraska. Él es Jim, mi beta. Somos amigos de Odin.

El otro lobo cambió ante sus ojos, pero siguió dándole la espalda.

—Todo ha pasado, pequeña, ya ha pasado...

Sacudió la cabeza y se encogió sobre sí misma.

—Odin —musitó—. Quiero a Odin.

Jeremy parecía tan incómodo con todo aquello como ella misma.

—Ahora viene, lobita, tu compañero estará aquí enseguida —la tranquilizó—. Ya ha pasado todo.

Desvió la mirada hacia el camino y a los pocos segundos los vio doblando la esquina. Flanqueado por Quinn y Savage, su pelaje blanco manchado de sangre al igual que su hocico y la garganta, caminaba lentamente hacia ella. Intentó levantarse solo para volver a caer, las piernas no la sostenían y la angustia se apoderó de su cuerpo. Las lágrimas brotaron de sus ojos deslizándose por sus mejillas sin contenciones, los sollozos le cerraron la garganta y se encontró extendiendo los brazos hacia él, necesitando tocarle, necesitando de su presencia y de la seguridad que solo él había puesto en su vida desde el momento en que se cruzaron en su camino.

Ese peluche de pelo blanco había puesto su vida patas arriba, pero ya no la concebía sin él.

«*Shh, amor, ya ha pasado todo. Nadie volverá a hacerte daño, Leah*».

Se abrazó a él tan pronto lo tuvo a su alcance, ocultó el rostro en su pelaje y lloró dejando salir todo el dolor, la rabia y el miedo que llevaba dentro, uno que se remontaba demasiados años atrás, procedente de una vida llena de mentiras, de omisiones y de su ausencia.

—No me dejes, no me dejes, no me dejes —murmuró en una interminable letanía—. Tú no, por favor, no me dejes.

Entonces unos fuertes brazos la rodearon, un cuerpo mayor que el suyo la acunó y protegió y su voz, sexy y fuerte, le acarició el oído bueno.

—Nunca, amor mío, nunca te dejaré.

CAPÍTULO 45

Rodillas arañadas, magulladuras, raspones, un tímpano dañado, los pies destrozados y su nuevo par de zapatos rotos era el saldo con el que había terminado Leah. No era un mal recuento si tenías en cuenta que seguía viva.

Dos bajas, dos seres humanos corruptos, lascivos y drogadictos que le habían dado caza como si fuese un animal y una incógnita; el autor de la primera de las muertes.

Muerte. Asesinato. Palabras demasiado fuertes, aturdidoras y que ella misma había deseado con una pasión que la aterraba. Su loba había querido matar y mutilar, había sentido su sed de sangre, la había saboreado y sabía que, de no haber aparecido ese lobo extraño y a Odin sosteniéndola mentalmente, habría sucumbido y quizá muerto.

—... dos bajas y ninguna maldita pista que arroje luz sobre estos indiscriminados y viciosos ataques —la voz furiosa de su compañero hizo que diese un respingo. Odin y otros lobos de regiones colindantes a la suya se habían reunido en un intento de analizar lo sucedido y obtener alguna respuesta a sus muchas preguntas—. Primero han ido a por mí y ahora se han atrevido a atacar abiertamente a mi compañera.

Se estremeció ante su tono de voz y la intensidad que había en ella, era su lobo el que hablaba, podía sentirle tan nítidamente ahora como a su propia bestia.

—Leah, mencionaste que aparecieron una vez bajaste del taxi —la incluyó Jeremy en la conversación. Él insistió en que estuviese presente, el policía quería tener toda la información posible reunida en un mismo lugar—. ¿Te das cuenta de haberlos visto con anterioridad? ¿Quizá rondando por la manzana? ¿Cerca de tu zona de trabajo?

Sacudió la cabeza.

—No, nunca —negó—. Salí de mi oficina y llamé a un taxi en la calle. Tenía una cita para enseñar una casa, así que me fui con intención de llegar un poco antes. Mi cliente todavía no había llegado, de hecho, apenas había podido dar un par de pasos cuando escuché el rugido de las motos y ellos aparecieron de la nada.

Al principio había pensado que se trataba de los típicos idiotas dispuestos a hacer cabriolas y conducir de manera peligrosa, pero cuando pasaron tan cerca y escuchó el primer disparo...

—El sonido de sus motos era ensordecedor, uno de ellos llegó por la acera y me obligó a apartarme para no ser atropellada —recordó y se acarició distraída el oído lastimado, no podía evitar el malestar que sentía al escuchar su propia voz haciendo eco en su cabeza. Todavía tenía mareos y el equilibrio ligeramente afectado—. Entonces apareció el otro y escuché el primero de los disparos. A partir de entonces empezaron a cercarme con las motos, cortándome el paso, obligándome a dar la

vuelta y correr en busca de refugio...

—Malditos bastardos —masculló Dawn, quien también estaba presente. Su loba se reflejaba en su voz y en sus ojos, estaba furiosa y su propia bestia concordaba con sus emociones—. Son unos jodidos y malditos bastardos...

Apretó los dientes, la vio luchar consigo misma, calmándose solo cuando Quinn sumergió la mano bajo su melena, presumiblemente acariciándole el cuello. Había tal grado de intimidad y complicidad entre ellos dos que se sentía avergonzada de mirarlos.

—Tranquila, pelirroja.

—¡Han podido matarla! —estalló señalándola—. Si ese desconocido no hubiese aparecido, ahora mi hermana estaría muerta.

—Estoy bien, Dawny —estiró la mano para coger la suya y apretársela brevemente—. Estoy bien.

O tan bien como podía estarlo alguien que acababa de vivir una experiencia como esa. Todavía temblaba, la forma en que le apretó la mano de vuelta decía mucho más que cualquier palabra.

Odin se apoyó en sus hombros, envolviéndola con su aroma y fuerte presencia, agazapado en su mente en todo momento sosteniéndola física y mentalmente.

—¿Tenemos alguna idea de quién es ese lobo? —preguntó Jim.

Su compañero negó con la cabeza.

—Fue un ataque limpio —añadió Savage, quién había recorrido el lugar rastreando en busca de pistas que pudiesen haber quedado atrás—. Una ejecución perfecta.

El estómago le dio un vuelco. La manera en que esa mujer hablaba de muerte era inquietante.

—¿Cómo puede ser perfecto algo tan horrible? —murmuró dando voz a sus pensamientos—. Han muerto dos personas...

—Yo no les consideraría siquiera personas —gruñó Quinn.

Ladeó la cabeza para mirarle.

—Pero lo eran, eran dos vidas —le recordó—. Si ellos son así de viciosos, asesinos y carecen de piedad, el que nosotros sigamos su estela, no nos hace mejores, sino los engendros que nos llaman. No hay nada perfecto en asesinar. Nada.

Su compañero apretó ligeramente sus hombros en un gesto calmante.

—Se trata de supervivencia, Leah, son ellos o nosotros —le dijo con fría aceptación—. No matamos por placer, ni por deporte sino para defendernos y defender lo nuestro. No nos han dejado otra opción. Es ley de vida, una norma no escrita que afecta a humanos, animales, cambiantes... a cualquier ser que tenga inteligencia y desee sobrevivir.

Y eso era lo único que evitaba que enloqueciese, el saber que ella habría hecho lo mismo en caso de necesidad. Su loba estaba dispuesta a defenderse o morir intentándolo.

—Si él no hubiese aparecido... —sacudió la cabeza. En cierto modo, la había salvado, la había salvado de manchar su alma eternamente—. Me dijo que corriera. Le escuché en mi cabeza. Fue... fue como cuando tú me mangoneas, cuando me ordenas algo en ese tono de voz que, por mucho que odie, no me da opción a negarme... Fue igual y al mismo tiempo distinto.

Sus palabras despertaron la curiosidad de los presentes.

—¿Qué quieres decir? —se interesó Jeremy.

—Su voz... fue como si resonase en mi cabeza, como si encendiese algo y ya no pudiese apagarlo —frunció el ceño recordando el momento—. Ni siquiera me di cuenta de que estaba corriendo como alma que lleva el diablo hasta que me alejé. No... no era yo, mi loba era la que mandaba, no podía pensar en nada más que en correr, correr y correr. La voz de Odin rompió esa compulsión.

Se estremeció y se rodeó con sus propios brazos.

—No podía hacer otra cosa, es como si no pudiese pensar con coherencia, solo podía correr...

Dawn, quién todavía sostenía su mano, se la apretó.

—Tranquila, es lo que debías hacer, huir de allí.

—No tiene sentido —comentó Jim, quién hasta ese momento había permanecido callado—. ¿Una compulsión de esa intensidad? ¿Sobre una hembra emparejada? ¿Una hembra alfa? Pensé que ese tipo de compulsión solo se daba entre compañeros... o con Velkan, después de todo, el Voda es el líder de la raza.

—Hay alguien más que puede empujar ese tipo de obediencia en un lobo, sobre todo si es en una hembra que todavía no está en completa sintonía con su naturaleza —añadió Odin pensativo, su mirada dirigida a Savage.

—Arik —aseguró la mujer, conforme con su resolución—. Pero él no está en la zona, ni siquiera está cerca.

—¿Llegó a decirte alguna cosa? ¿Viste algo particular en él?

Negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Ni siquiera fui consciente de su llegada. En un momento ese cabrón me estaba apuntando y al siguiente escuché el disparo y alaridos, mientras un enorme lobo negro se ocupaba de la amenaza y alguien me hablaba obligándome a correr.

Se pasó las manos por el pelo con gesto desesperado.

—No... no le escuché, no sé si dijo algo, yo solo... solo corrí, quería salir de allí y corrí —murmuró angustiada, empezando a temblar al revivir lo ocurrido, los recuerdos demasiado frescos, demasiado crudos.

—Está bien, dulzura, estoy aquí, ya ha pasado todo —la tranquilizó su compañero. Odin no dejaba de estar pendiente de ella.

Levantó la mirada para encontrarse con la suya.

—¿Y cómo puedes estar seguro de eso? ¿Cómo sabemos que no hay alguien más ahí fuera dispuesto a hacer...?

La puerta de la sala de juntas se abrió al momento, interrumpiéndola. Un hombre

de acento tejano entró sin llamar e indicó el monitor en una de las paredes.

—Enciende la televisión, pon el canal de noticias.

—¿Qué pasa? —se interesó Odin—. ¿Santana?

—Ahora lo verás.

Quinn cogió el mando y encendió el monitor.

«... los cuerpos se han encontrado en un edificio de las afueras. Todo parece indicar que se trata de un ataque de animales salvajes...».

Jeremy se levantó, sacó el móvil y se puso al teléfono.

—Soy Macoy —informó y dio su número de placa—, acabo de ver las noticias, ¿qué podéis decirme sobre el suceso?

Mientras el alfa de Nebraska se informaba, los demás siguieron atentos a las noticias.

«Según fuentes de la investigación, se han encontrado indicios de alcohol y otras sustancias estupefacientes en el lugar de los hechos. El estado de los cuerpos, los cuales corresponden a dos hombres de edades comprendidas entre...».

—No quiero escuchar más —negó cubriéndose los oídos—. No quiero saber nada de todo esto. No puedo más...

Odin hizo un gesto y Quinn bajó el volumen.

—¿Alguna idea de qué diablos está pasando? —murmuró Jim—. ¿Quiénes son ellos y qué tienen que ver con lo que nos ocupa?

Savage se había acercado a la pantalla y miraba las fotos que exponían ahora de las dos víctimas y sus nombres.

—Son dos de los miembros del club de motoristas que he estado investigando —comentó ella—. Podrían muy bien formar parte de la misma banda.

—Me da en la nariz que alguien está muy interesado en cubrir sus pasos —aseguró Quinn—, y la mejor forma de hacerlo es deshaciéndose de cualquiera que haya estado metido en el asunto o sepa de los planes que podría querer llevar a cabo.

—¿Y quién es ese alguien?

—¿Podría ser ese lobo misterioso? —insinuó Quinn—. No hemos podido descubrir de quién se trata, no tenemos ni una sola pista de quién es o de dónde ha salido.

Odin miró a Leah y sacudió la cabeza.

—¿Atacarme a mí y luego salvar a mi compañera? —replicó con palpable ironía—. ¿Por qué? No tiene sentido. Ha podido olerme en ella, saber que es mi pareja, la mejor manera de llegar hasta mí y terminar lo que empezó esa noche.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó mirando a su compañero y a los demás.

—De la noche en que a tu compañero le hicieron un par de agujeros —declaró el beta de Nevada—. Había un lobo, uno jodidamente fuerte y del que no hemos vuelto a saber.

Arrugó la nariz.

—Pero, si fuese el mismo individuo, ¿por qué habría de ayudarme?

Negó con la cabeza.

—Ojalá pudiese dar una respuesta a esa pregunta, Leah —aceptó Odin visiblemente ofuscado por carecer de información al respecto—. Ojalá pudiese.

Todos cayeron en un pensativo silencio el cual solo fue interrumpido por la conversación de Jeremy.

—Gracias —escuchó al policía—. Son ellos —dijo mirando a Savage—, y han tenido un final un poco más truculento de lo que dicen en las noticias.

Los hombres las miraron a su hermana y a ella.

—Ya lo estás soltando o tendré que quitárselo después a Quinn —declaró Dawn, quién no parecía sorprendida o sobrepasada por todo aquel truculento asunto.

Asintió también, podía no gustarle todo aquello, pero no quería que la dejaran en la ignorancia.

—Quiero saber —corroboró las palabras de la chica.

—Al parecer lo del ataque de animal solo es la punta del iceberg —continuó Jeremy tras pedir permiso con la mirada a sus respectivos compañeros. Hombres. Lobos. No había quién los sufriese y al mismo tiempo, no podías estar sin ellos una vez que los encontrabas—. Se encontró un buen alijo de drogas, algunas pruebas que los relacionan con varios delitos que estaban sin resolver y, lo que más le ha extrañado a la científica, era una frase que había... er... pintada con sangre... en una de las paredes.

—¿Cuál?

—*Ascultă cu urechile, vezi cu ochii, dar taci cu gura.*

—Escucha con tus oídos, mira con tus ojos, pero mantén el silencio con la boca —tradujo Odin—. Es un proverbio rumano.

—¿Qué significa?

—Oír, ver y callar —resumió Jim—, algo que, obviamente, ellos no hicieron y que se acerca más que nunca lo sugerido antes. No quieren que nadie se vaya de la lengua.

—Lo que da más peso al hecho de que alguien esté haciendo limpieza para cubrir sus huellas —concluyó Quinn—. La pregunta es, ¿para desaparecer o reagruparse?

—No podemos bajar la guardia, pero tampoco podemos permitir que esto nos condicione —declaró Odin—. Si vienen a por nosotros, nos encontrarán, pero no harán que nos ocultemos.

Los líderes de los otros territorios asintieron de acuerdo con su manera de pensar. Estarían alerta, sí, pero harían hasta lo imposible por mantener la tranquilidad y la estabilidad en sus respectivos territorios.

—Informaré a Arik de todo lo que se ha descubierto y haré especial hincapié en encontrar a ese misterioso lobo —comentó Savage—, quizá él pueda darnos las respuestas que nos faltan.

—Hazlo —asintió. Entonces bajó la mirada sobre ella y enarcó una ceja—. ¿Tienes pensado echarte una siesta en esa silla?

Parpadeó y duplicó su gesto.

—Si la charla se va a alargar mucho más, creo que cogeré dos y me haré una cama.

Resopló y sonrió al mismo tiempo.

—Chicos, estáis en vuestra casa —declaró a modo de despedida, dirigiéndose a sus invitados—. Tengo que hacerme cargo de cierta loba y asegurarme de que descansa.

Ahora fue su turno para bufar.

—Estoy bien, no hace falta que me trates como si fuese de porcelana.

—Jamás se me ocurriría, lobita. Has demostrado que puedes cuidarte perfectamente tú sola —le aseguró complacido y con tono de orgullo—. Pero eso no quita que los pocos pelos negros de mi pelaje se hayan vuelto blancos. Canas lupinas, eso es lo que me sacas.

Chasqueó la lengua y lo miró con afectación.

—Pobre peluche, te estás haciendo viejo.

Los presentes, que iban a abandonando la sala, se rieron y su compañero la miró a través de esos intensos ojos azules prometiendo represalia a sus palabras.

—Sí, compañera, y te voy a enseñar exactamente lo viejo que me estoy haciendo.

Sin advertencia alguna por su parte, la levantó de la silla y se la echó al hombro como si fuese un saco de patatas para luego abandonar la sala.

Tras ellos quedó una miriada de carcajadas y vítores destinados a animar a ese maldito alfa que se había adueñado de su alma y que amenazaba con instalarse para siempre en su corazón.

CAPÍTULO 46

Leah no tenía ganas ni fuerzas de mover un solo músculo. Las últimas horas habían sido como una terapia de choque para ambos. La necesidad de confirmar que se tenían el uno al otro, había sido superior a todo lo demás. Se habían devorado, sexo duro, sudoroso, ardiente, necesitando someter antes de declararse vencido. La intensa sesión de intimidad los había dejado exhaustos, aplacados y necesitados tan solo del contacto de cada uno.

—¿Te duele?

La voz de Odin sonaba calmada, sus dedos le acariciaban el oído tapado con una gasa.

—No he pensado en ello hasta que lo has mencionado —murmuró y ladeó la cabeza hacia sus dedos—. Estoy bien, solo siento un poco de eco y, si me muevo rápido, el suelo se mueve.

Sus caricias se hicieron más tiernas.

—Si te hubiese pasado algo yo...

Se giró, empujándose sobre su pecho para mirarle a la cara.

—Ya me ha pasado —repuso con un mohín—. Me han arrollado, me han disparado, he salido corriendo a tal velocidad que podría presentarme a las Olimpiadas Caninas... De verdad, Odin, quiero unas botas o algo para las patas. ¡El maldito suelo resulta mortal para mis pobres pies!

Se rio, un sonido claro, aliviado, justo lo que buscaba con sus palabras.

—Dulzura, los lobos no usamos calzado.

—Esta loba sí —declaró y resopló—. Crearé tendencia. ¿Te puedes creer que se me rompió el tacón de uno de mis zapatos nuevos? ¡Estaban recién comprados! Estoy gafada, te lo juro...

Sacudió la cabeza y soltó una nueva carcajada.

—Te quiero, mi pequeña loba *fashionista*.

Se quedó sin aire, frunció el ceño y lo miró.

—Odin, te estoy hablando de mis zapatos ¿y eliges este momento para decirme eso?

Bajó la mirada sobre ella con gesto irónico.

—Me has llamado viejo en medio de la sala de juntas...

—¿Y? Eres mayor que yo, eso para mí es viejo.

—Te has quejado de que querías unas botas para las patas mientras un hijo de puta asesino te perseguía en una moto y apuntándote con un arma...

—Si tengo que correr, al menos quiero hacerlo con calzado cómodo —bufó y sacudió los pies bajo las sábanas, los cuales estaban llenos de pequeñas heridas—. Las piedras me lastiman...

—Y en vez de gritar o llorar por todo lo que te estaba pasando, como haría una mujer normal, te cabreas porque se te ha roto el tacón de un zapato...

—¡Eran nuevos!

Sus preciosos zapatos nuevos. Malditos cabrones.

—Y para rematarlo, permaneces estoica mientras se exponen los hechos acontecidos en ese lugar y en lo que ha derivado todo...

Suspiró, estirándose contra él.

—Nunca he dicho que fuese una mujer común y corriente. Mi vida no lo ha sido, así que es imposible que lo sea yo —declaró con absoluto convencimiento—. Y no es verdad que me haya mantenido estoica. Yo... quería matarle, Odin. Por primera vez, quise seguir los instintos de mi loba y despedazar a alguien. No se trataba de un pensamiento ajeno, era mío... éramos una...

—Es una reacción normal —la interrumpió, envolviéndola con el brazo—. Te lo he dicho, Leah, es cuestión de supervivencia. Eras tú o él...

Respiró profundamente y dejó escapar el aire.

—No sé si puedo aceptarlo, no sé si quiero... ser... así...

—No busques más excusas —la empujó sobre el colchón, cerniéndose sobre ella—. No has hecho nada malo, no eres menos a mis ojos o a los de cualquiera por haber pensado o reaccionado así en un momento de extrema necesidad. Sé que estás irritada, que quieres gritar, pero al final del día, pase lo que pase, pienses lo que pienses, seguirás siendo mi loba, mi compañera y mi mujer.

Hizo un puchero.

—Dijiste que no ibas a hablarme de amor, ¿por qué tienes que cambiar de idea justo ahora?

Bajó sobre ella y le besó la frente, los ojos, la nariz y los labios para finalmente mirarla.

—Lo que dije es que no te ofrecería algo que no sentía y no existía entre nosotros —concretó—, que no te hablaría de amor cuando era algo que, todavía, no sentía por ti.

Su corazón se saltó un latido, pero se obligó a ignorarlo.

—Sigues sin sentirlo... —farfulló en cambio.

Él le sonrió con esa picardía que la volvía loca y la derretía.

—¿Vas a decirme lo que siento o no por ti? —le causaba gracia—. ¿Estás dispuesta a arriesgarte a averiguarlo?

Puso los ojos en blanco y emitió un bajo bufido.

—Eres un lobo cabezota y no piensas con claridad, admítelo.

Bajó sobre ella, besándole la nariz.

—Y eso se lo dice la sartén al cazo.

Quería chillar, patalear, pero ese hombre sexy no la dejaba ni moverse y la seducía con tan solo su presencia.

—¿Por qué yo? Solo soy...

Le posó un dedo sobre los labios, silenciándola.

—Mi dulce y traviesa loba, eres perfecta para mí —le aseguró acariciándole los labios con el dedo—. Respondona, valiente, cabezota, tierna, fiel... Mi vida estuvo en tus manos y la cuidaste con amor aún sin saber que estabas destinada a mí. Mi alma y la tuya han estado esperando por encontrarse y ser una, eres mi compañera y mi loba, así que estaba claro que antes o después, iba a enamorarme de ti.

—Te prefería como lobo, peluche —gimió envolviéndole el cuello con los brazos, ocultando su rostro en el hueco de su hombro, pegándose más a él—, es más fácil y absurdo quererle a él que estar enamorada de ti.

—En ese caso es una suerte que mi lobo tenga mí mismo corazón, mi misma alma y te quiera con la misma intensidad que yo —le susurró al oído.

—No sé, lobito, mi loba podría tener algo que decir al respecto —rezongó, dispuesta a resistirse a él hasta el final—. Eres un mandón con ella, la mayoría de las veces quiere morderte porque no le dejas salirse con la suya y te niegas a comprarle unas botas.

Él buscó sus ojos.

—Estás decidida a salirte con la tuya, ¿eh?

Asintió intentando retener una sonrisa.

—Claro que sí.

—Quieres unas botas.

—Oh, sí.

—Para tu loba.

—Sí.

Chasqueó la lengua, se levantó un poco para tener una mejor perspectiva de ella y le soltó:

—Leah, eres rara incluso para una loba.

Imitó su gesto y duplicó su chasquido.

—No soy rara, compañero, soy una edición limitada.

Aquello le arrancó una carcajada a su lobo.

—Mi propia edición limitada. —La besó en los labios—. Qué suerte la mía.

Correspondió a su sonrisa, le cogió el rostro entre las manos y lo miró.

—Mi propio lobo alfa —le acarició los labios con los suyos—, mío y solo mío.

Su mirada se oscureció, volviéndose sexy, erótica y tan cálida que se derritió.

—Siempre, amor, solo tuyo.

EPÍLOGO

Tres meses después...

Tenía que admitir que el cabronazo de su marido tenía razón, la reforma había quedado impecable. El rancho tenía un aspecto inmejorable y ya empezaba a sentirla como el hogar que era, uno al que se había resistido con uñas y dientes todo ese tiempo.

Una chica tenía que tener la oportunidad de alzarse con la revancha, una pequeña venganza después de que su obtuso compañero se hubiese salido con la suya en primer lugar.

Después de un mes entero volviéndola loca con sus irritantes y ocurrentes peticiones de matrimonio, Odin la había engañado de tal forma, que acabaron contrayendo matrimonio en una pequeña capilla de Las Vegas. Su hermana y su cuñado habían tenido mucho que ver en los preparativos. Dawn la había mantenido ocupada, incluso le había hecho probarse un maldito y delicioso vestido color crema muy sencillo para una imaginaria boda, que resultó ser tan real como ella misma.

No iba a negar que ese había sido uno de los días más locos, divertidos y especiales de toda su vida. Tras la ceremonia habían vuelto a su actual residencia —el hotel Las Vegas Imperia—, para encontrarse con una pequeña recepción en la que los alfas de los distintos territorios, sus esposas, compañeras y amigos cercanos, los felicitaban y les deseaban suerte en esta nueva etapa de su vida.

Su peluche le había entregado en su noche de bodas un juego de llaves del rancho como regalo, uno que le había devuelto a la mañana siguiente. Ese pequeño juego se convirtió en un continuo tira y afloja que consistía en devolverle al otro las llaves de las maneras más ocurrentes posibles.

—¿Y bien, señora Peters? ¿Conforme?

De pie a su lado, le mostraba orgullo su obra. Había nueva decoración elegante, pero sobre todo hogareña. No pudo pasar por alto las fotos que cubrían una pared, instantáneas de ella y su hermana, de la boda, de su peculiar viaje de novios —Odin podía ser realmente malvado—, incluso sus padres tenían un lugar en su nuevo hogar.

Notó los brazos rodeándola desde atrás, el firme y duro cuerpo pegado a su espalda.

—¿Te gusta?

Asintió, era incapaz de hablar.

—¿Leah?

—Esto ha sido cosa de Dawn, ¿no? —carraspeó.

Su hermana y Quinn se habían ido de viaje una semana antes. Velkan los había invitado a visitarle y su hermana estaba emocionada ante la perspectiva de poder

visitar Rumanía y ver de nuevo al peculiar líder de su raza. El lobo puro había estado en su boda y había hecho muy buenas migas con ella, su frescura y descaro divertían y enternecían al solitario lobo viéndola como la hermana pequeña que había perdido hacía tanto tiempo.

Se alegraba especialmente por ella, el verla de nuevo con esa luz y vida en los ojos era el mejor de los regalos que la vida había podido darle, uno que tenía también mucho que ver con Quinn.

—Quería dejarte su regalo antes de irse.

Las cosas habían estado tranquilas los últimos meses, no había habido ataques, pero tampoco habían podido encontrar rastro o pista alguna que pudiese arrojar algo de luz sobre esa nueva amenaza que parecía cernirse sobre todos ellos. La búsqueda de los supervivientes del clan Daratraz seguía adelante, pero era una tarea nada sencilla dada la escasa información con la que se contaba. Mayormente era como buscar una aguja en un pajar.

—Pensó que te gustaría tener una parte de quienes sois contigo —continuó Odin, señalando el *collage* de fotos.

Se apoyó en él, su compañero, su lobo, el hombre al que cada día que pasaba se encontraba amando un poco más.

—Es perfecto —aceptó y se giró en esos fuertes brazos que la protegían para besarle.

Quería a ese lobo. Lo respetaba como el hombre que era, como el alfa que regía a los suyos y como su compañero. Sí, la sacaba de quicio, especialmente cuando se ponía en plan mandón, pero le quería.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí —murmuró, mirándole a los ojos—. Por no rendirte conmigo.

Su mirada era cálida, tierna y podía verse reflejada en ella.

—Uno nunca se rinde ante su propia vida, amor.

Asintió. Eso sin duda era una lección que había aprendido a su lado.

—Tienes más paciencia que un santo.

—Debe ser un síntoma de vejez.

Puso los ojos en blanco y se echó a reír.

—No vas a dejarlo pasar, ¿verdad?

—Bueno, tu apreciación sobre nuestra diferencia de edad y esa absurda petición que me hiciste en un momento en que deberías estar pataleando... no son fáciles de olvidar.

Sacudió la cabeza.

—Sigo esperando por esas botas para mis delicadas patas, Odin.

—Y yo a que me digas esas dos palabras que llevo meses esperando —aseguró con un bajo gruñido lupino—. Me mudo.

Se echó a reír, no podía evitarlo. Había estado dándole largas, volviéndole loco, jugando al gato y al ratón con las malditas llaves y, a pesar de todo, él nunca se había

rendido. Era como un perro como un hueso... perdón, un lobo.

—De acuerdo, compañero, abre bien las orejas porque solo lo voy a decir una vez.

Puso los ojos en blanco.

—Tacaña.

Se rio entre dientes ante su obvio refunfuño.

—Me mudo —susurró acercándose a sus labios—. Pero tú serás el que cargue con las cajas.

Enarcó una ceja y le dedicó esa sonrisa de soslayo.

—No es que tengas muchas pertenencias, Leah, la mayoría son zapatos.

Suspiró y le echó las manos al cuello.

—Me mudaría contigo incluso debajo de un puente, pero ambos sabemos que, con lo sibarita que eres, terminaríamos en un hotel.

—El mejor de los hoteles —asintió y la besó de nuevo.

—Eres imposible.

—Pero me quieres igual...

—Oh, *Mr. Boots*, necesitarás más que eso para escucharme decir esas palabras...

Sonrió y sus ojos brillaron con una misteriosa picaresca que la hizo sospechar.

—Tengo justo lo que necesito al lado del sofá.

Parpadeó sorprendida y miró en la dirección mencionada, al lado del tresillo había un par de cajas de regalo, curiosamente no las había visto hasta ese momento.

—¿Estás pensando en comprarme, lobo?

Le enlazó la cintura con un brazo y la instó a caminar.

—Mi único pensamiento es que seas feliz, loba, eso y sacarte de quicio —aseguró indicándole el sofá—. Siéntate.

Lo hizo y esperó paciente mientras recogía una de las cajas y se la ponía sobre las rodillas.

—Ábrelo.

Lo miró mientras usaba la robusta mesa para sentarse en el borde y contemplarla.

—De acuerdo... —arrastró las palabras, abrió la caja y parpadeó al ver el contenido—. Oh dios mío, oh dios mío, oh dios mío... ¡Son los *Rivierina Pumps* de Christian Louboutin!

Su exaltación parecía causarle diversión, pero él no tenía la menor idea de lo que significaba ese regalo. O a lo mejor sí. Con ese hombre nunca podía saberse.

—De entre todas las mujeres posibles, tenía que casarme con una amante de los zapatos de marca.

Levantó la mirada de los exquisitos *Rivierina* rosas con la pulsera dorada con el mega tacón negro y enarcó una ceja.

—¿He dicho yo algo sobre tus gustos en coches caros?

—No, solo que te niegas a conducirlos.

Le devolvió la sonrisa e hizo lo que haría una mujer inteligente ante un regalo así.

Lanzó su calzado por encima del sofá y se puso su nuevo regalo.

—Oh dios mío... —se llevó las manos a la boca emocionada.

—Eso ya lo has dicho.

Lo miró y sacudió la cabeza, pero era incapaz de dejar de sonreír.

—¿Por qué me consientes de esta manera? —preguntó mordiéndose el labio inferior—. No es necesario que gastes tanto dinero en comprarme unos zapatos. Son mi vicio, lo sé, pero sé lo mucho que cuestan y... yo no necesito esta clase de demostraciones, me basta con que te quedes a mi lado.

—Y eso es precisamente por lo que me gusta consentirte —declaró sin más y señaló la otra caja—. Ahora abre esa.

Miró la caja que quedaba y la cogió.

—¿Un bolso a juego?

Se limitó a mirarla y lo que vio en sus ojos solo confirmaba lo que ya sabía. Aunque la caja estuviese vacía, iba a adorar a ese hombre hasta el final de sus días.

—Ábrela, loba.

Se lamió los labios y abrió la nueva caja, esta estaba cerrada con un lazo y en su interior, había un montón de papel de seda en color negro. Buceó entre los pliegues y sus dedos tocaron el objeto oculto en su interior, sacó todo el papel hasta que, por fin, su nuevo regalo, quedó a la vista.

Se quedó sin palabras, volvió a lamerse los labios, incapaz de apartar la mirada del contenido. Tras unos segundos más, le puso la tapa y dejó el paquete a un lado.

—Eres un capullo.

—Lo sé —aseguró visiblemente complacido—, y me quieres por ello.

Sacudió la cabeza.

—Nunca te rindes, ¿eh?

Su mirada lo decía todo.

—Quiero oírtelo decir todos los días de mi vida —le aseguró con pasión—. Así que, dímelo, Leah. Dime lo que este lobo quiere oír.

Miró la caja que había dejado a un lado, le quitó de nuevo la tapa y sacó el contenido, totalmente conmovida de lo que ese hombre estaba dispuesto a hacer por ella.

—Llegaste a mí cuando no te esperaba, me conquistaste con ese pelazo y esos impresionantes ojos —y me refiero a los de tu lobo—, me volviste loca hasta el punto de hacerme gritar, decidiste que me querías y me conseguiste. Eres mi compañero, eres mandón y un jodido alfa en todos los sentidos...

—El burro hablando de orejas, cariño...

—Y tienes respuesta para todo —bufó.

—Leah, al grano —se impacientó.

—Por supuesto que te quiero, Odin Peters —aseguró con dulzura—. ¿Crees que me habría casado con un lobo si no estuviese locamente enamorada de él?

Se inclinó hacia delante, encontrándose con ella a medio camino y le quitó el

objeto de las manos.

—No habrías tenido otra opción, dulzura, nunca te habría dejado escapar.

Sonrió traviesa y recuperó su segundo regalo.

—No sé, Odin, acabas de darme lo que necesito para correr —se rio, acariciando unos bonitos botines de cuero blando adaptados para sus patas lobunas.

—Si necesitas correr hazlo, amor —le susurró cerca de los labios—, siempre me tendrás aquí, esperándote.

Sí, lo haría. Su lobo era un hombre de palabra, uno que se había apropiado de su corazón para siempre.